



Lugares Perdidos

APROVECHAMIENTO, APROPIACIÓN E INTERPRETACIONES

4º COLOQUIO · ÁREA DE HISTORIA Y DISEÑO

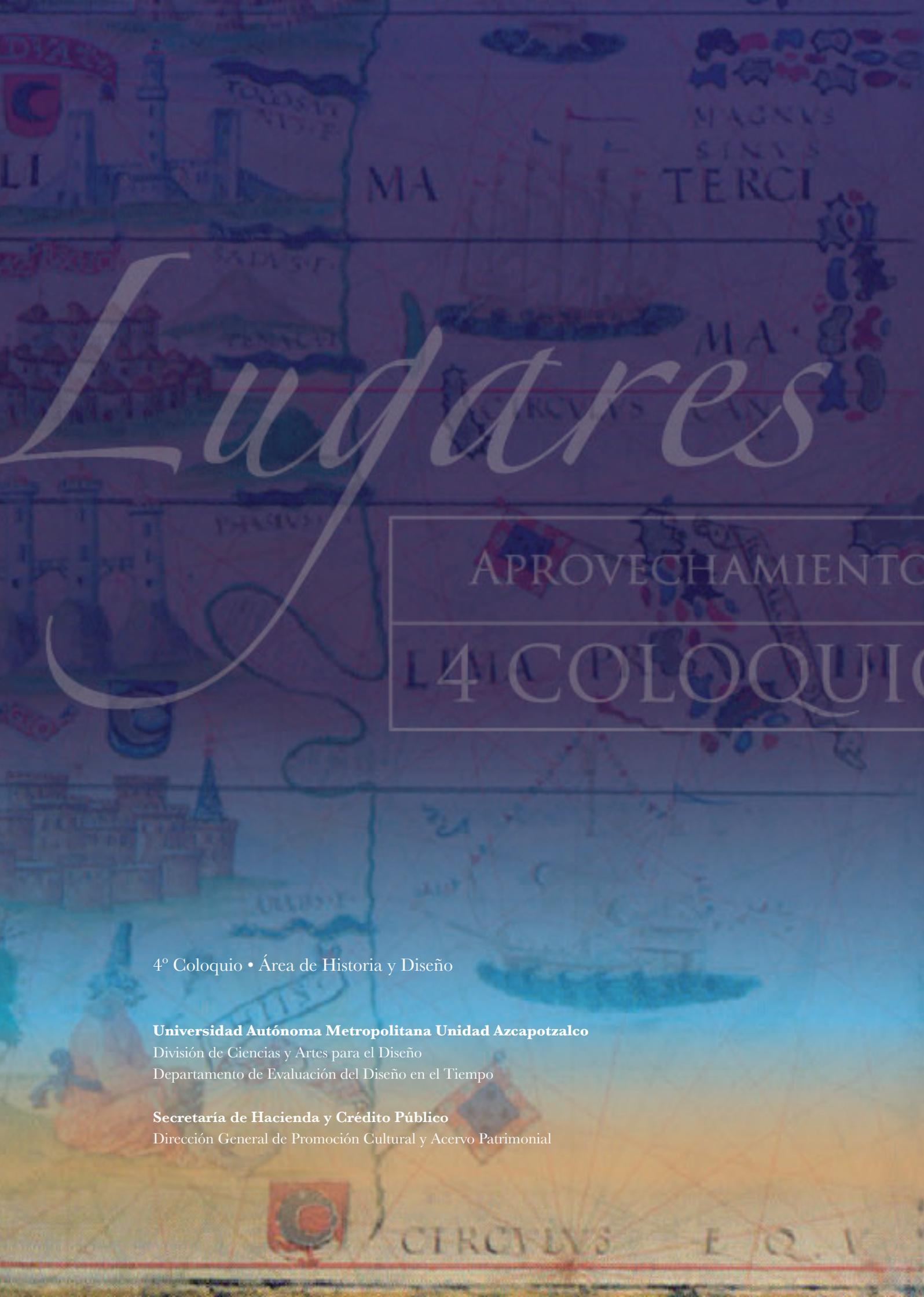
Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco

División de Ciencias y Artes para el Diseño
Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo

Secretaría de Hacienda y Crédito Público

Dirección General de Promoción Cultural y Acervo Patrimonial





Lugdres

APROVECHAMIENTO
4 COLOQUIO

4° Coloquio • Área de Historia y Diseño

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco

División de Ciencias y Artes para el Diseño

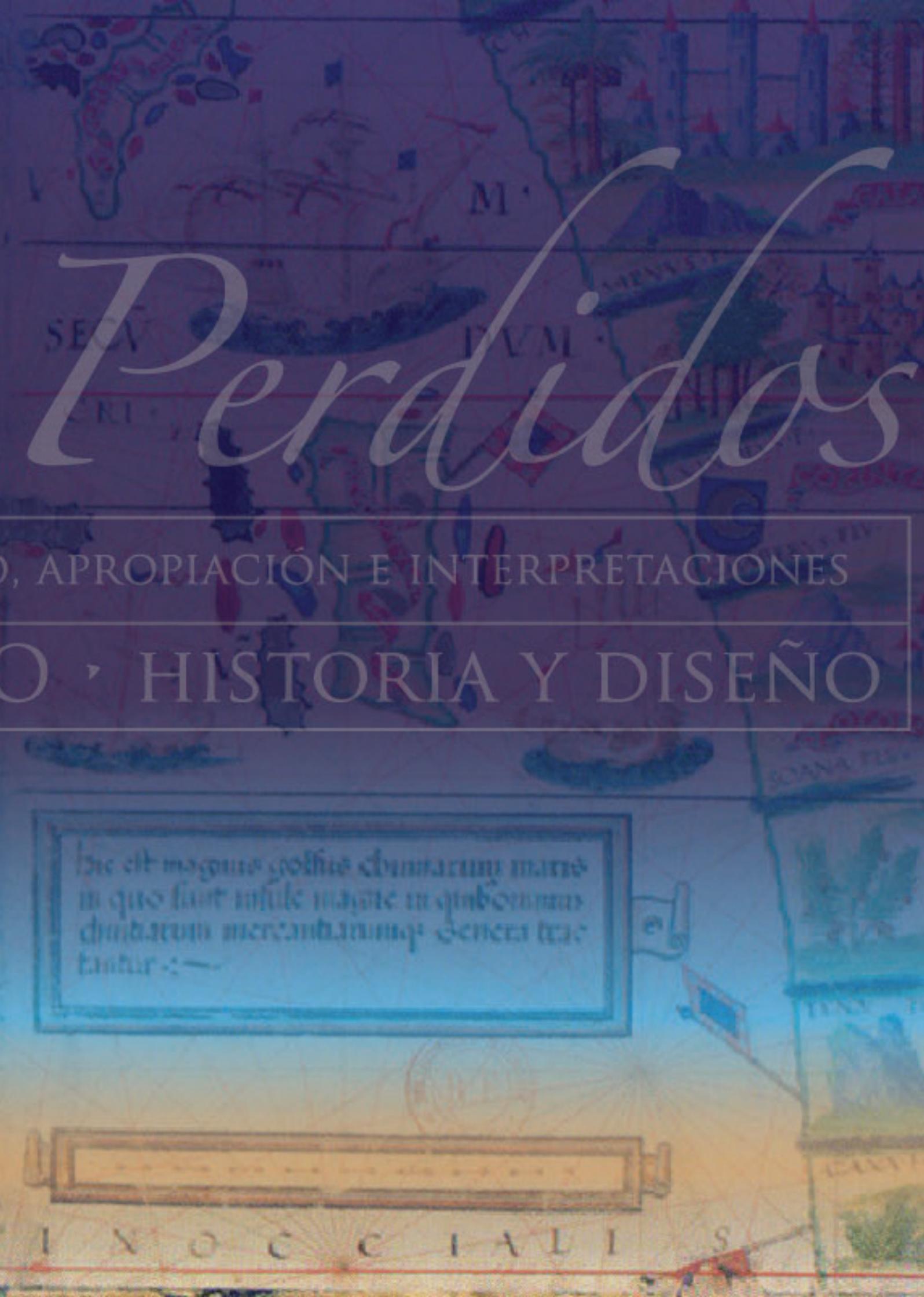
Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo

Secretaría de Hacienda y Crédito Público

Dirección General de Promoción Cultural y Acervo Patrimonial



CIRCVLVS EQV



Perdidos

O, APROPIACIÓN E INTERPRETACIONES

O ▸ HISTORIA Y DISEÑO

hic est magnus golfus circumarum maris
in quo sunt insule magne in quibonibus
diversarum mercantiarumq̃ Genera tra-
hantur :-

I N O C C I A L I S

LUGARES PERDIDOS

Aprovechamiento, Apropiación e Interpretaciones



4º COLOQUIO · ÁREA DE HISTORIA Y DISEÑO

Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo • CYAD • UAM Azcapotzalco

PRESENTACIÓN

Por cuarto año consecutivo, la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, a través del Recinto de Homenaje a Don Benito Juárez de la Dirección General de Promoción Cultural y Acervo Patrimonial, colabora con la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, en la celebración del coloquio interinstitucional sobre Historia y Diseño que anualmente organiza su Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo.

En esta ocasión, el Coloquio llevó por título: *Lugares perdidos. Aprovechamiento, apropiación e interpretaciones*. Las ponencias presentadas como parte de este evento académico proponen un acercamiento a diversos espacios públicos —en general de la ciudad de México— que hemos olvidado o convertido en leyenda popular por la vertiginosa transformación del paisaje y vida urbana en nuestro país a lo largo de dos siglos. Son estos espacios: instituciones de beneficencia, panteones, teatros, calles, paseos urbanos, parques, plazas; lugares perdidos que, sin embargo, han dejado vestigios de su existencia, del uso para el que fueron creados, de su significación política y social y decadencia ante las cambiantes coyunturas de la historia.

Nos complace enormemente ser sede nuevamente del Coloquio Historia y Diseño y nos congratulamos de continuar en esta labor que el museo Recinto de Homenaje a don Benito Juárez ha mantenido desde hace varios años, la de divulgar investigaciones históricas realizadas en instituciones de educación superior.

Arq. José Ramón San Cristóbal Larrea
*Director General de Promoción Cultural y Acervo Patrimonial,
Secretaría de Hacienda y Crédito Público*

ÍNDICE

- 13 EL TEATRO PRINCIPAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO
Y EL GRAN TEATRO NACIONAL: DOS ESPACIOS DE
VIDA URBANA QUE YA NO ESTÁN
Alejandro Ortiz Bullé Goyri
- 23 DE CANAÁN A AZTLÁN. FRAY DIEGO DURÁN Y LA
JUDEOCRISTIANIZACIÓN DEL INDIO Y DE SUS ESPACIOS
Augusto Roviroso
- 39 MIS ANDANZAS POR LAS LIBRERÍAS:
LO QUE LE VIENTO SE LLEVÓ...
Tómas Bernal Alanis
- 49 LA ALAMEDA CENTRAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO
DURANTE EL PORFIRIATO
Mónica Elizabeth Kuri Molina
Eduardo Hinojosa Robles
Daniel Jesús Reyes Magaña
- 63 TRAJINERAS Y CARRUAJES EN EL PASEO DE LA VIGA
Begoña Arteta Gamerdinger
- 79 ROSTROS DE LA CIUDAD: REVOLUCIÓN,
VIDA COTIDIANA Y ESPACIOS
Guadalupe Ríos de la Torre
- 97 LOS ESPACIOS LETRADOS EN EL SIGLO XIX MEXICANO:
UNA APROXIMACIÓN
Alejandro Moreno Flores

- 115 LUGARES DE LEYENDA OLVIDADOS:
LAS CALLES DE MÉXICO
Cecilia Colón Hernández
- 133 LAS INSTITUCIONES DE BENEFICENCIA PÚBLICA
DEL PORFIRIATO.
Consuelo Córdoba Flores
- 155 RUTA DE LA AMISTAD.
ESPACIOS PERDIDOS,MÉXICO 68
Guillermo Díaz Arellano
- 183 EL RECORRIDO DE UN ESPACIO PERDIDO:
DE VIDAS Y MILAGROS DE SEBASTIÁN DE APARICIO
Norma Durán Ramírez de Arana
- 203 LA CASA EN QUE HABITÓ GUILLERMO PRIETO
EN CADEREYTA, UN ESPACIO ABANDONADO
Margarita Alegría de la Colina
- 219 VIDA SIN MUERTE. DE LA LUCHA POR LA INMORTALIDAD
A LOS PANTEONES. CEMENTERIOS VIVOS EN LA CIUDAD
DE MÉXICO 1876- 1910
Marcela Suárez Escobar
Alberto José Ramos y Bolaños
- 235 CINE OLVIDO; REFLEXIONES SOBRE
ESPACIOS CULTURALES DESAMPARADOS
Luis Alberto Alvarado



EL TEATRO PRINCIPAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO Y EL GRAN TEATRO NACIONAL: DOS ESPACIOS DE VIDA URBANA QUE YA NO ESTÁN

Alejandro Ortiz Bullé Goyri
Universidad Autónoma Metropolitana • Azc.



"Si se exceptúa al público, todo lo demás es fatal... El Patio, bastante grande, es bastante mal hecho, porque ni se ve, ni se oye igualmente en todas partes... Los asientos son regulares, pero la distancia de unos a otros es tan corta, que es preciso entrar a remolque... Los palcos tienen la desventaja de estar encerrados, lo cual además de aumentar en ellos el calor, hace que la concurrencia sea menos vistosa... Un candil grande en el medio y dos chicos cerca de la escena, de antigua figura y un quinqué entre uno y otro palco forman la brillante iluminación..."¹

Así describe el estado general del teatro Principal de la ciudad de México un cronista teatral en el año de 1841, pero su crónica no es la única que describe el estado lamentable del célebre inmueble teatral de la ciudad de México, baste recordar la mención similar que hace al respecto la Marquesa de Calderón de la Barca por la misma época.

A pesar de esa triste situación en las salas teatrales en siglo XIX, la concurrencia de público era muy abundante y el ambiente siempre bullicioso, como de hecho venía ocurriendo desde la época novohispana. Los teatros eran los espacios de interacción social más importantes en la vida del país. Allí, lo mismo se presentaban las grandes comedias románticas, que las óperas más reconocidas de

¹ Cit., Manuel Mañón, *Historia del Teatro Principal*, México, Editorial Cuvulvra, 1932. p. 83.

Para más testimonios sobre el ambiente teatral Véase el artículo de José Octavio Sosa, "La ópera en México, Historia", www.proopera.org.mx/pasadas/novdic_3/Revista/42-44historia-nov11.pdf

Verdi; al igual que se organizaban grandes bailes, sin olvidar que en los teatros se realizaron convenciones, congresos constituyentes y se firmaron actas y documentos esenciales para la vida política del México del siglo XIX y buena parte del siglo XX.

Como ejemplo, en el Teatro de los Héroes, en Chihuahua, se realizó el juicio contra el General Felipe Ángeles que lo llevaría a su fusilamiento y, en el Teatro de la República en Querétaro se redactaría nuestra actual Constitución Política. Y no olvidemos que en el Teatro Morelos de la ciudad de Aguascalientes se celebró en 1914 y 1915 la célebre Convención de Aguascalientes, donde las facciones revolucionarias intentaron hacer un plan de acción para la Revolución Mexicana y, un año después en 1917, en el otrora Teatro Iturbide de la ciudad de Querétaro se promulgaría la Constitución que rige la vida nacional, desde entonces, el aparato oficial lo denomina como Teatro de la República y lo considera una reliquia nacional.

Por ello recordar la vida de los principales teatros del país, no sólo significa recordar y revivir un ambiente teatral, sino todo el entramado social que le acompañaba.

El Gran Teatro Nacional o Teatro Santa Anna, o Teatro Imperial o Teatro Vergara o...

Muchos lo conocieron como el Teatro Santa Anna, dedicado a Su Alteza Serenísima don Antonio López de Santa Anna, de quien hay en la actualidad muchos fervientes seguidores por todos conocidos; otros, en cambio, lo llegaron a conocer como el Gran Teatro Imperial en tiempos de Maximiliano, algunos lo conocieron también como el Teatro de la Ópera, pero de acuerdo con su impulsor, y con el arquitecto que lo diseñó, se llamó en realidad el Gran Teatro Nacional. Inaugurado el 10 de febrero de 1844, con un concierto de violonchello ejecutado por Maximiliano Boxer.

El empresario de origen guatemalteco Francisco Arbeu fue, como dijimos el autor de la idea de construir en la ciudad de México un teatro a la altura de los grandes teatros de su tiempo. El arquitecto responsable de la obra fue Lorenzo de la Hidalga, quien utilizó los terrenos de los números 11 y 12 de la calle de Vergara.

Don Antonio López de Santa Anna, como era de esperarse, puso la primera piedra de este fastuoso escenario que cumplió con las expectativas del culto público del México decimonónico. Dicha piedra contenía la siguiente inscripción: "El General Antonio López de Santa Anna, Benemérito de la Patria, Caudillo de la Independencia y Fundador de la República, con mano protectora de la Civilización puso éste cimientito siendo presidente, 1842", acuñada en una gran moneda de plata y depositada ahí junto con numerosas joyas de gran valor".²

El gran Teatro Nacional tuvo un costo de 350,000 pesos fuertes de la época, contaba con un cupo para dos mil doscientos cuarenta y ocho espectadores.

El Gran Teatro Nacional se inauguró solemnemente el 7 de abril de 1844, con la obra del comediógrafo novohispano Juan Ruíz de Alarcón, *Las paredes oyen* interpretada por la primera actriz Rosa Peluffo y el primer actor Antonio Castro.

Ya en febrero de ese mismo año se había realizado un gran baile de máscaras y luego un concierto del violinista alemán Maximiliano Bohrer. Su gran escenario medía 22 varas y 20 pulgadas, medidas que no nos dicen mucho, pero que sin duda eran grandes para la época, pues se siguieron los modelos de los grandes teatros franceses e italianos. En el vestíbulo del teatro había una gran estatua de Santa Anna, la cual, como también ocurrió con su pierna, fue destruida por el pueblo enardecido levantado en armas contra el dictador. Contaba con sala de billar, cafetería, guardarropa y amplios pasillos y candiles.

En el año de 1854 se estrenó ahí el Himno Nacional Mexicano, con la presencia del dictador Antonio López de Santa Anna, Su Alteza Serenísima, junto con un programa operístico encabezado por la obertura de la ópera *Nabuco* de Verdi y fragmentos de otras óperas como *La hija del Regimiento* de Donizetti, entre otras.³

El 18 de julio de 1867, con la República Restaurada, se realizó una solemne función especial en donde se presentó la comedia, *La piedra de toque* de Manuel Tamayo y Baus, junto con un paso alegórico, *La América Libre sosteniendo el pabellón nacional* interpretado por Isidoro Maiquez y Pepita Pérez, y en donde se interpretó el Himno Nacional Mexicano, el cual había sido estrenado, como se ha dicho arriba, en ese mismo escenario en 1854, siendo interpretado por la compañía de ópera que actuaba entonces y que acababa de presentar, *Atila* de Verdi. También en el Gran Teatro Nacional se iniciaron las célebres interpretaciones de la obra inmortal de José Zorrilla, *Don Juan Tenorio*.

Entre los grandes estrenos ahí ocurridos están *Bienaventurados los que lloran* del dramaturgo mexicano Juan A. Mateos, en julio de 1867. También allí inició su temporada el inolvidable actor español José Valero en 1868, y alcanzó un enorme triunfo el actor mexicano Manuel Estrada y Cordero con el drama, *Dalila* de Octavio Feuillet.⁴ Mientras que la picota inclemente comenzaba a hacer estragos en la estructura del Gran Teatro Nacional en el segundo semestre de 1900, para dar paso a la prolongación de lo que hoy es la calle de Cinco de Mayo y para que el viejo teatro fuese sustituido por el nuevo Teatro Nacional durante las fiestas del Centenario, mientras tanto, otro nuevo teatro se inauguraba en la ciudad de México: El teatro Renacimiento que, para su función inaugural contó con la escenificación de la ópera, *Aída* de Verdi a cargo de los cantantes, Linda Micucci y Cesare Cionni.⁵

2 Cfr. Mañón, p. 87.

3 Luis Reyes de la Maza, *El teatro en México en la Época de Santa Anna*, México, UNAM, 1979, pp. 16, 17 y 198.

4 Véase a Enrique de Olavarría y Ferrari, 1961, *Reseña Histórica del Teatro en México*, [pról.] de Salvador Novo], México, Ed. Porrúa, 3° ed., (1a. ed. de 1895, Imprenta La Europea).

5 Cfr. Luis Mario Moncada, "Cronología del Teatro en México", www.arts-history.mx/sitios/index.php?id_sitio=664140

El último recuerdo que tenemos del Gran Teatro Nacional es una nota aparecida en el mes de junio de 1900, en *El Diario del Hogar*, en donde se menciona la transacción de compraventa, previa a su irremediable demolición.

“La compra del Teatro Nacional”

Ha quedado terminada la escritura de compra del Teatro Nacional, cuya minuta había sido ya firmada por un alto empleado de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, en representación del Señor Ministro, y la viuda de don Agustín Cerdán, propietaria del edificio. Todo fue comprado en la suma de cuatrocientos quince mil pesos, siendo por cuenta del comprador los gastos que se originen, pagando al contado ciento cincuenta mil y en abonos anuales de ciento veinte mil hasta completar el total. En dicha compra se hayan comprendidas las casas números 10 y 11 de las calles de Vergara, y las números 4 y 4 ?, 5 y 51/2 de la calle Betlemitas, las cuales se encuentran situadas en la parte posterior del teatro. El gobierno por medio de su representante y del notario Gil Mariano León, tomó posesión del citado edificio.

El diario del Hogar, 28 de junio de 1900.⁶

Se fue el gran teatro y hubo que esperar hasta 1934, en que la ciudad y el país contará nuevamente, con una gran sala representativa de la cultura nacional como lo es el palacio de las Bellas Artes.

El coliseo de comedias de la ciudad de México; o Teatro Principal o cenizas...

Así las cosas, el Coliseo de Comedias de la Ciudad de México, antaño Coliseo Nuevo, y después llamado Teatro Principal fue, hasta su incendio en 1931, la plaza teatral más importante. El antiguo Coliseo había sido destruido por otro incendio en 1722, cuando curiosamente se representaba la comedia, *Ruina e Incendio de Jerusalem o Desagravio de Cristo*.

Reconstruido en 1753 con el sabio trabajo de los Alarifes José Eduardo Herrera y Manuel Álvarez, con el nombre de Coliseo Nuevo y la asistencia a su reinauguración del virrey Don Francisco de Güemes y Pacheco, se representó en esa ocasión, la comedia *Mejor está que estaba*.⁷ Ese teatro se encontraba en el patio del Hospital Real de Naturales, -por extraño que nos parezca que un teatro y todo su ambiente festivo se ubique en medio de un hospital-, esto era bastante común en la época, puesto que parte de las ganancias de los teatros se destinaban a sufragar los gastos de los hospitales.

Para el último tercio del siglo XVIII, bajo el virreinato de Don Antonio María de Bucareli, el Coliseo Nuevo sirvió incluso para organizar corridas de toros y peleas de gallos que el propio virrey mandó prohibir por decreto en el mes de febrero de 1779.

El Coliseo Nuevo constaba de cuatro pisos: el superior era la "Cazuela", los dos pisos siguientes eran de palcos, dieciocho palcos por cada piso y abajo estaba la sala de lunetas, con varias líneas de asientos que dejaban sitio atrás para el mosquete adonde acudían precisamente los "mosqueteros", espectadores de a pié, gente del pueblo incapaz de pagar los costos de entrada de un palco o un asiento. La sala era un octágono perfecto, conectada con un área rectangular donde se encontraba el escenario y todos sus respectivos camerinos y servicios de la escena.

Desde 1749 el virrey dispuso que la famosa "Cazuela", el ámbito más popular del Coliseo, se dividiera en dos partes, una para los hombres y otra para las mujeres.

Entre ambas partes de la cazuela estaba el cuarto o palco "de los vuelos", en donde había una enorme argolla por donde pasaba una cuerda que iba a dar al tablado del escenario y que era utilizada para que por ella se deslizaran arcángeles o demonios, cuando así lo requiriese la representación dramática.

Uno de los momentos más significativos en la vida de este escenario fue el 27 de octubre 182, cuando ahí se celebró una función en honor al Ejército Trigarante que entraba triunfal a la ciudad de México, y se representó la obra, *México Libre* con gran pompa y efectos especiales.⁸

Como suele ocurrir, el otrora refulgente coliseo de Comedias, pasó penurias a lo largo del siglo XIX, malas administraciones y estado deplorable de su aspecto y mantenimiento. Pero como sabemos, a pesar de su estado, el Coliseo Nuevo renació de sus cenizas hasta convertirse en las primeras décadas del siglo XX en el más concurrido escenario del país. En fin, si quieren saber más de este teatro acudan al Centro Nacional de Investigación Teatral "Rodolfo Usigli", en donde se encuentra una bellísima maqueta realizada por la investigadora Giovanna Recchia, así como también les invitamos a consultar su libro titulado, *Espacio Teatral en la ciudad de México*.⁹

6 *Apud.* Luis Reyes de la Maza, *El teatro en México durante el porfirismo*, México, UNAM-IIE, 1968.

7 Mañón, *op. cit.*, p. 17.

Cfr. Enrique Olavarría y Ferrari, *Reseña... op. cit.*,

8 Mañón, *idem*, p. 54.

9 Giovanna Recchia, *Espacio Teatral en la ciudad de México, siglos XVI-XVIII*, México, CITRU-INBA, 1993.

La noche que se incendió el gran teatro principal de la ciudad de México

El domingo primero de marzo de 1931 ocurrió uno de los desastres más terribles en la historia del teatro mexicano. El teatro Principal, el espacio teatral más antiguo y tradicional de América, quedó auténticamente reducido a cenizas en un incendio que en pocas horas consumió no sólo el edificio, que en sí mismo resultó una pérdida irreparable, sino junto con él se incendiaron los archivos que contenían documentos que reseñaban la historia del lugar, trastos, telones vestuarios, libretos, instrumentos, archivos de contabilidad; toda una parte grandiosa de la vida del teatro mexicano mismo desapareció esa noche de 1931. Para esa tarde y noche, el programa teatral estaba compuesto, por las revistas, *El fracaso del sábado*, *De España vengo* y *Los viudos alegres*.

El incendio ocurrió alrededor de las doce y media de la noche, casi al término de la última función, (no hay que olvidar que el teatro de revista funcionaba por tandas, de manera que había varias funciones en un sólo día), y se representaba, *El fracaso del sábado* en la que curiosamente se representaba un cuadro titulado, "El radio sillón" en donde cuando la escena lo requiría, saltaban chispas eléctricas del escenario, pero que como truco escénico resultaba inocuo para el teatro y los espectadores.

Sin embargo, pocos minutos después se escucharon en los camerinos, voces que venían desde el foro: "¡fuego! ¡fuego!" y un diputado que deambulaba por los camerinos comenzó a dar la voz de alarma.

He aquí el testimonio de don Pablo Prida Santacilia, uno de los dramaturgos consagrados del teatro de revista, y por entonces, empresario del Principal, del que citamos in extenso por lo importante de su testimonio:

"¡Un espectáculo imponente! Enormes lenguas de fuego, de todo lo alto del foro, se elevaban; de ellas se desprendían gruesas columnas de humo denso que oprimía la garganta; de los primeros términos apareció Pardavé, que estando en la escena cuando empezó la conflagración y sin medir la magnitud del peligro, se había adelantado hasta la orquesta para tranquilizar al público, que afortunadamente era muy escaso por tratarse de la última tanda del domingo. (...) los "habituales", unos pelotaris del Frontón México, algunos artistas de otros teatros eran los presentes, los que sumados seguramente no llegaban a cien en el patio de butacas; en las localidades altas, aunque había mayor número de personas, éstas salieron sin tropiezos. A Pardavé parecía que lo seguían las llamas que a los pocos instantes abarcaban todo el escenario, los telones, cortinas, como velas de barco encendidas avanzaban sobre la sala del teatro; comenzamos a oír los desplomes y a ver caer, ardiendo las cortinas y decorados que colgaban de los telares. El humo asfixiante nos obligó a salir en busca de oxígeno. (...)Recargada sobre un piano que estaba allí para

prestar sus servicios en los ensayos, se hallaba Carmen Cabrera, una tiplecita que había ido de visita y la que, embobada ante lo grandioso del espectáculo, había perdido la noción del peligro. La tomé del brazo (...) y casi a rastras la saqué de ahí. (...)Me situé en la acera de enfrente, a la entrada del Hotel Principal y desde ese lugar presencié cómo, en menos de un cuarto de hora, el fuego había acabado con todo el interior del teatro. (...) Momentos terribles de desesperación (...) hasta que al fin llegaron los bomberos. Todos llorábamos emocionados.”

Termina su crónica Pablo Prida Santacilia haciendo el recuento de los daños y enumerando las pérdidas humanas:

“(...) la característica Carmen Velasco de Jané, su señora madre, el doctor Daniel R. de la Vega, director del periódico “Omega”, la segunda tiple Guadalupe Rosales, que estando ya fuera del teatro recordó que su padre, que era apuntador, se hallaba dentro y volvió para no salir más, y con él murió; Benito Téllez, jefe de los utileros; Juan Chávez, ayudante de utilería; Jesús R. González, tramoyista que se desplomó desde lo alto de los telares; Luis Álvarez, ayudante del operador del reflector; Mariano González El Chileno”, tramoyista, y Miguel Zurita, utilero, (...)”¹⁰

Entre los pocos restos rescatados del terrible acontecimiento fue el libreto de la revista, *¡Viva el norte!* en el camerino de Roberto Soto que su compañía ensayaba, por entonces, para representarse en fecha próxima. Las llamas por suerte, sólo habían conseguido quemar los bordes del cuaderno que fue posteriormente puesto en exposición, en un aparador de la casa Rionda en la esquina de las calles de Madero y Bolívar, en la ciudad de México.

Triste final para ese lugar que fue considerado como "la catedral de la tanda" y que, en tiempos de la Colonia, cuando se le llamaba el Coliseo Nuevo, albergó a los más grandes autores y comediantes de la Nueva España, como fue el caso de Eusebio Vela, en el siglo XVIII.

Pero como suele decirse, "El espectáculo debe continuar" y a las representaciones de revista volvieron a tener lugar pocos días después en el teatro "Arbeu"; aunque el respetable, temeroso de acudir a teatros viejos e inseguros, tardó todavía algunas semanas en volver a llenar los teatros de la ciudad de México. Años después, el llamado Teatro de Revista se asentó en el Teatro Lírico hasta que fue desapareciendo de la cartelera teatral de la ciudad de México, a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta.

Con el incendio del teatro Principal de la ciudad de México, toda una época en la vida de la ciudad de México se fue quedando atrás. La vida cotidiana, las diversiones públicas y, particularmente la vida nocturna con sus tandas, sus revistas y sus zarzuelas, si bien no se acabaron de un solo golpe,

10 Pablo Prida Santacilia. ... *Y se levanta el telón, mi vida dentro del teatro*, México, Ediciones Botas, 1960, pp. 222-231.

pero sí ya no fueron lo mismo con la irreparable desaparición del que fuera el edificio teatral más antiguo y emblemático de América.¹¹

Pero con ello, también un nuevo modelo de teatro estaba naciendo en la floreciente y cosmopolita ciudad de México. Ya en la década anterior habían comenzado a aparecer otras formas de teatro, con su correspondiente edificio teatral, propio para su tipología escénica. El ejemplo más notable fue el célebre Teatro de Ulises, creado por el grupo de Contemporáneos bajo el mecenazgo de Antonieta Rivas Mercado, en 1928. Se trató de una experiencia de teatro de Elite, alejada del ambiente populachero y mundano del teatro de revista, que propugnaba por impulsar un nuevo modelo de arte teatral en México, el llamado Teatro de Arte, para lo cual acondicionaron la sala de un apartamento, en la calle de Mesones # 42 propiedad de la familia Rivas Mercado y al que terminaron por nombrarlo sus integrantes, como El Cacharro. En 1930, en el Paraninfo de la Universidad nacional, se comenzaban a dar las primeras funciones de teatro universitario, con el estreno de la obra de Tolstoi, *El primer Destilador*, dirigida por Roberto Lago. El año de 1931 fue un año clave para la historia del teatro en México. En el mes de febrero en París, en la Catedral de Notre Dame, se suicida Antonieta Rivas Mercado y su labor impulsora de la nueva cultura mexicana cosmopolita se queda truncada.

Para 1931 nuevos aires corrían ya en la vida teatral de la ciudad de México; comienzan a crearse nuevas salas teatrales para el nuevo teatro que venía conformándose. Así por ejemplo, en un pequeño espacio acondicionado para sala teatral en las instalaciones de la Secretaría de Educación Pública se inicia el también legendario Teatro Orientación, bajo la dirección del director de escena y cinematográfico Julio Bracho. En la Sala Orientación en ese año, se estrenan, con su grupo Escolares del Teatro, dos obras insignia de los orígenes del teatro de arte en México: *La más fuerte* de August Strindberg y *Proteo* de Francisco Monterde. Esta última con decorados y máscaras del escultor Germán Cueto. Así que si bien, el Teatro Principal dejó de existir para la fisonomía de la ciudad de México, otros espacios nacieron y se reprodujeron a lo largo de varias décadas del siglo XX: los famosos teatros de arte o experimentales, conocidos después, como teatros de bolsillo. Pero esas en efecto son otras historias, quedémonos aquí conformes con haber reseñado momentos de la vida urbana y cotidiana de la ciudad de México, a través de dos de sus teatros más célebres: El Coliseo de Comedias de la Ciudad de México o Teatro Principal, perdido para siempre a causa de un incendio, y el majestuoso Gran Teatro Nacional, el cual a pesar de todo, le heredó su grandeza al nuevo teatro nacional, que sería a partir de su inauguración en 1934, el Palacio de Bellas Artes, referencia inequívoca de la vida cultural y social de inquebrantable ciudad de los Palacios.

11 Por cierto, vale la pena acotar que en el año de 1900, en el mismo año en que se acabará la vida del Gran Teatro Nacional, el Teatro principal de la ciudad de Veracruz es atacado por el fuego, quedando de él tan sólo cenizas, como una triste premonición de lo que le ocurriría treinta años después al teatro Principal de la ciudad de México.

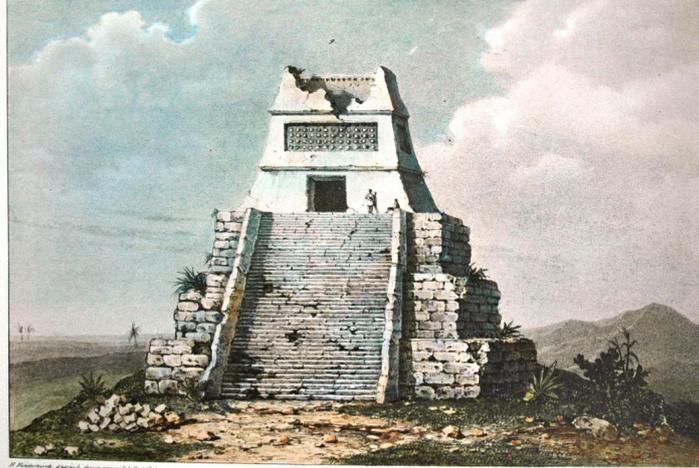
Bibliografía

- Othón Arróniz, *Teatro y escenarios del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1977.
- Héctor Azar, (editor) *Teatros de México*, México, BANAMEX, 1991.
- Gustavo Casasola, *6 siglos de Historia gráfica de México*, México, Editorial Gustavo Casasola, 1978. 7 vv.
- Manuel Mañón, *Historia del Teatro Principal*, México, Editorial Cvulvra, 1932.
- Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña Histórica del Teatro en México*, [pról. de Salvador Novo], México, ed. Porrúa, 3° ed., (1a. ed. de 1895, Imprenta La Europea).
- Pablo Prida Santacilia, *...Y se levanta el telón, mi vida dentro del teatro*, México, Ediciones Botas, 1960, 346 pp.
- Giovanna, Recchia, *Espacio Teatral en la ciudad de México, siglos XVI-XVIII*, México, CITRU-INBA, 1993.
- Luis Reyes de la Maza, *El teatro en México durante el porfirismo*, México, UNAM-IIE, 1968.
- ___, *Cien años de Teatro en México*, México, SEP, (col. Sepsetentas, 61, 1972).
- ___, *El teatro en México en la Época de Santa Anna*, México, UNAM, 1979.
- ___, *El teatro en México durante el Porfirismo*, México, UNAM, I.I. E., 1968.
- Maya Ramos Smith, *Censura y teatro novohispano (1539-1822)*, México, CITRU-INBA, 1998.

Fuentes

Luis Mario Moncada, "Cronología del Teatro en México",
www.arts-history.mx/sitios/index.php?id_sitio=664140

José Octavio Sosa, *La ópera en México*, Historia,
[http://www.proopera.org.mx/pasadas/novdic_3/Revista 42-44historia-nov11.pdf](http://www.proopera.org.mx/pasadas/novdic_3/Revista%2042-44historia-nov11.pdf) . www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=fototeca



H. Fischer del., d'après le dessin original de Goussier

10 Plaque *Antiquités Mexicaines* sur 20 cent.

L. Lalauze grav.

DE CANAÁN A AZTLÁN.
FRAY DIEGO DURÁN Y LA JUDEOCRISTIANIZACIÓN
DEL INDIO Y DE SUS ESPACIOS

Augusto Rovirosa
Universidad Autónoma Metropolitana • Azc.



“Sé de un hombre en Cristo que catorce años atrás
(si en el cuerpo o si fuera del cuerpo no lo sé: Dios lo sabe)
fue arrebatado hasta el tercer cielo.
Y sé de tal hombre que fue arrebatado al Paraíso,
y oyó palabras inefables que no puede el hombre decir”.

Pablo Apóstol. Segunda epístola a los Corintios

**Paraísos novohipanos.
Fray Diego Durán y la Génesis del criollismo edénico.**

El dominico Fray Diego Durán, quien vivió desde su infancia en el Nuevo Mundo, conviviendo con los indios americanos del siglo XVI, redactó una singular crónica sobre el origen de los indios. En *La historia de las indias de Nueva España e islas de tierra firme*,¹ relevante por ser considerada una de las obras más fundamentales, elocuentes y pormenorizadas sobre los indios precolombinos, y por

¹ Fray Diego Durán, *Historia de las indias de Nueva España e islas de tierra firme*, México, CONACULTA/ Cien de México, 1995.

representar la génesis de una retórica criolla que iría vindicando la naturaleza de los americanos, por medio de la consigna del origen hebreo de los indios, y una supuesta intuición del cristianismo en los tiempos precolombinos.

Durán, el “hijo de México”, como lo calificaría Agustín Dávila Padilla, ingresó en 1559 a la Orden de Predicadores, donde se ordenaría como fraile, emprendiendo la labor de cronista al servicio de la orden y de su proyecto evangelizador. Al igual que la obra de Fray Bernardino de Sahagún, la crónica de Durán ha sido celebrada por la amplitud de aspectos abarcados; por la puntualidad descriptiva y la abundancia de información que ofrece. Ha sido calificada como una obra con perfiles etnológicos.

Durán pretendió comprender con mayor certeza la religiosidad de los pueblos indios. Consideró que con el estudio de su historia, en los ámbitos sociales, tradicionales y políticos, podría advertir mejor la religiosidad idolátrica que la Orden de Predicadores buscaba erradicar.² Sin embargo, la interpretación de la historia de los nahuas constituyó para Durán, la fundamentación de una ontología del indio conforme con la realidad colonial que gradualmente iba definiéndose en términos esencialmente religiosos.³

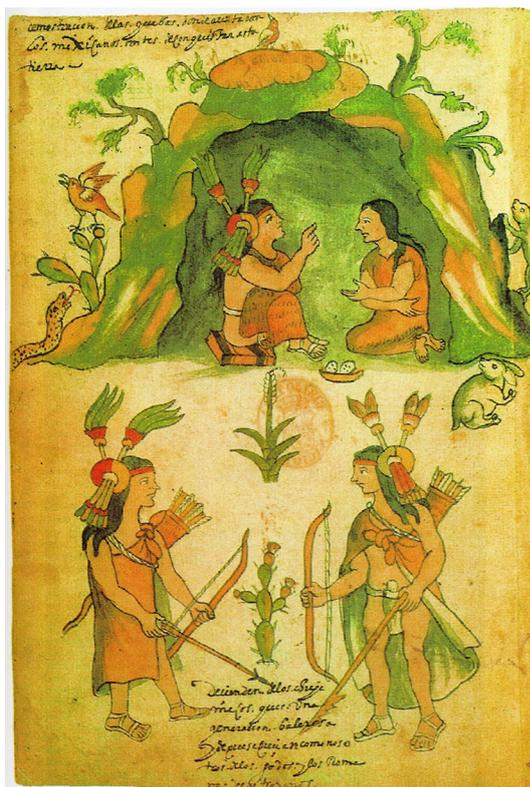


Lámina del denominado *Códice Durán*, donde se representa un entorno indiano paradisiaco. Durán consignó el relato de un dirigente antiguo que a la usanza de Moisés, “con una vara que en la mano traía dio en el agua con ella y que luego se abrió la mar y entraron por ahí, él y sus seguidores...” afirmando así, la condición judía de los mexica.

Fincado sobre la autoridad de las Sagradas Escrituras, en particular sobre el Antiguo Testamento, contribuyó relevantemente a la formulación de una premisa teológica que postulaba la predicación del apóstol Tomás en el Nuevo Mundo. Durán unificó elementos de la religiosidad indígena con aspectos medulares y profundos de la liturgia cristiana, a propósito del creciente desencanto ante la gesta de conquista, la necesidad de desvincularse de ella, y de poner en entredicho sus méritos. Asimismo, la retórica del fraile contribuía a los constructos de la fundamentación espiritual de la Iglesia novohispana, que se vincularían con las inquietudes criollas dedicadas a promover la idea de una América piadosa, profusa y edénica, que posteriormente consignaría a la Nueva España y a los americanos, como destacados habitantes del “paraíso occidental”.

La obra de Durán fue precursora del ideal del paraíso como “topos retórico”. Redactada en un periodo de determinada “efervescencia historiográfica”, en que se exacerbaban los proyectos por advertir y determinar la naturaleza de los indios y el lugar que debían ocupar en el entorno colonial, su obra retomó las particularidades del pasado indígena para constituir una versión imaginaria, donde la abundancia del entorno natural permitiría proyectar una visión paradisíaca, que a propósito de los indios “judeocristianos”, o en un supuesto estado de predisposición ante la fe evangélica, establecería un importante precedente literario para el orgullo de la patria criolla.

En el barroco novohispano la idea del paraíso se promovió como una metáfora que se dirigía hacia la constitución del mito. La retórica criolla construyó diversas analogías entre los entornos geográficos novohispanos y el edén bíblico.⁴ Motivados por el ambiente anti-luterano, diversos testimonios del siglo XVII consignaban a las sociedades americanas como partícipes del “reino de Cristo”, depuradas de cualquier herejía protestante, y caracterizadas por la concordia y la pureza, donde portentosamente, matas, capullos, flores, fuentes maravillosas, y “árboles de la vida”, así como magueyes, nopaleras y paisajes propiamente americanos, figurarían como elementos simbólicos, que tanto en la literatura como en las obras gráficas, enmarcaban las representaciones de entornos “indocristianos”, los cuales afirmaban la sacralización de América como un espacio divino, supremo e inserto en los planes providencialistas del reino de Dios.

Inspirada en el *Génesis* y el *Apocalipsis* bíblicos, la calidad edénica de América y de la Nueva España se fincaba sobre simbolismos morales como la fertilidad, la riqueza mineral y la benignidad del clima; esto como preludeo para hacer encomio de las virtudes, las habilidades y el ingenio e inteligencia de los novohispanos.⁵ Al respecto, la relevancia de la obra de Fray Diego Durán se revela al considerar que, al ocuparse de los amerindios, consiguió manifestar los atisbos de un nacionalismo criollo donde la idea de los indios *judeocristianos* resultaba propicia.

2 Vid., José Rubén Romero y Rosa Camelo. “Fray Diego Durán”, en *Historiografía mexicana*, (Coord. General de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo), Vol. 1, *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, UNAM, 2003.

3 Vid., David Brading. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, SepSetentas, 1973.

4 Antonio Rubial, *El paraíso de los elegidos*, México, FCE. UNAM. FF y L, 2010, pp. 214-219.

5 *Ibid.*

El retorno a Aztlán. Recuerdo y premonición

“La dialéctica de los espacios sagrados delata siempre la nostalgia del paraíso”.

Mircea Eliade

La crónica de Fray Diego Duran narra singulares y significativos episodios de la historia mexica precolombina, que ilustran la forma en que la retórica del dominico transformaba los lugares míticos de la tradición nahua-mexica, en sitios paradisiacos que evocaban los espacios y contextos del antiguo pueblo hebreo, originario de la Tierra Santa de Palestina.

Algunos personajes de la historia de Durán se esbozarían con actitudes piadosas, proféticas, o simplemente proclives a los valores de la doctrina judeocristiana. El dominico consignaría al rey Moctezuma primero, como un dirigente sensible y agradecido que buscaba el origen de sus antepasados aztecas para hacer un suntuario ofrecimiento en gratitud por el desarrollo y la expansión del reino mexica, y para tener comunicación con la madre de Huitzilopochtli, el dios patronímico de los mexica.

“...y también tenemos noticia que la madre de nuestro dios Vitzilopochtli quedó viva; podría ser que lo fuese todavía y así ofrecedle y an, (han de ofrecerle) lo que llevase y decilla y ha que gozase de lo que su hijo había ganado con la fuerza de su brazo y pecho y la fuerza de su cabeza”.⁶



Figuración del lugar de las siete cuevas, de donde saldrían siete tribus aztecas itinerantes. Un elemento de la tradición indígena que resultaba pertinente para la retórica salvacionista de Durán. *Códice Durán*.

Según Durán, la convicción de Moctezuma por recibir noticia de la legendaria Aztlán fue motivada por intervención divina. El legendario Tlacaelel reconocía que Moctezuma, “no es goberna-

do y movido tu real pecho por tus motivos propios, sino sin duda por alguna deidad eterna causa de todo bien en esta naturaleza criada”.⁷ Bajo esa reticencia, el discurso del dominico iba esbozando el preámbulo de un relato fantástico sobre el retorno al origen divino de los mexica, entendido y postulado, de manera reticente, como el retorno al supuesto origen hebreo de los indios. Determinada “iluminación divina”, “eterna”, y sugerentemente monoteísta, inquietaba a Moctezuma y le motivaba a vincularse con el pasado mítico de su tribu.

En el primer capítulo de su obra, Fray Diego Durán advirtió que los habitantes de las indias eran naturalmente “judíos y gente hebrea”.⁸ Así, la óptica con la que narró el retorno de éstos a la portentosa Aztlán fue consecuente con dicha advertencia, asimilando la parte más auténtica e íntima de la religiosidad nahua con fundamentos de la doctrina yahvista.

Durán narró una regresión. El viaje hacia un lugar místico e imaginario fue plausiblemente resultante de una experiencia chamánica de naturaleza alucinógena (“que con sus hechicerías y encantamientos descubriesen esos lugares”⁹) y, que inevitablemente, y en consecuencia con la lógica escolástica y con los límites que la Iglesia establecía en torno a las fronteras entre lo real y lo imaginario debía consignarse como obra demoníaca:¹⁰ “Volviéndose en forma de aves unos, y otros en forma de bestias fieras, de leones, tigres, adibes, gatos espantosos, llevóles el demonio al lugar de sus antepasados”.¹¹ Así, un séquito de hechiceros o brujos se congregaron para “retornar” colectiva y mágicamente al lugar primigenio, donde había nacido Huitzilopochtli; sitio que en otrora fuera habitable y edénico y que a juicio de Tlacaelel, en los tiempos de Moctezuma resultaría inhóspito.

“...porque aunque nuestros padres y abuelos la habitaron, estaba muy viciosa (vistosa) y amena y muy deleitosa, donde tuvieron todo descanso y donde vivían mucho, sin tornarse viejos ni cansarse, ni tomar de ninguna cosa necesidad, pero después de que de allí salieron todo se volvió de espinas y abrojos; las piedras se volvieron puntiagudas para lastimarlos y las yerbas picaban, los árboles se hicieron espinosos: Todo se volvió contra ellos para que no supiesen ni pudiesen volver allá”.¹²

La descripción que Durán realizó sobre la mítica Aztlán coincide con lo que la tradición edénica del barroco promovería a la postre; panoramas de abundancia plagados de elementos autóctonos

6 Fray Diego Durán, *Historia de las indias de Nueva España e islas de tierra firme*, México, CONACULTA/Cien de México, 1995, vol. 1., cap. XXVII.

7 *Ibid.*,

8 *Ibid.*, vol. 1., cap. I.

9 *Ibid.*, vol. 1., cap. XXVII.

10 *Vid.*, Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario*, México, FCE, 1991, pp. 186-202.

11 Durán, vol. 1., cap. XXVII.

12 *Ibid.*

pero con un sentido cristiano. Aztlán, el “lugar de blancura”, ostentaba una laguna circundante, diversidad de especies como “patos de todo género”, garzas, gallinas, aves coloridas, peces, fuentes, sauces, sabinas, personajes longevos, y la existencia de dos cerros principales: el Coatepec y el Culhuacan. En este último habitaba Coatlicue. El cerro de Culhuacan, dotado de una sacralidad específica, exigía para su ascenso, una óptima condición física que exigía determinado ascetismo y, a la usanza de los arquetipos de los espacios sagrados:

“...fueron tras el viejo (el ayo de Coatlicue, madre de Huitzilopochtli) el cual empezó a subir por el cerro con gran ligereza y sin pesadumbre, ellos iban tras de él, zahondando por la arena, con gran pesadumbre y trabajo. El viejo volviendo la cabeza, vídolos que la arena les llegaba casi a la rodilla... quedaron metidos y atascados en la arena hasta la cintura.”¹³



Representación de “Huitzilopochtli”, dios patronímico de los mexica, a quien se le atribuían cualidades virtuosas que para Fray Diego Durán resultaban empáticas con el cristianismo. *Códice Durán*.

El retorno mágico de los enviados de Moctezuma con destino a Aztlán se consignaba como portentoso; había conseguido soslayar las barreras que por intervención divina se crearon para impedir el fácil regreso de los mexica (“todo se volvió contra ellos para que no supiesen volver allá”).

La teoría de las religiones ha interpretado la incapacidad de acceder o vivir en el paraíso, como una carga simbólica referente a la necesidad de los pueblos de asociarse con un origen divino y supremo, de no fácil acceso (en el ámbito de la espiritualidad y la vida frugal), pero dotado de un anhelo colectivo que propicia la nostalgia hacia él, y la constitución de mitos en torno a personajes heroicos capaces de conquistarlo.

¹³ *Ibid.*

Mircea Eliade definió “la nostalgia del paraíso” como el deseo humano de encontrarse (sin esfuerzos) en el “centro del mundo”; un lugar sacralizado que confiere una condición divina a sus habitantes y les brinda la posibilidad de ubicarse y asimilarse en el “centro del mundo”, de la realidad y de la sacralidad.¹⁴ Según Eliade, los equivalentes de dicho centro suelen ser los árboles, la naturaleza y la magia. Sin embargo, el acceso a los edenes suele implicar un obstaculizado y laberíntico camino iniciático que, como ocurre en los ámbitos esotéricos de la humanidad, implica también tribulaciones ascéticas relacionadas con el camino al “sí mismo” y al “centro del ser”.¹⁵

Así los enviados de Moctezuma -que según el relato de Durán era un hombre sensible y agradecido-, no se hallaban en plenas condiciones para ingresar al espacio sagrado y dialogar con Coatlicue. No obstante, el encuentro se había concretado y en ese marco la diosa había clamado por su hijo y solicitado le dieran noticias de la espera que ella, penitentemente, realizaba en torno a él.

Posteriormente, Durán expuso la consigna de una enseñanza que desde Aztlán se enviaba a los mexicas con respecto a la ingesta de cacao, estimulante de uso extendido en las culturas mesoamericanas, que junto con la ostentación de riquezas que los emisarios de Moctezuma llevaron a Coatlicue, conformaba una prodigalidad poco adecuada los ámbitos sacros a los que se acercaban.

De manera favorable, Coatlicue se postulaba como una deidad ascética y penitente, que exigía a los suyos, por medio de su ayo, cumplir con aquellos elementos de frugalidad y expiación que ancestralmente acompañan a los más abigarrados fenómenos religiosos.

Asimismo, la edénica Aztlán, como el paraíso bíblico y como los centros cósmicos en general, confería inmortalidad a sus habitantes. Coatlicue es representada como una anciana “ya de grande edad”, y su ayo, como un veterano anciano, que al ascender por el cerro de Culhuacan rejuvenecía constantemente. De igual modo, el retorno a Aztlán instruía a los mexica en torno a la mortalidad.

“Esas comidas los tienen (el cacao), hijos míos, graves y pesados, y no os dejan llegar a ver el lugar donde estuvieron vuestros padres y eso os ha acarreado la muerte, y esas riquezas que traes no usamos acá de ellas, sino de pobreza y llaneza...”¹⁶

En el caso de Coatlicue, Durán supo figurar una deidad amerindia capaz de ser empática con los ideales de ascetismo y penitencia que promovía el cristianismo; posiblemente, la auténtica tradición nahua integraba elementos aproximados a dichos ideales. El relato de Durán constituyó una dialéctica de sitios imaginarios y personajes míticos que nutrían sus pretensiones retóricas en torno a la naturaleza judeocristiana de los indios y de sus espacios.

14 Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, México, Era, 1972, pp. 328-342.

15 *Ibid.*, pp. 340-341.

16 Durán. Vol. 1. Cap. XXVII.

Evidentemente, el relato de Durán sobre el retorno a Aztlán connota una invitación a los indios para entrar en contacto con su sacralidad, pugnando por un simbólico abandono del fausto imperialista ostentado en la búsqueda de una vivencia edénica, que por medio de la adopción de prácticas frugales, como la abstinencia del cacao, les permitiría acceder a las prerrogativas del “centro del mundo” que, en términos de Mircea Eliade, es paradójicamente, de fácil y difícil acceso.¹⁷

Fray Diego Durán escribió este relato, de evidentes elementos propiamente indígenas, con dos pretensiones palmarias: contribuir a la justificación de la empresa de conquista (como preludeo de la evangelización), y proyectar un mejor derrotero para el proceso evangelizador. De esa manera, formuló una actitud profética en torno a Huitzilopochtli, quien advertiría el error de sus huéspedes, y los castigos que a éstas asolarían por servir a otras divinidades, que seguramente no estarían investidas con la prudencia y espiritualidad que tanto a él como a su madre se atribuían.

“En cuanto poblase aquella tierra prometida, en el cual tiempo debe hacer guerra a todos provincias y ciudades, villas y lugares, traedlos y sujetadlos a mi servicio, pero me lo han de quitar y tornar a gentes extrañas, y me han de hechar de aquella tierra, entonces me vendré aquí, porque aquello que he de sujetar con mi espada se ha de volver contra mí”.¹⁸

Ante el misterioso regreso de los emisarios, del que no todos retornarían: “notaron que faltaban veinte, dijeron que las bestias o las aves de rapiña se los habían comido”, el gobernante se enteraría de la desventurada advertencia que enviaba Huitzilopochtli. Informaba que abandonaría la tierra de los mexicas, de la que sería desterrado para volver a Aztlán, privando a éstos del dominio y protección que sobre ellos ejercía. Lo anterior se desvela como un esquema implícito de la tradición bíblica, donde el dios tutelar de determinado pueblo elegido -el hebreo-, se decepcionaría del comportamiento del mismo, advirtiendo su consecuente abandono.

En este pasaje, la asimilación de Durán entre Huitzilopochtli y Yahvé resulta discreta, sin embargo, aporta elementos para que el fraile exponga la forma en que los mexica podían advertirse como una de las tribus de Israel, que como lo describía el libro de Oseas, había sido dispersada y castigada por la corrupción de costumbres. Implícita y simbólicamente, el retorno al Chicomostoc constituía el retorno a la Palestina; en un complejo discurso de asimilación y dialéctica de elementos religiosos, Aztlán se convertía en Canaán.

17 Eliade. *Ibíd.*

18 Durán, *Ibíd.*

De Canaán a Aztlán. La constitución del indio judeocristiano desde los espacios simbólicos

Del encuentro entre peninsulares y amerindios se propició una coincidencia en torno a la valoración de los espacios metafísicos o “suprareales” por parte de ambas cosmovisiones. En ambas realidades se confería mayor importancia a lo divino. Serge Gruzinski destacó que para evangelizadores e indios, lo sobrenatural, realidad ulterior e indiscutible en ambos entornos, constituía también lo que les aproximaba.¹⁹

La cristianización de los indios del siglo XVI se valió de una “colonización” de los lugares mítico-sagrados de la tradición nahua. El Mictlán o inframundo se asoció con el infierno cristiano; a su vez, el cielo fue designado bajo el término *ilhuicatl*, un concepto amerindio relacionado con los diversos espacios celestes. De igual forma, las deidades cristianas más próximas fueron relacionadas a las del panteón indígena, bajo un ambiguo entorno evangelizador que optaba por proceder con su propia terminología, relacionándola con lo amerindio.²⁰

El juicio de los frailes con respecto a la iconografía india fue generalmente agreste. Un repudio estético y moral caracterizaba la reacción de los curas ante las cruentas y abigarradas representaciones indígenas. Frailes como Fray Diego Durán no vacilaron en asimilar las formas idolátricas indias a diversas costumbres cananeas narradas en la Biblia, como hórridas y cruentas. Una exégesis bíblica occidentalizaba a los indios, partiendo de los elementos representativos.

Explicando a los amerindios como “gente advenediza de extrañas y remotas regiones”, advertía lo colegido de las relaciones y pinturas antiguas. Durán afirmó que el arribo de los indios a las tierras americanas era el resultado de la expulsión que habían sufrido de Tierra Santa y de la región de Asiria, donde el rey Salmanasar los había cautivado.

Según el segundo libro de *Reyes*, citado por Durán para aludir al origen y naturaleza hebrea de los amerindios, el reino de Israel irritó la ira de Yahvé, pues edificó altares idolátricos en diversas ciudades, así como “palos y cipos sagrados en todo collado alto y árbol frondoso”.²¹ Como se advirtió, quebrantó la alianza establecida entre Dios y los pueblos de Israel y Judá, Yahvé optaría por desterrarlos a un itinerante calvario de afrentas y vejaciones, mismo que generaría dispersión, multiplicación y un postrero exterminio de casi a totalidad de las tribus y de sus descendientes.

19 Gruzinski, *Ibid.*

20 *Ibid.*

21 2 Reyes, 17, 7-23.

La interpretación del dominico en torno a la naturaleza hebrea de los indios se fincó principalmente en el yahvismo y la tradición profética. La figura de Yahvé como Dios omnipotente, celoso y unívoco, se consolidó como un factor medular en el proceso de vinculación entre las tribus hebreas del periodo de asentamiento en Palestina.²² Al considerar que en un principio, las tribus no compartieron asentamientos geográficos entre sí, se comprende que el factor religioso fue una forma de propiciar cohesión e identidad entre las tribus. Ante ese panorama, y debido a la diversidad de ritos y cultos mágicos, expiatorios y cruentos de los cananeos, se intensificó una severa aversión hacia los ritos paganos, que constantemente generaban una experiencia tentadora para los miembros del “pueblo elegido”.



Representación del cacao, un producto nocivo para la espiritualidad del indio, según puede interpretarse en el relato de Durán. *Códice Florentino*.

Según el providencialismo de la tradición bíblica, Yahvé era quien permitía que sus elegidos cayeran en los cultos mendaces. De esa forma, la tradición profética advertía de los riesgos que enfrentarían en caso de hacerlo, y las resultas de ello. Así, el testimonio del profeta Oseas, empleado por Durán para testificar la dispersión de las tribus hebreas en todo el orbe, consignaba la decisión yahvista de castigar a los “traidores” ante una infidelidad ya advertida por él: “No tendré piedad de sus hijos porque son hijos de disolución (...) porque se han dado a la mala vida su madre (...) por eso he aquí que yo obstruiré el camino con espinas”.²³

Desde cierta perspectiva bíblica, no había peor escarmiento que la confusión y el culto hacia los ídolos. En su omnipotencia, Yahvé consignaba según el *Deuteronomio*, que por la corrupción moral: “El señor te herirá de locura, de ceguera y de delirio mental”.²⁴ Con ello, la idolatría india se inser-

22 Vid. Gerard Von Rad. *Teología del antiguo testamento*, vol. 1, Biblioteca de estudios bíblicos, Sígueme, 1974.

23 Oseas.

24 Deuteronomio, 4.

taba en la tradición occidental, y se interpretaba como una licencia yahvista en la que el demonio intervenía (“llevolos el demonio al lugar de sus antepasados”).²⁵

Así, la diversidad de ritos amerindios que Durán describió en su obra, parece haberle confirmado la idea de que éstos fueran hebreos y vivían bajo la égida idolátrica. El *Deuteronomio* advertía de la adoración a dioses de piedra y madera que “no oyen, ni respiran”, y de la necesidad que los israelitas sentirían de hallar al verdadero Dios: “Allí buscareis al señor tu Dios y le hallaréis si con todo tu corazón y toda tu alma le buscas”.²⁶ Con ello, Durán iría acentuando la posibilidad de un pueblo que “intuitivamente” buscaría retornar a su “verdadera sacralidad”.

Durán fue distinguiendo entre la diversidad de los pueblos mesoamericanos del siglo XVI. Con este procedimiento, resaltó aquellos que le parecieron más afines a la “condición hebrea”, y otros que exacerbadamente idólatras y gentiles, como los huastecos, “eran como cananeos que no guardaban la ley”.²⁷ Con ello, además de atisbar las glorias de una república mexicana, significativa y “precrisiana”, consiguió plasmar un entorno similar al de la Palestina de los hebreos, donde entre la pluralidad de deidades idólatras, podía advertirse la noción de un Dios supremo, bajo la figura profética de personajes singulares como Huitzilopochtli o Topiltzin, que:

“Vivía muy castamente y muy penitenciero. Tenía por ejercicio el edificar altares y oratorios por todos los barrios y poner imágenes en las paredes, sobre los altares, y hincarse de rodillas ante ellos y reverenciarlas y besar la tierra, algunas veces con la boca, otras con la mano; el ejercicio del cual era continua oración: dormía siempre en la piana del altar, que edificaba en el suelo, llegaban así sus discípulos y los enseñaba a orar y a predicar, a los cuales llamaba tolteca, que quiere decir oficiales o sabios en algún arte”.²⁸

El indio de Fray Diego Durán sería propiamente judeocristiano. Aunque persuadido por las “maldiciones” narradas en el *Deuteronomio*, cegado y ansioso de Dios, su cualidad hebrea sería lentamente “renovada”, partiendo de los visos del cristianismo mesiánico. Por ello, Topiltzin parecía haber sembrado el cristianismo en América, por medio de las cruces que él mismo habría entallado sobre las peñas.²⁹ Así, la empresa evangelizadora implicaba para los indios la inserción necesariamente cruenta, en el Nuevo Testamento y en la prefigurada fe en Cristo: “Y de aquel castigo les había de enviar Dios (...) como después lo vieron cumplido en la venida de los españoles”.³⁰

25 Durán, vol. 1., cap. XXVII.

26 Deuteronomio, 4.

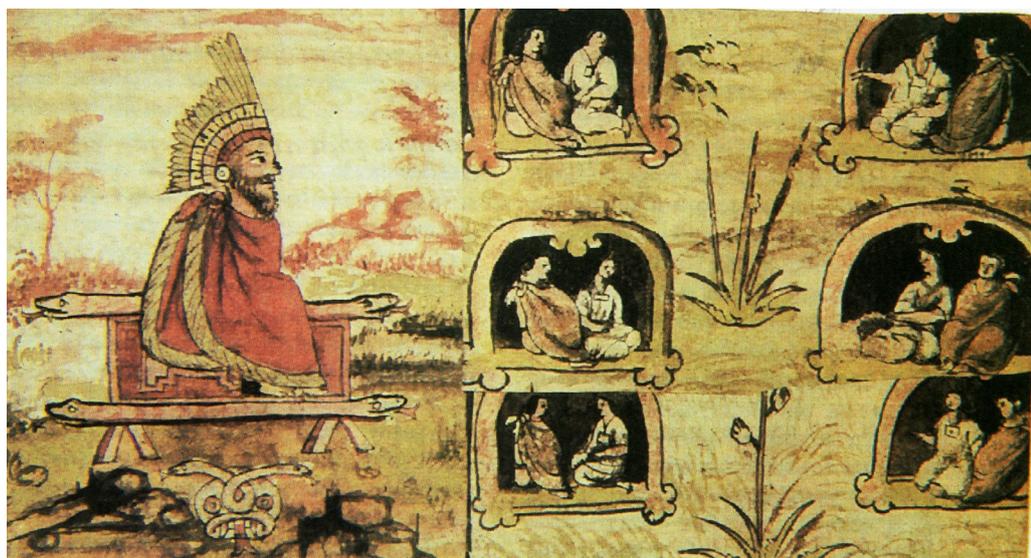
27 Durán, vol. 2., cap. VI

28 Durán, vol. 2., cap. LXXIX.

29 *Ibid.*

30 *Ibid.*

Ante el vaticinio que supuestamente Topiltzin externó a sus adeptos, sobre la llegada de “una gente extraña que de las partes de oriente aportarían a esta tierra, aquel castigo que había de enviar Dios”, conviene considerar un pasaje del *Deuteronomio* que en mucho pudo ser asimilado con la gesta de la conquista, misma que para Durán fue parte del plan providencial de Dios, para que, por medio del castigo sus hijos retornaran a él.



Figuración de Topiltzin barbado. Durán lo asimiló con Santo Tomás: “... pues estas eran criaturas de Dios, racionales y capaces de la bienaventuranza, que no los dejaría sin predicador, y si le hubo fue Topiltzin, el cual aportó a esta tierra y según la relación de él se da era cantero que entallaba imágenes en piedra y las labraba curiosamente, lo cual leemos del glorioso Santo Tomás...” *Códice Durán*.

“El Señor hará venir contra ti desde lejos, desde el cabo de la tierra, una nación que vuela como el águila, cuya lengua no conoces. Su gente de feroz aspecto que no tiene miramientos con el anciano, ni perdona al niño, que devora las crías de tus ganados y el fruto de tu suelo, hasta que seas exterminado; no te dejará ni trigo, ni mosto...”³¹

La consigna de que la gesta de Topiltzin aunque perseguida, fue bien asimilada por los indios; resultó adecuada para los intereses de Durán y para las necesidades de su lógica discursiva. En el libro de *Oseas* se afirmaba que los israelitas, “en su angustia tendrán ansia de mí y buscarán mi rostro”,³² lo cual era consecuente con la cantidad de adeptos que se atribuían a Topiltzin, y que se evidenciaba además, con la diversidad de relatos que según Durán, existían sobre el “profeta”. De esa forma, el fraile delimitó todo un relato, a propósito de la historia de los indios, donde el providencialismo bíblico otorgaba sentido al proceso de conquista. Era menester deslindarse de éste, pero no desconocerle, ya que les atribuía a los indios una esencia cristiana que posibilitaba la evangelización.



Celebrada imagen del Códice Durán, donde se expone uno de los múltiples presagios de la conquista, entendida por los frailes, como el cruento retorno a la “verdadera fe” orquestado por Dios.

Conclusiones

La propuesta exegética de la historia de los indios en Fray Diego Durán ofrece una amplia profusión de aspectos para considerar. La “judeocristianización” de los indios, de su pasado y de sus lugares, así como de sus elementos místico-religiosos, configuró y trascendió las fronteras de una crónica pormenorizada. De esta forma, Durán constituyó un testimonio profundo sobre las interacciones y reconfiguraciones, que en torno a la conformación del orbe colonial -plagado de motivaciones religiosas y ávidas de fundamentos espirituales-, gestaría el barroco colonial sobre los indios precolombinos.

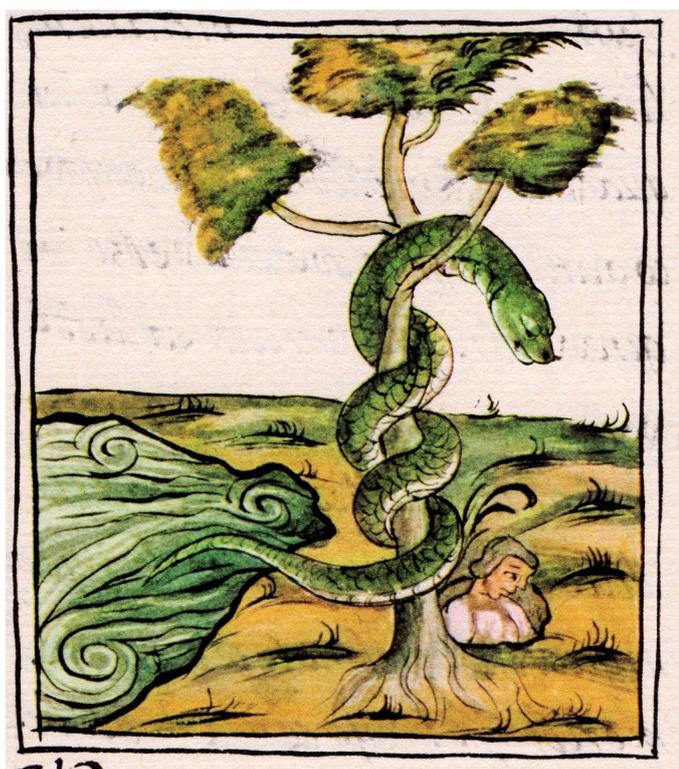
Dios se desplegaba en las Indias. Los mexicas de Fray Diego Durán se exponían, como el “pueblo elegido” de Dios, para sembrar la intuición de sí mismo en América. Los conquistadores se advertían como elementos feroces que, por mandato providencial y en castigo a la disolución de los mexica-hebreos, confirmarían su retorno de a la verdadera doctrina.

31 Deuteronomio, 4.

32 Oseas, 6.

Durán modificó la idea y la condición ontológica del indio. La transformó de nativa a idólatra, judía y cananea, para después cristianizarla gracias a la intuición que su naturaleza, su sacralidad y la de sus personajes míticos; confirmaba que Dios les perdonaría, abrazándolos de nuevo, por medio de empresas como la evangelizadora. Sin embargo, la intencionalidad del fraile no radicó únicamente en los aspectos indígenas, como se mencionó, su obra prelude los “topos retóricos” de un criollismo que anhelaba la configuración de un pasado maravilloso, con respecto al lugar en que residían. Durán contribuyó al denominado proceso de invención de América.

Conviene resaltar, que aunque las figuraciones de Durán pertenecieron a un proceso retórico de cimentación religiosa, en su crónica se dibujan discretamente claros visos sobre la espiritualidad amerindia, sus concepciones sobre el tiempo y los espacios sagrados, y las formas de asimilar, desde el mito y la metáfora, las necesidades universales de expiación y contacto con las prerrogativas de los paraísos, los “centros del mundo”, y los procesos de crecimiento espiritual.



Serpiente ascendente. Su paso de las aguas hacia la cumbre del árbol representa un simbolismo, esquemas universales para la religión de los hombres. *Códice Florentino*.

Bibliografía

David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, SepSetentas, 1973.

Fray Diego Durán, *Historia de las indias de Nueva España e islas de tierra firme*, México, CONACULTA, Cien de México, 1995.

Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, México, Era, 1972.

Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario*, México, FCE, 1991.

Jaques Lafaye, *Quetzalcóatl – Guadalupe. La formación de la conciencia nacional*. México, FCE, 1999.

Romero, José Rubén y Rosa Camelo, “Fray Diego Durán”, en *Historiografía mexicana*. 4. Vols. (Coord. General de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo), vol. 1 *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, UNAM, 2003.

Antonio Rubial, *El paraíso de los elegidos*, México, FCE, UNAM. FFyL. 2010.

Sagrada Biblia, Barcelona, Editors, 1984.

Gerard Von Rad, Gerard, *Teología del antiguo testamento*, vol. 1., Biblioteca de estudios bíblicos, Sígueme, 1974.



MIS ANDANZAS POR LAS LIBRERÍAS: LO QUE LE VIENTO SE LLEVÓ...

Tómas Bernal Alanis
Universidad Autónoma Metropolitana • Azc.



Caminante no hay camino
Se hace camino al andar...

Antonio Machado

Introducción

Como bien lo expresó el poeta español Antonio Machado, los caminos se construyen al andar, asimismo las lecturas y las visitas a las librerías de todo tipo se convierten en una travesía existencial que da vida al que inicia ese largo, enigmático y sorprendente mundo de los libros.

El presente trabajo, más que un tratado es un acercamiento a la memoria de un caballero andante -cual Quijote- por ese México que va perdiendo de su pasado y va ganando de su futuro, de ese mundo que quedó atrás arrasado por la modernidad y las nuevas formas que comunican los tiempos actuales.

Los signos en rotación ya no son aquellos que uno conoció de joven, sino ahora son otros, la Galaxia Gutenberg está siendo desplazada por la imagen virtual de lo posible y lo inimaginable. Lo escrito va sucumbiendo ante la imagen, el mundo de los libros es una historia que está *stand by*, o lo que es lo mismo, una historia que se está convirtiendo en una nueva narrativa basada en el auge y la aceleración de nuevos mundos de comunicación.

Mi versión de los hechos es propia, subjetiva y puesta en duda, pero su veracidad descansa mucho en esa capacidad que tiene el ser humano para recordarse y construirse continuamente: la memoria, espacio de iluminación, que sublima los más oscuros sentidos en un afán de permanecer, de dejar constancia de aquello que nos tocó vivir, y de lo cual el tiempo inexorablemente va borrando del rostro de la historia.

Esta es una historia particular, pero de la cual seguramente muchos vivimos y compartimos ese sentido de pertenencia a una comunidad. Aquella comunidad inconfesable -según palabras del crítico literario Maurice Blanchot- de la cual no se necesita una prueba explícita, sino más bien indicios que denoten que nuestro mundo no fue sólo de nosotros sino de una comunidad que compartió esos espacios perdidos y olvidados que quedan en la memoria de ese paso de la vivencia a la sobrevivencia, de la memoria al olvido, o de aquello que el viento se llevó.

Espacio y tiempo

Al inicio de su obra monumental Karl Schlögel enfatiza una idea que es central para entender su planteamiento:

“La historia no se desenvuelve sólo en el tiempo, también en el espacio. Ya nuestra lengua no deja duda acerca de qué espacio y tiempo se corresponden indisolublemente. Los sucesos ‘tienen lugar’ en algún sitio. La historia tiene ‘escenarios.’ Hablamos de ‘lugar de los hechos’”.¹

El tiempo y el espacio se convierten en dos componentes esenciales de la existencia humana. Uno es el transcurrir, el movimiento, la dinámica; y el otro es el lugar de recepción, de manifestación y de materialidad. Uno inscribe sus ellos sobre el otro, es una comunicación permanente del cambio o la continuidad. El tiempo avanza, el espacio se manifiesta en ritmos de transformación que marcan los paisajes humanos en las ciudades.

Las manifestaciones humanas se expresan en condiciones materiales y espirituales, lo que se ha dado en llamar, el espíritu de una época. Aquello que distingue las fronteras de lo social en el tiempo y plasma su condición singular en el paisaje de la arquitectura, en las obras materiales, en las experiencias estéticas y en el acontecer humano en la historia.

Ese caminar incesante en la vida es lo que presupone la configuración de esos espacios diferenciados entre lo público y lo privado, como lo ha expresado Liliana López Levi:

“La vida cotidiana nos lleva por el trajinar diario de las personas en sociedad y de los lugares que construyen para ello, nos adentra en sus casas, en sus lugares de trabajo, sus centros de enseñanza, en los lugares de consumo, de ocio, de interacción social y de esparcimiento, es decir, en lo público y en lo privado. Lo que desde ciertos planteamientos nos puede llevar también al espacio vivido; a entender el lugar a partir de su ocupación diaria, de las sensaciones que genera y de las representaciones que produce”²

Dicha producción se expresa individual y colectivamente en dos esferas: la pública y la privada. Aquí nos interesa la primera, por ser el espacio de las representaciones sociales de una colectividad donde ésta alcanza un sentido. Sentido que permite configurar los espacios de apropiación, uso, gozo y reproducción de actos simbólicos que construyen formas de vida y experiencias.

El caminar por el centro histórico nos ubica en un proceso de reconstruir nuestras rutas para conocer lo que nos interesa. En el caso del presente trabajo, el interés recae en un espacio reducido que ha sido reconfigurado por las políticas urbanas del uso del suelo y la centralización del arte de vender “libros viejos”. Como lo ha manifestado el sociólogo brasileño Renato Ortiz:

“El consumo en realidad redefine la noción de público y privado. No hay duda de que la afirmación del consumo se hace de manera individualizada, pero es necesario añadir que sólo posee valor cuando es públicamente validada”³

Mis andanzas son eso: paseos, huidas, encuentros, desencuentros, sorpresas, éxitos y fracasos, alegrías y tristezas, entre otras muchas sensaciones que me han producido esos espacios públicos llamados: librerías de viejo, o templos de un morir lentamente. Las librerías son espacios públicos donde hay una interacción social y cultural que desafortunadamente va muriendo en esta sociedad del conocimiento que nos ha tocado vivir.

1 Karl Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica*, Madrid, Ediciones Siruela, 2007, p. 13

2 Liliana López Levi, “La geografía cultural en México: viejas y nuevas tendencias”, en Daniel Hiernau (Director), *Construyendo la geografía Humana*, Barcelona, Anthropos Editorial/UAM-Iztapalapa, 2010, p. 222.

3 Renato Ortiz, “La redefinición de lo público: entre lo nacional y lo transnacional”, en Néstor García Canclini (Coord.), *Reabrir espacios públicos*, México, UAM-Iztapalapa/Plaza y Valdés Editores, 2004. p. 34.

Historia y lectura

Como bien lo expresó en su caleidoscópico libro, *El urbanista*, el historiador Mauricio Tenorio Trillo: reconstruir, pues, como volver a habitar, a ser.

He ahí la cuestión ¿Cómo leemos en el espacio la historia? Como lo ha planteado el sociólogo alemán Karl Schlögel en su hermoso libro, *En el espacio leemos el tiempo*,⁴ evocación proustiana de un tiempo perdido, de algo que ya sucedió pero está ahí para desenterrarlo de la memoria histórica y darle un significado en el tiempo.

La historia se rehace, se inventa, se maquilla y se le da un rostro para el carnaval de la vida. La historia es experiencia de lo sagrado y lo profano, de esos espacios que se superponen en el tiempo y en la significación de la realidad, de los cambios en la misma como han sido los espacios para los libros: las librerías.

Esta serie de cambios han tenido, en el campo de la historia y del mismo trabajo del historiador, una nueva mirada al mundo social, el reconocer ese reto:

“No por ello dejará de afrontarse el salto al vacío contra el cual los rigores de ninguna disciplina auxiliar no aportan garantías: hay que nombrar a los sujetos, hay que atribuirles estados, afecciones, acontecimientos.”⁵

De ahí la necesidad de reconocer lo múltiple, lo singular, en un plano de actores anónimos, de esos hombres que también tienen una historia que contar en ese concierto llamado Historia (mundo, vida). Las experiencias humanas son infinitas, todas muestran una mirada particular sobre el mundo que les tocó vivir. La mirada única ya no existe, agoniza en su lecho de la búsqueda de la verdad absoluta, las miradas se han multiplicado en este mundo de múltiples entradas, para atender nuestro acontecer existencial, para ser lo que somos.

El *homo lector* se convierte en un sujeto que busca espacios. Espacios que tengan su alimento terrenal: los libros. Y como toda aventura, ésta empieza muchas veces por un impulso ajeno a nosotros. En mi caso, un hermano mayor me impulsó a subirme al “tio vivo” de la lectura y los libros. Como todo nuevo espacio de satisfacciones a los deseos y a los sentidos, cuesta trabajo llegar a él.

Cuando uno logra encontrar una satisfacción personal (a veces difícil de definir y que cae en los campos de la metafísica) en la lectura y en los libros, la búsqueda inicia un incesante e inacabado periplo en pos de ese objeto maravilloso llamado libro.

4 Karl Schlögel, *op. cit.*,

5 Jacques Rancière, *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1993, p. 10.

Los libros tienen comúnmente su residencia en las librerías, pero también los hay ambulantes, todos aquellos que se desplazan por los espacios urbanos en búsqueda de un comprador y un lector. Los libros de banqueta, corredores, etc., también han abierto una posibilidad de compra y un hallazgo imprevisible, muchas veces de lo que anda uno buscando con afán detectivesco.

Andanzas de un lector

Intentaré hacer un ejercicio de prodigio de la memoria como aquel realizado en el cuento de Jorge Luis Borges, *Funes el memorioso*,⁶ para adentrarme en mi pasado y en mi arquitectura de los espacios que visité en relación con las librerías, la mayoría de ellas, desaparecidas. Mi paisaje evocará lo que me permita la memoria.

Mis andanzas con los libros y la lectura iniciaron a los 15 años -a finales de los años setenta- cuando estudiaba en un Colegio de Bachilleres. Mis primeros libros fueron aquellos de esa legendaria y todavía existente colección “Sepan Cuántos”, de editorial Porrúa. Ahí leí a muchos escritores clásicos como: Fedor Dostoievsky, León Tolstoi, William Shakespeare, Homero, Horacio Quiroga, entre otros.

Mi árbol de la lectura y del conocimiento se fue ampliando poco a poco y tuve la necesidad de conocer y visitar otras librerías en el barrio viejo de Tacuba. Así como la compra de algunas colecciones de libros como: Gran colección de la literatura universal, Las grandes obras del siglo XX, Colección de la literatura mexicana, adquiridas gracias al mecenazgo de una hermana que acrecentó un nutrido repertorio de distintas voces literarias de múltiples lenguas y naciones: Hermann Hesse, Jorge Luis Borges, Nikos Kazantzakis, Junichiro Tanizaki, Knut Hamsun, William Faulkner, James Joyce, Luigi Pirandello, Pío Baroja, Somerset W. Maugham, por sólo citar algunos que me vienen a la memoria.

Otra gran colección que esperaba con impaciencia los días lunes era: Libro amigo, de editorial Bruguera, en la cual encontré un amplio horizonte de la literatura universal. Ahí descubrí las voces de: Italo Calvino, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Louis Ferdinand Céline, Mario Vargas Llosa, Leonardo Sciascia, Henry James, entre muchos más.

Mi árbol genealógico de la literatura se ensanchó, y mis horizontes de conocimiento en el campo de la ficción literaria también expandieron sus ramas, como lo expresó alguna vez el premio nobel de 1981 Elías Canetti:

6 Jorge Luis Borges, “Funes, el memorioso”, en *Ficciones*, Madrid, Alianza Editorial/Emecé Editores, 1981.

“Mientras haya gente –y hay, desde luego, más de uno- que asuma esta responsabilidad por las palabras y la sienta con la máxima intensidad al reconocer un fracaso total, tendremos el derecho a conservar una palabra que ha designado siempre a los autores de las obras esenciales de la humanidad, obras sin las cuales no tendríamos conciencia de lo que realmente constituye dicha humanidad”.⁷

La humanidad es un gran libro escrito por infinidad de voces y pensamientos de las más disímboles culturas. A mediados de los años ochenta visité la mayoría de las librerías de viejo y comerciales (Gandhi, El Sótano, La Parroquial, Porrúa, Universidad Nacional Autónoma de México, etc.). Mi pasión fueron aquellas librerías llamas de viejo, donde encontré un interminable caudal de autores, obras, editoriales, en pocas palabras, una oferta editorial inmensa.

Así a través de estas andanzas conocí y leí autores que me hicieron conocer y comprender la amplia gama de expresiones históricas y culturales de muchas naciones. Sus lecturas me enfrascaron muchas veces en preguntas sin respuesta. Me surgía la duda en de los sistemas ideológicos que insisten en preguntar sobre la misma y siempre compleja condición humana. Muchos de estos autores me enseñaron que el mundo era amplio, y muchas de sus obras me marcaron el devenir de un conocimiento que cada vez era más relativo.

Autores como Thomas Mann, André Malraux, Romain Rolland, Rabindranath Tagore, Octavio Paz, John Steinbeck, Boris Pasternak, Yasunari Kawabata, Grazia Deledda, Anatole France, Eugene O’Neill, Virginia Woolf, Marcel Proust, André Gidé, Mijail Sholójov, Ladislao Reymont, Samuel Beckett, Issac Bashevis Singer, Marguerite Yourcenar, Jean Paul Sartre, Colette, Simone de Beauvoir, Albert Camus, Jorge Luis Borges, Miguel de Unamuno, Halldor Laxness, John Galsworthy, entre una interminable lista que sólo obedece al mundo de la ficción y la vida novelesca.

Sus grandes obras que cimbran las conciencias humanas fueron y siguen siendo materia de lectura y reflexión, que me han hecho comprender, paulatinamente, que el mundo de las ideas y de las ilusiones viaja en el mismo barco de la historia. Mencionaré sólo algunas de estas obras inolvidables: *La montaña mágica*, *El Don apacible*, *Las viñas de la ira*, *Juan Cristóbal*, *Los campesinos*, *El doctor Zhivago*, *El extranjero*, *Los caminos de la libertad*. *La condición humana*, *Los Thibault*, *La isla de los pingüinos*, entre una lista que podría extenderse mucho más.

Mi encuentro con las librerías del centro histórico cerraba un periplo largo de aprendizaje y búsqueda; un proceso arduo donde cada lectura significa un clic que conectaba a los autores con sus obras y su contexto histórico. Uno conecta autores con ideas, temáticas con países, problemáticas con puntos de vista, en fin, el gran árbol de la lectura se vuelve frondoso y empieza a dar sus frutos. En estas aventuras fui acompañado por un colega de la universidad que también gozaba de estos lugares y encuentros con el mundo de la literatura.

⁷ Elías Canetti, *La conciencia de las palabras*, México, FCE, 1981, p. 354

Uno inicia un camino sin retorno, donde el horizonte se ensancha con un mar de posibilidades. Con el tiempo la calle de Donceles se convirtió en la catedral del libro usado. Sin dejar por eso de visitar otras librerías en las colonias: Roma, Condesa, Portales, en avenida Tlalpan, en Insurgentes, Universidad y toda cuanta librería se cruzaba en mi camino.

Hoy los tiempos y los espacios públicos han cambiado. Las librerías de viejo están agonizando -la mayoría de ellas lentamente- por causas naturales, como el devastador terremoto de 1985, por la modernización urbana, por cuestiones del mercado y monopolio del libro (tanto de viejo como nuevo), por el casi inexistente hábito de la lectura del pueblo mexicano, por la ya permanente crisis económica y muchos otros factores de todo tipo que se pudieran sumar a esta causa de olvido.

Pero esa labor detectivesca y ese olfato por buscar los libros que uno siempre ha querido tener, nos lleva a un fluir constante por regresar a esa “caja de pandora”, en que se han convertido las librerías de viejo. Los hallazgos pueden ser múltiples así como los fracasos, uno se familiariza con la colocación de los temas en cada librería visitada, es en el lomo de las obras donde uno descubre, después de mucha práctica, el ejercicio y manejo de un “ojo clínico” y experto que recorre las interminables filas de libros que esperan un comprador, y por supuesto, un lector.

Este “ojo clínico” reconoce inmediatamente autores, editoriales, colecciones, logotipos, entre otras distinciones editoriales, que lo convierten en un faro de luz y sentido en la búsqueda. Así mi acervo fue llenándose de editoriales famosas en su época que ahora ya dejaron de existir: Peuser, Americlee, Sur, Plaza & Janés, Claridad, Cenit, Cultura, Juan Goyanarte, Vergara, Luis de Caralt Editor, Kier y un sinnúmero más.

Me sumo al peso de la terrible realidad que describiera Jaime García Terrés, en su obra, *El teatro de los acontecimientos*, sobre su experiencia personal como visitante de librerías de viejo:

“No cesa de causarme tristeza que hayan ido disminuyendo, hasta casi desaparecer en el planeta entero, las librerías de viejo (o de lance, como antes se decía), privando a los bibliómanos del placer de las adquisiciones inesperadas, y dejando a los lectores con pocos recursos, sin la posibilidad de obtener apreciable y barato material de lectura”.⁸

Por lo tanto, sobre el mundo de las librerías de viejo, se ha desatado un proceso paulatino de desaparición. La llegada de los libros electrónicos, la crisis económica permanente, la casi nula participación del estado y de políticas públicas para fomentar la lectura, ha provocado que el tradicional consumo de esta mercancía -en relación con el total de la posible población lectora, que padece ignorancia y falta del hábito de la lectura-, sea práctica de una pequeña élite. Todo esto por supuesto es ya un problema estructural, que viene de muchos años atrás, por la ausencia de una tradición de consumo y lectura de libros.

8 Jaime García Terrés, *El teatro de los acontecimientos*, México, El Colegio Nacional/Ediciones Era, 1988, p. 97.

Y como el maravilloso cuento de Jorge Luis Borges, *El jardín de senderos que se bifurcan*, las andanzas en busca de libros, autores y temas se convierten en una aventura amorosa sobre lo desconocido y el azar: “esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o que secularmente se ignoran, abarca todas las posibilidades”.⁹

La búsqueda de ese mundo maravilloso, el de los libros, se convierte con el tiempo en una agonía, en una muerte lenta de ese objeto que nos hizo gozar, comprender, explicar realidades de mundos posibles en el campo de la imaginación y la verisimilitud.

Muerte y vida de los libros

Los cambios llegan tarde o temprano y parece que ese mundo de librerías está agonizando. La calle de Donceles agrupa el mayor número de librerías de uso, sólo quedan algunos nombres: El gran remate, El mercader de libros, Librería de viejo, Librería Anticuaria, Inframundo, Los hermanos de la hoja, El laberinto, que hacen honor a esa estirpe de librerías de lo usado. Algunas más perdidas en la colonia Roma, Condesa, Tlalpan, etc.

Las librerías son un espacio público, donde la interacción social existe como expresión de la experiencia lectora, que abre mundos del ser humano con su mundo. En ellas encuentra uno ese placer de compartir mundos como experiencia de vida. De esa vida que, como expresión de aquella película de 1939, *Lo que el viento se llevó*, nos deja un saber lleno de nostalgia por un mundo que se va perdiendo y, que parece ser, es irremediable. Pero, como toda aventura humana, uno dejó parte de su vida en esa búsqueda, que es la indagación del hombre sobre su condición, su historia, y sobre todo, de esos pequeños espacios que dan sentido a una vida, a una vida entregada a los libros y a la sabiduría contenida en ellos.

Y para terminar, hago míos estos pensamientos de la escritora española Nuria Amat sobre el mundo de los libros:

“Una tumba de obras literarias. Un mausoleo destinado
A la lectura. Un momento vivo. Al fin y al cabo,
Los libros siguen alimentando mi existencia”.¹⁰

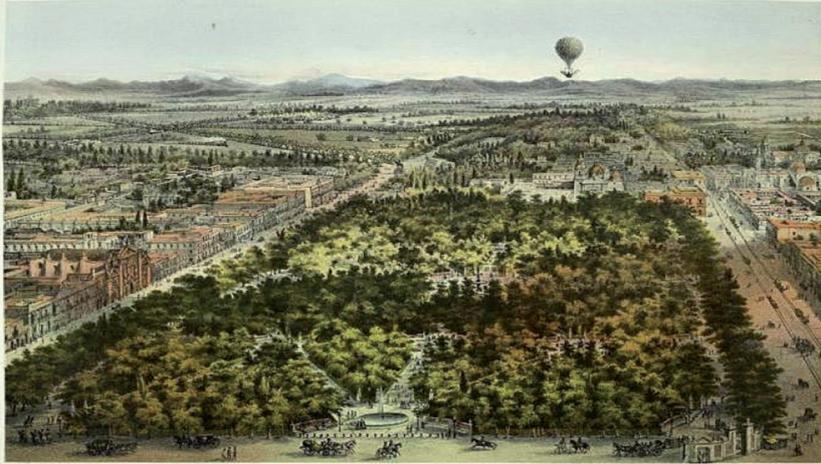
El alimento espiritual de la humanidad parece expirar en los brazos de un mundo desbocado en la imagen y la pantalla, como sinónimo de muerte y orfandad de un mundo que parece ser no tiene mañana.

⁹ Jorge Luis Borges, *Ficciones*, *op.cit.*, p. 114.

¹⁰ Amat, Nuria, *Escribir y callar*, Madrid, Ediciones Siruela, 2010, p. 25

Bibliografía

- Daniel Hiernaux, (dir.), *Construyendo la Geografía Humana*, Barcelona, Anthropos Editorial/UAM-Iztapalapa, 2010.
- Elías Canetti, *La conciencia de las palabras*, México, FCE, 1981.
- Héctor A Murena, *La cárcel de la mente*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1971.
- Jacques Rancière, *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1993.
- Jaime García Terrés, *El teatro de los acontecimientos*, México, El Colegio Nacional/Ediciones Era, 1988.
- Jane Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Barcelona, Ediciones Península, 1973.
- Jorge Luis Borges, *Ficciones*, Madrid, Alianza Editorial/Emecé Editores, 1981.
- Karl Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica*. Madrid, Ediciones Siruela, 2007.
- Krzysztof Pomian, *El orden del tiempo*, Madrid, Ediciones Júcar, 1990.
- Mauricio Tenorio Trillo, *El urbanista*, México, FCE, 2004.
- Néstor García Canclini, (coord.), *Reabrir espacios públicos*, México, UAM-Iztapalapa, 2004.
- Nuria Amat, *Escribir y callar*, Madrid, Ediciones Siruela, 2010.
- Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001.



General view.

View from the Plaza de San Juan de los Rios.

View from the Plaza de San Juan de los Rios.

THE ALAMEDA OF MEXICO,
Taken from a Balcony.

LA ALAMEDA DE MEXICO,
Tomada en Gable.

L'ALAMEDA DE MEXICO,
Preise en Balcon.

LA ALAMEDA CENTRAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO DURANTE EL PORFIRIATO

Mónica Elizabeth Kuri Molina
Eduardo Hinojosa Robles
Daniel Jesús Reyes Magaña
Universidad Autónoma Metropolitana • Azc.



Introducción

La Alameda Central¹ de la Ciudad de México fue el primer Paseo Virreinal de América. Fue fundada en 1592 por el Virrey Luis de Velasco II.

La Alameda es un espacio abierto de recreación y esparcimiento, localizada al poniente del Centro Histórico de la Ciudad de México. Desde 1980 forma parte de la Zona de Monumentos Históricos del Centro Histórico de la Ciudad de México, y en 1987 fue declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO. Consta de una superficie total de 87,252.18 m²; y de 24 parterres² con 934 árboles de 33 especies diferentes (junio 2011).

La Alameda Central ha tenido épocas de esplendor seguidas de decadencia; ha representado la vanguardia tecnológica y artística. A pesar de su actual deterioro, continúa siendo el paseo favorito de nacionales y extranjeros, donde todavía es posible admirar algunas de las transformaciones sucedidas en su período de mayor esplendor: el Porfiriato.³ Durante esta época la Alameda fue muy valo-

1 La Real Academia Española (RAE) define *alameda* como sitio poblado de álamos. Paseo con árboles de cualquier clase.

2 Parterre es un término definido por la RAE (Del francés, *parterre*) como Jardín o parte de él con césped, flores anchos paseos.

3 Se le conoce Porfiriato, a la época en la cual ocupa la presidencia de México el General Porfirio Díaz durante dos periodos extraordinarios de gobierno de 1877 a 1880 y de 1884 a 1911.

rada, ya que el General Porfirio Díaz vio en ella el potencial para ser uno de los proyectos paisajísticos más importantes de la ciudad de México ante el mundo.

El entorno, en los siglos previos al Porfiriato, se fue transformando gradualmente; la arquitectura virreinal circundante evolucionó a nuevas tendencias estilísticas, asimismo se construyeron nuevos edificios, donde los giros comerciales adquirieron mayor importancia, calles y avenidas fueron abiertas, tratando de regular el trazo urbano que se extendía rápidamente hacia nuevos territorios.

El incremento de la inversión extranjera, el auge en el desarrollo industrial y de las vías de comunicación y transporte produjeron en la ciudad mejoras urbanísticas, arquitectónicas y paisajísticas, consolidando técnicas, materiales y tendencias vanguardistas presentes en otros países.

Díaz estaba rodeado de un grupo de intelectuales y científicos de la corriente positivista europea enfocada hacia las ideas de salubridad y saneamiento para las ciudades; creían que uno de los factores que llevaría al país al desarrollo era el mejoramiento de las áreas verdes, parques y jardines, por lo que parte de su gobierno se enfocó en ello.

“Los parques, contribuían a satisfacer la preocupación decimonónica de moralizar a las masas por medio de la educación. Esto significa que los espacios tenían la misión de imprimir un sello urbano de limpieza, sanidad, recreación, moralidad, ornato y belleza. El embellecimiento de los parques expresaba algunas de las características del Porfiriato: la modernización (energía eléctrica, pavimentos drenaje), la decoración (kioscos, jarrones, columnas, fuentes, estatuas y monumentos), salubridad (jardines, árboles y arbustos) y recreación (bancas, retretas). [...]”⁴

Miguel Ángel de Quevedo fue uno de los personajes que contribuyó a las políticas de mejoramiento de los espacios abiertos. Su participación en congresos y viajes a Europa, África y Estados Unidos fueron determinantes para impulsar la aplicación en México de las corrientes paisajistas imperantes en el mundo. El Ing. Quevedo⁵ estuvo influenciado por los trabajos de F. L. Olmsted (Central Park de Nueva York), E. Howard (Ciudad Jardín) y de J.C.N. Forestier (“*système de parcs*”), este último fungió como su mentor y asesor intelectual. Juntos recalcaron la importancia de la planeación integral que se destina al bienestar social y la salud pública, sin dejar de reconocer la importancia cultural de nuevos espacios verdes.⁶

4 O. Miranda, “La Modernización de los parques en la ciudad de Mérida, Yucatán (1870-1910)”, en *Letras Históricas*, Año 2, No. 3, Otoño Invierno, 2010, pp. 191-209.

5 Bajo la gestión de Quevedo, la ciudad sumó más de 40 parques nuevos, llegando a contar con el 16 % de áreas verdes y fue provista de espacios abiertos para la población, a menos de 500 metros desde cualquier punto.

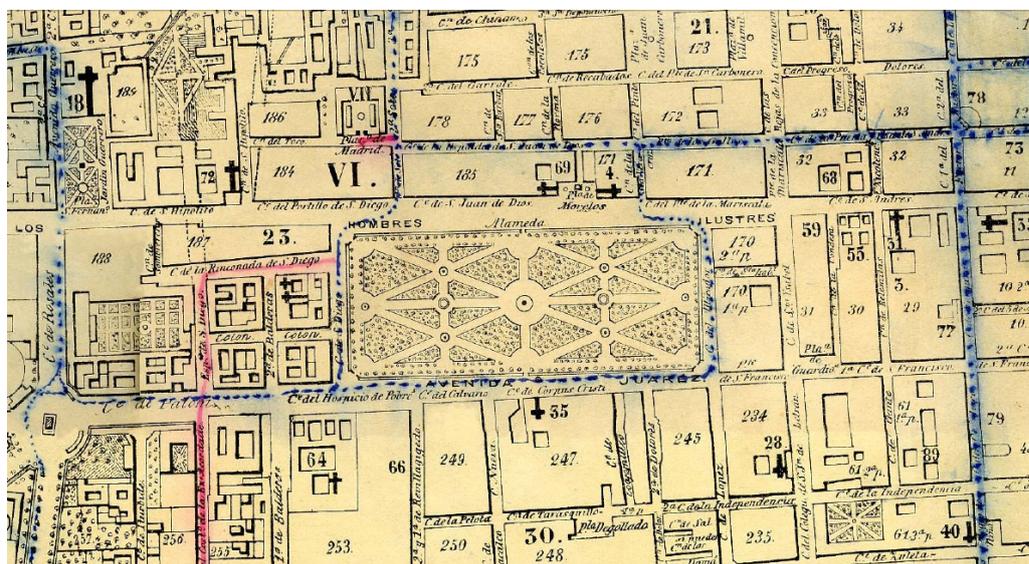
6 A. A. Valenzuela, “Green and Modern, Planning Mexico City, 1900-1940”, en *Greening the City: Urban Landscapes in the Twentieth Century*, University of Virginia Press, 2011.

“Nuestra Alameda es un lugar que provee de grandes beneficios para un amplio número de ciudadanos que se sienten abrumados por el estrés urbano, cada vez más intenso, enfermante y molesto. Este parque puede ayudar a los ciudadanos a restaurar un equilibrio físico y mental más saludable”⁷

Tal como Impelluso⁸ comenta, en otros países como Francia la proyección de pulmones verdes no solo significaba crear lugares de ocio, sino que estos asumieran connotaciones políticas. Se confiaba en que la diversión y el entretenimiento pudiesen ayudar a los ciudadanos a desahogarse de las tensiones cotidianas, a manera de estrategia antirrevolucionaria.

El Porfiriato a finales del siglo XIX

A pesar de importantes modificaciones, la Alameda había conservado la traza del siglo XVIII. El pavimento era terraplenado, cubierto de Macadán (piedra triturada y comprimida). A partir de 1883, en cinco de las siete glorietas circulares, y en una de las doce lunetas semicirculares, fueron sustituidas las antiguas fuentes del siglo XVIII, por otras, con esculturas fundidas en bronce o hierro.



Plano de la Alameda Central y su contexto urbano en 1881. Salvador Malo Lit. Debray Sucesores Editores. Año 1881. 63.2 x 84 cms. AHDF.

⁷ Citado s/f, en A. A. Valenzuela, op. cit.

⁸ L. Impelluso, *Jardines y Laberintos*, Barcelona, Electa, 2007, p. 112.

En 1876, la Alameda contó con los servicios de especialistas, generalmente extranjeros, para el cuidado de los jardines; sin embargo en 1879, durante el primer mandato de Díaz se formó una comisión de tres peritos en botánica quienes crearon una serie de lineamientos estratégicos para el cuidado, poda y mantenimiento de cada especie arbórea.

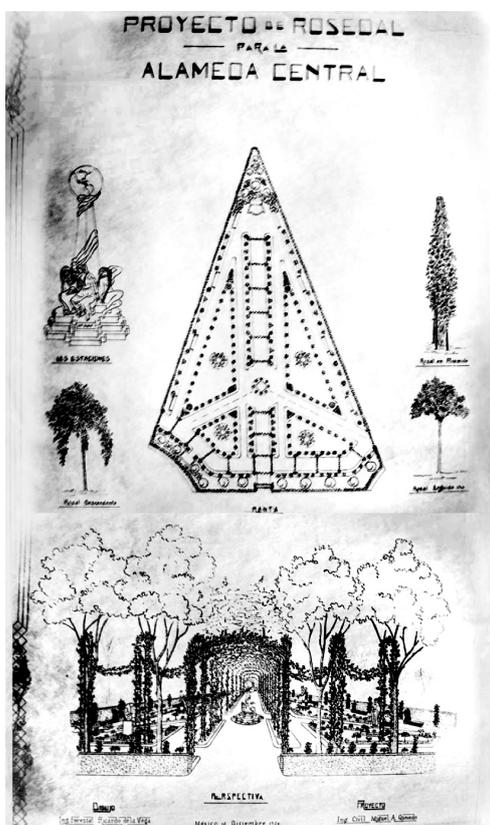
El diseño paisajístico se encontraba entre dos grandes corrientes: el jardín barroco al estilo francés, y el parque inglés, pero conservando e innovando elementos de ambas. El primero se caracterizaba por la traza geométrica de los parterres, la transformación del ambiente natural mediante podas rígidas, la ostentación de magnificencia y espectacularidad, vistas escenográficas, enfáticos propósitos de celebración para acoger a un gran número de invitados, fuegos artificiales, música, representaciones teatrales y elementos o fuentes con juegos de agua.

El Parque inglés,⁹ de fuerte connotación social destinado al paseo y a la recreación, se distingue por la traza orgánica y árboles frondosos.

En 1880, había más de 3,000 árboles, incluyendo una fila de truenos que bordeaban la Alameda a lo largo de la Avenida Juárez. Los parterres estaban limitados por balaustradas de madera y árboles, su interior estaba cubierto por delicadas flores: rosas, geranios, amapolas, alelíos, entre otras. Para su riego existieron diversos sistemas modernos de abasto de agua potable, con pozos, bombas y drenaje con tuberías metálicas.

En la Alameda durante 1886 desaparecieron los álamos, quedando algunos sauces, que fueron posteriormente sustituidos por fresnos¹⁰ y por una variedad de especies como palmeras, cactáceas, arbustos y cubresuelos. Dos años después se colocó un invernadero de media sombra para plantas delicadas.

En 1890, en la parte central de los parterres, se renovaron los grupos de plantas que las formaban, empleando 16,000 plantas de artemisa, flox, marga-



Anteproyectos de jardinería formal al estilo barroco francés en los parterres de la Alameda Central, para el año de 1926. AHDF.

9 L. Impelluso, *Jardines y Laberintos*, Barcelona, Electa, 2007, pp. 115- 117. Los parques urbanos ingleses se desarrollaron en Londres y en Inglaterra en general, desde la segunda mitad del siglo XIX, se difundieron gracias a las medidas que los poderes políticos adoptaron para contener situaciones sociales explosivas, como un espacio de entretenimiento de masas ofreciendo una alternativa ante un ambiente degradado; desde entonces constituyen auténticos modelos en Europa.

10 Los Fresnos (*Frexinus uhdei*) eran los árboles predilectos del siglo XIX. Especies nativas que por las condiciones del sitio alcanzaban grandes dimensiones y espeso follaje.

rita, alternantera, santamaría, entre otras, y cercas de truenos, rosas y malvones. En relación a los árboles, había un ahuehuete, ailes, álamos, fresnos, olivos, sauces y zompantle formando un total de 1,995 individuos.

En cuanto a la Arquitectura Mayor en 1887, se instaló en la parte sur de la Alameda el Pabellón o Kiosco Morisco.¹¹ Originalmente fue construido por mandato de Díaz, con motivo de la exposición internacional de Nueva Orleans para mostrar los adelantos de México ante el mundo. Una vez colocado en la Alameda, desapareció la casa del Alamedero, de los asentistas, así como los jacales de los jardineros. El Kiosco se comenzó a rentar para la celebración de fiestas, venta de café y conciertos hasta 1888, año en el que cambió de uso para celebrarse ahí, los sorteos de la Gran Lotería de la Beneficencia Pública y algunos eventos del ayuntamiento.¹²



Kiosco Morisco a finales del siglo XIX. Hinojosa, R., Kuri, M., Reyes, M., et al 2011, p. 114.

Entre las actividades temporales que se ofrecieron en la Alameda destacan los espectáculos de títeres, acróbatas, prestidigitación, zarzuela, baile y versos, algunos por las tardes y otros hasta avanzada la noche. A un costado de la rotonda principal, existió un kiosco, en el que bandas militares tocaban música.

Dentro de los adelantos de la infraestructura, entre 1889 y 1890, se construyeron las primeras banquetas en la calzada exterior de la Avenida Juárez con el entonces novedoso cemento Portland, así como se instaló la iluminación eléctrica, lo cual motivó la mayor afluencia de visitantes por las noches.

11 El Kiosco Morisco era una estructura de hierro fundido y cristal de estilo Neo-Morisco, creado por el Ingeniero Ramón Ibarrola.

12 M. E., Castro, G. L. Martínez, et al. Alameda. *Visión histórica y estética de la Alameda de la ciudad de México*, México, CONACULTA, INBA, 2001, p. 100.

En relación a la ornamentación, sobre el eje norte-sur se colocó la escultura de bronce, “Neptuno”, y al oriente, la de “Venus”. Al suroriente, hacia la calle del Mirador, se colocaron dos esculturas de bronce que representaban leones americanos o pumas sobre pedestales de mármol gris de las canteras de Orizaba, su objetivo era enfatizar este acceso.

Se puede decir que el cambio de mobiliario estaba vinculado a las tendencias internacionales de acuerdo a las nuevas técnicas y materiales “de moda”. Entre 1876 y 1889, se optó por demoler las antiguas bancas de mampostería, ubicadas en las glorietas, sustituyéndolas por otras de hierro fundido importadas de Estados Unidos. Sin embargo, para 1892 se volvieron a construir las bancas de mampostería, revestidas con piedra chiluca labrada.

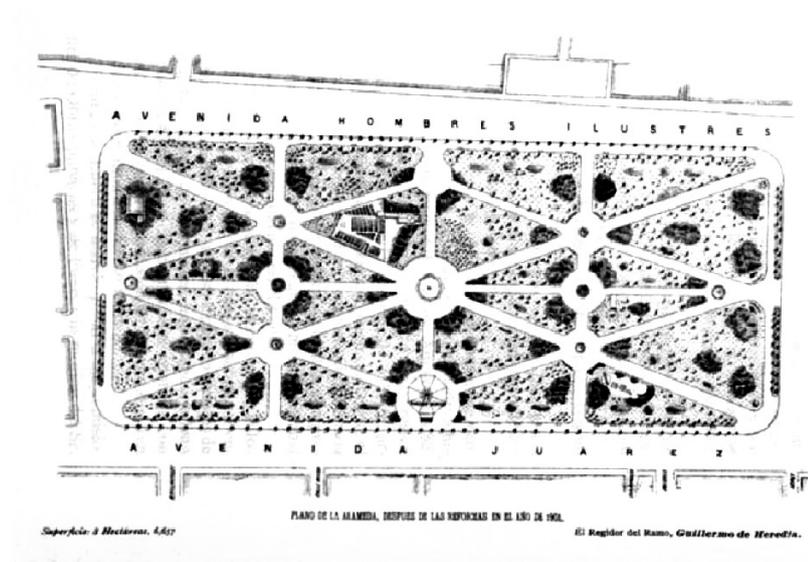
En 1896, casi todas las construcciones permanentes y provisionales habían desaparecido, pues el ayuntamiento había acordado prohibir concesiones a particulares para ocupar calles y prados de la Alameda, que entorpecieran el libre tránsito o perjudicara el paseo; esta decisión incluía un cercado con alambre para exhibir ciervos, ubicado en un parterre cercano al Pabellón Morisco, sin embargo una pajarera con 63 aves americanas, situada a un lado, perduró hasta 1901.

La última escultura de bronce del siglo XIX fue “Danaiides” con dos mujeres vertiendo agua en una pileta, sustituyó a un jarrón de mármol de carrara situado hacia la calle de la Mariscal. La escultura “Venus” fue objeto de algunas reformas.

En la Alameda se llevaban a cabo múltiples celebraciones, como es el caso de las fiestas patrias, en donde en septiembre de 1897, aconteció el llamado “Atentado contra el Presidente Porfirio Díaz”, a pesar de que el agresor carecía de armas y no hubo consecuencias mayores en el momento, el evento continuó durante varios años.

El Porfiriato a principios del siglo XIX

Para este siglo la Alameda tuvo diversas modificaciones, destacan los cambios realizados en sus accesos, su delimitación, mobiliario y ornamentación, esta última tenía reflejos del estilo imperante de la época: el neoclasicismo.



Plano de Alameda Central después de las reformas de 1901.

Lombardo, Ruiz., y Terán, Trillo. 1997, p. 57.

De esta manera la Alameda transformó sus accesos, dejaba atrás los vestíbulos conocidos como “lunetas” de recibimiento, cuestión que permitió el crecimiento de algunos parterres. A su vez se delimitaron los caminos perimetrales hacia el oriente y poniente mediante jardineras lineales, donde fueron colocados árboles de gran porte como el fresno (*Fraxinus uhdei*). De esta manera la Alameda alcanzó su mayor extensión, aproximadamente ocho hectáreas.¹³

En cuanto a la vegetación, se procuró traer especies exóticas, algunas de climas tropicales. La bióloga Lorena Martínez menciona las especies introducidas:

“...Tenía siete especies de árboles entre los que se encontraban Fresnos, Palmas, Árboles del Perú, Platanos y Troenos, y 29 especies de arbustos entre las que destacan los Agapandos, Agaves, Bugambilias, Magnolias, Dalias, Floripondios, Nenúfares, y la Hierba de las pampas...”¹⁴

En la siguiente imagen se observa la disposición de la vegetación hacia la década de 1900.

13 M. E. Castro, *Alameda Mexicana... op.cit.*, p. 100.

14 *Ibid.*, p. 217.



Vegetación de la Alameda Central en 1909. Hinojosa, R., Kuri, M., Reyes, M., et al 2011, p. 22

Se exhibieron esculturas de mármol de estilo neoclasicista procedentes de las colecciones de la Academia de San Carlos, las esculturas fueron realizadas en el siglo XIX pero probablemente se colocaron en la Alameda hacia inicios del siglo XX, entre estas destacan:

“...dos Gladiadores, uno con espada, esculpido en mármol por José María Labastida, en 1881, *Malgré tout* (A pesar de todo), obra del escultor romántico Jesús F. Contreras (1866-1902), realizada en 1891, y que le valió la Legión de Honor y la titulada *Desespoir* (Desesperanza), obra de Agustín L. Ocampo, premiada en la Exposición de París en 1900”.¹⁵

Se introdujo equipamiento especializado con carácter lúdico-educativo, por lo que algunos parterres presentaron invernaderos, áreas de exhibición de animales y galerías de flora nativa de México. Este hecho trascendió hacia otros parques de la ciudad de México y a otras ciudades del territorio nacional.

Dentro de la arquitectura mayor de la Alameda se construyeron dos obras significativas:

La pérgola del arquitecto Adamo Boari construida al oriente del parque, con el objetivo de integrar la Alameda con el nuevo Teatro Nacional.¹⁶

“...según las especificaciones sería la pérgola de acero estructural mediano, asegurada con pernos y tuercas remachadas en las columnas, según el contrato firmado el 4 de diciembre de

¹⁵ *Ibid.*, pp. 87 y 90.

¹⁶ Fue proyectado sobre los terrenos que habían sido ocupados por la casa del Mirador y el Convento de Santa Isabel.

1908 con la Casa Miliken. Al año siguiente comenzó a construir la pérgola dicha empresa [...] pero se retrasaron los trabajos hasta finales de 1911”¹⁷



Pérgola enramada de Adamo Boari en los años veinte. Castro, M. E., Martínez, G. L., et al. 2001, p. 103.

El presidente Díaz no llegó a ver construidos los proyectos más ambiciosos de su gobierno, ya que durante la segunda década del siglo XX se vio obligado a abandonar el país al consolidarse la revolución mexicana, dejando de lado los grandes proyectos del Teatro Nacional y del Palacio Legislativo. No obstante, deja México habiendo concluido una de sus últimas obras, el Hemiciclo a Juárez, el cual desde el Porfiriato, le ha conferido carácter simbólico, político y nacional a la Alameda Central.

El Hemiciclo a Juárez se construyó en el área donde anteriormente se ubicaba el Pabellón Morisco, su construcción comenzó en el año de 1910 como parte de los festejos por el primer centenario de la independencia mexicana:

“[...] esta obra de tendencia clasicista, formada por una exedra de mármol de Carrara, de estilo dórico, con un cuerpo central que sirve como tribuna y pedestal a la magnífica estatua de Juárez con dos mujeres aladas que portan, una corona de laurel y la otra una espada y una antorcha [...]”¹⁸

17 M. E. Castro, *Alameda Mexicana... op. cit.*, p. 112.

18 *Ibid.*, pp. 112- 114.



Porfirio Díaz en la inauguración del Hemiciclo a Juárez.

Porfirio Díaz vislumbró en esta obra una semblanza de los ideales buscados por su gobierno, por lo que al erigir un monumento en honor al ex-presidente Juárez, dejaba un recordatorio de lo que significó su propio gobierno y bajo qué principios se suponía regido.

De esta forma, utilizando elementos de los jardines y parques públicos, transmite su mensaje final como el último presidente de México del siglo XIX y el primero del siglo XX:

“Al Benemérito, Benito Juárez, La Patria”.

Después del Porfiriato continuaron algunos proyectos de este gobierno, sin embargo, debido a la Revolución Mexicana y la consiguiente inestabilidad política y económica del país, la Alameda Central cayó en un estado de abandono con graves deterioros hasta nuestros días.

Conclusiones

Los espacios públicos durante el Porfiriato gozaron de un desarrollo excepcional, por la importancia, que en la ciudad moderna, debían proyectar y aportar a la sociedad, tanto en lo nacional como en lo internacional. Impulsada por el grupo de los “Científicos” y por las ambiciones del presidente Díaz, la visión que adoptó este gobierno sobre el embellecimiento y mejoramiento urbano, estaba fuertemente influenciada por las tendencias e ideologías aplicadas en París.¹⁹

La creación y conservación de áreas verdes era fundamental en la planificación urbana, como lo era el enriquecimiento del equipamiento de las mismas para aportar una gama amplia de servicios a la sociedad. Bajo este esquema, la Alameda Central de la Ciudad de México figuró como el espacio más significativo por su importancia histórica, estratégica y ambiental, razón por la cual se invirtió considerablemente en su mejoramiento e innovación.

La Alameda del Siglo XXI difiere enormemente de la Alameda Porfiriana, que aunque presenta todavía algunos de sus elementos paisajísticos, se encuentra en estado deplorable. Pareciera haber sido olvidada entre todos los parques públicos de México.

Además de ser un espacio de recreación para la sociedad mexicana contemporánea, la Alameda es cofre de todos los hechos históricos valiosos de la nación.

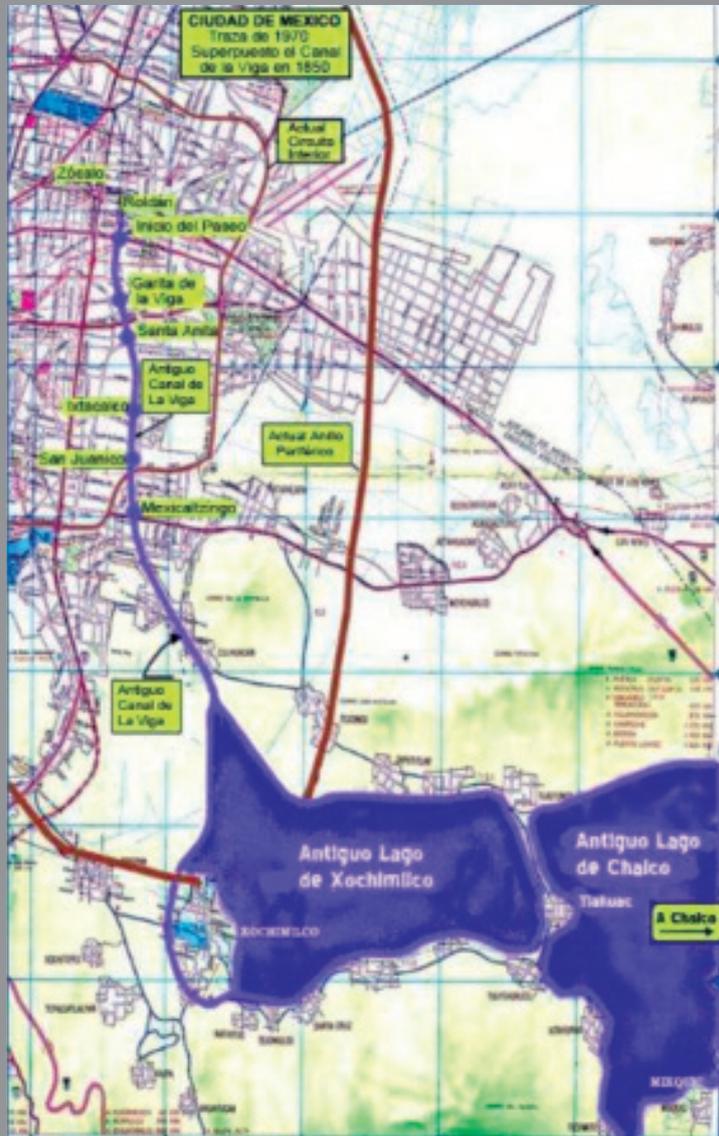
¹⁹ Derivadas de los trabajos y las teorías desarrolladas por el planificador civil Georges-Eugène Haussmann para la reconstrucción de la ciudad, por encargo de Napoleón III.

Bibliografía

- A. A. Valenzuela, "Green and Modern, Planning Mexico City, 1900-1940", en *Greening the City: Urban Landscapes in the Twentieth Century*, University of Virginia Press 2011.
- L. Impelluso, *Jardines y Laberintos*, Barcelona, Electa, 2007.
- L. Tovar de Teresa y O. S. Alcántara, *Los Jardines en el siglo XX, El Viejo Bosque de Chapultepec*, Vol. X, No. 57, Septiembre Octubre, 56 – 61, 2002.
- M. E. Castro, *Alameda Mexicana. Breve crónica de un viejo paseo*, (2a. ed.) México, Museo Mexicano, 2004.
- M. E. Castro, G. L. Martínez, et al., *Alameda. Visión histórica y estética de la Alameda de la ciudad de México*, México, CONACULTA, INBA, 2001.
- O. Miranda, *La Modernización de los parques en la ciudad de Mérida, Yucatán (1870-1910)*, en *Letras Históricas*, Año 2, No. 3, Otoño Invierno, 191-209, 2010.
- R. Hinojosa, M. Kuri, M. Reyes, et al., *Recuperación Monumental y Ambiental de la Alameda Central de la Ciudad de México*. Trabajo Terminal de Especialización, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, México, 2011.
- S. Lombardo de Ruiz, y T. Y. Terán, *Atlas histórico de la Ciudad de México. Vol 2*. México, INAH, Consejo Nacional para la Cultural y las Artes, Smurfit Carton y Papel, 1997.

Fuentes

Archivo Bibliográfico de Posgrado UAM Azcapotzalco
Archivo Casasola
Archivo General de la Nación
Archivo Histórico del Distrito Federal
Fototeca del Instituto Nacional de Antropología e Historia
Real Academia de la Lengua Española



TRAJINERAS Y CARRUAJES EN EL PASEO DE LA VIGA

Begoña Arteta
Universidad Autónoma Metropolitana • Azc.



Los espacios cambian con el transcurrir de los años, algunos, debido a fenómenos naturales tardan millones de años para modificarse. Sin embargo el hombre, de acuerdo con sus necesidades, se sirve del entorno que lo rodea y lo transforma para facilitar, en la medida de sus necesidades, la vida cotidiana. La cuenca de México por su situación geográfica tuvo una propensión lacustre con la que la naturaleza la dotó, y la civilización mesoamericana más importante que la habitaba a la llegada de los españoles, la eligió para vivir en ella como un lugar escogido por sus dioses. Ahí, los mexicas erigieron sus centros ceremoniales, construcciones pesadas que edificaban en los islotes, calzadas, casas habitación en chinampas, al igual que chinampas de cultivo. Los canales sirvieron a sus habitantes como medio de transporte, al igual que para trasladar mercancías. Bernal Díaz del Castillo, en su texto tantas veces citado, deja ver la sorpresa de los españoles al entrar en la ciudad de Tenochtitlán. Aquí la transcribo, una vez más, para recordar cómo era aquella ciudad lacustre:

“...Y otro día por la mañana llegamos a la calzada ancha y vamos camino de Iztapalapa. Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados y decíamos que aquello parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro del agua y todos de calicanto y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños [...]”¹

¹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia Verdadera de la Conquista de La Nueva España*, México ed., Porrúa, 1965.

Con la súbita llegada de otra cultura que sometió a la anterior, se construyó una nueva ciudad sobre la que existía; ella vino a cambiar tanto el rostro de la anterior como su historia. La ciudad se transforma y se urbaniza con una traza renacentista. Se construyen casas e iglesias en piedra y tezontle, dando a ese espacio una fisonomía diferente. A pesar de haber cancelado canales y acequias que alimentaron con sus aguas durante miles de años la cuenca de México, se respetaron las grandes avenidas de los mexicas, y también se aprovecharon algunos de los canales que continuaron con el transporte de verduras y frutas para surtir los mercados de la ciudad, desde los lagos de Xochimilco y Chalco.

El canal de la Viga formaba parte del canal México-Chalco donde se iniciaba, después atravesaba el dique de Tláhuac (que dividía los lagos de Chalco y Xochimilco) y se unía con la acequia que comprendía los pueblos de Culhuacán, Mexicalzingo, Iztacalco y Santa Anita, hasta entrar a la ciudad de México por la garita de la Viga. Finalizaba en las calles de Roldán por el rumbo de La Merced.² Como ya se mencionó, la comunicación lacustre fue fundamental en el mundo prehispánico y, a pesar de los intentos por desaguar los lagos durante la colonia, debido a las constantes inundaciones, la circulación por ciertos canales siguió siendo importante durante la Colonia y el siglo XIX. En algunos de sus tramos se conoció como Acequia Real y Canal Nacional.

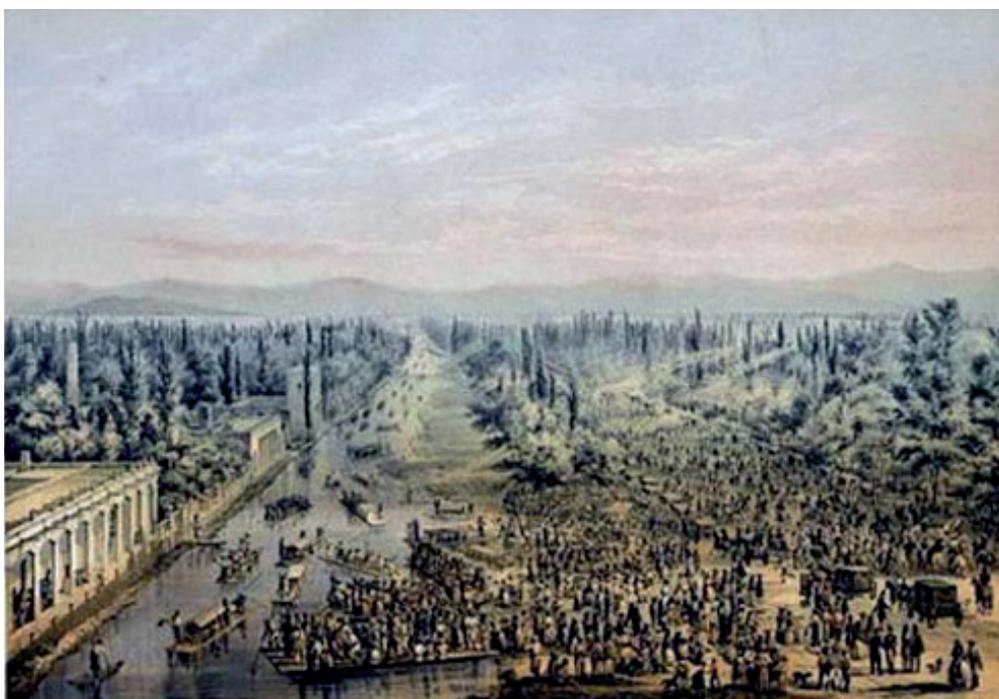
Durante el gobierno del virrey conde de Revillagigedo se concibió la idea de construir el Paseo de la Viga y la Garita para controlar el acceso a la ciudad, obra que funcionó durante todo ese período y el siglo XIX, hasta su destrucción total alrededor de 1923.

Actualmente de aquel canal y paseo de la Viga sólo perdura el nombre, por lo que su reconstrucción es imposible y, a pesar de no haber pasado cien años, este lugar queda como lugar de estudio para arqueólogos, historiadores, urbanistas, sociólogos, etcétera. Las litografías, pinturas y fotos son como ventanas nos permiten asomarnos a lo que fue, y los textos de aquellos que lo vivieron y describieron, nos invitan a recrearnos en un pasado a través de sus plumas, y recorrer con ellas un espacio que quedó cubierto por otra ciudad, que es por la que hoy transitamos, con la imaginación.

En las siguientes páginas, recorreremos el canal y el paseo de la Viga, con algunas referencias de los retratos literarios que de ellos hicieron escritores mexicanos y extranjeros. Con ellos iremos de paseo, tanto en trajineras como en carruajes, por el canal y el paseo que se hacía en el siglo XIX. Será a través de aquellos que nos dejaron con sus plumas, cuadros de costumbres. Pasearemos en el tiempo y el espacio, un espacio y un tiempo en el que actualmente encontramos avenidas de cemento surcadas, no por canoas, sino por miles de automóviles, combis, camiones en su diario recorrido para llegar a tiempo a su destino. Son conductores y pasajeros a los que la prisa, los semáforos y los nervios los acompañan, sin imaginar lo que en ese mismo lugar, a menos de una centuria, se encontraba.

² Araceli Peralta Flores, *El Canal, Puente y Garita de la Viga en Carlos Sierra. Historia de la navegación en la ciudad de México*, en <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/caminosymercados/cm023.pdf>

El Paseo de la Viga corría paralelo al canal, tenía un largo aproximado de dos kilómetros. Era un punto de reunión y encuentro al que se podía llegar a pie, a caballo o en carruajes. Se iniciaba cerca de la iglesia de San Pablo y continuaba bordeando el canal hasta la Garita. El canal se conservó hasta 1920. El nombre de La Viga, dice Bartholomaeus Heller, un alemán que visitó México entre 1845 y 1848, se debe a las vigas que se cruzaban en el agua para obligar a las trajineras y canoas a pagar, desde la colonia, la alcabala por cruzar el puente, y describe el Paseo que corre paralelo al canal como: “[...] una doble avenida de bellos árboles y que se extiende bastante lejos hasta el punto en el que un pequeño puente de piedra cruza el canal; de allí toma su nombre el paseo, ya que el cruce de canoas que deben pagar allí el impuesto, puede ser impedido por una ‘viga’”³



Litografía de la segunda mitad del siglo XIX, una obra más del gran Casimiro Castro que con la colaboración de Juan Campillo logró dejar plasmada esta bella imagen desde las alturas de un globo aerostático.

Heller viaja por el canal hasta Santa Anita en busca de las chinampas o jardines flotantes, que esperaba que en realidad flotaran, y no como las vio y existieron siempre, asentadas en el fondo de las enramadas cubiertas de tierra, en donde se construían las chozas y se cultivaba. A pesar de no ver las islas flotando, como él esperaba, utiliza la expresión “quedar hechizado”, con: “...la cantidad de flores

3 Bartholomaeus Carl Heller, *Viajes por México en los años 1845-1848*, México, Banco de México, 1993, p. 145

que pueden verse en pleno florecimiento y entre las cuales puede descubrirse con frecuencia, una pequeña casita pintoresca que es la del dueño”.⁴ Recomienda la excursión como una de las más agradables que se pueden hacer en México.⁵

Los Paseos eran esos espacios públicos, frecuentados por la sociedad para ver y dejarse ver generalmente por las tardes. En la ciudad de México, tres eran los importantes: La Alameda, a la que rodeaban los carruajes y galanes montados en caballos. En esos paseos seguramente la galantería, los chismes, envidias y admiración se comentarían de regreso a casa. Otro de los Paseos era el de Bucareli, que seguía camino a Chapultepec, y por último, el de la Viga, que por su condición de lugar de encuentro entre indios, clases medias y ricos era el más democrático de todos, aunque cada uno ocupara su lugar. Este era, según lo dicho por nuestros escritores, el más colorido de la ciudad.

Uno de los primeros extranjeros que dejó un relato escrito sobre México, recién terminada la guerra de Independencia en 1822, fue William Bullock, al que el Paseo de la Viga lo desilusiona, por lo que le habían contado de él, dice que los sábados y domingos eran los días más frecuentados, en los que:

“Un gran número de elegantes carruajes y comitivas se presentan en estas ocasiones; sin embargo, sólo vi una carroza y dos volantas. El camino termina de pronto cerca de un puente y exclusiva bajo la cual pasa el canal de Chalco. La mayor parte de los coches van tan cerca unos de otros que impiden a los ocupantes ver más allá de la ventana del carruaje que va casi pegado a su lado. Estos coches van ocupados por lo general con damas, que a causa de esa ridícula costumbre no tienen ocasión de ser admiradas y lucir su buena figura y belleza.”⁶

Sin embargo, ver a los indios que regresaban a sus poblaciones en la tarde en sus canoas, lo compensó con creces:

“En las tardes apacibles, durante la estación de seca, los alrededores de la ciudad presentan un escenario de bullicio, alegría y deleite que difícilmente podría ser igualado; cientos de canoas entoldadas, de diversos tamaños, atiborradas de indígenas vestidos esmeradamente y con sus cabezas coronadas con hermosas flores pasan y repasan en ambas direcciones, cada trajinera, con su músico sentado a popa y tocando la guitarra, con algunos del grupo cantando o bailando, frecuentemente haciendo ambas cosas al mismotiempo, presentan tal espectáculo de inocente e inofensiva diversión que, mucho me temo, rara vez se da en las ferias y festividades de nuestro país.”⁷

⁴ *Ibidem.* p.146

⁵ Heller, como todo viajero a México, ha leído a Humboldt quien describe que hay dos tipos de chinampas: unas móviles que arrastran los vientos y las otras fijas y adheridas a la orilla, y sólo las primeras merecen la denominación de jardines flotantes. Esta información de Humboldt es totalmente falsa. (p. 150 f. Gooch).

⁶ Heller, *op. cit.*, p. 123.



Litografía realizada por G. Rodríguez, quien logra dejar plasmada la imagen del pueblo de San Matías Iztacalco, tal como era a mediados del siglo XIX.

La Marquesa Calderón de la Barca, tal vez la cronista extranjera que mejor observó a México durante su residencia en el país durante los años 1840-41, se extraña que a las mujeres mexicanas de sociedad no les guste pasear a pie, excepto en sus salidas a misa, ya que lo consideran poco elegante. A ella, sí le gusta caminar en la Alameda y disfrutar de la sombra de sus árboles. El Paseo de Bucareli lo describe como una ancha avenida y una fuente en el centro, que remata con una estatua dorada de la Victoria, ahí, todas las tardes se pueden ver los carruajes en donde pasean las damas para dejarse ver, pero el hecho de ir en los coches no les permite lucirse -comentario que coincide con el de Bullock-, por el hecho de no poder dejarse contemplar en toda su belleza, pues van adentro de los mismos. También dice, que no faltan algunos léperos mezclados entre la sociedad. Encuentra que este paseo goza de una hermosa vista de las montañas, sin embargo, para ella llega a ser monótono. La Marquesa prefiere el de la Viga, lo encuentra más vivo, alegre y sobre todo diferente. A este lo describe así:

“Le bordea un canal, con árboles que le dan sombra, y que conducen a las chinampas y se ve siempre lleno de indios en sus embarcaciones, en las que traen fruta, flores y legumbres al mercado de México. Muy temprano en la mañana, es un agradable espectáculo verlos cómo se deslizan en sus canoas, cubiertas con toldos de verdes ramas y flores”.⁸

⁷ *Ibidem*. pp. 123-124.

⁸ Madame Calderón de la Barca, *La Vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México, Editorial Porrúa S. A., 1967, p.79.

La señora Calderón de la Barca dice que, cuando no tiene muchos compromisos, le gusta acercarse a la Viga a las seis de la mañana para pasar el tiempo, cuando el fresco es estimulante y así poder ver a los indios con sus canoas y trajineras en el canal cubiertas de flores y legumbres. En una ocasión en la tarde, subieron a una de las canoas grandes y llegaron hasta el pueblo de Santa Anita, en donde vieron las chinampas o jardines flotantes y junto a ellas, las chozas de los indios que llevan a vender sus productos a la ciudad, ahí, compraron las flores de rigor para todo aquel que disfrute de ellas. A su regreso, observa a los que vuelven; cantando, bailando, emborrachándose, comiendo, etcétera. Llama su atención una canción: el Palomo, melodía, de la que dice, que a pesar de su monotonía, el ritmo le parece bello, ya que:

“[...] las mujeres la cantan con tan adormecida dulzura, y sonaba tan acariciante que me quedé en un estado de agradabilísimo ensueño y de perfecto deleite; y sentí tristeza cuando al llegar al desembarcadero tuvimos que regresar al coche y a la civilización, sin más recuerdos de las chinampas y unas cuantas guirnalda de flores.”⁹

Paula Kolonitz, austriaca, llegó con la corte de Maximiliano y Carlota, cuenta en su libro: “No puede decirse con palabras lo interesante que son los dos pequeños pueblos de Santa Anita e Ixtacalco, en las proximidades de la ciudad de México.”¹⁰ La descripción se repite por lo atractivo que le resulta:

“Al sur de la ciudad, donde el canal de Chalco se hace más ancho, en el amplio puerto donde cada mañana llegan los indígenas con sus mercancías, se extiende el Paseo de la Viga. Por allí se va a los pequeños pueblos en los que habitan solamente indios. Las más bellas flores se ven en sus proximidades y aun a las más pobres y pequeñas cabañas las rodea el perfume y la suave fragancia de las lindísimas flores que siempre las cercan. Este paseo es encantador. Las heladas cumbres de los volcanes, como si estuvieran a mitad de la calle, se levantan ante los ojos y, por la pureza del aire parecen estar más próximas que nunca.”¹¹

Para los extranjeros, como se ha visto, el Paseo y el Canal de La Viga son los más llamativos. Es natural que así fuera, no se parecen en nada a lo que han visto en sus países de origen: personas de diversas razas, vestimentas, costumbres, canales que transportan toda clase de flores y verduras en canoas durante todo el año, imposible de encontrarlas en sus países debido a las estaciones tan marcadas que hay en ellos. Ejerce una fascinación, precisamente por lo distinto, es un lugar que materializa

⁹ *Ibid.*, p. 89.

¹⁰ Paula Kolonitz, *Un viaje a México en 1864*, México, FCE y SEP, 1984, p.119.

¹¹ *Ibid.*, p. 120.

prácticas sociales culturalmente significativas, diferentes actividades de recreación, comercio, oficios, vida cotidiana, que le otorgan una identidad. Aunque en cada viajero la experiencia y la sensibilidad son personales e intransferibles, lo que parece tan común y corriente para el que lo realiza, es aquello que se queda en la memoria del otro: un momento, una conversación, un paisaje.

Bullock, después de un recorrido por el lago de Chalco, y la descripción de aquel día, en que se sube a las trajineras y observa cómo los jóvenes las empujan con pértigas, termina por disculparse con el lector que pudiera pensar que sus comentarios resulten tediosos, pero aclara que: "...el recuerdo de un día empleado de esta manera deja en mí una impresión más fuerte que las pasadas en la sociedad más pulida, donde todo lo que uno encuentra a su alrededor es artificial".¹² Lo que seduce de este espacio es su autenticidad, manifiesta en sus contrastes, actividades, personajes, prácticas sociales, comportamientos; el lugar para encontrarse con los otros.

A los escritores mexicanos no les fue indiferente el significado social y las tradiciones de El Paseo, el canal y los pueblos que recorrían, ya que todo formaba parte de los habitantes de la ciudad de México, pues aunque estuvieran en sus "afueras", estaban lo suficientemente cerca para aprovechar los días de fiesta e ir a pasar el día; independientemente de los que iban y venían todos los días en su quehacer diario, para ganarse el sustento con la venta de sus productos.

Manuel Payno, en su novela, *Los Bandidos de Río Frío* aprovecha San Lázaro, los canales y las trajineras, para insertar la descripción de la Viga, ya que el lugar le da la oportunidad de urdir la trama de sociabilidad de una muy diversa índole. En una nota de pie de página aclara con aguda visión del futuro, que lo hace para dejar memoria de aquello que él ve. Aunque en el momento en que lo describe minuciosamente, no tenga ningún interés para los habitantes de la capital, que la transitan todos los días. Payno se da cuenta del cambio que se está efectuando con la construcción de los caminos de fierro y la modificación del espacio que concluirá por desaparecer, como efectivamente ocurrió.¹³ Para describirlo, aprovecha que Cecilia, una de sus protagonistas, es una trajinera cuya ocupación es llevar sus legumbres al mercado de México:

"El canal de la Viga, surcado por más de cien chalupas y canoas cargadas de flores, con su casas ruinosas por un lado, que se asemejan a las de los canales interiores de Venecia que fueron en cierta época residencias suntuosas de los ricos, y por el otro lado las anchas calzadas con arboledas, llenas de carruajes lujosos y de caballeros con el pintoresco traje nacional, tiene un aspecto de novedad y de interés histórico, pues se puede a la vez y en el mismo cuadro observar la raza antigua indígena con sus trajes y costumbres primitivas, y la gente criolla de origen español, con las pretensiones aristocráticas del lujo parisiense".¹⁴

12 William Bullock, *Seis Meses de Residencia y Viajes en México*. México, Banco de México, 1983. p. 125.

13 Manuel Payno, *Los Bandidos de Río Frío*. México, Promexa, 1979. p. 220.

14 *Ibid.*, p. 219.

A Guillermo Prieto, maestro en la recreación escrita de la ciudad de México en sus obras y en sus memorias, le parece que el Paseo de la Viga, es el paseo popular por excelencia, en donde, “[...] las jóvenes de alto rango pueden lucir en carruajes abiertos, tocados y gasas, plumas y joyas. La clase presupuestívora se enlaza tiernamente con el simón condescendiente, y transporta para dar en espectáculo familias enteras”.¹⁵ También se ve, al “pimpollo hacendado”, al panadero sesudo, al tocinero de polendas sacar a la luz sus caballos con ricos jaeces, o al subteniente atrabancado, al meritorio de oficina, al tendero de abarrotes, pero afirma: “[...] es la gran masa de pópulo la que ve el paseo como suyo, es el paseo de la casa de vecindad y de la vivienda interior, del taller, del plato y taza y de la accesoria comunicativa, de los ricos; en suma, es el paseo popular por excelencia”¹⁶

Con el seudónimo de Fidel, Prieto retrata en sus cuadros de costumbres con la ironía que lo caracteriza: ambientes, diálogos, lo bonito y lo feo, dice que, en la Alameda y Bucareli predomina la aristocracia, en las fiestas de barrios de los alrededores, generalmente de carácter religioso impera el pueblo humilde, pero: “[...] la Viga, es de lo que todos dicen mío, y el niño y el anciano, la gran señora y la que vende nenepile, todo el mundo arriba, todos a gozar, Dios está de gresca, y derrama con mano pródiga el contento de todos los corazones”.¹⁷ En el puente de la Viga, se tiene la primera vista del paseo:

“A la derecha la pulquería, o sea perseguida y vejada cantina de la gente ordinaria, mejor dicho, sucesión de cantinas engalanadas con el nombre de Juárez... a la izquierda casucas de gente oscura que recibe sus visitas y tiene sus tertulias [...] En el medio, amplísima, fresca, magnífica y sombría la gran calzada de fresnos y sauces llorones, por donde transitan en hileras que corren los coches, dejando el centro a la caballería [...] Una de las calzadas, la que tiene por límite la acequia, es amplia, despejada, y en sus bordes contiene a los vendedores de bizcochos, alegrías, chicha, dulces y pulque; la otra se avecina a jacales y chozas humildes, corrales en que se esperan la caída de la sombra las vacas y cabras, de donde suele brotar el canto del gallo enamorado o el rebuzno del asno [...] pero lo que desde luego llama la atención, es la multitud de fiesta: la ausencia de distinciones en el llamamiento a la alegría”.¹⁸

A través de su pluma llegamos a los embarcaderos, con la multitud arremolinada disputándose por subir a las canoas, regateando con los remeros, y continuamos con los comentarios sarcásticos de la gente: sus intenciones, las familias, las amantes, los niños, las ancianas, tanto que comenta “harían las delicias de una caricatura”.¹⁹ Cantos, bailes, chismes, romance, borrachos, gritos, puestos, o las chalupas que por sí solas son restaurantes, todo rodeado de flores y frutas.

15 Guillermo Prieto. *Cuadros de Costumbres. III*. México, CONACULTA, 1993. p. 220.

16 *Ibid.* p. 101.

17 *Ibid.* p. 108.

18 *Ibid.* p. 107.

Fanny Chambers, en 1887, describe un 16 de abril en el que se inaugura en el canal de la Viga, la anual *Fiesta de las Flores*. Dice que no hay fiesta en la capital que produzca mayor regocijo a sus habitantes. “*El Paseo* [de la Reforma] queda desierto en tanto que el boulevard contiguo al canal de la Viga adquiere vida con centenares de elegantes carruajes ocupado por la élite de la ciudad y con los paseantes que a pie y a caballo acuden allá para presenciar el festival de los indios”.²⁰ Nunca deja de ser un espacio de identidad y de pertenencia para sus habitantes.

En 1904, Antonio García Cubas en *El Libro de Mis Recuerdos*, dice que después del carnaval, desde el miércoles de ceniza, hasta el jueves de la Ascensión, el paseo de Bucareli cedía el campo al Paseo de la Viga, y me permito extenderme en la cita, por ser una de las últimas descripciones antes de uno de los grandes cambios históricos, con el estallido de la Revolución, y ya cuando el canal -dado el descuido en el que se le mantuvo- seguía sin embargo, el bullicio de sus habitantes a su alrededor en determinadas fechas:

“Que si el primero ofrecía poco atractivo por la escasez de árboles, el segundo seducía por su amenidad, más como en todo han de existir las compensaciones, el barrio que recorrían los carruajes, cabalgaduras y gente de a pie para llegar al primero, era hermoso, mientras el arrabal que atravesaban para arribar al segundo llamaba la atención por lo feo o sucio, hallándose en el tránsito la plazuelas de San Lucas y San Pablo en las que el viento levantaba densas nubes de polvo, circunstancia que ha determinado, sin duda, el abandono de ese paseo que ofrecía algunos atractivos.

Hallábase la calzada del Paseo de la Viga compartida en tres, como la de Bucareli, por hileras de sauces que por su follaje y dimensiones no desdecían de su calidad de árboles, pero como en todo eran contrarios ambos lugares, en el primero existía abundancia de agua y ninguna fuente, y en el segundo varias fuentes sin agua. Por la parte occidental del expresado paseo de la Viga extendíanse verdes campiñas interrumpidas por las arboledas de las calzadas de San Antonio Abad, Niño Perdido y la Piedad, y remataban al pie de las lomas de Tacubaya.[...]El canal, limitado hacia la parte opuesta por varias quintas, con sus miradores atestados de curiosos, ofrecía escenas muy animadas. Las canoas, henchidas de gente, iban y venían deslizándose con la lentitud en la tranquila corriente, en tanto que el embarcadero, invadido por la multitud, despedía sin cesar embarcaciones fletadas por los que aceptaban la invitación de los remeros que continuamente gritaban; a Santa Anita, dos por medio real.

Aglomerábanse en dichas canoas hombres, mujeres y niños, gozando todos del contento general, diversamente manifestado según la clase y calidad de las personas”.²¹

19 *Ibid.* p. 108.

20 Fanny Chambers Gooch, *Los Mexicanos Vistos de Cerca*, México, Banco de México, 1993. p. 241.

21 Antonio García Cubas, *El Libro de mis Recuerdos*, México, Editorial Patria, 1978, pp. 414-415.

El viernes anterior a la Semana Santa, día en el que la tradición conmemora a la Virgen de los Dolores levantando altares con jarrones de agua, plantitas de chíá, flores, comales y varios enseres, cientos de personas acudían a comprar a la calle de Roldán lo necesario para adornar dichos altares. Esa calle, dice García Cubas, no era nada agradable, y media calle era de tierra y media de agua:

“El canal se hallaba completamente invadido por las canoas que habían llegado a ofrecer a los habitantes de la Capital las variadas producciones de las chinampas de Santa Anita, San Juanico e Ixtacalco, consistentes en abundante hortaliza y en profusión de flores. El gentío que llenaba la calle era inmenso, tanto que, como se dice vulgarmente, pudiera nadarse sobre las cabezas. Allí las familias decentes mezclábanse, por fuerza, con las del pueblo bajo, y todas iban y venían de esquina a esquina, abriéndose cada cual, entre la multitud, un camino trabajoso que al fin se abandonaba para acercarse a la orilla del canal, con el intento de proveerse de flores y verduras. [...] Entre las nueve y diez de la mañana, la hora en que el sol, por su elevación sobre el horizonte empezaba a bañar con sus ardorosos rayos la famosa y sucia calle de Roldán, las familias abandonaban el canal, montando unas en sus carruajes que las esperaban en la calle del Puente de la Leña, y otras se dirigían a pie camino de sus casas, pero todas bien abastecidas de flores y no pocas, además, de hortaliza y de legumbres.”²²



La imagen corresponde al Canal de Roldán en la segunda mitad del siglo XIX, mostrando los puntos de embarque y desembarque de mercancías, para abastecer los mercados de la zona.

²² *Ibid.*, pp. 421-422.

Régis Gibault, topógrafo del ejército de la Intervención Francesa, regresó a México entre 1910 y 1911 con el interés de ver lo que recordaba de México. A un joven, cuyo abuelo entabló amistad con el topógrafo durante su estancia en este país, le corresponde, por orden de su padre, el cargo de *cicero-ne*, para acompañar al señor Gibault. Entre los lugares que recorren a petición del francés fue el barrio de la Merced, todo era nuevo y le resultaba extraño, sobre todo por las calles de Roldán, Miguelito, Embarcadero y otras que continúan hasta el barrio de San Pablo.

“Le informé [dice el joven] que el cierre de canales y acequias periódicamente era motivo de orgullo municipal. Yo recordaba que la última acequia dentro del perímetro de la ciudad vieja se había cegado a principios de 1902...”²³

Otro de los deseos de Gibault fue ir al Paseo de Santa Anita, al joven le extrañó, porque nunca había estado ahí y sus padres, si lo mencionaban, era para denostarlo. El extranjero insistió que hicieran el paseo a pie. Se iniciaba en donde, desde 1901, habían trasladado a los llamados Indios Verdes (Ahuízotl e Izcóatl), de Reforma al Paseo de la Viga, en donde estuvieron hasta 1939, año en que se reubicaron en el norte de la ciudad. El joven no esperaba que fuera a elogiar las estatuas, y continuaron el camino por la margen izquierda del Canal. La descripción que sigue es la que escribe el joven de lo que ve, y la de la reacción de aquel hombre que había estado ahí casi cincuenta años antes:

“[...] Esta era la colonia de La Viga, más proyecto que realidad urbana, como otras más. Gibault no cesó de voltear hacia la ribera opuesta, donde se alineaban fábrica tras fábrica. Tornó a asomarse por entre las bocacalles abiertas entre una y otra, como el día que fuimos a la colonia de Santa María, como si buscara algo. Solo encontró tugurios y lodosas calles. Al llegar a la garita de La Viga exclamó su proverbial “Ah, bah, voila”. Significó, sin quererlo, que al menos eso seguía igual a como lo conoció.

Más allá de la garita, el canal describía un ligero quiebre y apuntaba hacia el pueblo de Santa Anita. [...] Gibault decidió que termináramos de cruzar y avanzáramos un trecho hacia el sur, por el terraplén para los rieles del tranvía.

[...] Como si hablara consigo mismo, algo me refirió de la temporada de Cuaresma, con paseo y trajineras por el canal, acompañados por músicos, con muchos puestos de antojitos fritangas, con guirnalda de flores para las damas y enormes rábanos que los campesinos esculpían graciosamente en forma de animales.”²⁴

23 *Aquel Espacio Cautivo. Fotos estereoscópicas de la Ciudad de México de 1896 a 1913*. p. 74.

24 *Ibid.*, pp.125-126.

La sensación que tuvo el joven es que el francés le dio la impresión de no querer hablar del pasado perdido.

Los tranvías sustituyeron el transporte lacustre por el de fierro, como lo predijo Payno. Al finalizar la Revolución, alrededor de 1921, se decidió entubar los ríos de la ciudad. Como se dijo al inicio, las necesidades de los hombres cambian con el tiempo y con ellas los espacios. De aquel canal y paseo no quedó nada que nos recuerde aquella alegría, conflictos, enamoramientos fugaces y regaños paternos, de los cientos de personas que ahí disfrutaron de un aire limpio, unas calles sucias, unas pulquerías con los mejores curados, moles y enchiladas, sólo se conservan algunos nombres.

El aumento de la población implicó una acelerada ocupación de tierras, vías terrestres, que afectaron la comunicación de los canales al cortar la comunicación de las aguas. Se entubaron los manantiales y ríos del Valle de México que se habían convertido en agua estancada, depósito de basura y desechos. En 1940, se rellenó el canal de la Viga y, para 1957, fue pavimentado.

Con la construcción de la Línea 9 del Metro en 1984, el Instituto Nacional de Antropología e Historia realizó un estudio en el que se registraron restos de los materiales y sistemas constructivos del canal, embarcadero, puente y garita de la Viga, que permitió definir las medidas de los espacios arquitectónicos, entre otros aspectos.²⁵ Nada queda del paseo imaginario que espero hayamos realizado caminando, en carruaje o en trajinera. Sin embargo, es historia; es referente, sabemos por los relatos, las litografías, pinturas y fotos de lo que significó este espacio público de socialización con de sus diversas redes. Un lugar para guardar en la memoria de nuestra ciudad, ya que cada etapa deja una huella en la historia y en sus valores culturales. Se podrá imaginar con nostalgia aquel pasado, pero nos lo impide la explosión demográfica y la transformación gradual y acelerada de la ciudad que construimos día con día, y a la que todos contribuimos en esta época de explotación ambiental y postindustrial que deja nuestra huella. Se nos olvida el abuso que hacemos de los recursos naturales, básicos para la vida urbana. Pero los tiempos cambian “Señor don Simón”, y el siglo XXI nos aguarda con nuevas expectativas, en ocasiones no muy estimulantes, pero siempre desafiantes. Las capas de cemento cubren las otras ciudades, otras épocas, otras maneras de convivencia, no las olvidemos, pues así se hablará de nuestras vías rápidas, segundos pisos, casas Geo, y eso sí, todavía inundaciones, aunque ahora se digan encharcamientos, como sucedía desde la Colonia, en esta nuestra ex lacustre ciudad de México. El joven que llevó a recordar el pasado al viejo militar francés, se reconoce como viejo hacia 1950, vive en una de las nuevas colonias, en ese México que crecía con enorme rapidez y confiesa: “Casi todas las tardes me asomo a mi ventana. A lo lejos se tiende un arco de montañas, que

²⁵ Araceli Peralta Flores, *op. cit.* p. 467.

En las excavaciones para la construcción del metro se encontraron los vestigios de la garita en el cruce de la Calzada de la Viga y la Avenida Morelos (Eje Vial 3 Sur).

²⁶ *Ibid.*, p. 128.

va desde el Ajusco hasta las cumbres nevadas del Iztaccíhuatl. Su vista me consuela. Al menos ese magnífico panorama dominará esta ciudad para siempre”.²⁶ Y nos preguntamos ahora ¿esto es así? Raro es el día en que podemos ver los volcanes, lo que nos hace recordar y reflexionar que lo nunca cambia es el cambio.

Bibliografía

- Ana Álvarez et al.,** *Citámbulos. Guía de asombros de la ciudad de México.*
El transcurrir de lo insólito, México, Océano-CONACULTA, 2007.
- Aquel Espacio Cautivo.** *Fotos estereoscópicas de la Ciudad de México de 1896 a 1913*,
Fotografías de placas de cristal del Arq. Martín Juárez Carrejo, Texto de Gabriel Breña
Valle, México, Bancreser, 1991.
- William Bullock,** *Seis Meses De Residencia y Viajes En México*, Trad. Gracia Bosque de Ávalos,
Edición, estudio preliminar, notas, apéndices, croquis y revisión de texto, Juan A. Ortega y Medina,
México, Banco de México, 1983.
- Madame Calderón de la Barca,** *La Vida en México, Durante dos años de residencia es ese país*,
Trad., y Prol., Felipe Teixidor, 2ª ed. México, Editorial Porrúa S. A., 1967.
- Fanny Chambers Gooch,** *Los Mexicanos Vistos De Cerca*, Trad., estudio preliminar y notas
de Luis Everaert Dubernard, México, Banco de México, 1993.
- Antonio García Cubas,** *El Libro de mis Recuerdos*, 7ª ed. México, Editorial Patria, 1978
(Colección México en el Siglo XIX).
- Carl Bartholomaeus Heller,** *Viajes por México en los años 1845-1848*. Trad. y nota preliminar,
Elsa Cecilia Frost, México, Banco de México, 1987.
- Leonardo Martínez Carrizales y Teresita Quiroz Ávila** (coordinadores), *El Espacio. Presencia
y representación*, México, UAM Azcapotzalco, 2009, (Colección Humanidades).
- Manuel Payno,** *Los Bandidos de Río Frío*, T.I. Prol., Josefina Zoraida Vázquez, México,
Promexa Editores, 1979, (Clásicos de la Literatura Mexicana).
- Araceli Peralta Flores,** *El Canal, Puente y Garita de la Viga en Carlos Sierra, Historia de la
navegación de la ciudad de México.*
www.históricas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libro/canalesy mercados/cm o2 0 p.d.f
- Guillermo Prieto,** *Cuadros de Costumbres 2. "San Lunes de Fidel", Obras Completas III.*
Compilación y notas, Boris Rosen Jélomer, México, CONACULTA, 1993.
- Kolonitz, Paula,** *Un viaje a México en 1864*, Trad. Neftalí Beltrán, Prol. Luis G. Zorrilla.
Ilustraciones, Antonio Barrera, México, F.C.E. y SEP, 1984, (Lecturas Mexicanas, 41).



ROSTROS DE LA CIUDAD: REVOLUCIÓN, VIDA COTIDIANA Y ESPACIOS

Guadalupe Ríos de la Torre
Universidad Autónoma Metropolitana • Azc.



Semejante al espíritu de los desastres,
el agua vengativa espiaba de cerca a la ciudad;
turbaba los sueños de aquel pueblo
gracioso y cruel, barriendo sus piedras florecidas;
acechaba, con ojo azul, sus torre valientes.
Cuando los creadores del desierto acaban su obra,
irrumpan el espanto social.

Alfonso Reyes¹

La ciudad de México fue testigo, durante años los de 1911 a 1920, de diversos y profundos cambios sociales, políticos y económicos y, a pesar de no haber sido escenario de grandes acontecimientos militares,² la lucha la alcanzó y el cambio se desencadenó con el levantamiento armado que penetró las costumbres y formas de vida imperantes de sus habitantes.

1 Alfonso Reyes, *Visión del Anahuac y otros ensayos*, México, FCE/SEP, 1983, (Lecturas Mexicanas 14).

2 Respecto a la participación de la gente en la Revolución Mexicana de 1910 y 1911, es preciso insistir en que fue, principalmente, una Revolución rural. En efecto, salvo los casos de las ciudades de Puebla y México, ninguna otra gran concentración urbana destacó en la lucha antiporfirista. Más aún, en ambas ciudades se dieron sólo conspiraciones aisladas, siendo imposible hablar de movilizaciones masivas generales. Cfr. Javier Garcíadiego, “El Estado Moderno y la Revolución Mexicana (1910-1920)” en *Evolución del Estado Mexicano*, reestructuración 1910-1940, t. II, México, El Caballito, 1986, pp. 22-23.



Escudo de la Ciudad de México en México en el tiempo.
Fisonomía de una ciudad. México, 1945.

La capital fue sede de los poderes de la Federación y tuvo una significación política simbólica. Ocuparla fue la meta que el movimiento revolucionario del siglo XX se planteó, pues llegar a ella constituía la confirmación del poder en el momento de tránsito entre la lucha armada y la nueva era, cuando ésta se anunciaba en los planes y proclamas. Por ello, la lucha dejó una profunda huella en sus habitantes, entre otras razones porque la capital fue el centro de disputas de las facciones durante los años más severos de la guerra.³

Por su lado, las ideas de progreso y prosperidad introducidas durante el gobierno de Porfirio Díaz se manifestaron en la capital, depositaria natural de los afanes modernizadores en todos los ór-

³ A lo largo de poco más o menos un cuatrienio, de 1911 a 1915, la capital había estado bajo la égida de cuatro gobiernos: el del general Porfirio Díaz, quien renunció a la presidencia en mayo de 1911; el gobierno interino de Francisco León de la Barra, que duraría de mayo a noviembre de 1911, mandato que tenía como objetivo llevar a cabo la pacificación del país y realizar las elecciones extraordinarias; el de Francisco I. Madero, designado por la voluntad popular, quien debía gobernar hasta el año de 1916, ya que tenía que completar el periodo que dejó inconcluso Díaz, pero fue interrumpido por el golpe de Estado de los militares en febrero de 1913, Victoriano Huerta asumió interinamente el poder, cubriendo las formalidades legales: la Cámara de Diputados aceptó las renunciaciones de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, tomó la protesta de Pedro Lascuráin, secretario de Relaciones Exteriores, y estuvo de acuerdo con su renuncia y con el consiguiente ascenso de Huerta a la presidencia a partir de esa fecha hasta julio de 1914. A su renuncia, la metrópoli fue escenario de sucesivas ocupaciones por las diferentes facciones revolucionarias: los constitucionalistas y los convencionistas. Así, habitantes de la ciudad más importante de la República continuaron, por algunos años más, viviendo en condiciones de miseria y zozobra, resultado de la rebelión de 1910.

⁴ Era lógico que en la gran ciudad se requiriese de servicios, entre otros renglones, para el abasto de alimentos, el trabajo doméstico, los transportes, lugares de recreo, la obra pública, además del que prestaban los hombres y mujeres que

denes.⁴ La población capitalina era muy heterogénea y tenía un incremento permanente, merced a las continuas migraciones de habitantes de las zonas rurales, atraídos por las fuerzas de trabajo que abrió la modernización capitalina a la industria, comercio y servicios. Pero, ante la falta de escuelas en muchas regiones, también viajaron a la ciudad los hijos de los rancheros y comerciantes en ascenso para realizar estudios superiores. En términos generales era así, una población propensa al conservadurismo, aunque las clases medias ilustradas tuvieron una posición particularmente crítica ante los contrastes sociales.⁵

La ciudad de México fue, por otra parte, el ámbito en el que adquirieron significación las primeras organizaciones políticas, formadas para demandar los espacios de participación ciudadana y donde pudo sobrevivir, a pesar de la represión, la prensa opositora⁶. Durante los últimos años de la primera década del siglo XX la urbe presenció y participó en actividades antes desconocidas, como fueron los mítines y las convenciones de partidos, organizados no solamente por la corriente opositora, sino por los propios porfiristas, que empezaron a utilizar las novedosas modalidades de actividades políticas introducidas por quienes trabajaron a favor de la democracia. Sin embargo, una vez que Francisco I. Madero convocó a la Revolución, las movilizaciones se desarrollaron fuera de la capital y allá se obtuvo el triunfo.

La vieja capital porfiriana modificó sustancialmente el ritmo de su vida cotidiana durante el movimiento de las tropas, aunque empezaban a cobrar relieve algunas expresiones novedosas que procedían de las capas medias y del pueblo, antes ocultas por el predominio de la élite. Como resultado de la apertura que puso en práctica la Revolución triunfante, durante los meses de interinato y en el transcurso del régimen maderista, proliferaron las huelgas y se incrementó la actividad de agrupaciones políticas. Se lanzaron a las calles los miembros de la clase trabajadora y algunas mujeres en busca de la protección de derechos sindicales. Por primera vez, hombres como el barrendero, el obrero de la fábrica, los empleados de las salas e espectáculos y hasta las damas trabajadoras, artistas y algunas mujeres ricas formaban clubes políticos para legitimar socialmente peticiones en los ámbitos laboral y civil.⁷

laboraban en varias fábricas de esa ciudad. Cfr. Alfonso Vázquez Mellano, *La ciudad de los Palacios. Imágenes de cinco siglos*, México, Diana, 1990, pp. 290-295.

5 Cfr. Juan Felipe Leal, *La burguesía y el Estado Mexicano*, México, El Caballito, 1983, pp. 101-103.

6 El Comité Organizador del Partido Democrático (1908), El Nacionalista Democrático (1909) y El Centro Antirreeleccionista de México (1910), tuvieron su sede en la metrópoli y este último coordinó desde aquí la campaña de alcance nacional que culminó con la designación de Francisco I. Madero y Francisco Vázquez Gómez como candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la República, respectivamente, para contender contra la fórmula reeleccionista que postulaba a Porfirio Díaz y Ramón Corral para aquellos años.

7 Véase Jorge Vera Estañol, *La Revolución Mexicana. Orígenes y resultados*, México, Porrúa, 1957, pp. 156-162.



Manifestaciones antirreeleccionista en Biblioteca de *Novedades*.

No cabe duda de que el nuevo orden político incidía en el mundo de lo privado. La apertura incuestionable del gobierno maderista favoreció, en muchos sentidos, la expresión de la vida citadina. Esto significó, aunque lento, un cambio en la vida cotidiana de sus habitantes. Los elementos de transformación, que apuntaban hacia nuevos rumbos, ya estaban presentes desde entonces, y los intentos del huertismo para detenerlos, obraron como un detonador.

La primera confrontación de la lucha armada revolucionaria, que presenciaron los moradores de la capital, fue la Decena Trágica, ocurrida del 13 al 23 de febrero de 1913. Hasta entonces, la mayoría había conocido la Revolución por las imágenes provenientes de la prensa, las anécdotas, las postales y el cine.⁸ Ahora, al volverse una realidad cercana, los habitantes de la ciudad comenzaron a sufrir las angustias de la guerra. De espectadores distantes se transformaron en testigos azorados de la destrucción de los edificios públicos y privados, así como de algunos monumentos cercanos a la Ciudadela, donde se desarrolló el combate:

“Por la situación que guardaban con respecto a la ciudadela, las calles de Balderas tenían que ser, como en efecto lo fueron, las más perjudicadas por los proyectiles de ambos contendientes, presentando la avenida un aspecto lastimoso. Todas las casas de la 1a. y 2a. de Balderas, sin excepción, sufrieron considerables desperfectos. De las demás casas de la mencionada avenida

⁸ Sobre los acontecimientos de la Decena Trágica véase: *Novedades*, *La Ilustración Mexicana*, *Cosmos*.

Véase Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México 1896-1930. Vivir de sueños*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, p. 127. José Valero Silva, *La decena trágica*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, pp. 67.68.

sobresalen por la magnitud de los daños, los edificios siguientes: Edificio Good Year, donde se encuentran las oficinas de la Watters Pierce Oil Co., y cuyo piso superior resultó seriamente perjudicado. Casino de la Escuela de la Policía, que presenta un gran número de horadaciones. Las casas marcadas con los números 33, 37, 43, 55 y 62, fueron completamente clareadas por los proyectiles y en ellas se han verificado algunos derrumbes parciales. La fachada del garage situado en la 5a. de Balderas resultó asimismo acribillada en su totalidad”⁹

Entonces, los habitantes tuvieron que resguardarse en sus casas y solamente pudieron salir en los momentos de tregua que daban los combatientes para abastecerse de alimentos: "en la ciudad y en las prefecturas reina una absoluta tranquilidad. El comercio abrirá sus puestos, y la Compañía de tranvías ya empieza a hacer las reparaciones del caso a los cables destrozados para reanudar el tráfico de trenes".¹⁰

Soportar los lamentos de las víctimas de la lucha, a quienes tuvieron que socorrer, constituyó parte de una experiencia insólita y dramática en la que los capitalinos se vieron forzados a participar para evitar las pestes o enfermedades. Tales sucesos, en fin, anunciaron un nuevo periodo que trastocaría aún más la existencia diaria de los residentes de la capital como consecuencia de la guerra civil.

El general Victoriano Huerta asumió la presidencia interina el 19 de febrero de 1913. Una vez concluidos los enfrentamientos armados, el nuevo gobierno se propuso lograr la normalización de la vida pública mediante la pacificación y la convocatoria a las elecciones de presidente y de vicepresidente, y de esta manera, reanudar el orden lamentablemente interrumpido. Sin embargo, el programa huertista se modificó por la presencia del movimiento constitucionalista, que hizo la guerra al gobierno de Victoriano hasta derrocarlo.¹¹

Al día siguiente del “golpe de Estado”, el general Huerta asumió facultades extraordinarias en materia hacendaría, gubernativa y de guerra. Cuidadoso como siempre de la forma aunque no de la legalidad, convocó a elecciones para crear un nuevo Congreso. Éstas tuvieron lugar el mismo día que las de presidente y vicepresidente, el 26 de octubre. El uso de toda clase de recursos extralegales por parte del gobierno sirvió para que se impusieran los candidatos convenientes para conformar la nueva XXVI Legislatura. En adelante los diputados y senadores se abocaron dócilmente a otros aspectos del trabajo parlamentario.

Entonces, la capital vivió momentos de gran expectación política. Al mismo tiempo, el general y dictador tomó un conjunto de medidas en materia económica a fin de allegarse recursos, para afrontar los levantamientos armados que se suscitaron en distintas regiones del país. No cabía duda

9 “Los edificios de la avenida Balderas”, en *El País. Diario Católico*, año X, núm. 4524, México, 19 de febrero de 1913, p. 1.

10 “Reina la paz en la ciudad”, en *Novedades*, año III, México, 19 de marzo de 1913, p. 1.

11 El movimiento constitucionalista lo encabezó Venustiano Carranza, en la calidad de Primer Jefe, apoyado en el Plan de Guadalupe.

de que el retorno de la paz porfiriana estaba muy lejano. Además, crecía la amenaza de las tropas revolucionarias provenientes del norte del país.

Durante el gobierno huertista (19 de febrero de 1913) se llevaron a cabo disposiciones que, lejos de favorecer el restablecimiento de la paz, provocaron la crisis y el derrumbe del gobierno militar el 15 de julio de 1914. Entre éstas destacaron el desmesurado aumento del ejército federal a través de la leva y las disposiciones dictadas con el propósito de que el gobierno dispusiera de recursos para llevar a cabo el sometimiento de los rebeldes y la pacificación social; dentro de la cual se incluían programas de mejoría para los trabajadores del campo y la ciudad, estímulos a la educación e, incluso, llevar a cabo el reparto agrario.¹²

Tanto el aumento del ejército como la creación de impuestos, con el único fin de subvenir los gastos de la guerra, erosionaron sustancialmente dos de los principales pilares del sistema porfiriano: las fuerzas armadas y la economía.

Por lo que se refiere al ejército, Huerta utilizó el impopular mecanismo de la leva a fin de reclutar soldados para pelear contra los alzados, procedimiento repudiado por la sociedad capitalina, ya que adolescentes, niños e incapacitados físicamente fueron incorporados a las filas federales. El ingenio popular hizo del dominio público esta canción:

La leva, la odiosa leva,
que sembró desolación,
en todo el suelo querido
de nuestra pobre nación.

Los mandaban para el Norte
el tal Huerta, vil canalla,
a morir injustamente
en los campos de batalla.

Al obrero, al artesano,
al comerciante y al peón,
los llevaron a las filas
sin tenerles compasión.

Miles de huérfanos solos
se quedaron para siempre,
fueron muertos sus padres
en campaña, ciegamente.

La ocupación estadounidense del puerto de Veracruz, en abril de 1914, marcó el inicio del fin del gobierno de Victoriano Huerta. El bando constitucionalista, dirigido por Venustiano Carranza, había crecido incesantemente desde el inicio de 1914. La toma de Torreón, a principios de abril, y de Zacatecas, a finales de junio dejará abierto el camino de los revolucionarios hacia la ciudad de México. El zapatismo, desde el sur, se había convertido en una amenaza apremiante.

12 Sobre las citadas reformas véase a Esperanza Tuñón, *Huerta y el movimiento obrero*, México,

El Caballito, 1982, *passim*.

Acorralado Huerta inició los movimientos para la renuncia. Nombró secretario de Relaciones Exteriores a Francisco S. Carbajal, y de Guerra, al general José Refugio Velasco, con vistas a que ellos negociaran la rendición y entrega de la ciudad de México y sus alrededores -prácticamente la única parte del país que permanecía bajo control federal-, y sobre todo, el futuro de lo que quedaba del Ejército Federal. Finalmente, Huerta presentó su renuncia ante la Cámara de Diputados el 15 de julio, y zarpó desde Puerto México -(hoy Coatzacoalcos)- rumbo al exilio.

Francisco S. Carbajal presentó protesta como presidente provisional. Su misión se limitaba a negociar una rendición lo más ventajosa posible.¹³ La incorporación forzada a la milicia se convirtió en un problema serio para las familias más pobres de la ciudad de México, pues se vieron privadas de quien les suministraba el sustento familiar. Esta circunstancia propició la mendicidad o la prostitución de sus hijos y mujeres.

“La policía recogió la noche del sábado dentro del perímetro para la circulación de mujeres de mal vivir, a setenta y cinco de estas mujeres, que andan circulando por el rumbo de Correos y calles adyacentes. De todas las capturadas, solamente cinco portaban libretas, y el resto tenían simples permisos escritos en pedazos de papel, válidos por dos, tres, cinco y siete días”.¹⁴

En el aspecto económico, la errática creación de impuestos dio como resultado un creciente descontento entre los capitalinos. Se gravaron la leche, el tabaco, las bebidas alcohólicas, las propiedades, por mencionar sólo algunos rubros.¹⁵

Esta situación trajo un costo económico en todos los sectores de la economía -con la sola excepción del petróleo- que sufrieron un considerable descenso. La crisis en la ciudad no se parecía a las que se habían conocido en otras épocas, las cuales eran resultado de catástrofes agrícolas. Ésta era más una cuestión de hegemonía que de economía. El origen de los problemas era político: se jugaba

13 La Cámara de Diputados admite al general Victoriano Huerta su renuncia de presidente interino de la República; y nombra en su lugar al ministro de Relaciones Francisco S. Carbajal, que desde luego comienza a ejercer. A media noche el general Huerta abandona la capital en compañía del que fue su ministro de guerra, Aureliano Blanquet, y otras personas. Véase Héctor Díaz Zamudio. “La lealtad militar en medio del torbellino de las luchas por el poder (1848-1919)”, en *Perspectivas históricas*, año 5, no. 9-10, julio-diciembre de 2001, enero-junio de 2002, pp. 47-49.

14 “Setenta y cinco mujeres fueron recogidas”, en *La Nación*, vol. 1, núm.279, t. II. no. 279, México 17 de febrero de 1914, p. 4.

15 Aumentaron de una manera desorbitante los precios de la leche, la carne, el pan, el maíz, el arroz y el carbón. Sin embargo, la necesidad que tenían los habitantes de adquirir los productos a cualquier precio rebasó el control del gobierno. Los decretos emitidos fueron burlados, a pesar de multas y castigos que dictaba el gobierno al comercio. “Reducción de precios”, en *El Monitor*, año 4, t. II, México diciembre de 1914, pp. 5 y 7. Cfr. Alejandra Moreno Toscano, “México,” en R. Morse, *Las ciudades latinoamericanas*, 2. *Desarrollo Histórico*, México, Secretaría de Educación Pública-Setentas, 1993, pp. 123-124.

la ciudad para decidir la Revolución, aunque sus efectos visibles fueran económicos: escasez, carestía y desorden monetario.¹⁶

Paralelamente, la movilización militar de los revolucionarios afectó las actividades agrícolas e industriales.¹⁷ Los ejércitos de la revolución ocupaban todo el ámbito visual: a bordo de sus trenes abigarrados, en largas columnas de caballería o en pequeñas partidas, entraban y salían de pueblos y ciudades, ocupando las casas porfirianas, volando trenes, levantando ganados y cosechas, así transitaban el país. Era un paisaje que se alzaba lleno de vigor y miseria, desenfreno y poder destructivo.¹⁸

Los trabajadores se enrolaron en los ejércitos de las facciones en pugna; por otro lado, la propia agitación impidió que los alimentos y materias primas llegasen a la capital, debido a que los contingentes revolucionarios prefirieron.

“Acaparar granos, carne, frutas y semillas en las zonas que permanentemente o que temporalmente controlaban, a fin de abastecer a sus tropas o simplemente para impedir que el enemigo los utilizara en su provecho”.¹⁹

Del mismo modo se privilegió el uso del ferrocarril para trasladar a las tropas del ejército federal a los campos de batalla, en lugar de destinarlos a la introducción de víveres y alimentos a la ciudad de México:

“Los ferrocarriles, controlados por los ejércitos en contienda, eran utilizados exclusivamente con fines militares, traslado de pertrechos y tropa y dejaron de introducir granos y mercaderías. Luego se requisaron todos los caballos y mulas para los mismos fines, lo cual explica mejor la interrupción drástica del abastecimiento urbano”.²⁰

De esta manera, la amenaza, la escasez y el aumento de los precios fue una constante para los capitalinos. La situación que imperó, generó cambios en la organización de la vida diaria del ciudadano de la metrópoli, que luchaba por sobrevivir.

16 *Ibidem.*, p. 7. 16

17 La fuerza de trabajo se había reducido en casi cuatrocientos mil personas, los cinco millones doscientos sesenta y tres mil mexicanos laborantes de 1910 eran cuatro millones ochocientos ochenta y tres mil. Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, México, Cal y Arena, 1995, pp. 88-89.

18 Véase Mauricio Magdaleno, *La tierra grande*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987, pp 138-140. (Lecturas Mexicanas 101).

19 Ramón Bonfil, “El asalto a los empeños, una explosión popular,” en *Mi pueblo durante la revolución*, t. I, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989, p. 59. Cfr. Berta Ulloa, “La ciudad de México y la crisis de 1915” en *Así fue la Revolución*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985, pp. 873-879.

20 Aguilar Camín y Meyer, *op.cit.*, p. 99.

El 13 de agosto 1914 se firma el convenio de la entrega de la capital del país a las fuerzas constitucionalistas. Los llamados Tratados de Teoloyucan son firmados por los constitucionalistas y por el Ejército Federal.²¹ El presidente provisional Francisco S. Carbajal deja el gobierno y sale rumbo a Veracruz, quedando a cargo de la ciudad de México el gobernador del Distrito Federal, Eduardo N. Iturbide. Dos días después el ejército constitucionalista hizo su entrada triunfal a la ciudad de México, al frente de éste iba Álvaro Obregón. A las 2:30 de la tarde el gobernador del Distrito Federal, Eduardo Iturbide, entregó el gobierno a Obregón.

Los vaivenes de la contienda política explican también porqué se alteraba la escasez de los bienes en la ciudad. Cuando los convencionistas controlaban la ciudad de México, era usual que hubiera verduras, frutas de tierra caliente, maíz de Toluca, pero no carbón. Pero cuando los constitucionalistas controlaban la región conocida como “el granero de México”, el abasto se dirigió a sus ejércitos y a las poblaciones dominadas por ellos.²²

El día 20 de agosto llegó a la ciudad de México Venustiano Carranza, quien tomó el mando militar y político encargándose de la presidencia provisional, hizo su entrada triunfal aclamado por los habitantes. La entrada del ejército constitucionalista a la capital no mejoró la situación porque el propio proceso político de la Revolución propició enfrentamientos entre las facciones revolucionarias.

Pero tal vez, fue la huelga de tranviarios del 16 de agosto de 1914, la que directamente afectó más a los habitantes, porque paralizó la actividad del medio de transporte más utilizado por los ciudadanos, lo cual contribuyó al desorden:

“Tal parecía que toda señal de vida se había paralizado. Ni un tranvía coche interrumpía con su ruido trepidante el silencio sepulcral, ni la luz de los fanales. Las vecindades y residencias particulares cerraron igualmente sus zaguanes escuchándose solamente, de tiempo en tiempo, el débil eco de pasos de alguno que otro transeúnte que se alejaba lleno de zozobra”.²³

Aquellos fueron días de angustia para los metropolitanos ya que, sin medio de transporte y sin tiendas para abastecerse, la cotidianidad era muy difícil. Además existía inseguridad en las calles, por no haber suficiente vigilancia. Las principales avenidas eran invadidas por soldados y proliferaban los centros de vicio, las casas no decentes, las cantinas y las casas de juego. Los militares armaban

21 Por los constitucionalistas son firmados por Álvaro Obregón y Lucio Blanco, y el general Gustavo A. Salas y vicealmirante Othón P. Blanco, por el Ejército Federal.

22 Alejandra Moreno Toscano, *Las ciudades latinoamericanas, 2.Desarrollo histórico*, México, Secretaría de Educación Pública, 1992, pp. 56-61. Véase Javier Garciadiego, “La Constitución de 1917: triunfo y límites del carrancismo”, en *Gran Historia de México ilustrada*, núm. 80, México, Planeta DeAgostini, 2001, pp. 383-384.

23 Francisco Ramírez Plancarte, *La ciudad de México durante la Revolución Constitucionalista*, México, Impresores Unidos, 1940, p. 241.

escándalos y zafarranchos y se enfrentaban a los ciudadanos, quienes se encontraban en situación de desventaja por la interrupción del orden jurídico, social y moral.

“En la Plaza de Palma se registró ayer un formidable escándalo provocado por un grupo de soldados en estado de ebriedad. Hasta ahora no se saben los motivos por los cuales se disgustaron los militares, pero todo hace suponer que fue de producto de la embriaguez. De pronto, uno de los soldados disparó su arma y, acto continuo, sus compañeros hicieron lo propio, sembrado la alarma en todo el vecindario que se cerró, lleno de espanto”²⁴

La incertidumbre y la desconfianza invadieron la ciudad. Para limar asperezas entre los líderes revolucionarios, fue citada una convención que establecería los acuerdos para concertar la paz en el país y formular el programa de reformas políticas y sociales de la Revolución.

Después de haber iniciado sus trabajos en la ciudad de México el 1º de octubre de 1914, la Convención se trasladó a Aguascalientes el 10 de octubre, por considerarla zona neutral. Durante las sesiones en esa ciudad se produjo la ruptura entre las facciones carrancistas y convencionistas. Estas últimas designaron sus propias autoridades y, posteriormente, ocuparon la ciudad de México.

Por su parte, Carranza determinó el traslado de su gobierno al puerto de Veracruz. Esa decisión fue de enorme trascendencia estratégica desde el punto de vista económico y político, puesto que las aduanas le permitieron contar con ingresos monetarios y enfrentar a las fuerzas enemigas que dominaban el norte, el centro y el sur de la república.

La toma de la capital fue la señal de victoria militar alcanzada en aquellos momentos por la facción convencionista, respaldada por los caudillos más populares en el país: Francisco Villa y Emiliano Zapata.

La entrada de las tropas de los convencionistas a la ciudad de México, el 6 de diciembre de 1914, dio esperanza a los capitalinos: el presidente de la Convención, Eulalio Gutiérrez, y los altos jefes militares, cambiarían la severa situación que imperaba. La alegría de los capitalinos se desvaneció rápidamente y graves problemas económicos agobiaron a la población. Las oscilaciones de la contienda política explican también, por qué había verduras y otros víveres, pero no carbón.

“El problema del carbón continúa sin solucionarse y las familias carecen de tan precioso artículo. El gobierno del Distrito Federal, con el ánimo de que las familias no sean víctimas de usura de los carboneros, ha dado la orden de que se siga acaparando el negro artículo y se gasta en las comisarías o en aquellos lugares apropiados para el efecto”²⁵

24 “Gran escándalo en la Plaza de Palma”, en *El Sol*, núm. 130, México octubre de 1914, p. 1. Véase Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, México, Porrúa, 1984, pp. 412-413, (Escritores Mexicanos 92).

25 “Carbón”, *El Sol*, núm. 129, México, 27 de diciembre de 1914, p. 1.



Villa y Zapata en la Ciudad de México Biblioteca de *Novedades*.

En la ciudad cundía la escasez, la carestía, la falta de transporte y por lo tanto, la paralización de las fuentes de trabajo. Todo esto repercutía en el desempleo aflorando, la vagancia, la prostitución, la delincuencia y la inseguridad total. Esta situación era resultado del poco control que las autoridades revolucionarias ejercían para regular la vida de los metropolitanos.

1915

Este año fue crucial para el país debido al aislamiento del extranjero y de las regiones nacionales entre sí, así como la invasión constante y sucesiva de la capital por los ejércitos revolucionarios. Finalmente, también fue el año de hambre, el año de dislocamiento de la producción del abasto, en síntesis: el más cabal indicador de que el vendaval destructivo de la Revolución había tocado fondo.



La escasez y el hambre en Biblioteca de *Novedades*.

Cuando la Convención se reunió para discutir lo que debía hacerse para controlar los precios, una multitud de mujeres irrumpió en la Cámara de Diputados llevando canastas vacías y exigiendo justicia.²⁶ La miseria trastocó la jerarquía social existente meses atrás, pues para conseguir los productos mercantiles, pobres, ricos y representantes de la clase media coincidían en las filas:

“La señora de sombrero de seda veíase confundida entre las mujeres de nuestro bajo pueblo, y el caballero de sombrero de bola y saco pugnaba con el de huarache y sombrero de petate por llegar a los carros, donde varios individuos, con sendos pañuelos de seda negra en la boca, despachaban el carbón.”²⁷

²⁶ Cfr. Héctor Aguilar Camín, op. cit., pp. 67-69. Ariel Rodríguez Kuri, “Desabasto, hambre y respuesta política 1915”, en Carlos Illanes y Ariel Rodríguez Kuri (coords.) *Instituciones y ciudad. Ocho estudios históricos sobre la ciudad de México*. México, Ediciones ¡Uníos!, 2000, pp. 142-143. (Sábado Distrito Federal).

²⁷ “Colas”, en *Novedades*, año IV, México, 19 de febrero de 1915, p. 1.

Para el mes de junio, las escenas de desorden se multiplicaban: mujeres con canastas vacías recorrían los mercados de la ciudad, sólo para encontrarlos cerrados; caminaban todo el día, de San Juan a la Merced, de la Lagunilla a Martínez de la Torre. Por todas partes aparecía gente dispuesta a romper las puertas con hachas y cuchillos y asaltar comercios. Los comerciantes, por su parte, parapetados en las azoteas, defendían sus propiedades.²⁸

La situación económica fue agravada por la anarquía monetaria. Desde 1913 hasta 1916 la proliferación de billetes alcanzó, en todo el país, unas dimensiones desmesuradas, ya que al dinero que los distintos ejércitos en lucha emitían, se sumaban los numerosos falsificadores de billetes.

Cada facción revolucionaria emitía billetes y monedas en la zona que fiscalizaba. El dinero circulaba sin un respaldo metálico y su validez duraba, mientras las tropas mantuvieran la hegemonía de su zona. El gobierno constitucionalista promulgó varios decretos para la emisión de billetes y monedas en la metrópoli.²⁹ Los comerciantes, en algunos momentos, aceptaron el nuevo valor del cambio, mas en otros, sobre todo cuando se anunciaba la cercanía de otras fuerzas revolucionarias, la rechazaban.

Pues bien, los conflictos internos acarrearón el debilitamiento de la Convención. El enfrentamiento entre el gobierno de Eulalio Gutiérrez y las fuerzas de Francisco Villa y de Emiliano Zapata culminó con la huida del presidente convencionista. En la capital imperaba un ambiente de zozobra y temor debido a la inseguridad. Para calmar la excitación popular, el general Roque González Garza, nuevo presidente de la Convención, aplicó la ley marcial en la capital. Por su parte, las dificultades entre los altos mandos convencionistas fueron aprovechadas por el general Álvaro Obregón, quien se apoderó de Puebla y marchó hacia la ciudad de México. Finalmente, la Convención decidió trasladarse, el 26 de enero de 1915, a Cuernavaca, Morelos.

El cuerpo policiaco era insuficiente para detener a los criminales, rateros, asesinos, falsificadores de billetes y las bandas organizadas ? como la del Automóvil Gris, que inició sus operaciones a partir de septiembre de 1915 y cuyo estilo consistía en que los asaltantes vestían uniforme y se identificaban con documentación oficial?,³⁰ y tampoco eran eficaces para enfrentar los delitos del orden común, como los conflictos de pasiones amorosas que terminaban dramáticamente.

28 Cfr. Moreno Toscano, *op. cit.*, pp. 150-155.

29 Cfr. Berta Ulloa, *La Constitución de 1917*, México, El Colegio de México, 1983, pp. 236-238 (Colección Historia de la Revolución Mexicana, 1914-1917, núm. 6).

30 Véase Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México 1896-1930 op. cit.*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, pp. 182-183.

Perduraron colonias marginadas en el norte y en el oriente de la ciudad, colonias para trabajadores que no siempre tuvieron los servicios urbanos necesarios. De este tipo encontramos, la de Vallejo, Peralvillo, Rastro, Manuel Romero Rubio. En ellas se localizaban el rastro y un gran número de fábricas y talleres.³¹ Hubo nueve colonias, todas para trabajadores: Chopo, Eduardo de la Cueva, Daniel Garza, La Paz, Balbuena, San Simón, Atlampa, Peralvillo y Los Tanques. Frecuentemente eran madrigueras de malhechores. El incremento de la vagancia, los asaltos, y la prostitución eran problemas demasiado vastos y complejos como para poder ser resueltos fácilmente.

La consecuencia de los hechos acaecidos en estos meses fue de gran importancia para el futuro del país. La lucha entre los revolucionarios y el triunfo de Venustiano Carranza, y más tarde el de Álvaro Obregón, marcaron en forma definitiva la línea política de los regímenes posteriores.

La normalización de la vida capitalina se iniciaría a partir de 1917, cuando se reorientó el rumbo político del país, si bien con muchas dificultades. En ese momento, los carrancistas asumieron su papel histórico de creadores del nuevo tipo de gobierno. El grupo vencedor se dio a la tarea de promulgar la nueva Constitución, convocar a elecciones generales en 1917, y emitir las primeras medidas para estabilizar y conseguir, poco a poco, el reordenamiento de la economía interna, objetivo prioritario de los gobiernos posteriores.

Con la Constitución de 1917 y los retos y dificultades de su aplicación principió la etapa constructiva de la Revolución.³² No podemos afirmar sin embargo, que para esa fecha la paz en el país se hubiera restituido por completo, ni que hubiesen terminado las guerras civiles que parecían inacabables; además, la hostilidad de los gobernantes de los Estados Unidos de Norteamérica y el conflicto europeo dejaron al país aislado. Con todo esto, se comenzó a generalizar la oposición a la puesta en práctica de nuevas leyes, sobre todo de carácter social, derivadas del nuevo texto constitucional.

En ese documento se consolidaron las fórmulas sociales que estaban latentes en los constitucionalistas, los cuales representaban al pueblo mexicano. La Constitución fue resultado de la Revolución, de la conciencia de la necesidad de un cambio, de reconocer a los diferentes sectores de la población como entes jurídicos, como parte importante del proceso histórico y de la necesidad de modernizar al país; fue esencial para proporcionar el marco jurídico y legal, con el cual los gobiernos posteriores darían forma al nuevo país. Con la Carta Magna de 1917 se sentaron las bases para dar viabilidad al proyecto de nación.

31 Cfr. Mario Trujillo Bolio, *Operarios fabriles en el Valle de México (1864-1884), espacio, trabajo, protestas y cultura obrera*, México, El Colegio de México, [Doctorado], 1994, pp. 112-119.

32 Cfr. Álvaro Matute, "El Congreso Constituyente de 1916-1917", en *Así fue la Revolución*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985, pp. 997-1002.

Consideraciones finales

Los gobiernos posrevolucionarios se enfrentaron, como primer problema, a la ruptura de las redes tradicionales del poder. La Revolución provocó su fraccionamiento y su dispersión. Tal disgregación causó la formación de feudos autónomos que impedían el control eficaz de todo el territorio nacional. Así, la primera meta política de los gobiernos constitucionales fue atraer a los nuevos caciques o, en su defecto, eliminarlos. En esta lucha por la consolidación de un poder centralizado se encuentran las rebeliones, así como otras muchas maniobras políticas internas. No obstante, la expansión del Estado no podía apoyarse exclusivamente en el manejo de las formas tradicionales de poder, se requería encontrar formas más eficientes para el control y la expresión de los diversos intereses.

Al lado de cambios en la producción, en las ideas y en la vida cotidiana, se desarrolló el interés por extenderlos a los ámbitos político, económico, social e ideológico. La Revolución se afanó en imponer una organización a todos los sectores, incluyendo la moral; como las prácticas sexuales se encontraban dentro de ésta, el Estado se acercó, como históricamente lo había hecho, para intentar incorporarlos a su dominio.

La pluralidad social y las estrictas estructuras políticas se manifiestan en las prácticas y acciones urbanas, ya que cada uno de esos grupos sociales dispuso en la ciudad, de espacios propios que marcan la diferencia que existe entre ellos.

Bibliografía

- Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, México, Cal y Arena, 1995.
- Ramón Bonfil, “El asalto a los empeños, una explosión popular,” en *Mi pueblo durante la revolución*, t. I, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989.
- Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México 1896-1930. Vivir de sueños*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.
- Héctor Díaz Zamudio, “La lealtad militar en medio del torbellino de las luchas por el poder (1848-1919),” en *Perspectivas históricas*, año 5, núm.9-10, julio-diciembre de 2001, enero-junio de 2002.
- Javier Garcíadiego, “La Constitución de 1917: triunfo y límites del carrancismo,” en *Gran Historia de México ilustrada*, núm. 80, México, Planeta DeAgostini, 2001.
- , *El Estado Moderno y la Revolución Mexicana (1910-1920)*” en *Evolución del Estado Mexicano, reestructuración 1910-1940*, t. II, México, El Caballito, 1986, pp. 22-23.
- Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, México, Porrúa, 1984, pp. 412-413, (Escritores Mexicanos 92).
- Juan Felipe Leal, *La burguesía y el Estado Mexicano*, México, El Caballito, 1983.
- Mauricio Magdaleno, *La tierra grande, México*, Secretaría de Educación Pública, 1987, pp.138-140. (Lecturas Mexicanas 101).
- Matute, Álvaro, “El Congreso Constituyente de 1916-1917 en *Así fue la Revolución*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985.
- Alejandra Moreno Toscano, “México,” en R. Morse, *Las ciudades latinoamericanas*, 2. Desarrollo Histórico, México, Secretaría de Educación Pública-Setentas, 1993.
- Francisco Ramírez Plancarte, *La ciudad de México durante la Revolución Constitucionalista*, México, Impresores Unidos, 1940.
- Alfonso Reyes, *Visión del Anáhuac y otros ensayos*, México, FCE/SEP, 1983, (Lecturas Mexicanas 14).
- Mario Trujillo Bolio, *Operarios fabriles en el Valle de México (1864-1884), espacio, rabajo, protestas y cultura obrera*, México, El Colegio de México, [Doctorado], 1994.
- Esperanza Tuñón, *Huerta y el movimiento obrero*, México, El Caballito, 1982.
- Berta Ulloa, *La Constitución de 1917*, México, El Colegio de México, 1983, (Colección Historia de la Revolución Mexicana, 1914-1917, núm. 6).
- , “La ciudad de México y la crisis de 1915” en *Así fue la Revolución*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985.
- José Valero Silva, *La decena trágica. México*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980.
- Alfonso Vázquez Mellano, *La ciudad de los Palacios. Imágenes de cinco siglos*, México, Diana, 1990.
- Vera Estañol, Jorge, *La Revolución Mexicana. Orígenes y resultados*, México, Porrúa, 1957.

Hemerografía

Cosmos, 1913

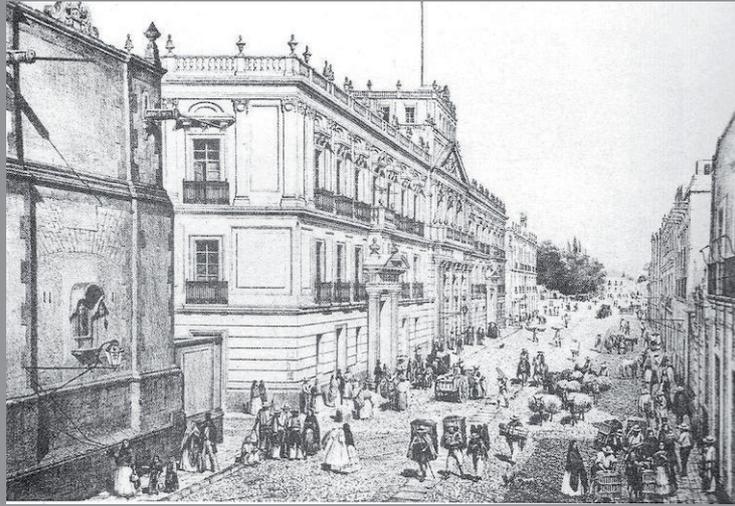
El País Diario Católico, 1913

El Sol, 1914

La Ilustración Mexicana, 1913

La Nación, 1914

Novedades, 1913, 1915



LOS ESPACIOS LETRADOS EN EL SIGLO XIX MEXICANO, UNA APROXIMACIÓN

Alejandro Moreno Flores
Universidad Autónoma Metropolitana • Azc.



Los lugares

Antes de vislumbrar una descripción y accionar del letrado decimonónico que habitaba la ciudad de México, conviene referir algo sobre algunos de los lugares paradigmáticos en los que se promovía el intercambio de ideas, opiniones y en los cuales se daban cita diferentes estéticas y posibilidades lectoras. Un estudio clásico sobre sociedades literarias da cuenta que dichos espacios de sociabilización devienen desde el propio Renacimiento europeo y por herencia directa las asociaciones mexicanas tienen un lazo que las liga con las Academias de Francia y España.¹ Desde luego, el intercambio de ideas y obras no estaba circunscrito a estas instituciones, durante los siglos XVII y XVIII se agrupaban personas en monasterios, casas particulares y colegios que derivarían en los famosos salones franceses que evolucionarían hasta convertirse en Academias con las aspiraciones preceptivas y canónicas que aún hoy mantienen.²

1 Alicia Perales, *Las asociaciones literarias mexicanas*, 2000, p. 25.

2 *Ibidem.* p. 27.

En el caso de México, el periodo de auge de los diferentes grupos de lectura e intercambio literario va de la mano con un proceso de conformación de las letras nacionales y patriotas. Las diversas agrupaciones y espacios surgieron a lo largo del siglo XIX mexicano y tuvieron diferentes orígenes, objetivos y perspectivas. A grandes rasgos se pueden dividir en cuatro las corrientes estéticas que dominaron a los gremios de ese tiempo: del neoclasicismo (1801-1835), del romanticismo (1836-1867), del nacionalismo (1867-1889) y del modernismo (1888-1910).³ Aquí se enfatiza en el tercer periodo, después del final del Segundo Imperio, por estar yuxtapuesto al proceso de secularización y modernización del Estado, que comenzaría en 1857 con las denominadas Leyes de Reforma. Ese complejo periodo dio como resultado un tipo de letrado que era creador de productos literarios, combatiente y defensor de unos valores que buscaban imponerse: los liberales y republicanos. Es decir, combatían tanto con la espada como con la pluma, y sus obras mantenían un sesgo nacionalista y patriota. Por lo anterior, lo que guía este acercamiento es el siguiente trinomio: el espacio físico, los miembros de ese espacio y algunos de los productos literarios elaborados por esa élite cultural. Esos textos literarios no sólo cumplieron una finalidad estética, hoy son considerados como espacios simbólicos de apropiación, intercambio y pugna.

Durante todo el siglo XIX el centro de la actividad cultural del país era la ciudad de México, pese a los diferentes esfuerzos que había en otras ciudades y estados subsistía un centralismo que la tornaba en el principal lugar para el desarrollo de las actividades culturales. Incluso algunos proponen a una cronología literaria de la ciudad desde 1803 y hasta 1901; en la que se da cuenta de inauguraciones de monumentos, de la publicación de “guías” para forasteros, libros de viajes, novelas, y puestas en escena que se mezclaban con los adelantos tecnológicos que transformaban a la ciudad en emulación de la vida nocturna europea. Lo mismo se erigía la estatua de Carlos IV (1803), se publicaba la *Guía de forasteros* (1817) de Fernández de Lizardi que comenzaba a construirse el Teatro Nacional (1842), se introducía el alumbrado de gas (1849) o eclosionaba otra epidemia de cólera (1850); la ciudad salubre estaba aún lejana.⁴

A pesar de los naturales atrasos derivados de medio siglo de pugnas e invasiones, es importante destacar que la capital mantenía espacios de esparcimiento y discusión que no sólo concernían a los literatos o letrados. Los encuentros se daban en diferentes lugares, algunos pequeños centros comerciales llamados “alacenas” como la de los hermanos Francisco y Cristóbal de la Torre, ubicada en el Portal de Mercaderes, o en otras auspiciadas por periódicos de la época, como el *Diario de México*, y en la cuales asistían personajes como Joaquín Fernández de Lizardi o Carlos María de Bustamante. El intercambio de ideas podía darse en sitios más restringidos como peluquerías, una famosa fue la de José Micoló a la cual concurrían José Limantour, el duque de Job o Manuel Gutiérrez Nájera. Otro

³ *Ibidem*, p. 34

⁴ Vicente Quirarte, “Cronología literaria de la ciudad de México en el siglo XX”, *La República de las letras...*, 2005, Vol. I., pp. 166 y ss.

lugar de encuentro eran los billares y desde luego las librerías como la Andrade y Morales en la que departían figuras de alcurnia como el conde de la Cortina y renombrados políticos y antiguos insurgentes como Mariano Riva Palacio y Andrés Quintana Roo.⁵ También había boticas famosas como la “De Llamas” que estaba enfrente del Teatro Principal y a la que acudían renombrados literatos como Guillermo Prieto, Alfredo Chavero, Juan A. Mateos, Enrique de Olavarría y otros más. Paradójicamente, los espacios más idóneos como las bibliotecas no eran muy abundantes. Desde luego, el intercambio de ideas no siempre se dio en tono cordial, las pugnas se daban por toda clase de vías.

Aunque es necesario subrayar que el espacio y convivencia letrada no sólo se daba en lugares cerrados, había zonas abiertas y más emblemáticas como la Alameda Central, zona propicia para el intercambio de ideas y que algunas veces fungió como territorio ideal para los exordios patrióticos: productos letrados para el gran público que asistía en cada conmemoración. Por ejemplo, el leído por Guillermo Prieto, el 27 de septiembre de 1844, para rememorar la culminación de la Independencia, la entrada a la ciudad del Ejército Trigarante, y del criollo Iturbide. Caso contrario, al pronunciado por Ignacio Ramírez, en 1861, tiempo en el que sólo se celebraba la proclamación de la misma, y a sus iniciadores; es decir, a Miguel Hidalgo, José María Morelos y, al que resistió el asedio de las tropas realistas: Vicente Guerrero. Ya en esos años se condenaba al ostracismo a la fecha de su culminación y a su mayor representante, al investido Emperador Agustín I.⁶ En [4] los espacios públicos también se podían ver las diferencias y las pugnas políticas de los grupos que luchaban por imponer sus propios valores de ideas a una sociedad sumergida en divisiones y en un proceso de conformación identitaria.

Sin embargo, especial desarrollo y crecimiento tuvieron dos tipos de establecimientos culturales: los teatros y los cafés de época, espacios en los que convivían diferentes segmentos sociales que podían pertenecer, o no, a la elite letrada. Una descripción que vale la pena recuperar de alguno de estos complejos que conformaban café, restaurante y hotel es la de Antonio García Cubas, sobre la “Sociedad del Progreso”:

“Un gran patio cubierto de cristales, forma, como ves, el salón principal del establecimiento, uno de los más concurridos de la Capital; gruesas pilastras de madera sostienen los corredores, tras cuyos barandales se ven simétricamente colocadas las puertas del hotel y del comedor de la gran fonda; observa en la parte baja, al frente de la cantina y detrás del mostrador al cantinero con su gorra de terciopelo, en la que flota una gran borla de seda; a la izquierda una puerta y un pasillo que comunican con el Teatro Principal, y frente de la cantina, la puerta que da

5 Alicia Perales, “Introducción”, *Las asociaciones literarias mexicanas*, 2000, p. 25.

6 Ver Ernesto de la Torre, *La conciencia Nacional y su formación, Discursos cívicos septembrinos (1825-1871)*, 1988, pp. 313-321.

entrada al café [del progreso] por la calle del Coliseo. Las mesas, distribuidas con simetría, están formadas por grandes discos de mármol montados sobre tripiés de fierro, y todas están ocupadas por distintos individuos. En una se halla un grupo de rancheros, ellos con anchos sombreros de palma y cotonas de gamuza, y ellas de trenzas sueltas y con sus rebozos de bolita. Con qué placer toman aquellos sus soletas y nieve de limón, que instintivamente soplan antes de cada sorbo, como para comunicar a aquella algún calor, y éstas sus tazones de café con leche...”⁷

Cafés hubo muchos y muy famosos en la ciudad de México desde que el consumo de esa bebida robó protagonismo al chocolate a finales del siglo XVII, especialmente cuando se le adicionó leche. Desde su aparición fueron centros que fungieron como lugares propios para “la charla y la tertulia literaria” que hacían las veces de “gabinete de lectura” en los cuales lo mismo se conspiraba que potencializaba los clubes políticos.⁸ Un ejemplo literario que retrata ese ambiente sería la primera gran novela de Benito Pérez Galdós sobre el café *La fontana de oro* (1870) que recreaba ese ambiente de discordia política y agitación de los mismos años en España. Digresiones aparte, lo cierto es que al final de la guerra de Intervención francesa abundaban los lugares para departir y charlar sobre literatura, política, historia, artes y problemáticas inherentes a la recién caída del Segundo Imperio o el restablecimiento del gobierno republicano.

Los ciudadanos de la *República de las letras*

Pensar un espacio letrado es considerar que una elite detentaba el derecho de pertenencia a ese lugar cultural y social. Hoy a esa dimensión metafórica se le ha denominado *República de las letras*, espacio simbólico que agrupaba a diferentes personajes de variada procedencia, adscripción política y social del México decimonónico. Es decir, el letrado o literato no sólo era el que poseía la capacidad lectora y de escritura con fines de publicación o, en el caso de los discursos, de lectura en espacios públicos; también era un personaje que mantenía diferentes roles en la vida pública como profesional libre, en el caso de abogados o médicos, como político o periodista, incluso como combatiente en las diferentes rebeliones internas o en las guerras de intervención que llegaban desde fuera. Su labor no se detenía en lo estético o filosófico, se ampliaba según fuera su circunstancia o la del país. Algunos de ellos tenían clara una misión como propagadores de una cultura (literaria) civilizatoria y en consonancia con un ideal de progreso. Por ejemplo, Tadeo Ortiz, en 1832, sostenía que

⁷ Antonio García Cubas, “Cuadros de costumbres” segunda parte de *El libro de mis recuerdos en: Los relatos de costumbres*, 1991, p. 361.

⁸ Clementina Díaz y de Ovando, “El café refugio de literatos, políticos y de muchos otros ocios”, *La República de las letras...*, 2005, Vol. I., pp. 75 y ss.

“a medida que los pueblos abandonan o se aplican a las ciencias y las artes, se embrutecen o civilizan”.⁹ Además, aclaraba que escribía “para la juventud y el vulgo” y con la intención de contribuir “a las mejoras sociales”.¹⁰ Otra opinión, aunque sesgada y desde un horizonte nacionalista, fue la de José María Lafragua quien señalaba, en 1844, que la literatura “era la expresión moral del pensamiento de la sociedad”,¹¹ y sostenía que “nuestra literatura” antes de 1821 estaba “reducida a sermones y alegatos”¹² ya que la sociedad no tenía carácter propio. Aunque algo lejanas en el tiempo, las aspiraciones y las propuestas seguían vigentes en la época de la Restauración. El proceso entre los años posteriores a la Independencia y la Restauración del gobierno republicano había ralentizado el proceso de conformación de la literatura nacional.

Subsisten diferentes testimoniales sobre el ambiente que rodeaba algunos de los espacios y ceremoniales de los letrados de estirpe. Uno muy representativo, por el tipo de personaje, fue el discurso de Ignacio Ramírez al solicitar su ingreso a la Academia de Letrán, que Guillermo Prieto, miembro de la misma, así describía:

“Una tarde en la Academia, después de oscurecer, percibimos, al reflejo verdoso que comunicaba a la luz el velador de la bujía que nos alumbraba, en el hueco de una puerta un bulto inmóvil y silencioso, que parecía como que esperaba una voz para penetrar en nuestro recinto. Lo vio el señor Quintana, y dijo: ¡adelante! Entonces avanzó el bulto, y con una claridad muy indecisa vimos acercarse tímido a la mesa del Presidente, un personaje envuelto en un capotón o barragán desgarrado, con un bosque de cabellos erizos y copados por remate [...] Representaba el aparecido 18 ó 20 años. Su tez era oscura, pero con el oscuro de la sombra; sus ojos negros parecían envueltos en una luz amarilla tristísima; parpadeaba seguido y de un modo nervioso; nariz afilada, boca sarcástica. Pero sobre aquella fisonomía imperaba la frente con rara grandeza y majestad y como iluminada por algo extraordinario [...] Ramírez sacó del bolsillo[8] del costado un puño de papeles de todos tamaños...y leyó con voz segura e insolente el título, que decía: *No hay Dios*. El estallido inesperado de una bomba...”¹³

Después de una serie de protestas y clamores para que no se leyera la exposición de Ramírez algunos defendieron la lectura del texto -incluso algún clérigo- y al final se escuchó la voz resuelta de *El Nigromante* y la escena así es descrita por Prieto:

9 Tadeo Ortiz, “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes”, *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p. 35.

10 *Ibidem*, p. 37.

11 José María Lafragua, “Carácter y objeto de la literatura”, *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p. 69.

12 *Ibidem*, p. 75.

13 Guillermo Prieto, “Memorias de mis tiempos”, *Los relatos de costumbres*, 1991, pp. 57-58.

“Se hizo el silencio, y después de un exordio arrebatador, y como calculada divagación, pasó en revista el autor los conocimientos humanos; pero revestidos de tal seducción, pero radiantes de tal novedad, pero engalanados con lenguaje tan lógico, tan levantado, tan realizado con vivo colorido, que marchábamos de sorpresa en sorpresa, como si estuviéramos haciendo una excursión al infinito por senderos sembrados de soles. Astronomía, matemáticas, zoología, el jeroglífico y la letra, y el Dios... Y todo esto sin esfuerzo, resonando la trompa épica de lo sublime y el tamboril de los pastores de Virgilio; empleando el decir fluido de Herodoto, o la risa franca y picaresca de Rabelais. A las exclamaciones de horror y de escándalo se mezclaban palmadas, gritos de admiración y vivas entusiastas. El señor Quintana, muy conmovido, ponía su mano sobre la cabeza de Ramírez, como para administrarle el bautismo de la gloria. La discusión se abrió, y si se hubiera dado a la prensa formaría época en la historia del progreso intelectual de México. ¡Qué erudición de Carpio y Pesado! ¡Qué tersura de dicción, que lógica, que poderosa palabra la del doctor Guevara! ¡Qué destreza, qué irradiación, que flexibilidad admirable en el decir de Lacunza! ¡Cuánto talento de Eulalio Ortega! Ramírez a todos replicaba: unas veces sabio, las más insolente y cínico. Iturralde le argüía que la belleza de Dios estaba se veía en sus obras. –De suerte, replicaba Ramírez, que usted no puede figurarse un buen relojero jorobado y feo... Sabía de memoria los griegos y los latinos: Voltaire y los enciclopedistas le eran familiares, especialmente D’Alembert, a quien profesaba veneración. Exagerábale Guevara el amor a la patria. –Sí, señor, de ese amor nos dado ejemplo los gatos... –¿Qué le gusta a usted más de México?, le preguntaba Tornel con énfasis. –Veracruz, respondió; porque por Veracruz se sale de él...”¹⁴

Aunque la descripción de Prieto fue décadas antes del periodo que interesa resaltar, el inicio de la Restauración, lo cierto es que sirve para mostrar el ambiente que rodeaba a uno de esos espacios letrados y deja ver claramente que pese a lo provocativo del tema, considerando la época, al final fueron más las muestras de apoyo que las críticas. Es decir, sobresale la tolerancia y respeto que no se daba, muchas veces, en otros ámbitos.

Así pues, y con el triunfo militar de los liberales en 1867, hubo gestos que claramente urgían al gobierno a contemplar la amnistía para los derrotados. No obstante, ocurrió un breve periodo de ajuste de cuentas -al arribar las tropas de Porfirio Díaz a la ciudad de México- que derivó en hechos como el cierre de conventos y el ajusticiamiento de algunos conservadores y el arresto de otros cientos más en la cárcel de Perote. Aunque el presidente Juárez no accedió de inmediato a la petición de indulto, lo cierto es que meses después, y con la elección presidencial, en 1868, comenzaba un periodo que intentó ser de reconciliación, no del gusto de todos los sectores liberales, como las voces críticas emanadas desde los diarios *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*, que urgían reformas de fondo y en

¹⁴ *Ibidem*. p. 59.

la aplicación sin sutilezas de la Constitución de 1857. Como hoy se sabe, los periódicos, además de su carácter informativo, eran virtuales aparatos propagandísticos que apoyaban a los grupos y a los candidatos en tiempo de elecciones, en ellos había editorialistas de la talla de Francisco Zarco e Ignacio Ramírez.

Esa etapa de la vida nacional se definió como liberal y civilista, si se considera como válida la tesis de que los destinos de la patria estuvieron en manos de una minoría que ejerció un liberalismo triunfante formada por dieciocho letrados y doce militares, que guiaron y dieron forma al rumbo del país entre luchas de facción, rebeliones y demás prácticas heredadas desde la consumación de la independencia.¹⁵ El discurso triunfalista de los liberales de la Reforma seguiría incólume por varios lustros como lo ejemplifican palabras como las vertidas, en 1889, por José María Vigil: “El partido conservador estaba bien muerto y enterrado en el sepulcro monumental de la historia; sus intereses habían desaparecido [en 1868] y con ellos toda posibilidad de una restauración reaccionaria”.¹⁶ Es pertinente aclarar que de los dieciocho letrados algunos casi exclusivamente vivían para la política, mientras que otros sobresalían más en lo literario; es decir, en un sentido amplio y decimonónico. De la guía de esa treintena de personajes surgirían dos periodos que cimentaron el tipo de gobierno y las instituciones que rigieron en el país lo que restaba del siglo XIX. Si el liberalismo y republicanismismo unían a esos letrados y militares, las diferencias de origen y circunstancia los hicieron tener visiones divergentes: los primeros mayormente ciudadanos -a excepción de Altamirano y Juárez- y cultos; los segundos de crianza rústica, con recursos modestos, y la mayoría norteños. No obstante, casi a todos los equiparaba su formación en la moral y los preceptos católicos, a excepción del recalcitrante Ignacio Ramírez.

Los primeros años victoriosos del liberalismo triunfante trajeron un resurgimiento de las letras en México, y si la figura predominante en lo político había sido Benito Juárez, en lo que respecta al plano cultural el líder fue Ignacio Manuel Altamirano. En la *República de las Letras* valía más el talento, la grandeza y la honradez que la fuerza o la intriga, se convocaba a cualquiera sin importar su “fe política”.¹⁷ El espacio cultural se pretendía un asilo para el pensamiento y la palabra.¹⁸ Debe reconocerse, a pesar de las fallas y modestos alcances de los gobiernos de la Restauración, que aquella generación de letrados y entusiastas patriotas sembró la semilla de la modernización y el nacionalismo que florecieron en mayor esplendor durante los periodos gubernamentales de Porfirio Díaz y Manuel González.¹⁹

15 Luis González, “El liberalismo triunfante”, *Historia general de México*, t.2, p. 925.

16 Y apostillaba: “El partido liberal, el partido republicano, el partido de la reforma y el progreso era el único que quedaba en pie, dueño absoluto de los destinos de México”. José María Vigil, “Conclusión”, *La Reforma en México a través de los siglos*, T. XVI, 1987, p. 285.

17 Ignacio Manuel Altamirano, “Revistas Literarias, (1821-1867)”, *La literatura Nacional*, 2002, p. 10.

18 *Ibidem*, p. 7.

19 Luis González, *op. cit.*, p. 925.

El gesto de reconciliación que no fue tan exitoso en lo político se dio, en [13] cambio, en lo cultural por un espíritu de naciente tolerancia en algunos espacios letrados, sobre todo por la inclusión sin cortapisas dentro de los sitios de creación literaria y cultural. En diferentes lugares, como librerías, cafés y algunas asociaciones, se discutía y creaban textos literarios.²⁰ Sin embargo, su crecimiento fue hasta la culminación de la “segunda independencia”,²¹ como llamara Juárez al triunfo sobre conservadores y tropas extranjeras de 1867, al regresar a la ciudad de México y poner fin al gobierno itinerante. Los espacios formales se multiplicarían, sobresaliendo por su importancia y número las que se crearon en la ciudad de México y en menor grado en los estados de la república.²²

Las asociaciones literarias que surgieron entre 1867 y 1889 mantenían como gran precepto el nacionalismo y como paradigma al liberalismo en general. Llama la atención que en su mayoría fueran impulsadas por Altamirano y que éste tuviera una presencia casi omnisciente en muchas de ellas.²³ Sin embargo, no todos los grupos se unieron alrededor de los impulsos incluyentes y conciliadores del insigne literato. Hubo algunas que resguardaron su posición política e ideológica como fue *La Sociedad Católica*, instituida en 1869 y con ramificaciones en varios estados de la república vía diarios locales que, como su nombre indica, salvaguardaba preceptos doctrinales del culto y la propagación de la fe, y por ende, sus adeptos eran del partido conservador.²⁴ En el lado opuesto estaba *La Sociedad de Libres Pensadores*, fundada en 1870, instituida por integrantes del Partido Liberal, con apoyo gubernamental, que abogaba contra “la superchería religiosa”, como se sostenía en su alocución inaugural, y que contó con su propio órgano de difusión y reconocidos miembros como los hermanos Justo y Santiago Sierra, Manuel Acuña, Francisco Bulnes o Gustavo Baz.²⁵

20 Un panorama se encuentra en *La vida literaria en México* escrito por Luis G. Urbina, 1965, pp. 89-124.

21 Al arribar Benito Juárez a la ciudad de México en 1867 se expide un manifiesto, con fecha 15 de Julio, en el que el presidente señalaba al final del mismo: “Mexicanos hemos alcanzado el mayor bien que podíamos desear, viendo consumada por segunda vez la independencia de nuestra patria”. Manifiesto con el que, por cierto, finaliza el último tomo de *México a través de los siglos*.

22 Alicia Perales sostiene que hubo espacios tanto formales como informales en los que se discutían temas y obras literarias, pero después de la Restauración hubo un inusitado crecimiento en las formales que se fundaron en el último tercio del siglo XIX, especialmente en la capital y en algunas regiones del interior del país que por su importancia así clasifica: Yucatán, Jalisco, Michoacán, Puebla, Veracruz, Nuevo León, Estado de México, Oaxaca, San Luis Potosí, Querétaro, Guanajuato, Zacatecas, Coahuila, Campeche, Chiapas, Aguascalientes, Tamaulipas, Tlaxcala e Hidalgo. En “Introducción”, *Las Asociaciones Literarias Mexicanas*, T. I, 2000, pp. 31-32.

23 Entre las más importantes estuvieron en esos años: *El Liceo Hidalgo*, las *Veladas Literarias*, *La Bohemia Literaria*, *La Sociedad Laterana*, y destaca el liderazgo del grupo *El Renacimiento*.

24 *La Sociedad Católica* tuvo su órgano de difusión titulado igual que la propia asociación y funcionó de 1869 a 1873. Entre algunos miembros destacados estaban: José Sebastián Segura, Rafael Gómez, Néstor Alpuche, José María Roa Bárcena, entre otros. Por cierto, este último uno de los pocos que aceptaría participar en el periódico cultural *El Renacimiento*, asistiendo al llamado de Altamirano. Alicia Perales, *op. cit.*, pp. 116-120.

25 Ignacio Manuel Altamirano, *El Libre pensador*, México, 1870. Citado por Alicia Perales, *Ibidem*. p. 120.

Pese al ambiente de discordia y animadversión entre los grupos políticos, después de la rebelión de Tuxtepec y la caída del presidente Lerdo de Tejada, algunas asociaciones siguieron adelante en su crecimiento como fue *El Liceo Hidalgo* que sobrevivió hasta 1882. Durante el primer periodo presidencial de Díaz surgieron nuevas asociaciones, algunas de ellas enfocadas a desarrollar temáticas propiamente científicas, nunca dejando de lado lo literario o artístico. El regreso del estamento militar y de los derrotados en 1867 a la esfera del poder político, el largo proceso y consolidación de nuevo régimen y de un inusitado periodo de paz, fueron hechos que permitieron el funcionamiento y crecimiento de este tipo de organizaciones que fungieron como precursoras de lo que serían propiamente las Academias científicas o literarias y cumplieron con la idea fundamental de propiciar espacios de discusión que coadyuvara al desarrollo de las letras nacionales.²⁶

Hubo a partir de 1867 unas *Veladas Literarias* que surgieron por la idea del poeta Luis G. Ortiz de congregar a sus amigos y escuchar una comedia escrita por Enrique de Olavarría (*Los misioneros del amor*) ya que éste deseaba “conocer a los autores y críticos mexicanos para poder así hablar de ellos en España”.²⁷ Así pues, se llevaron a cabo doce reuniones en las diferentes casas de importantes letrados de ese tiempo y que al final logró publicar algunas poesías que se leyeron en esas *Veladas*.²⁸ Entre otros, acudieron Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, Enrique de Olavarría, Ignacio Ramírez, Justo Sierra y José Rosas Moreno.²⁹ Aún y con todo su éxito esas tertulias sólo subsistieron seis meses, pero es de reconocer que lograron el objetivo de impulsar la literatura nacional unificando a diferentes generaciones de literatos e impulsando a jóvenes promesas junto a escritores consolidados.³⁰ De esas reuniones informales surgirían publicaciones como el periódico literario *El Renacimiento* que, siguiendo los preceptos y liderazgo de Altamirano, no sólo incluyó a los de ideología liberal, hubo de ideología conservadora como el español avecindado en México: Niceto de Zamacois,³¹ mexicanos de reconocido prestigio literario como Roa Bárcena, el cual departía junto a Ignacio Ramírez o Guillermo Prieto, todo con la intención de edificar una nueva concordia. Se trataba de impulsar la “bella literatura” por medio de la mezcla de lo “útil con lo dulce” llamando, para

26 Al respecto ver de Alicia Perales, *op. cit.* pp. 139-180.

27 Alicia Perales, *op. cit.*, p. 103.

28 Un cuadro con las fechas y los lugares de las doce reuniones se encuentra en *ibidem* p. 107.

29 El texto fue publicado en 1867 en la imprenta de F. Díaz de León y S. White y se titula “Veladas Literarias”.

30 Es necesario aclarar que algunos de los asistentes a las veladas se siguieron reuniendo en casa de Altamirano, al grupo se le conoció como la *Bohemia Literaria* y continuaron hasta 1872. Además, tuvo una publicación de una docena de números y se llamó *La linterna Mágica*.

31 Esta situación pudiera ser causa de que su *Historia de Méjico* desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días..., en veinte tomos publicada entre 1876 y 1882 no sea citada o validada, pese a sus pretensiones vindicativas para México. Es revelador que su nombre aparece en la portada de los dos tomos de la primera edición de *El Renacimiento*; sin embargo, al consultar el índice no hay ninguna colaboración con su nombre.

32 Ignacio Manuel Altamirano, “Introducción”, *El Renacimiento, periódico literario*, 1993, p. 6.

ello, a los miembros “de todas las comunidades políticas”.³² Sobre algunos de esos productos literarios, y algunos discursos patrióticos, versa el tercer y último apartado de este análisis, ya que hubo una clara intención de reforzar un nacionalismo patriota, sostenido por un liberalismo triunfante. Se ha dejado para otra ocasión las obras de teatro y obras de otros géneros literarios.

Los espacios simbólicos, de los discursos patrios a los productos literarios

El culto a los héroes patrios no era algo que los gobiernos de la época de la posindependencia hubieran alentado de forma sistemática, si acaso en las fechas canonizadas como patrias. No obstante, desde 1822, y con el marco de una petición de antiguos insurgentes, en pleno Primer Imperio y con la aprobación del Congreso, inicia el culto a Miguel Hidalgo y se escogería el 16 de septiembre como fecha a celebrar.³³ Otro acto simbólico que reforzaría el culto patrio fue el decretar, en julio de 1823, como beneméritos de la patria a los principales líderes de la insurrección, entre ellos a Hidalgo, Allende, Aldama, Morelos y Mina, así como el trasladar sus restos desde diferentes puntos del país a la Catedral metropolitana el 16 de septiembre. Comenzaba lo que se ha denominado la “conciencia nacional”.³⁴

Los discursos patrios fueron no sólo una de las primeras manifestaciones de fervor patrio o de culto heroico, también pueden ser considerados lugares de reivindicación ideológica y pugna política.³⁵ Es decir, al rememorar cada septiembre la gesta por alcanzar la independencia, el orador en turno hacía un recuento de los sucesos, de los actos memorables y respectivos martirios que sufrieron los líderes de la emancipación, pero también tendían a reafirmar el presente con sus respectivas tonalidades ideológicas según fuera el caso. Así, en 1827 se apelaba al federalismo como sistema “sabiamente calculado para el genio de los mexicanos”,³⁶ Tampoco se dejaban de lado las expectativas de futuro en consonancia con los ideales de progreso y por ello no fue extraño que ya en 1867 se señalara que al separar la Iglesia del Estado el país había dado “el paso más avanzado que nación alguna ha sa-

33 Aunque desde 1812, en plena campaña insurgente, Ignacio Rayón ya proponía una fecha para recordar al líder rebelde. Fausto Ramírez, “Hidalgo en su estudio”. *La construcción del héroe en España y México*, 2003, pp. 189 y ss.

34 Ernesto de la Torre Villar, “Prólogo”, *La conciencia nacional y su formación, discursos cívicos septembrinos (1825-1871)*, 1988, pp. 7-19.

35 Este proceso se repite con sus naturales particularidades en toda Latinoamérica, ver de Doris Sommer, “La historia de Carne y Hueso”. *Ficciones fundacionales*, 2004, pp. 23-46.

36 José María Tornel, “Oración” pronunciada en la plaza mayor de la federación el 16 de septiembre de 1827, *La conciencia Nacional y su formación*, 1988, p. 50.

bido dar” en el camino del “progreso moral” y la civilización.³⁷ El liberalismo dejó ser “una ideología en lucha contra unas instituciones, un orden social y unos valores heredados, y se convirtió en un mito político unificador” hacia adentro y legitimador hacia afuera del país.³⁸ En este mismo sentido, se hizo necesario el culto a los antiguos y nuevos héroes, con la finalidad de ofrecer modelos en los cuales el pueblo se pudiera identificar, ya que antes que otra cosa se les retrataba como patriotas y ciudadanos ejemplares, un proceso similar se daría en toda Latinoamérica.³⁹ Desde 1868 comienza un resurgir de la novela histórica. Sin embargo, sólo hubo algunos novelistas que se atrevieron a traer el tema de la guerra por la emancipación a los espacios letrados. El paso de la palabra hablada al texto escrito, pese al alto nivel de analfabetismo imperante, permitió a los literatos de simpatía liberal acceder a un mayor número de personas en un mercado editorial que vivía un nuevo auge.⁴⁰

Durante la guerra de Reforma (1858-1861) la publicación de obras literarias casi se paralizó por el conflicto armado. Sería hasta el triunfo militar y político de 1867 que volviera el auge literario, especialmente de novelas. En lo que corresponde a las de tipo histórico, llama la atención que la temática estuviera centrada en el pasado reciente. Un recuento de la producción literaria hasta ese periodo, que es ineludible no citar, se encuentra en las *Revistas Literarias* que escribiera Ignacio Manuel Altamirano y que aparecieran primero como folletín en el periódico *La Iberia*,⁴¹ y que posteriormente se publicaran como un solo volumen.⁴² Las mencionadas Revistas son valiosas ya que no sólo son una vía para conocer el estado de las letras nacionales hasta ese año, sino que pueden considerarse como una virtual historia literaria por su estructura, crítica y alcances. Su afán por impulsar una literatura propiamente mexicana llevaría a Altamirano a elogiar las obras y los autores que ideológicamente eran cercanos al liberalismo, con sesgo que hoy se puede puntualizar como doctrinario.

37 Gabino Barreda, “Oración Cívica” del 16 de septiembre de 1867 en Guanajuato, *Estudios*, 1992, p. 86.

38 Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, 2002, p. 15.

39 Al respecto y sobre el proceso, y necesidad de crear una historia patria llena de héroes, de Nikita Harwich, “La historia patria”, *Inventando la Nación...*, 2003, pp. 533-549.

40 Aunque el mercado de novelas por entregas había comenzado años antes con novelas como *El pistol del diablo* de Manuel Payno, que convivía con la venta de calendarios, manuales y santorales, para 1868 las dos primeras de Juan A. Mateos -*El Cerro de las campanas* y *El Sol de mayo*- habían tenido tal éxito editorial mostrando que el público lector estaba ávido de conocer los recientes sucesos históricos, aunque la de tema sentimental también se vendía con éxito. Los periódicos de la capital, como *El Federalista*, estaban llenos de anuncios sobre las novelas, pero también de libros de corte científico, de Almanagues o manuales “para señoritas”. Junto al renacer de las letra liberales los grupos católicos respondían con las publicaciones de corte confesional como *El Ángel de la guarda*. Ver de María Teresa Bermúdez, “Las leyes, los libros de texto y la lectura”, 1857-1876, *Historia de la lectura en México*, 1999, pp. 127-152.

41 Otro recuento de la época y con claro sesgo liberal y triunfalista se encuentra en el texto de 1868 escrito por el cubano Pedro Santacilia en el cual se destacaba que la “Republica trajo como consecuencia el renacimiento de la literatura” y que ya existían los “elementos de progreso para el porvenir”. Entre otros se hacía referencia a “el derecho de pensar y la libertad de escribir”, *Del Movimiento literario en México*, 1868, p. 9.

42 José Luis Martínez, “Prologo”, *La literatura nacional*, T.1., 1949, p. XXI.

Muchos de los nuevos escritores recibieron el apoyo de Altamirano a sus novelas, poesías y demás productos culturales. En sus juicios abundan ejemplos, favorables a las novelas de Juan A. Mateos o Vicente Riva Palacio, que narraban sobre los recientes sucesos del Segundo Imperio,⁴³ o las poesías de José Rivera y Ríó, y en general a todas las obras literarias (incluyendo desde luego a las de corte histórico) que se adhirieran al impulso de las letras nacionales.⁴⁴ También sostenía que la historia nacional era una “mina inagotable” para el desarrollo literario desde la más antigua: “nuestras guerras de independencia”, “nuestras guerras civiles” que incluían al “último Imperio”.⁴⁵ Para él, la novela era el medio más adecuado, sobre todo por contar con adelantos de reproducción masiva como la imprenta, para que el lector lego aprendiera sobre su propia historia y desarrollar en él sentimientos patrios que junto a las libertades políticas llevaría a la nación por la senda de progreso “intelectual y “moral”⁴⁶; es decir, hacia un país de ciudadanos.⁴⁷

De esa primera época y de las veladas literarias surge el proyecto editorial, arriba mencionado, de *El Renacimiento*. Ahí tuvieron espacio, diferentes modelos y estéticas: lo clásico junto a lo romántico; diversas literaturas (española, francesa, alemana, inglesa e italiana) y múltiples expresiones artísticas y de reflexión; se publicaron poemas y novelas al igual que estudios arqueológicos o históricos. Aunque el gran anhelo era la construcción de la literatura nacional, no por ello se dejaba de leer, traducir e imitar a los modelos europeos -Altamirano consideraba que el modelo seguido por los escritores nacionales era “una hermafrodita” formada de la mezcla “monstruosa de las escuelas francesa y española”-,⁴⁸ aunque esa mixtura serviría para lograr la afirmación de una conciencia y orgullo nacional.⁴⁹ Sin duda, uno de los grandes escollos para alcanzar ese anhelo era el alto nivel de analfabetismo, por lo que una de las primeras acciones del gobierno liberal en 1868 fue el impulso a la educación de masas.⁵⁰ El culto a los héroes y a las tradiciones tuvo como sustento ideológico un na-

43 Es necesario puntualizar que Altamirano también hacía referencia a textos históricos y los calificaba como las “Glorias Nacionales” los cuales fueron publicados para dar a conocer en el país las batallas de la guerra de Intervención, destacando la del 5 de mayo, por mencionar sólo una. En Ignacio Manuel Altamirano, *La literatura nacional*, T. 1., 1949, p. 84.

44 Así señalaba “Hace algunos meses todavía, la prensa no publicaba sino escritos políticos u obras literarias extranjeras. Hoy se están publicando a un tiempo varias novelas, poemas, folletines de literatura, artículos de costumbres y estudios históricos, todo obra de jóvenes mexicanos”, *ibidem*, p.9.

45 *Ibidem*, pp. 10-13.

46 *Ibidem*, p. 29

47 Sobre el complejo proceso de la conformación del ciudadano en el México decimonónico se basa la obra de Fernando Escalante, *Ciudadanos Imaginarios*, especialmente el capítulo “Ciudadanía y Estado”. Ahí se menciona que hombres como Alamán o Mora tenían claro lo que impedía el proceso de pasar de súbditos a ciudadanos era principalmente “la de fundar la autoridad del Estado” y romper con prácticas que según Alamán “acomodaban las instituciones políticas al estado de las cosas y no pretender que las cosas se amolden a las instituciones”. Citado en *Ibidem.*, pp. 190 y ss.

48 Ignacio M. Altamirano, “Revistas Literarias, (1821-1867)”, *La literatura Nacional*, 2002, p. 14.

49 José L. Martínez, “México en busca de su expresión”. *Historia General de México*, 1988, p. 1053.

cionalismo que buscaba despertar la conciencia cívica y por ende influir en la construcción de imaginarios. La temática que según Altamirano era necesario desarrollar fue aquella que particularizaba lo mexicano: la geografía y los paisajes, así como los sucesos épicos de la historia nacional. Los escritores debían escribir no sólo para la élite sino para un pueblo que recién se ilustraba.⁵¹

El esfuerzo reconciliador y de nacionalismo cultural de Altamirano urgía a la escritura de obras literarias de temas netamente mexicanos -“¿Acaso en nuestra patria no hay un campo vastísimo de que pueden sacar provecho el novelista, el historiador y el poeta, para sus leyendas, sus estudios y sus epopeyas o sus dramas?”⁵² se preguntaba el letrado-, además, según su opinión, el impulso de una literatura nacional se había interrumpido por las guerras de Reforma e Intervención, así como por el Segundo Imperio. No obstante, la paz reciente había logrado que los escritores se abocaran a los temas nacionales dejando atrás la imitación de los modelos y temas europeos. Para el maestro de generaciones de literatos, la Restauración permitía las condiciones necesarias para el desarrollo de la literatura nacional y “patriótica”, especialmente la de un género como la novela. Ésta, como se ha mencionado, era el medio más adecuado para la difusión de las ideas, vehículo por el cual los grandes pensadores “han logrado descender a las masas doctrinas”, que de otro modo habría sido más difícil.⁵³ Altamirano sostenía que la novela para poder ser difundida tenía que contar con el apoyo de la impresión en masa y, a diferencia de otros géneros literarios, dependía de un adelanto tecnológico como la imprenta. Esto que pareciera una nimiedad no lo era, si se considera que para que fuera posible la publicación de novelas, se necesita un mercado, producción en masa y escritores, algo que sostienen análisis actuales.⁵⁴

50 Durante los gobiernos de Juárez se implementaron algunas medidas para incentivar el desarrollo de la educación primaria, pese a los esfuerzos, el modelo lancasteriano de alumnos “monitores” que apoyaban al profesor en el aula no había funcionado como se esperaba. En 1861, y con los preceptos emanados de las Leyes de Reforma, la educación se propuso laica, gratuita y obligatoria, se suprimió en las escuelas, a cargo del gobierno, la enseñanza del catecismo y se incluyeron materias como: lectura, escritura, gramática castellana, moral, aritmética, pesos y medidas. Un panorama de la época se encuentra en José Díaz Covarrubias, *La instrucción pública en México*, 1875.

51 José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”. *Historia General de México*, 1988, p. 1056.

52 Ignacio Manuel Altamirano, “Revistas Literarias, (1821-1867)”. *La literatura Nacional*, 2002, p. 10.

53 *Ibidem*, p. 17.

54 Álvaro Matute, “Prólogo” a *Episodios históricos mexicanos* de Enrique de Olavarría y Ferrari, 1988, V.I., p. I.

Reflexiones finales

El conocer los diversos espacios en los que se movían los letrados en la capital mexicana[20], en las décadas posteriores a la posindependencia, ofrece la oportunidad de acceder a parte de su horizonte, circunstancias y contexto que devela una dimensión humana de esos personajes hoy canonizados en el espacio académico actual. Sin duda su labor muchas veces heroica, por los precarios medios de algunos de ellos, no impidió el intercambio de ideas o la creación de productos literarios que buscaban afanosamente una literatura nacional y al mismo tiempo contribuyeron a la conformación de imaginarios que si bien puede considerarse doctrinaria, aplica para cada uno de los grupos en pugna. A pesar de lo anterior, se lograba una cierta convivencia y trabajo colectivo que en otras dimensiones no se lograba, como en la política, como lo demuestra el éxito de las asociaciones literarias.

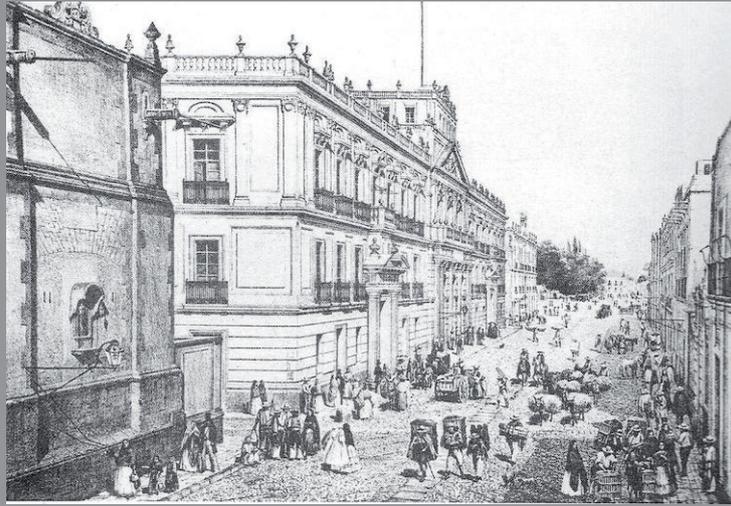
El auge literario del último tercio del siglo XIX mexicano permitió que las discusiones sobre acontecimientos y personajes canonizados como heroicos salieran de los ámbitos cultos de las asociaciones y comenzara a “vulgarizarse” en palabras de Altamirano, a través de lugares públicos y productos y populares, aunque el mercado era pequeño, dados los niveles de alfabetización, la lectura en grupo, así como los discursos patrios, debieron de suplir en algún grado las carencias formativas y del precario sistema educativo.

Asimismo, el éxito editorial y el de novelas de tema histórico brindó espacios para la rememoración de un reciente triunfo histórico como había sido la derrota de tropas monárquicas -mexicanas, francesas y de contingentes “voluntarios” de Bélgica o Austria- por parte de las formadas por liberales. Esos textos literarios fungieron no sólo como propuestas estéticas, sino como espacios de discusión y propaganda ideológica que no puede soslayarse.

Bibliografía

- Altamirano, Ignacio Manuel.** “Revistas Literarias, (1821-1867)”. *La literatura Nacional, Revistas, Ensayos, Biografías y Prólogos*, Tomo I, México, Editorial Porrúa, Colección de escritores Mexicanos, 2002.
- “Introducción”, *El Renacimiento, periódico literario*. Edición facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México. 1993.
- Barreda, Gabino.** “Oración Cívica” del 16 de septiembre de 1867, *Estudios*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.
- Bermúdez, María Teresa.** “Las leyes, los libros de texto y la lectura, 1857-1876”, *Historia de la lectura en México*. México, Colegio de México, 1999.
- De la Torre, Ernesto.** *La conciencia Nacional y su formación, Discursos cívicos septembrinos (1825-1871)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- Díaz Covarrubias, José.** *La instrucción pública en México*. México, Imprenta del gobierno de Palacio, 1875.
- Díaz y de Ovando, Clementina.** “El café refugio de literatos, políticos y de muchos otros ocios”, *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. Volumen I, Ambientes, Asociaciones y Grupos. Movimientos, Temas y Géneros Literarios, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- García Cubas, Antonio.** “Cuadros de costumbres”, *Los relatos de costumbres*. México, PROMEXA, Clásicos de la Literatura Mexicana, 1991.
- González, Luis.** “El liberalismo triunfante”, *Historia general de México*. Tomo 2, México, Colegio de México, 1988.
- Escalante, Fernando.** *Ciudadanos Imaginarios: memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana, Tratado de moral crítica*, México, Colegio de México, 2002.
- Hale, Charles A.** *La transformación de liberalismo en México a fines del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Harwich, Nikita.** “La historia patria”, *Inventando la Nación, Iberoamérica, Siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Lafragua, José María.** “Carácter y objeto de la literatura”, *La misión del escritor, Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Matute, Álvaro.** “Prólogo” a *Episodios históricos mexicanos de Enrique de Olavarría y Ferrari* Volumen I, México, Fondo de Cultura Económica/Instituto Cultural Helénico. 1988.
- Martínez, José Luis.** “México en busca de su expresión”. *Historia General de México*, Tomo 2, México, Colegio de México, 1988.
- Ortiz, Tadeo.** “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes”, *La misión del escritor, Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México 1996.

- Perales, Alicia.** *Las asociaciones literarias mexicanas*, Tomos I y II. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.
- Prieto, Guillermo.** “Memorias de mis tiempos”, *Los relatos de costumbres*. México, PROMEXA, Clásicos de la Literatura Mexicana, 1991.
- Quirarte, Vicente.** “Cronología literaria de la ciudad de México en el siglo XX”, *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. Volumen I, Ambientes, Asociaciones y Grupos. Movimientos, Temas y Géneros Literarios, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- Santacilia, Pedro.** *Del Movimiento literario en México*, México, Imprenta del gobierno de Palacio, 1868.
- Sommer, Doris.** *Ficciones fundacionales, Las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Tornel, José María.** “Oración”, *La conciencia Nacional y su formación, Discursos cívicos septembrinos (1825-1871)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- Ramírez, Fausto.** “Hidalgo en su estudio”, *La construcción del héroe en España y México*. Valencia, Universitat de València, 2003.
- Vigil, José María.** “Conclusión”, *La Reforma en México a través de los siglos, T. XVI*. México, Editorial Cumbre. Edición en 16 tomos, 1987.



LUGARES DE LEYENDA OLVIDADOS: LAS CALLES DE MÉXICO

Cecilia Colón Hernández
Universidad Autónoma Metropolitana • Azc.



Cuando comencé este ensayo sobre lugares olvidados, decidí hacerlo sobre las calles del Centro Histórico de la Ciudad de México, pero no me quedé sólo con eso, había que buscar ese rincón de olvido que le diera cuerpo a mi texto y lo encontré en las leyendas de esas calles, que mucha gente recuerda y conoce, pero que ignora dónde ocurrieron exactamente; se han olvidado esos escenarios coloniales, a veces prehispánicos, que sirvieron de marco a un hecho de leyenda que pudo haber salido del imaginario colectivo y popular de la época, o de un hecho real que poco a poco se fue tergiversando con el paso del tiempo y el correr de las generaciones.

Todos los días caminamos por las calles del Centro de esta enorme ciudad por diferentes motivos: compras, comercio, búsqueda de algún artículo específico o simplemente para ver o comer en algún restaurante, con una vista privilegiada de alguna parte del Centro. Los constantes gritos de los vendedores ambulantes y la música a todo volumen que ensordece, nos ahuyentan más que invitarnos a un paseo, sin embargo, a pesar de todo esto, todavía sus calles nos convocan a conocerlas, a pasearlas, a observarlas, a cerrar los ojos e imaginar cómo eran, siglos atrás. El día que perdamos esta capacidad, irremediablemente habremos perdido el gusto por conocer más de nuestra ciudad.

Sé que suena difícil imaginar a este Centro Histórico como era hace siglos, cuando el barullo no era tan grande y el silencio se rompía, sólo por los gritos de algunos comerciantes que anunciaban sus mercancías y el chocar constante de las patas de los caballos y las ruedas de los carruajes contra el pavimento formado por piedras o baldosas, pero en la noche, cuando todos los habitantes ya estaban en sus casas -pues todavía la luz eléctrica no irrumpía con su luminosidad, lo que obligaba a aprove-

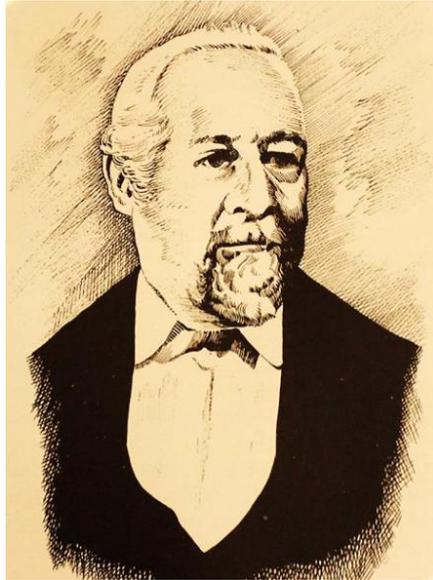
char la luz natural del sol-, el silencio se adueñaba por completo del ambiente y sólo era interrumpido por el sereno que anunciaba la hora y el clima, tal vez algún rezo lejano se dejaba escuchar como un murmullo insistente, pero no impedía el sueño de nadie. Era en estos momentos cuando la ciudad imaginaria, la que estaba llena de leyendas, despertaba y se dejaba escuchar con miedo por los inocentes habitantes que recordaban y creían todo lo que las antiguas consejas, contadas por sus abuelas frente al hogar encendido, decían al respecto de los primeros habitantes y sucesos de esta ciudad. Por sus mentes, llenas de superstición e imaginación, pasaban la Llorona, la mujer herrada, la monja que fue tocada por un clérigo difunto y tantas otras historias en donde seres de ultratumba caminaban y se adueñaban poco a poco de las calles de esa ciudad virreinal.

Ese patrimonio formado por un imaginario colectivo y popular es el que se ha perdido, y sólo es posible encontrarlo en los viejos libros que recogieron todas estas historias escritas por meticulosos y curiosos historiadores y cronistas, que no han permitido que la memoria de la ciudad se pierda para siempre, pues es también un monumento que se debe cuidar. Aunado a esto, los constantes cambios en la traza original de esta ciudad, más los cambios en su nomenclatura han querido borrar una parte de nuestra historia, que de la misma forma, pero en sentido inverso, ha sido rescatada una y otra vez del olvido por gente que la ama, que la camina y que todavía es capaz de reconocer la belleza en sus calles, aunque cada vez sea más difícil recuperar ese silencio nocturno que dejaba salir a los “otros habitantes” más añejos.

En 1900, José María Marroqui, autor de los tres tomos de *La Ciudad de México*, había escrito, con mucha ironía, lo siguiente:

“Ni en el índice ni en el cuerpo de la obra se encontrarán los nombres de muchas de las calles nuevas, formadas en los ensanches de la ciudad, llamados colonias: de Guerrero, de Santa María y otras. Estas calles no tienen por sí historia, ni la tienen sus nombres: ellos fueron puestos al acaso, sin fundamento alguno; ¿qué razón pudo haber para llamar esas vías del Naranjo, del Ciprés, del Chopo, de la Mosqueta, de la Dahalia [*sic*], de la Violeta, etc.? ninguno ciertamente. Estos nombres son hijos de la imaginación risueña de los habitantes de esta hermosísima ciudad, que anhelan ver por doquiera árboles y flores. [...] Otro tanto decimos de las calles, nuevas también, que se llaman de las Artes, de la Industria, del Progreso y otras de nombres análogos, que sólo son expresivos de los buenos deseos que los mexicanos tienen de que progresen las artes y la industria, sin otra significación histórica”¹

1 José María Marroqui, *La ciudad de México*, Tomo I, p. 9. Los nombres de las calles que menciona el autor se refieren respectivamente, a las colonias Santa María la Ribera, Guerrero y San Rafael, nuevas para ese 1900, en comparación con las más antiguas que forman el centro histórico de la Ciudad de México.



Dr. José María Marroqui.²

Por otro lado, en el prólogo que escribió Carlos González Peña a *Las calles de México* de Luis González Obregón, comentó lo siguiente:

“Un estulto edil de hogaño se cree en México con más autoridad que ayer el Sultán de Constantinopla. Su autoritarismo absolutista y brutal manifiéstase principalmente por la manía –que no de otro modo, por tan repetida, puede llamársela– de cambiar los nombres de las calles, substituyendo los añejos y tradicionales por otros nuevos que nada dicen, y que son producto, bien de un hispanoamericanismo en sí loable, mas no por ello autorizado para suplantarse a nuestra tradición...”³

No sólo estos reconocidos y eruditos historiadores y cronistas no estaban de acuerdo con los cambios que se estaban llevando a cabo en la nomenclatura de las calles de la Ciudad de México, también algunos editores como el famoso impresor Manuel León Sánchez compartía esta opinión: “...en estos tiempos [...] con una barbarie sin nombre, una serie de individuos ingenuos e ignorantes se han disputado la gloria (?) de destruir esas Leyendas y esas Tradiciones que dieron nombre y fama a las calles de la vieja Tenochtitlán, substituyéndolos por otros que sólo significan adulaciones ridículas e inoportunas, pero que poco o nada dicen al alma del pueblo, sobre que los nombres con que han sido substituidos podían haberse dado a las calles y colonias de nuestro espléndido ensanche”⁴

2 Fotografía sacada de su propia obra, *La Ciudad de México*, Tomo I, sin numeración.

3 Carlos González Peña, “Prólogo”, p. XII.

4 Esta pequeña cita, que forma parte de las palabras del editor, se encuentra en Luis González Obregón, *Las calles de México*, pp. XXII-XXIII.

Los nuevos nombres de las calles viejas del Centro como República de Chile, República del Salvador, República de Cuba, etcétera, obedecieron a una actitud política en aras de crear una hermandad con los demás países de Latinoamérica y, como bien dice Guillermo Tovar de Teresa:

“Pero sucedió algo terrible para la historia de nuestra capital: se cambiaron los nombres de nuestras calles por las de aquellas repúblicas que reconocieron al gobierno revolucionario. Con ella se lograron dos objetivos: homenajear a esos países a costa de nuestra historia urbana y, sobre todo, hacer creer que la vida de la ciudad comenzaba con ese gobierno, borrón de toda una tradición y cuenta nueva”.⁵

Desgraciadamente, los intereses políticos siempre están por encima de cualquier otra cosa, aunque se trate del patrimonio nacional. Dichos nombres a nadie le dicen nada y sólo hablan de una moda pasajera que se quedó para siempre en el nombre de las calles. Para todos los que gustamos de recrear la historia de nuestra ciudad a través de nuestros paseos ciudadanos, los nombres antiguos de las calles, le daban un carácter diferente. Su nomenclatura antigua, sobre todo las del Centro, indicaban con su nombre, no sólo la ubicación, sino la existencia de personajes, situaciones históricas, instituciones gubernamentales o eclesiásticas, etcétera. Aun cuando las personas no hubieran conocido a don Juan Manuel, su nombre y su presencia se dejaban sentir en la calle que llevaba su nombre y que ahora se llama simplemente, República de Uruguay.

Al olvidar esta antigua nomenclatura de las calles, se ha perdido un pedazo de la historia de esta capital, de su memoria y de su identidad; poco a poco se va diluyendo el recuerdo de lo que existía, y con esto se pierde un jirón de nuestra historia, no de la que está llena de grandes héroes, sino de la pequeña, la anecdótica, aquella que el historiador Luis González y González bautizó como la microhistoria, la que nos habla de los personajes que vivían en esta ciudad y cuyo nombre había sido perpetuado por la memoria de los sencillos habitantes que vivieron en siglos pasados.

¿Quién recuerda dónde vivía don Juan Manuel de Solórzano, privado del virrey? ¿Quién sabe dónde estuvo presa aquella bruja famosísima de singular belleza, apodada la Mulata de Córdoba, y cuyos poderes sobrenaturales la ayudaron a dejar su celda en un barco que ella mismo dibujó en la pared? ¿En qué calle vivía la mujer que tuvo que dejar de lado su vergüenza y su dignidad para dar una machincuepa en público, y así poder heredar una fortuna antes que permitir que el clero se quedase con ella? ¿Cuál calle fue la muda testigo de la señal del nacimiento de un amor puro entre aquella pareja de jóvenes que consistía en una cruz verde? ¿Alguien sabe en dónde estaba la calle de la Mariscal? ¿Qué consejas y tradiciones aseguraban que Pedro de Alvarado, el conquistador y compañero de Hernán Cortés, había dado el salto formidable que dio nombre a la calle que todavía en la actualidad

⁵ Guillermo Tovar de Teresa, *La Ciudad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido*, p. 23.

ostenta el nombre de Puente de Alvarado? ¿Quién podría ser capaz de responder a estas preguntas, si cuando camina por esas calles añejas sólo encuentra nombres como República de Uruguay, República de Venezuela, Soledad, Regina, Avenida Hidalgo, etcétera?⁶

Los nombres antiguos hablaban de una historia que había dejado una huella, tal vez triste, tal vez curiosa, tal vez histórica, pero que a fin de cuentas, hablaban de algo que había pasado en una calle específica de aquella pequeña ciudad virreinal, cuando sus inocentes moradores trataban de explicar lo inexplicable con los medios a su alcance: sus tradiciones, sus creencias y su propio imaginario: aquel lleno de fantasmas, aparecidos, ángeles y demonios.

Como ejemplo de esto hablaré de cuatro lugares de leyenda, algunos de estos lugares se han perdido irremediadamente, como dice José E. Iturriaga, “Muchos monumentos se han derribado para ampliar calles o construir en los predios baldíos de los edificios demolidos, casas de gusto dudoso o rascacielos de bolsillo, o bien para dedicar esos solares baldíos al rentable negocio de estacionamiento de automóviles”.⁷ Sólo uno de ellos queda todavía en pie. La primera es una leyenda de corte histórico, pues el personaje del que habla sí existió y me refiero al judío que vivió en la calle del Cacahuatal, en las orillas de la ciudad, y que ahora se llama Escuela Médico Militar, muy cerca del rumbo de la Merced. El cronista Artemio de Valle-Arizpe, cuando relata la historia de este judío llamado Tomás Treviño y Sobremonte, dedicado al comercio, hace tal descripción de su casa, más parecida a un palacio por su fachada hermosa, labrada y lujosa como correspondía a alguien de dinero. Sus interiores estaban llenos de ricos y finos objetos que podían ser la envidia de mucha gente.⁸ Así se veía, lo muestra la siguiente fotografía.

6 Los nombres actuales de las calles que menciono, se refieren a cada una de las preguntas que formulo.

Si se quieren conocer los nombres antiguos de las calles de México con sus respectivos referentes actuales o viceversa, consúltese el *Directorio telefónico de la Ciudad de México. Año de 1891*, que trae un mapa con los nombres de todas las calles que existían.

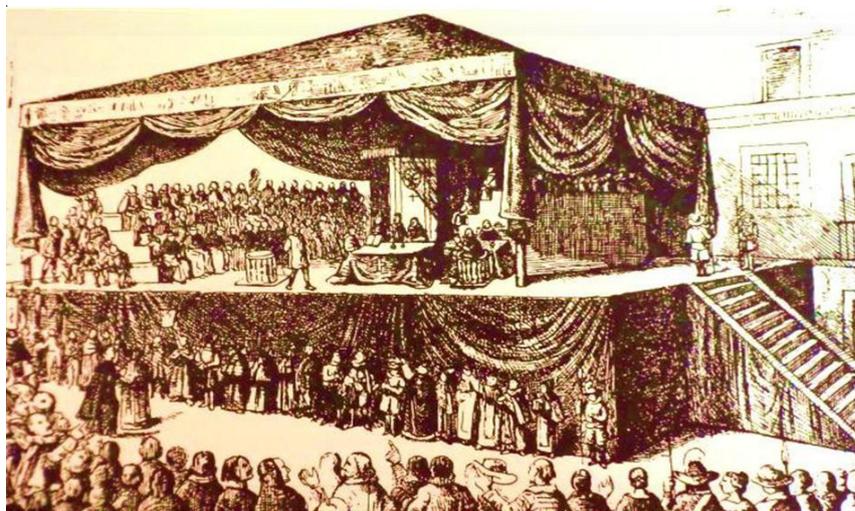
7 José E. Iturriaga, “Presentación”, p. XIII.

8 Artemio de Valle-Arizpe, “Santo de otra fe”, pp. 137-143. También esta leyenda fue tratada por Luis González Obregón en su libro *Las calles de México*, pp. 59-65.



La casa del Judío que estaba en la calle del Cacahuatal.⁹

Desgraciadamente, este hombre tenía un defecto: era judío y eso estaba muy penado en aquellos años. Uno de sus enemigos anónimos, que nunca faltan, lo acusó ante la Santa Inquisición de blasfemo y hereje. Las pruebas eran contundentes y estaban allí: su tienda tenía dos entradas y dependiendo por cuál pasaran los compradores, Tomás Treviño les hacía un descuento, pues supuestamente, en una de ellas estaba enterrado un Cristo y al pisarlo, sin saberlo el comprador, se alegraba el comerciante. Además, se contaba que una sirvienta lo había visto azotando a un Santo Niño Jesús de madera por las noches. Esto fue suficiente, no se requerían más pruebas para ingresar a las mazmorras de la Santa Inquisición.



Auto de fe en la Nueva España.¹⁰

⁹ La fotografía está sacada de *México a través de los siglos*, p. 425.

¹⁰ Fotografía sacada de *Historia de la Ciudad de México*, Tomo 2, p, 83.

Tomás Treviño y Sobremonte fue juzgado, condenado y sentenciado por blasfemo y hereje a morir quemado vivo. La sentencia se llevó a cabo el 11 de abril de 1649, en uno de los más célebres y pomposos Autos de Fe. El Quemadero de San Diego, donde hoy hacen esquina Dr. Mora y Avenida Hidalgo, fue donde se llevó a cabo la consumación de la pena de muerte de este judío que, como dicen los cronistas Luis González Obregón y Artemio de Valle-Arizpe, era un hombre que cumplía cabalmente con su creencia y trabajaba arduamente en su negocio; no era una mala persona, el problema es que no era católico, y no serlo era considerado un terrible pecado en aquella época.

La hermosa mansión que perteneció a este hombre, se fue a la ruina con el tiempo, la soledad y el abandono en que cayó. Actualmente esta casa ya no existe, sólo quedan su recuerdo y la historia de un judío que pagó con su vida creer en un dios diferente, y tener una posición social distinta, lo que provocó la envidia de quienes lo rodeaban. Su historia todavía se cuenta y tal vez lo que más se recuerda es la frase que dijo cuando empezó a quemarse: “¡Echen más leña que mi dinero me cuesta!”

La segunda leyenda es interesante porque fue producto del imaginario colectivo y dio nombre a la Calle de la Joya.¹¹ Esta leyenda y su ubicación son parte de un patrimonio intangible que es el imaginario colectivo, actitud que da respuesta, con la tradición oral a las inquietudes y temores de la gente, a esos ambientes nocturnos que se llenan de ruidos inexplicables, de sombras que se agigantan o achican dependiendo de las breves y danzantes luces de las velas que alumbraban, no sólo las piezas de una casa sino también, la imaginación de las inocentes gentes de aquella lejana época virreinal.

La leyenda habla de una joven esposa, hermosa y virtuosa como pocas, que ponía en alto el nombre de las mujeres de su época, sin embargo, don Gaspar, su marido, estaba enfermo de celos y, aunque ella no salía excepto a la misa muy de mañana y siempre acompañada, su esposo la celaba terriblemente por sus celos infundados producto de su mente enfermiza. La leyenda, en la pluma del General Vicente Riva Palacio,¹² nos dice que un día, un joven se enamoró perdidamente de esta bella mujer y sin mediar ningún reparo, una noche irrumpió sorpresivamente en la habitación de ella, gracias al balcón que daba a la calle, y la requirió en amores en medio de juramentos y súplicas. Doña Violante, asustada y sorprendida, lo rechazaba incesante sin que el truhán se detuviera en su afán, al grado de poner en su mano una pulsera de oro y piedras preciosas tratando de ablandar su corazón, pero ella más lo rechazaba. El insensato huyó, justo cuando don Gaspar iba llegando al hogar y lo miró salir corriendo. Ante esto, ya no le cupo ninguna duda. Entró rabioso a su casa y reclamó a su mujer. Al ver la joya que estaba en sus manos, tuvo la seguridad de que le había sido infiel y ése había sido el pago de su traición. Furioso, descargó sobre ella un puñal que hundió varias veces en su pecho

11 Actualmente es la 4ª. de Cinco de Febrero y antes se llamaba Bajos de San Agustín.

12 Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza, *Tradiciones y leyendas mexicanas*, pp. 235-240. También Artemio de Valle-Arizpe escribe una versión de esta leyenda titulada: “Esta es la leyenda de la calle de la Joya” que se encuentra en su libro: *Historia, tradiciones y leyendas de calles de México*, pp. 457-462. Luis González Obregón no consigna esta leyenda debido a su origen completamente imaginario.

hasta arrancarle el último aliento y, con la joya en la mano, buscó la casa del traidor, pues sabía quién era. Al llegar a ella tocó y nadie le abrió, por todo reclamo, con el mismo puñal con que mató a su mujer, clavó la joya en la puerta de madera y no bien acababa de hacer esto cuando el propio Gaspar cayó muerto. A la mañana siguiente, al abrir su puerta, el infiel se encontró con el cadáver de don Gaspar a sus pies e intuyó todo lo que había pasado por su culpa. La leyenda dice que, completamente arrepentido, se metió de fraile para lavar su pecado y llevó con ejemplaridad su vida conventual.

Esta leyenda fue producto de la mente creativa de Vicente Riva Palacio, quien la escribió en verso al alimón, con su gran amigo Juan de Dios Peza en el periódico *La República*, y salió publicada el 13 de marzo de 1882. Cuando el historiador José María Marroqui estaba elaborando su obra, *La ciudad de México*, la única referencia que había encontrado respecto a ese nombre de la calle fue, precisamente la leyenda. Así que fue a buscar al propio Riva Palacio para preguntarle de qué antiguo legajo había sacado la historia y su respuesta, acompañada de una pícara sonrisa, fue por demás elocuente: “No crea usted, todo es imaginación”. Por lo tanto, como dice el propio José María Marroqui: “no sacamos nada en limpio con respecto al nombre de esta calle”.¹³ Sin embargo, la tradición le dio el nombre y Vicente Riva Palacio, la historia.



Gral. Vicente Riva Palacio.¹⁴

13 José María Marroqui, *La ciudad de México*, Tomo III, pp. 93-94. Revisese, sobre todo, la nota a pie de la página 94.

14 Este retrato fue fotografiado del libro *Páginas en verso del General Vicente Riva Palacio*.

Por otro lado, el Zócalo capitalino ha sido testigo de muchos cambios en nuestra ciudad, sin embargo, son tantos que ya mucha gente olvidó cómo era en sus inicios y cómo se fue transformando, con el paso del tiempo a las necesidades de esta enorme ciudad. La Plaza de la Constitución, llamada así desde el siglo XIX, en honor a la Constitución de Cádiz, en España, ha sido escenario de muchas manifestaciones, reuniones pacíficas y a veces violentas, civiles y militares; sobre sus baldosas estuvo en algún momento la horca mayor y de ella pendieron algunos cuerpos famosos como el de don Juan Manuel de Solórzano que, dicen las consejas, fueron los ángeles quienes lo colgaron allí, pero también, en momentos más tranquilos, este lugar ha sido hogar de monumentos tan importantes como “El Caballito”, escultura de Manuel Tolsá, de principios del XIX.



El Zócalo capitalino en 1803 ostentaba en el centro la famosa escultura de Manuel Tolsá “El Caballito”.

En la actualidad, en este siglo XXI que comienza, ha sido tomado por diferentes grupos sociales que han manifestado sus inconformidades frente al Palacio Nacional. Si sus losas pudieran hablar, contarían muchas historias de esta ciudad que ya han sido olvidadas, pues la imagen que tenemos de esta Plaza Mayor es siempre una plancha de concreto, llena de casas de campaña, de ofrendas de muertos, de ferias del libro, de magnas exposiciones como las de los alebrijes, conciertos de música de toda índole, y muchas manifestaciones artísticas mas, en fin, pareciera que todos tenemos derecho a tomar este Zócalo, como le llamamos familiarmente, debido a que allí iba a estar la columna de la Independencia.¹⁵ Nos lo apropiamos y se convierte en la gran hoja en blanco en la que podemos escribir lo que queramos.

¹⁵ Desgraciadamente, el proyecto de la columna quedó pendiente ante un siglo XIX muy caótico y sólo se hizo el zócalo que le serviría de base, de allí su nombre popular.



La Plaza de la Constitución en enero del 2012, increíblemente vacía de manifestantes.

La tercera leyenda, por demás interesante, es la de la Calle de la Machincuepa,¹⁶ nombre que el pueblo le da a las maromas que alguien da sobre su cabeza, y tuvo su culminación en esta Plaza Mayor convertida en un escenario gigantesco que ha visto pasar de todo entre sus linderos. La historia es muy sencilla: se cuenta que una joven hermosa y altiva, de nombre Paz Quiroga, al quedar huérfana allá en España, pasó al cuidado de un tío suyo en la Nueva España: don Mendo de Quiroga y Suárez, Marqués de Valle Salado, hombre ya mayor, justo en la edad de los achaques. Ella se vino a vivir aquí con él, pero la ingrata sobrina apenas le dirigía la palabra y casi no se acercaba a él, pues olía muy mal debido a las medicinas y los problemas de salud que padecía constantemente el anciano. Cuenta la leyenda que doña Paz le pedía a Dios que pronto lo llamara a juicio para poder vivir como ella quería, sin tener que soportar la molesta presencia del tío. Al parecer, Dios escuchó sus peticiones y don Mendo hizo su tránsito a mejor vida. Durante el velorio, ella derramaba lágrimas copiosas, como si quisiera convencer a todos los que habían ido a acompañar al generoso anciano a su última morada, de su gran cariño por él. Luego de unos días, se dio lectura al testamento y, en apariencia, todo había salido como ella quería: su tío la había nombrado heredera universal de todos sus bienes y su dinero. Sin embargo, había una pequeña cláusula que ella debía cumplir so pena de entregar toda la fortuna, dividida en partes iguales, a los franciscanos y a los mercedarios, a quienes don Mendo tenía en alta estima. La cláusula en cuestión decía lo siguiente:

¹⁶ Esta calle actualmente se llama Soledad.

“...Mi sobrina Paz saldrá de casa en coche descubierto; atravesará las calles de Plateros y San Francisco, y en el centro de la Plaza Mayor, sobre un tablado puesto al efecto, y habiéndolo anunciado previamente, ante todos cuantos espectadores se reúnan en pleno mediodía, dará una *machincuepa*. De lo contrario, repito, mi herencia irá a las Órdenes que fueron de mi devoción mientras he vivido. Firmado, El Marqués de Valle Salado”.¹⁷

Es fácil imaginar el gesto de disgusto que a duras penas la sobrina pudo ocultar al enterarse de las condiciones impuestas por don Mendo para recibir la herencia. Maldijo mil veces a su tío, pero no tuvo más remedio que acatar el capricho del anciano. De esta manera y tal como lo pidiera él, la hermosa y altiva Paz salió un día de su casa en coche descubierto, anduvo por las calles de Plateros y San Francisco,¹⁸ llegó a la Plaza Mayor y allí, frente a la nutrida concurrencia que se había dado cita para verla, hizo a un lado su vanidad y orgullo y dio una *machincuepa* frente a todos. En medio de las risas y las burlas del público socarrón, ella volvió a subir al auto y se dirigió a su casa para encerrarse por un tiempo durante el cual no quiso ver a nadie. Cuenta la leyenda que después del jocosu suceso, casi nadie quiso entablar con ella ningún tipo de relación, pues todos se dieron cuenta de su gran orgullo y altivez dominados por su ambición.



El momento culminante cuando doña Paz Quiroga, haciendo a un lado su orgullo y su vanidad, se echó una *machincuepa* en la Plaza Mayor frente a todos los que quisieron ir a verla.¹⁹

17 Augusto Sesto, *Historia y leyenda de las calles de México*, p. 120. Juan de Dios Peza también consigna esta leyenda en su libro: *Leyendas de las calles de Méjico*, pp. 156-164. Aunque resulte extraño, ambos autores coinciden en los nombres de los protagonistas (tío y sobrina) y en los momentos interesantes de la historia. Es importante resaltar esto, pues en las revisiones que he hecho de otras leyendas en diversos autores, muchos de ellos cambian los nombres y algunos adornan más o menos ciertos hechos y ofrecen versiones distintas a los lectores.

18 Estas dos calles, actualmente llevan el nombre de Francisco I. Madero y, desde el año pasado, ningún carro pasea por ella, pues se ha convertido en calle peatonal.

Finalmente, la última leyenda de la que me ocuparé no es de una calle, es de un inmueble, cuya historia se remonta al siglo XVI, cuando fue construido,²⁰ y más tarde comprado y heredado por los sucesivos Condes del Valle de Orizaba. Esta casa todavía existe, casi sin cambios en ella,²¹ aunque todo su entorno se ha transformado por completo, me refiero a la “Casa de los Azulejos”, así llamada por el vulgo, y que actualmente alberga a la casa Sanborn’s Hermanos. Ella ha sido escenario de muchos acontecimientos históricos y de leyenda. Ha visto pasar por sus alrededores a muchos paseantes y manifestantes de toda índole. En su interior ha estado gente de todas las clases sociales, desde la nobleza hasta el vulgo. A finales del siglo XIX fue Jockey Club (1881-1914) en la parte alta, y en la baja, una tienda de ropa para dama; fue también la Casa del Obrero Mundial en 1915, pero esto sólo duró unos meses y, finalmente, la droguería y fuente de sodas Hnos. Sanborn’s inaugurada en 1919.²² Hoy en día, se dice que todavía en la noche, sus habitantes originales salen de ultratumba y caminan por sus pasillos, bajan las escaleras y muchos de ellos reviven antiguas rencillas y añejos pleitos, que ni la muerte ni el tiempo han logrado disipar.

El olvido de los ancestrales escenarios de todas las leyendas que he venido ejemplificando, y de las cuales, ya no existen las casas en donde vivieron los protagonistas de sus hechos, la que ahora trataré es la única que la gente asocia realmente con fantasmas y aparecidos. De ella circulan muchas historias al respecto. Yo misma pregunté a una mesera y me confirmó que, efectivamente, allí “espantan”. Por la noche se oyen muchos ruidos, se ven sombras que pasan, personas que se asoman por las diversas puertas de madera y cristal de la parte alta, en fin, los moradores de otros tiempos que tal vez vienen a exigir sus derechos sobre la propiedad.

De esta casa se cuentan algunos sucesos interesantes. Uno de ellos es precisamente, el hecho por el cual fue forrada en sus fachadas, de azulejos de Puebla, los famosos de talavera. Se dice que el hijo de uno de los Condes del Valle de Orizaba era un muchacho irresponsable y mentecato; su padre, cansado de verlo así, le decía constantemente: “El que en gastos va muy lejos, no hará casa con azulejos”. La historia no consigna la verdadera razón por la que ese joven cambió, el caso es que con el

19 Fotografía sacada del libro de Augusto Sesto, *Historia y leyenda de las calles de México*, p. 121.

20 Los datos del origen de la casa han sido sacados del libro *Las calles de México*, pp. 39-48, del cuidadoso cronista, don Luis González Obregón y del libro de Carla Zarebska, *La casa de los azulejos*.

21 Los cambios no han sido estructurales, pues no han afectado su distribución; los más notables han sido el mural modernista que pintó el rumano Jean Palcologue en 1918, en el área principal del comedor, en la planta baja; el mural que pintó Clemente Orozco en 1925 en la alta pared con la puerta que está a la mitad de la escalera y el domo que se puso para cubrir el patio principal donde está el comedor de la planta baja.

22 Originalmente esta farmacia, cuyo nombre era Sanborn American Pharmacy, estaba en la misma calle de San Francisco, pero unas casas más adelante, casi esquina con Filomeno Mata, en donde estaba ubicada la Librería Madero (otro lugar de leyenda) y que hoy es una tienda de ropa. La inauguración de esta casa fue anunciada con pompa y circunstancia, se dice que ningún periódico ni revista de esa lejana época quedó sin ser invitado al magno acontecimiento.

tiempo maduró y reflexionó, y en señal de que su vida sería otra a partir de ese momento, mandó traer de Puebla cajas de azulejos para forrar aquella famosa mansión. Desde ese día fue conocida por la gente como la “casa de los Azulejos”.²³

Esta famosa casa fue escenario de otra historia que tuvo lugar durante el virreinato, en el lugar conocido como Callejón de la Condesa,²⁴ que es una pequeña cuadra que va de San Andrés a San Francisco, o lo que es lo mismo, de 5 de Mayo a Francisco I. Madero. Ella era y sigue siendo estrecha, razón por la que lo acontecido causó revuelo en esa época. Se cuenta que un día, por cada uno de sus extremos, entraron dos carrozas cuyos paseantes eran nobles; desgraciadamente, debido a la estrechez del callejón y a la anchura de los coches, no pudieron seguir su camino rebasando uno al otro. Ambas carrozas se detuvieron a la mitad y cada uno de los choferes pidió al contrario echarse hacia atrás para poder pasar. Ninguno quiso ceder un ápice, pues al enumerar los añejos blasones de sus amos, resultaron en igualdad de nobleza y alcurnia. En aquella época, ambas características eran muy importantes y ninguno estaba dispuesto a retroceder ante el otro. Así pasaron tres días con sus noches hasta que el virrey en persona llegó y dio la orden de que cada uno se echara en reversa, llegara a la calle de San Andrés uno, y Plazuela de Guardiola el otro, y retomaran sus caminos. Así lo hicieron y se acabó el problema que había tenido entretenida a la gente durante tres días.



El legendario Callejón de la Condesa en la actualidad, vista de 5 de Mayo a Madero.

23 Luis González Obregón, *Las calles de México*, pp. 39-48. Augusto Sesto, en la versión que nos ofrece en su libro: *Historia y leyendas de las calles de México*, pp. 163-168, da otras versiones, además de la ya mencionada, del motivo por el cual sus dueños forraron la casa con azulejos.

24 Luis González Obregón dice que este nombre del callejón seguramente obedeció al de alguna de las condesas que habitó la famosa mansión.

Algunos siglos después en el siglo XIX, en el año 1828 para ser exactos, se dice que durante el Motín de la Acordada, mientras toda la plebe enloquecida hacía destrozos por toda la ciudad, entró con ese pretexto a la casa, el oficial Manuel Palacios,²⁵ justo cuando el Conde Andrés Diego Suárez de Peredo bajaba las escaleras. Ambos hombres, con las espadas desenvainadas, se ensartaron en una lucha feroz de la que el Conde no salió victorioso, pues al ser herido mortalmente su cuerpo se desplomó escaleras abajo con macabros golpes que retumbaron en toda la casa, ante la conmoción de su hija y su esposa. Después se supo que la hija había sido causa indirecta de esto, pues el oficial Manuel Palacios la pretendía de amores y, debido al rechazo y celo paternos, no habían logrado su culminación. La historia nos dice que el joven oficial fue aprehendido y sentenciado a morir en el garrote en la Plazuela de Guardiola.²⁶ La sentencia se ejecutó para ejemplo de los que ponen sus ojos muy alto sin merecerlo.



Una vista de la Casa de los Azulejos en la época Virreinal hecha por Casimiro Castro. Se puede apreciar la casa que estaba a un lado y que pertenecía a la familia Guardiola, incluyendo la plazuela del mismo nombre.²⁷

En agosto de 1994, este inmueble sufrió un incendio que lo mantuvo cerrado por varios meses, antes de poder abrirse al público nuevamente. Yo recuerdo que al ser entrevistados algunos albañiles que debían velar la obra, coincidían en que se oían muchos ruidos y, en ciertas noches, escuchaban claramente el chocar de dos espadas y el caer de un cuerpo escaleras abajo... “Cosas veredes, mi querido Sancho”, como diría don Quijote de la Mancha, pues en estos días, también algunos em-

25 En el libro de Carla Zarebska, *La casa de los azulejos*, consigna que el oficial se llamaba Mateo Palacios y no Manuel, p. 48. La autora nos cuenta la verdadera historia de este hecho que poco se parece a la romántica leyenda aquí relatada.

26 Ahora, en ese lugar se levanta el edificio Guardiola, cuyo nombre recuerda a su dueño original. Este edificio, construido en la década de los 30 por el arquitecto Carlos Obregón Santacilia, es una extensión del Banco de México.

pleados coinciden en que, curiosamente, varios clientes del lugar han perdido la vida por un infarto o un paro cardíaco en las escaleras, justo donde la tradición recuerda que el conde cayó ante la espada asesina del oficial Manuel Palacios. ¿Coincidencia? ¿Casualidad? ¿Un lugar maldito? No hay respuesta, sólo la certidumbre de algo que sucedió y que ha trascendido las barreras del tiempo y el espacio.



Vista actual de la Casa de los Azulejos por la calle de 5 de Mayo.

Bibliografía

- Fernando Benítez**, *Historia de la Ciudad de México. 9 Tomos*. Salvat Mexicana de Ediciones, España, 1984.
- Artemio de Valle-Arizpe**, *Historia, tradiciones y leyendas de calles de México*. Tercera reimpresión, Editorial Diana, México, 1979, 829 págs.
- ___, “Santo de otra fe”, en *Historia, tradiciones y leyendas de calles de México*. Tercera reimpresión, Editorial Diana, México, 1979, pp. 137-143.
- Directorio Telefónico de la Ciudad de México*. Año de 1891. Tercera edición, Centro de estudios de Historia de México CONDUMEX, México, 1991, s/numeración.
- Luis González Obregón**, *Las calles de México*. Segunda edición, Impresor Manuel León Sánchez, México, 1924, 243 págs.
- Carlos González Peña**, “Prólogo”, en Luis González Obregón, *Las calles de México*. Segunda edición, Impresor Manuel León Sánchez, México, 1924, pp. V-XIV.
- José E. Iturriaga**, “Presentación”, en Guillermo Tovar y de Teresa *La Ciudad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido*. 2 tomos, Prólogo Enrique Krauze, Presentación José E. Iturriaga, Introducción Guillermo Tovar de Teresa, Segunda edición, Fundación Cultural Televisa, México, 1991, pp. XI-XVIII.
- José María Marroqui**, *La Ciudad de México*, 3 Tomos. Introducción José María Marroqui, Segunda edición facsimilar, Jesús Medina editor, México, 1969.
- Juan de Dios Peza**, *Leyendas de las calles de Méjico [sic]*. Prólogo Luis González Obregón, Editorial Patria, México, 1946, 536 págs.
- Vicente Riva Palacio**, *México a través de los siglos. Tomo 2. El Virreinato*. Introducción Vicente Riva Palacio, Sexta edición, Editorial Cumbre, México, 1967, 930 págs.
- ___, *Páginas en verso*. Primera edición, Librería La Ilustración, México, 1885, 177 págs.
- Augusto Sesto**, *Historia y leyenda de las calles de México. Tomo I. El Libro Español*, México, s/a, 250 págs.
- Guillermo Tovar y de Teresa**, *La Ciudad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido*. 2 tomos, Prólogo Enrique Krauze, Presentación José E. Iturriaga, Introducción Guillermo Tovar de Teresa, Segunda edición, Fundación Cultural Televisa, México, 1991.
- Carla Zarebska**, *La casa de los azulejos*. Prólogo Guillermo Tovar de Teresa, Fotografías Ignacio Urquiza, Sanborn Hermanos, México, 1999, 257 págs.



LAS INSTITUCIONES DE BENEFICENCIA PÚBLICA DEL PORFIRIATO.¹

Consuelo Córdoba Flores
Universidad Autónoma Metropolitana • Azc.



Exordio. Surgimiento de la Beneficencia Pública

El 2 de febrero de 1861, el Presidente Benito Juárez decretó la secularización de todos los hospitales y establecimientos de beneficencia que estaban administrados por corporaciones eclesiásticas.² Este decreto se sumaba a las Leyes de Reforma y a la secularización de los bienes eclesiásticos³ que se habían dado anteriormente. Como consecuencia de la decisión tomada en febrero de 1861 fue creada la Beneficencia Pública, que colocaba bajo control del Estado, la organización, la dirección, el sostenimiento y el buen funcionamiento de dichos establecimientos de asistencia social y médica. Un mes después, el 2 de marzo de 1861 se instauró la Dirección General de la Beneficencia Pública, dependiente del Ministerio de Gobernación. Su facultad primordial fue:

1 Este trabajo es parte de los resultados del Proyecto de Investigación intitulado: *La historia del otro saneamiento de la Ciudad de México. Los hospicios para pobres y los hospitales para la salud mental: epítomes de progreso y orden del Imperio Español y del Régimen Porfiriano*, el cual está aprobado y registrado por el Consejo Divisional de CyAD, UAM-Azcapotzalco.

2 Leyes y decretos relativos de la Beneficencia Pública, p. 32. N. 5188. *Legislatura Mexicana por Dublán y Lozan*, Año de 1861, Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Dirección, Serie: Dirección General, Legajo: 1, Expediente: 21, Foja: 22.

3 En 1856, Ignacio Comonfort, presidente sustituto de la República, dictó las Leyes de Desamortización que crearon el antecedente para que el 12 de julio de 1859 el presidente Benito Juárez decretara la Ley de Nacionalización de

"Ejercer la inspección superior sobre los establecimientos de Beneficencia, cuidar y promover su buen orden, progreso y aumento, dictando por sí mismo las providencias administrativas de su reporte, y proponiendo al Supremo Gobierno las que juzgue convenientes, cuando las que deban dictarse estuvieren fuera de la órbita de sus atribuciones ordinarias".⁴

De esta manera, la administración de todos los hospitales y fundaciones que se encontraban bajo la administración eclesiástica, pasaron a la administración del Estado.⁵ Este triunfo de las ideas liberales, que se habían iniciado en la época de las reformas borbónicas, trajo consigo que la idea de caridad,⁶ considerada una virtud privada, debía ser sustituida por la de beneficencia, entendida como un servicio público proporcionado por la administración civil.

Durante la Intervención Francesa y el Segundo Imperio siguieron en funciones los hospitales y establecimientos de beneficencia. En 1865, el emperador Maximiliano organizó el Consejo Central de Beneficencia y una Junta Protectora de las Clases Menesterosas, a fin de proporcionar servicios asistenciales. Paralelamente, la emperatriz Carlota, en 1866 impulsó la fundación del Hospital de San Carlos, dedicado a prestar atención médica a las mujeres embarazadas. En este contexto, la Beneficencia Pública tuvo a su cargo siete hospitales en la Ciudad de México y un hospicio a finales del siglo XIX:⁷

- Hospital de San Andrés. (Con carácter de general y con 350 camas).
- Hospital Juárez. (Antes conocido como Hospital Municipal de San Pablo. Destinado para heridos y accidentados consignados por la autoridad, con una sección para enfermos infecciosos y otra para leprosos).
- Hospital Morelos. (Hasta 1875 se denominó Hospital de San Juan de Dios, destinado para prostitutas enfermas remitidas por la inspección sanitaria).

Bienes Eclesiásticos, en el artículo primero quedó establecido el dominio de la nación de todos los bienes que el clero secular y el regular habían administrado con diversos títulos y de cualquier clase de predios, derechos y acciones que hubieran tenido. Fuente: *Boletín Informativo de la Dirección General del Archivo Histórico y Memoria Legislativa*, Año IV, No. 31, Mayo-Junio 2004, p. 3.

4 Art. 1. del *Reglamento Interior de la Dirección General de Beneficencia*. 1861. México: Imprenta de I. Cumplido, callejón de los rebeldes #2. Fuente: Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Dirección, Serie: Dirección General, Legajo:1, Expediente: 2, Foja: 20.

5 A partir de este año la beneficencia se convirtió en lo que en la actualidad conocemos como Asistencia o Beneficencia Pública. Órgano administrador de los bienes y persona moral capaz de ser sujeto de derechos y obligaciones. Fuente: *Boletín Informativo de la Dirección General del Archivo Histórico y Memoria Legislativa*, Año IV, No. 31, Mayo-Junio 2004, p. 3.

6 Los frailes que llegaron a la Nueva España con la misión de castellanizar y evangelizar practicaron la caridad con la intención "ayudar al prójimo" y de dar "amor a los semejantes". Crearon numerosos asilos y hospitales para llevar a cabo su tarea asistencial. Este sentimiento religioso, tan arraigado en la sociedad colonial, fue el motivo de todas las fundaciones. Ver, Josefina Muriel, *Hospitales de la Nueva España*, Tomo I, p. 9.

- Hospital de San Hipólito. (Destinado para la atención de hombres dementes).
- Hospital del Divino Salvador. (Destinado para la atención de mujeres dementes).
- Hospital de la Maternidad e Infancia. (Fundado en 1866 por la emperatriz Carlota).
- Hospital González Echeverría. (Destinado para enfermas ginecológicas).
- Consultorio Médico-Quirúrgico.
- Hospicio de Pobres

La Beneficencia Pública durante el porfiriato

El 23 de enero de 1877, el General Porfirio Díaz reorganizó la Beneficencia como uno de sus primeros actos de administración. Mediante una circular expedida decretó:

"... Que desde el día primero del próximo mes de Febrero se observen las prevenciones siguientes: 1a. Todos los hospitales, hospicios, casas de corrección y establecimientos de beneficencia que actualmente están a cargo del Ayuntamiento de esta capital y los que en adelante se fundaren, serán administrados por una junta que se denominará: "Dirección de Beneficencia Pública", y que se compondrá de las personas que a cuyo cargo esté la dirección de cada establecimiento".⁸

Por consiguiente, la nueva junta administraría los establecimientos de beneficencia que estaban a cargo del Ayuntamiento desde 1862, la cual dependía del Ministerio de Gobernación.⁹ Cuatro años después, en 1881, "fue creada la Dirección General de Fondos de Beneficencia Pública integrada a la Secretaría de Gobernación. Ésta asignaba a los estados la responsabilidad de la ejecución de la beneficencia, en sus respectivos ámbitos territoriales".¹⁰

Posteriormente, el 7 de noviembre de 1899, Porfirio Díaz decretó la Ley de Beneficencia Privada para contrarrestar las críticas de los grupos conservadores (aristocracia y élites políticas), quienes creían que la beneficencia debía estar a cargo de la burguesía y del clero. Dicha Ley establecía que:

7 Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Dirección, Serie: Dirección General, Legajo: 5, Expediente: 9, Foja: 37.

8 Cláusula 1a. de este decreto. Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Dirección, Serie: Dirección General, Legajo: 2, Expediente: 12. Foja: 2. Asimismo, el reglamento se encuentra en el Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Dirección, Serie: Dirección General, Legajo 5, Expediente. 1. Foja: 9.

9 *Ibidem*. Cláusula 3a. de este decreto.

10 Fuente: *Boletín Informativo de la Dirección General del Archivo Histórico y Memoria Legislativa*, Año IV, No. 32, Julio-Agosto 2004. p. 1.

“se entiende por actos de beneficencia privada, todos los que se ejecuten con fondos particulares y con un fin filantrópico o de instrucción laica”.¹¹ Fue así, que se realizaron varios eventos de caridad¹² organizados tanto por esposa del Presidente de la República como por las esposas de los secretarios de Estado. Aunque esta actividad debía ser practicada sólo por particulares, el estado podría vigilar su curso. Para 1904 la Beneficencia Privada ya se encontraba consolidada con el decreto de la Ley de Beneficencia Privada para el Distrito Federal, lo cual se tradujo en una ampliación de lo privado hacia la sociedad.

Las tres instituciones de Beneficencia Pública del porfiriato en la ciudad de México

En esta época, los nuevos conocimientos y progresos de la ciencia médica producidos en Europa, se empezaron a introducir en México. En consecuencia, todos estos establecimientos de salud y beneficencia se volvían inadecuados. Ante los nuevos conocimientos de la medicina, dichos establecimientos no cumplían con las mínimas condiciones sanitarias y de higiene, por estar establecidos en edificios construidos para otros fines. Desde esta perspectiva, y con la búsqueda de modernización del país, Porfirio Díaz centró su atención en el rubro de salud, y desde la órbita del Estado, en 1891, promulgó el primer Código Sanitario, el cual tuvo vigencia hasta 1926.¹³ Asimismo impulsó desde 1878 la creación de tres instituciones de Beneficencia Pública de la Ciudad de México: El Hospital General, inaugurado el 5 de febrero de 1905; El Hospicio para Niños Pobres, inaugurado meses más tarde, el 17 de septiembre de 1905; y el Manicomio General, "La Castañeda", inaugurado años después, el 1 de septiembre de 1910, tan sólo dos meses antes de la caída del régimen porfiriano.

Hospital General. La iniciativa para su construcción surgió desde el año de 1878, cuando el General Porfirio Díaz giró instrucciones para la realización de dos proyectos en paralelo: un Manicomio General y un Hospital General. El primer proyecto se presentó en 1881, pero no se realizó.¹⁴ Posteriormente, en 1888 el mismo presidente Díaz anunció una partida de 600 mil pesos, “destinados

11 Archivo Histórico y Memoria Legislativa, Senado de la República, LRP 260, pp.,16-65, en *Boletín Informativo de la Dirección General del Archivo Histórico y Memoria Legislativa*, Año IV, No. 32, Julio-Agosto 2004. p. 1.

12 “Las acciones de beneficencia se convirtieron en reuniones de moda: funciones benéficas de teatro, circo, títeres, verbenas y kermeses, que constituían la oportunidad de recaudar fondos para atender a los pobres.” Ver Gloria Guadarrama, *Entre la Caridad y el Derecho*, México, El Colegio Mexiquense-Coespo, 2001, p. 102., en *Boletín Informativo de la Dirección General del Archivo Histórico y Memoria Legislativa*, Año IV, No. 32, Julio-Agosto 2004. p. 1.

13 Fuente: Código Sanitario de los Estados Unidos Mexicanos, Diario Oficial del Supremo Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos 29, 30 y 31 de diciembre de 1902.

a comenzar la construcción de un hospital y un manicomio”. Dos años más tarde, el 15 de septiembre de 1890 se presentó otro proyecto que evidenciaría “los progresos de la ciencia y el estado de la cultura en que se encuentra la capital”, el cual, tampoco se llevó a cabo. Posteriormente, el interés del gobierno y la necesidad de contar con un hospital moderno continuó con el plan que se vio retrasado, tanto por cuestiones económicas, como por las que estaban relacionadas con la higiene. Por consiguiente, el 22 de noviembre de 1895 el Ministro de Gobernación, el General Manuel González de Cosío, envió un oficio al doctor Eduardo Liceaga, donde le indicaba que el presidente Porfirio Díaz lo había designado, junto con el ingeniero Roberto Gayol, para formar y presentar a la Secretaría a su cargo un,

"Proyecto de Hospital General que reuniera en una sola administración todos los establecimientos que dependían de la Beneficencia Pública con el fin de mejorar de este modo las condiciones de las personas que buscan asilo en ellos".¹⁵

Ante esta petición, el doctor Eduardo Liceaga insistió en los aspectos sanitarios de la construcción, y en la provisión de áreas para la realización de cirugías. Así el proyecto inicial contemplaba tres quirófanos: uno central, con graderías para la observación de las operaciones, y dos más para operaciones de hombres y mujeres. Desde el principio acordaron que el hospital debería construirse en las afueras de la ciudad, a fin de evitar la contaminación que significaba tener a los hospitales en zonas habitadas.

Existieron 22 terrenos posibles para la edificación de esta institución, los cuales fueron examinados y puestos a consideración del doctor Manuel Pasalagua, quien en su propuesta decía, “la situación de un hospital en una ciudad debe ser en un punto lateral a la dirección de los vientos predominantes... para que no reciba las miasmas y productos morbosos que salgan del hospital”.

Desde esta perspectiva, se decidió construir el Hospital General en un terreno ubicado en la llamada colonia Hidalgo, cercano al llamado Río de la Piedad, en una superficie de 170,000 m² de los cuales, se destinaron 55,000 para jardines y calles. Además, dicho terreno tenía la ventaja de estar cerca de los ferrocarriles de San Ángel y Del Valle. En 1901 se informó que faltaban pequeños detalles para su construcción. Además faltaba material médico y aparatos que debían comprarse en Europa.

14 La comisión estaba formada por los doctores Domingo Orvañanos y Nicolás Ramírez de Arellano, miembros del Consejo Superior de Salubridad. Ante la propuesta de reconstruir el Hospital Juárez "recomendaron la construcción de un nuevo hospital. Ver, Carlos Viesca Treviño. "La materialización de un sueño", en Carlos Viesca y Martha Díaz de Kuri, *Historia del Hospital General de México*, México, Hospital General de México, S. S. A., 1994, p. 47.

15 *Proyecto de Hospital General de la Ciudad de México. Aplicaciones, Modificaciones y perfeccionamientos que se han introducido en el Proyecto Primitivo. Documentos coleccionados por el Dr. Eduardo Liceaga. Director médico de la construcción*, Imprenta de Eduardo Dublán, callejón del cincuenta y siete, México, no. 7, 1900, p. 1.

Finalmente, el domingo 5 de febrero de 1905, el Hospital General fue inaugurado por el Presidente Porfirio Díaz. Asistieron su esposa doña Carmelita, el Vicepresidente Lic. Ramón Corral y todos los ministros de Estado, recibidos por el Subsecretario de Gobernación, Lic. Miguel Macedo, el Director de la Beneficencia Pública, Bartolomé Carvajal, el Doctor Eduardo Liceaga, Presidente del Consejo Superior de Salubridad y Director de la Escuela de Medicina, y el Director del Hospital, el Doctor Fernando López. Este mismo año, el 17 de junio de 1905, el Diario Oficial de la Federación publicó el Reglamento del Hospital General.¹⁶ La apertura de la nueva institución de Beneficencia Pública trajo consigo la clausura del Hospital de San Andrés, del González Echeverría y del Hospital de Maternidad e Infancia, habiéndose trasladado todos los enfermos al nuevo edificio.¹⁷



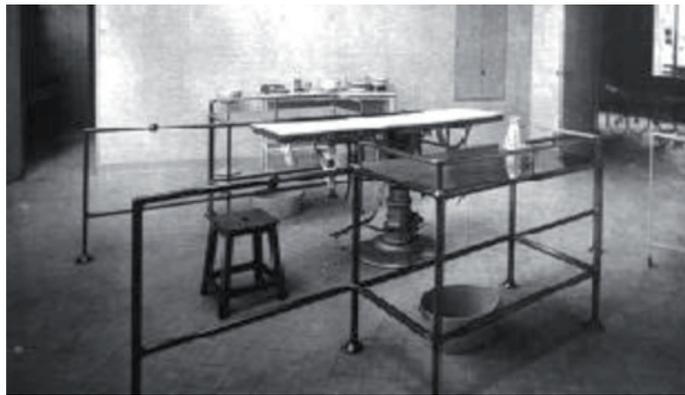
Fachada Principal del Hospital General

¹⁶ El cual empezaría a regir el 1 de julio del mismo año. Fuente: Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Dirección, Serie: Dirección General, Legajo: 9, Expediente: 13 Foja: 28.

¹⁷ *Ibidem.*



Otra vista de la Fachada, se observa también el alumbrado público. Folleto que publicó la Secretaría de Gobernación con motivo de la inauguración del Hospital General en 1905. *Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación. Dirección de Beneficencia Pública. Hospital General 1905, México, 31p.*



Uno de los Quirófanos



Sala de Hidroterapia. Folleto que publicó la Secretaría de Gobernación con motivo de la inauguración del Hospital General en 1905. Fuente: *Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación. Dirección de Beneficencia Pública. Hospital General 1905, México, 31p., Archivo Histórico de la Secretaría de Salud.*

Hospicio para Niños Pobres. Su construcción empezó el 1 de septiembre de 1900. El proyecto estuvo a cargo del Ing. Roberto Gayol, y del Ing. Mateo Plowes. Fue inaugurado el 17 de septiembre de 1905.¹⁸ Asistieron a la ceremonia, el Gral. Porfirio Díaz, los señores secretarios de estado, el General Manuel González Cosío, el Vicepresidente de la república, Ramón Corral y otros funcionarios de su despacho, así como diversos invitados más. El Ing. Mateo Plowes dio un informe, y el Lic. Jesús Urueta, un discurso. A un costado de la calzada de Tlalpan, se construyeron otras instalaciones para trasladar a los niños que estaban en el antiguo Hospicio para Pobres, de la calle Calvario.¹⁹



Panorámica del Hospicio de Niños



Vestíbulo y entrada principal del Hospicio de Niños

18 Localizado en la calle Toribio Medina, en la Colonia Algarín. Fue demolido en 1968, durante el sexenio de Díaz Ordaz y en su lugar se construyeron los cuarteles de Guardias Presidenciales.

19 Hoy Av. Juárez. Abarcaba desde lo que actualmente son la Calle de Balderas hasta la de Revillagigedo y de la Av. Juárez, hasta la de Artículo 123.



Salón de actos políticos del Hospicio de Niños



Dormitorios del Hospicio de Niños



Escuela de niños del Hospicio de Niños



Escuela de niñas del Hospicio de Niños



Salones del Hospicio de Niños. Fuente: AHSS. Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Establecimientos Asistenciales, Serie: Hospicio de niños, Legajo: 31, Expediente: 27. Álbum con 27 fotografías de Guillermo Kahlo.

Manicomio General "La Castañeda". Además del interés de Porfirio Díaz para edificar el Hospital General -surgido desde el año de 1878-, se pensó en la edificación de un Manicomio General. El primer proyecto data de 1881. La comisión estaba integrada por los Doctores, Eduardo Liceaga, Miguel Alvarado y José Govantes. Su finalidad era plantear todo lo necesario para el Manicomio, es decir, su organización, administración y las características del terreno para la edificación.²⁰ El proyecto no se realizó. Posteriormente, en 1884 el Oficial Mayor, el Señor M. Fernández (por parte de la Secretaría de Fomento, Colonización, Industria y Comercio), pidió al Doctor Román Ramírez un proyecto de vanguardia para la atención de los enfermos mentales. Esta propuesta abordaba varios criterios médicos para el tratamiento de los enfermos mentales, además de una propuesta de organización espacial.²¹ Tampoco se realizó.

Años después, en 1896, se nombró otra junta dependiente de la Secretaría de Gobernación formada por el Visitador de la Beneficencia Pública, el Doctor Vicente J. Morales y como secretario, el Doctor Manuel Alfaro. Los responsables del proyecto fueron el Ingeniero Luis León de la Barra y los Médicos Samuel Morales Pereyra, Ignacio Vado y Antonio Romero.²² Dicho proyecto fue presentado en el Congreso Médico Panamericano que se celebró en la Ciudad de México.²³ Al igual que las propuestas anteriores, el proyecto se detuvo por falta de fondos del Gobierno Federal. La prioridad para la construcción del Hospital General lo impidió. Sin embargo, para esta fecha, la Beneficencia Pública ya había decidido que el Manicomio General se construyera en terrenos de la Hacienda de la Castañeda (de ahí su nombre), los cuales se habían adquirido desde el 2 de diciembre de 1893, por medio de un juicio hipotecario promovido por el señor, Manuel Carrera Lardizábal.²⁴

Años más tarde, el 9 de julio de 1901, el Ingeniero Luis de León de la Barra se dirigió al Secretario de Gobernación confirmándole su disposición de realizar todos los trabajos preliminares para

20 La Comisión entregó dos documentos, el primero con las bases generales y propuestas de administración y organización y, el segundo, con las características idóneas del terreno destinado para dicha edificación, así como un análisis de los terrenos disponibles para ese momento. Fuente: M. Alvarado, E. Liceaga y J. Govante, *Memoria Dirigida al Secretario de Salud*, Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Hospitales, Manicomio General, legajo: 1, exp. 2, 1-18.

21 Ver, Ramírez, Román, *El Manicomio. Informe escrito por la Comisión del Ministro de Fomento*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884, Calle San Andrés no. 15, pp.1-110.

22 Ver, *Proyecto del manicomio para ambos sexos en el Distrito Federal. II Congreso Médico Panamericano*. México. pp. 634-635. Archivo Histórico de la Secretaría de Salud.

23 Ver, P. Morales, y A. Romero, *Exposición y proyecto para construir un manicomio en el Distrito Federal. II Congreso Panamericano*, México, 1898. pp. 887-898, Archivo Histórico de la Secretaría de Salud.

24 Los límites de esta hacienda eran los siguientes: al norte la Loma del Olivar y el pueblo de Nonoalco; al sur, la Hacienda de Guadalupe y los Ranchos de Tarango y San José; al oriente, el Rancho San José y el pueblo de Mixcoac y al poniente el Rancho de Santa Lucía. Los terrenos altos comprendían el Rancho Becerra con los siguientes límites: al norte el camino México-Toluca; al oriente, Santa Fe; al poniente, los caminos de Tacubaya, Nonoalco y Mixcoac y al sur, Barranca del muerto. Ver, O. Ramos de Viesca Tirado, "El Manicomio General de México. La anécdota de un terreno", en *Psiquiatría*, 2a Época, 1993, 9 (3), pp. 212-218.

desarrollar y completar el proyecto del manicomio.²⁵ Fue así como se inició el plan de construcción: un levantamiento topográfico, la nivelación de pendientes, el estudio para la implementación adecuada del sistema de repartición de agua, la organización espacial, el cálculo del costo aproximado y el método que se adoptaría para la construcción.²⁶ Posteriormente, en diciembre de 1906, se formó otra comisión para revisar el proyecto, la cual estaba integrada por el Dr. Juan Peón del Valle, el Lic. Miguel Macedo y el Ing. Antonio Robles Gil. La comisión elaboró una serie de recomendaciones, que "en su mayoría, se refieren a detalles de poca importancia, fácilmente modificables",²⁷ que no impidieron, en absoluto, continuar con los planes de construcción. La aprobación y revisión final del proyecto se dio en 1908. Se otorgó al Ing. Porfirio Díaz –hijo- la función de contratista, y al Ing. Ignacio León de la Barra, se le asignó la función de inspector de las obras de construcción.²⁸ A partir de esta fecha comenzó la construcción. Finalmente, dos meses antes de que estallara la Revolución Mexicana, el 1 de septiembre de 1910, fue inaugurado el Manicomio General "La Castañeda" por el General Porfirio Díaz, acompañado por su esposa, el Dr. Eduardo Liceaga y otros invitados. Al día siguiente se trasladaron a la nueva institución los pacientes que se encontraban en el Hospital de San Hipólito²⁹ y los del Divino Salvador.³⁰

25 Fuente: Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Hospitales, Establecimientos Hospitalarios, Manicomio General. Legajo: 1, Expediente: 5, 1-6. Archivo Histórico de la Secretaría de Salud.

26 Fuente: Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Hospitales, Establecimientos Hospitalarios, Manicomio General. Legajo: 1, Expediente: 5, 1-6. / Legajo: 1, Expediente: 4, 2-3. / Legajo: 1, Expediente: 6, 1. Archivo Histórico de la Secretaría de Salud.

27 Fuente: Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Hospitales, Establecimientos Hospitalarios, Manicomio General. Legajo: 1, Expediente: 10, 1-22, Archivo Histórico de la Secretaría de Salud.

28 Fuente: Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Hospitales, Establecimientos Hospitalarios, Manicomio General, Legajo: 49, Expediente: 2, 1-9, Archivo Histórico de la Secretaría de Salud.

29 Ubicado en Av. De los Hombres Ilustres, actualmente calle Hidalgo #108, CHCM.

30 En Donceles #39 y #43, Centro Histórico de la Ciudad de México.



Inauguración del Manicomio General "La Castañeda" el 1 de septiembre de 1910.

Fuente: Fototeca INAH, Fondo Culhuacán, inventario 353123.



Inauguración del Manicomio General "La Castañeda" el 1 de septiembre de 1910.

Fuente: Archivo Histórico de la Secretaría de Salud.



Corredores que separaban los pabellones del Manicomio General "La Castañeda"
Fuente: Fototeca INAH, Fondo Casasola, inventario 143754.



Inauguración del Manicomio General "La Castañeda" el 1 de septiembre de 1910.
Fuente: Archivo Histórico de la Secretaría de Salud.



Barda que rodeaba al Manicomio General "La Castañeda"
Fuente: Fototeca INAH, Fondo Casasola, inventario 4125.

El diseño de estos nuevos espacios de la Beneficencia Pública ya contemplaba el problema de la higiene, la salud mental y la pobreza como fenómenos de importancia en el ámbito urbano. Por consiguiente, dichos factores naturales y sociales, en interacción con el medio urbano, se convirtieron en elementos fundamentales en la formulación de las instituciones de salud. Asimismo, estos tres magnos edificios representaron el compendio del discurso porfiriano: "progreso y orden", que se reflejó también en su arquitectura, pues se diseñaron bajo los esquemas de los avances científicos de la medicina de la época. El nuevo paradigma arquitectónico en el ámbito de la salud pública, así como las nuevas estrategias y técnicas de higiene, se tradujeron en el diseño de estos nuevos espacios.

La revolución, las epidemias y la Beneficencia Pública

La fase armada de la Revolución Mexicana (1910-1920) marcó la destrucción del régimen porfiriano. La segunda década del siglo XX estuvo marcada por significativos cambios políticos, sociales, económicos y culturales, que respondieron a la enunciación y defensa de amplias demandas políticas, sociales y agrarias. El constante movimiento de tropas y civiles, violencia, insalubridad, epidemias, hambre y carestía, evidenciaron sus efectos en gran parte del país y en el espacio urbano de la ciudad de México. Uno de ellos fueron las tres epidemias que atacaron a los habitantes de la ciudad de México: la epidemia de viruela, 1915-1916, (Sanfilippo, 2010), la epidemia de tifo 1915-1917 (Malvido: 1992)?? y la epidemia de la influenza española 1918-1919 (Ibarra: 1996). Estas epidemias tuvieron un papel de suma importancia en el ámbito urbano debido a que, además de la inestabilidad política del país, presentó un gran problema de salud pública, relacionado con el hambre, la carestía y las condiciones de insalubridad.

Como hemos dicho, la primera epidemia de viruela del siglo XX se presentó de 1915-1916. Aunque desde 1804 el Dr. Francisco Xavier Balmis trajo la vacuna antivariolosa, no se pudieron controlar los brotes epidémicos debido a la irregularidad con que se vacunó a la población. El movimiento de tropas de la Revolución impidió el control de la epidemia, lo que ocasionó la aparición de múltiples brotes en todo el país. En 1917, el Dr. Eduardo Liceaga ordenó que se generalizara su uso y se mandó elaborar las vacunas al Instituto Bacteriológico Nacional (Sanfilippo: 2010).

La primera epidemia del tifo del siglo XX se gestó en 1902, y duró más de dos años. Se le conoce también como "tabardillo" o "*matlazáhuatl*".³¹ Cobró aproximadamente 10,000 vidas y se desconoce el número de casos en todo el país (Sanfilippo: 1987). Se desconocían sus causas, por lo que:

“en 1906 el presidente Díaz, a través de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública ofreció un premio de veinte mil pesos a quien o quienes descubrieran el germen del tifo, otro de veinte mil pesos para quien descubriera la forma de inmunización o transmisión y algunos premios más de diez mil pesos a distribuir entre quienes presentaran trabajos que ayudaran a combatirlo”.³²

31 Así nombraron esta enfermedad los indígenas. Es una palabra compuesta del idioma náhuatl que significa: "red de granos" ("*matlatl*" red y "*zahuatl*" pústula o grano). Otros nombres que se han utilizado son: tabardete, fiebre pestilencial, calentura epidémica manchada, fiebre pútrida, fiebre petequial y *typhus exanthematicus*. Ver, Nicolás León, "¿Qué era el *matlazáhuatl* y qué el *cocoliztli* en los tiempo precolombinos y en la época hispánica?", en *Memorias y Actas del Congreso Nacional de Tabardillo*, México, Imprenta Franco-mexicana, 1919, p.51.

32 Natalia Priego, "El piojo ¿inocente o culpable? Una controversia científica en el porfiriato", en *Revista Horizontes*, Bragança Paulista, v. 22, n. 2, p. 233-240, jul./dic. 2004. p. 234.

El tifo se propagó a Monterrey pero no se contabilizó el número de casos ni de muertes; también se registraron casos en Tabasco. (Fujigaki, 1982, II: 703).

Posteriormente, el movimiento armado de la Revolución afectó el trabajo científico en la investigación de esta enfermedad (Priego: 2004). El "año del hambre" (Moreno Toscano: 1978), -fines de 1915-, fue una de las peores épocas para la población civil del país. Era una de las consecuencias de tres tipos de problemas. Los políticos: las fuerzas constitucionalistas como convencionistas se disputaban la ciudad para decidir la revolución. Los problemas económicos: escasez de alimentos por la imposibilidad material de transportar los alimentos a la ciudad, carestía y desorden monetario; y los problemas sociales: miseria y el hambre que provocaron saqueos, asaltos, huelgas y manifestaciones. Todo esto provocó que la Ciudad de México quedara sin gobierno por la carencia de un control político, militar y administrativo sin que se pudiera resolver el problema de abasto a la población. (Rodríguez Kuri: 1996).

El tifo no sólo afectó a la población de la ciudad de México, también se presentaron 400 casos de "soldados atabardillos" en 1915, los cuales fueron atendidos en el Lazareto de San Joaquín en Tacuba (Sanfilippo: 2010). A pesar de los conflictos internos entre los médicos y los conflictos del movimiento armado, se pudo corroborar que la bacteria intracelular *Rickettsia* se transmitió de la rata al cuerpo humano por medio del piojo llamado *pediculus vestimenti* (piojo del cuerpo o piojo blanco). Esto permitió que se iniciaran las campañas para la erradicación de esta enfermedad. El Dr. Alfonso Pruneda encabezó esta empresa. Tiempo después, en 1919 se estableció la Comisión Central para el estudio del tabardillo en el Hospital General, con los médicos más prestigiados de la época (Tenorio: 2010).

La epidemia de influenza, conocida también como "gripe española", "influenza española" o "dama española" apareció en la Ciudad de México entre 1918 y 1919.³³ El flagelo se extendió por Estados Unidos y en menos de un mes la mortalidad había aumentado de manera notable. No ha quedado claro cómo es que la influenza o gripe española llegó a México. Oakes Jordan señala que se propagó desde Estados Unidos en junio de 1918.³⁴ Otra versión explica que la propagación de esta enfermedad, en 1918, se debió a los barcos de la compañía Trasatlántica Española que llegaron a los puertos de Tampico y Veracruz, por tal motivo se le llamó "influenza española". (Fujigaki: 1982).

33 A pesar de que su nombre la evoca como de origen español o europeo, en realidad su origen fue en Funstone, Kansas, Estados Unidos, en un campamento del ejército el 4 de marzo de 1918 al finalizar la primera guerra mundial. Fuente: W. T. Vauhan, "Influenza and epidemiological Study", en *The American Journal of Hygiene, demographic series*, no. 1, 1921, pp. 156-127. p. 71.

34 E. O. Jordan, *Epidemic Influenza, a Survey*, Chicago, 1927, pp. 197-198.

Esta epidemia tuvo gran impacto en el entorno urbano de la ciudad de México, debido a que a las pocas horas de contraer la gripe, las personas morían. El doctor Lorenzo Sepúlveda, director general de la Beneficencia, decretó tres medidas sanitarias para contrarrestar dicha epidemia. La primera fue poner en cuarentena los lugares invadidos por la epidemia; la segunda, fue el establecimiento de cordones sanitarios en el país para aislar las zonas infectadas; y la tercera fue evitar el desplazamiento de trenes y personas entre poblaciones. También se dispuso cerrar todos los centros de reunión como cines, teatros, clubes, escuelas, cantinas, pulquerías y templos. En los cuarteles militares se aislaron a los enfermos en lugares especiales y se prohibió la circulación de personas en las calles, entre las 11 de la noche y las 4 de la mañana, con la finalidad de barrerlas. Finalmente, se exigió a los dueños de hoteles, directores de colegios y jefes de familia que informaran a las autoridades sanitarias de cualquier enfermo de calentura o catarro, y se prohibió que salieran a la calle. La advertencia de la violación a estas disposiciones sería castigada con una multa de cinco a quinientos pesos, o arresto.

Pese a todas estas medidas sanitarias, hubo dos factores que influyeron en la propagación de la influenza: El primero fue que Carranza no respetó el mandato del doctor Sepúlveda, ya que no suspendió la circulación ferroviaria entre Nuevo Laredo y la ciudad de México ni entre otros lugares, además, no aplicó restricción alguna a los trenes de carga. El segundo factor fue que el Gobierno Federal consideró que paralizar la circulación de los ferrocarriles en todo el país provocaría el colapso de la economía. (Ramírez: 2010). Por consiguiente, las medidas sanitarias se volvieron ineficaces ante la epidemia de la influenza.

Estas tres epidemias se complicaron más por los factores arriba mencionados relacionados con la Revolución y se convirtieron en un problema de salud pública. Su resolución recayó en gran medida en las tres instituciones de Beneficencia Pública. Sin embargo, estas tres instituciones no pudieron ofrecer un servicio óptimo debido a la magnitud del problema: las camas no fueron suficientes ni el abastecimiento de medicinas y vacunas. Lo anterior, aunado a que los fondos de la Beneficencia Pública se desviaron a gastos militares, propició que Carlos B. Zetina, el ex-presidente del Ayuntamiento y para entonces senador de la República, convocara a miembros acaudalados de la banca, el comercio y la industria para fundar así la "Junta Privada de Beneficencia", la cual reunió recursos para construir lazaretos, comprar medicinas y donarlas a los pobres, establecer comedores públicos y también campañas de limpieza de calles y hogares.

En este contexto, es importante señalar, que tanto el Hospital General como el Manicomio General fungieron también como espacios para la enseñanza de la medicina. El primero se relacionó con la Escuela de Medicina, el Instituto Médico Nacional, el Instituto Patológico y el Instituto Bacteriológico Nacional, y el segundo, como la institución que dio origen a la profesionalización de la psiquiatría en México, junto con el Manicomio General de Veracruz. Asimismo, el Hospicio de niños no sólo ofreció asistencia, también implementó la enseñanza a los infantes que ahí permanecían, pues se llevó a cabo la creación de una escuela para niños y otra para niñas.

Conclusiones

En estas líneas se ha tratado de mostrar, que el tema de la salud pública traspasa las fronteras de la medicina y se inserta en la ciudad y en la política, a través de los espacios para las instituciones de salud. Desde que Porfirio Díaz llegó al poder, impulsó en México el desarrollo de la actividad científica moderna, con el propósito de introducir al país en el grupo de los modernos países europeos. (Garner: 2001) Díaz creó el Instituto Médico Nacional en 1888 -inicialmente museo- y después Instituto Patológico en 1896, así como el Instituto Bacteriológico Nacional en 1905. Desde esta perspectiva, y como ya se ha expuesto en este texto, reorganizó la Beneficencia desde 1877, como uno de sus primeros actos de administración. Años después dictaría en 1891, el Primer Código Sanitario, además de impulsar la creación de tres instituciones de vanguardia que responderían a los paradigmas de la modernidad y de los avances científicos de la época: el Hospital General y el Hospicio de niños, ambos inaugurados en 1905; y el Manicomio General "La Castañeda", en 1910. Instituciones que se diseñaron bajo los esquemas de los avances científicos de la medicina de la época, y que se tradujo en el diseño de nuevos espacios, así como en un nuevo paradigma de arquitectura en el ámbito de la salud pública, y en nuevas estrategias y técnicas de higiene.

Tras el estallido de la Revolución el 20 de noviembre de 1910, el entorno urbano de la ciudad de México y de todo el país se vio transformado por el movimiento de tropas. Este acontecimiento trajo consigo problemas como la carestía, la falta de abasto, y por consiguiente, el hambre, la insalubridad y tres epidemias. La epidemia de viruela (1915-1916), la epidemia del tifo (1915-1917) y la epidemia de la influenza española (1918-1919). Su severidad, se explica precisamente por el desorden y las débiles condiciones físicas de la población mexicana asolada por años de continua violencia por la guerra civil. De este periodo revolucionario destaca el año de 1915, también conocido como el "año del hambre", que aunado a la falta de abasto de los alimentos provocó la epidemia del tifo.

Dos factores importantes agravaron la situación. Uno: los fondos de la Beneficencia Pública se desviaron a gastos militares para apoyar la lucha armada, situación que dificultó el poder adquisitivo para comprar medicinas y atender de manera óptima a los enfermos. El segundo fue el estancamiento de los avances de la ciencia para combatir las tres epidemias en la etapa revolucionaria. Durante la epidemia de viruela, no se pudieron controlar los brotes epidémicos, aún cuando desde 1904 el Dr. Francisco Xavier Balmis había traído la vacuna anti variolosa. La aparición de múltiples brotes de viruela en la Cd. México y en todo el país se debió a que la población fue vacunada de manera irregular, y a que durante la Revolución se perdió control de esta epidemia por el movimiento de las tropas. El desconocimiento de las causas de las epidemias de tifo y de la influenza española imposibilitó al Consejo Superior de Salubridad eliminar a corto plazo, dichas enfermedades.

Si bien, las tres instituciones de salud pública que Díaz instauró al final de su régimen, no pudieron solventar de manera óptima los problemas de salud pública durante la revolución, sí reflejaron la transformación de las antiguas estrategias de sanidad de la colonia hacia dos nuevos paradigmas. En el primero, el Estado será quien definiría la nueva manera de legislar los asilos y hospitales en lugar de la Iglesia, y el segundo, los avances científicos de la medicina y su traducción en los espacios arquitectónicos y urbanos. Debido a que el Dr. Eduardo Liceaga tuvo por varios años cargos políticos pudo manejar, desde la esfera del Estado, aspectos de salud pública en materia normativa y política. Los resultados fueron el Primer Código Sanitario de 1891 y las tres instituciones de Beneficencia Pública. Su aspiración de construir una unidad normativa y ejecutiva nacional en higiene pública, que reglamentara todos los aspectos particulares relativos a este ámbito, ya prevalecía años antes de la revolución. Su propuesta expresaba que,

"...Los organismos sanitarios existentes en todas las regiones del país funcionaran como ruedas aisladas de la maquinaria administrativa en todo lo que se refería a la higiene de un municipio, un distrito, un estado, pero que se relacionaran y engranaran entre sí, y se subordinaran al centro, en los casos que atañían al interés de toda la Nación".³⁵

Sin embargo, esto se logró al término de la Revolución y comenzó con el Art. 123 de la constitución política de 1917, el cual decretó el establecimiento de las Leyes de la Seguridad Social de la República Mexicana, conformándose así, las garantías de protección de la salud y vida de los mexicanos.

35 E. Liceaga, *Algunas consideraciones a cerca de la higiene social en México*, México, Vda. De F. Díaz de León, 1911.

Bibliografía

Claudia Agostoni, "Estrategias, actores, promesas y temores en las campañas de vacunación antivariolosa en *México: del Porfiriato a la Posrevolución (1880-1940)*, en *Ciencia & Saúde Coletiva*, Rio de Janeiro, Brasil, v. 16, n. 2, enero 2011.

José Álvarez, et al., *Historia de la salubridad en México*, México, Secretaría de Salubridad y Asistencia, 1960.

A. Fujigaki Lechuga, y A. González Galván. "Epidemias de México durante el siglo XIX", en Enrique Florescano y Elsa Malvido (comps.), *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México, Tomo II*, México, IMSS, 1982.

E.O. Jordan, *Epidemic Influenza, a Survey*, Chicago, 1927.

Nicolás León, "¿Qué era el matlazáhuatl y qué el cocoliztli en los tiempo precolombinos y en la época hispánica?", en *Memorias y Actas del Congreso Nacional de Tabardillo*, México, Imprenta Franco-mexicana, p. 51, 1919.

Eduardo Liceaga, *Proyecto de Hospital General de la Ciudad de México. Aplicaciones, Modificaciones y perfeccionamientos que se han introducido en el Proyecto Primitivo. Documentos coleccionados por el Dr. Eduardo Liceaga. Director médico de la construcción*, México, Imprenta de Eduardo Dublán, callejón del cincuenta y siete, México, no. 7, 1900.

—, *Algunas consideraciones acerca de la higiene social en México*, México, Vda. de F. Díaz de León, 1911.

Francisco Méndez, *Historia Gráfica de la Medicina Mexicana de Siglo XX*, México, Méndez Editores, 2006.

Elena Mendoza Castañeda, *La asistencia hospitalaria en la Ciudad de México, 1845-1896*, *Tesis de Maestría*, México: UAM-Iztapalapa, 2000.

Samuel Morales y Antonio Romero, "Exposición y proyecto para construir un manicomio en el Distrito Federal", en *Memorias del Segundo Congreso Panamericano de Medicina, verificado en México, 16-19 de noviembre de 1896*, México, Hoeack y Compañía Impresores y Editores, pp. 888-896, 1898.

Josefina Muriel, *Hospitales de Nueva España. Fundaciones del siglo XVI*, México, Jus. Vols. I y II, 1956.

Román Ramírez, *El Manicomio. Informe escrito por la Comisión del Ministro de Fomento*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, Calle San Andrés No. 15, 1884.

Ariel Rodríguez Kuri, "El año cero: El Ayuntamiento de México y las fracciones revolucionarias (agosto de 1914 - agosto de 1915)", en Carlos Illades y Ariel Rodríguez Kuri (comps.), *Ciudad de México. Instituciones, actores sociales y conflicto político (1774-1931)*, México, El Colegio de Michoacán, Universidad Autónoma Metropolitana, 1996.

—, *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana, 1996.

—, “Desabasto, hambre y respuesta política, 1915”, en Carlos Illades y Ariel Rodríguez Kuri (comps.), *Instituciones y ciudad. Ocho estudios históricos sobre la ciudad de México*, México, ¡Uníos! pp. 133-164, 2000.

Cristina Sacristán, *La contribución de La Castañeda a la profesionalización de la psiquiatría mexicana, 1910-1968*, en *Salud Mental*, México, vol. 33, no. 6, noviembre-diciembre de 2010, pp. 473-480, 2010.

José Sanfilippo, “De las enfermedades y otras cosas en tiempos de la Revolución Mexicana”, en *Las epidemias y su transmisión 1810, 1910*, México, Secretaría de Salud, pp. 68-115, 2010.

Berta Ulloa, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 2000.

W. T., Vauhan, “Influenza and epidemiological Study”, en *The American Journal of Hygiene, demographic series, no. 1*, pp. 127-156, 1921.

“La materialización de un sueño”, en Carlos Viesca, y Marta Díaz de Kuri, *Historia del Hospital General de México*, México, Hospital General de México, Secretaría de Salud, 1994.

Hemerografía

Boletín Informativo de la Dirección General del Archivo Histórico y Memoria Legislativa, Año IV, no. 31, Mayo-Junio 2004, p. 3.

Código Sanitario de los Estados Unidos Mexicanos, Diario Oficial del Supremo Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos 29, 30 y 31 de diciembre de 1902.

“La influenza española en México”, en *Revista de Revistas*, 27 de octubre de 1918, Fuente: Hemeroteca Nacional, UNAM

Periódico *El Mexicano*, 12 de agosto de 1915. Hemeroteca del Archivo General de la Nación



RUTA DE LA AMISTAD. ESPACIOS PERDIDOS, MÉXICO 68

Guillermo Díaz Arellano
Universidad Autónoma Metropolitana • Azc.



Introducción

En la Olimpiada de 1968 en la ciudad de México se edificaron diversas obras para este evento. En este artículo se conocerán, analizarán y estudiarán varias de ellas.

Considero que lo escrito por Octavio Paz en su obra *Postdata*¹, puede darnos alguna claridad, o al menos un marco social y político de la situación del México 68. En la contraportada de la edición de *Postdata* se concluye que esta obra no podía ser indiferente a las dramáticas consecuencias de 1968 en la historia mexicana; así, en el año 1969 se imprimió *Postdata*, célebre secuencia del *Laberinto de la Soledad*. Ese libro fue un gesto de responsabilidad y un llamado de alerta. Paz volvió sin vacilaciones a las heridas mexicanas y afirmó su creencia en esa profunda reforma democrática, cuya actualidad habrá de reconocer en *este libro*, uno de sus antecedentes intelectuales más firmes. En ella cita en la sección titulada, Olimpiada y Tlatelolco que:

“1968 fue un año axial: protestas, tumultos y motines en Praga, Chicago, París, Tokio, Belgrado, Roma, México, Santiago (...) la rebelión juvenil anuló las clasificaciones ideológicas. A esta espontánea universalidad de la protesta correspondió una reacción no menos espontánea y

¹ Octavio Paz, *Postdata*, México, Siglo XXI, 1970.

universal: invariablemente los gobiernos atribuyeron los desórdenes a una conspiración del exterior... los jóvenes descubren que la sociedad moderna fragmenta y separa a los hombres: el sistema no puede, por razón de su naturaleza misma, crear una verdadera comunidad. La condición de la crítica porque, sin la distancia que establece la Universidad entre los jóvenes y la sociedad exterior, no habría posibilidad de crítica y los estudiantes ingresarían inmediatamente en el circuito mecánico de la producción y el consumo. Contradicción insalvable: si la Universidad desapareciese, desaparecería la posibilidad de la crítica; al mismo tiempo, su existencia es una prueba -y más: una garantía- de la permanencia del objeto de la crítica, es decir, de aquello cuya desaparición se desea. La rebelión juvenil oscila entre estos dos extremos: su crítica es real, su acción es irreal. Su crítica da en el blanco pero su acción no puede cambiar a la sociedad e incluso, en algunos casos, lejos de atraer o de inspirar a otras clases, provoca regresiones como la de las elecciones francesas en 1968 (...) Si las explosiones son parte del sistema, también lo son las represiones y el letargo, voluntario o forzado que la sucede, no algo que venga de fuera. Es una enfermedad que ha resistido a todos los diagnósticos, lo mismo a los de aquellos que se reclaman de Marx que a los de aquellos que se dicen heredero de Tocqueville.

Extraño padecimiento que nos condena a desarrollarnos y a prosperar sin cesar para así multiplicar nuestras contradicciones, enconar nuestras llagas y exacerbar nuestra inclinación a la destrucción. La filosofía del progreso muestra al fin su verdadero rostro: un rostro en blanco, sin facciones. Ahora sabemos que el reino del progreso no es de este mundo: el paraíso que nos promete está en el futuro, un futuro intocable, inalcanzable, perpetuo. El progreso ha poblado la historia de las maravillas y los monstruos de la técnica, pero ha deshabitado la vida de los hombres. Nos ha dado más cosas, no más ser. El sentido profundo de la protesta juvenil -sin ignorar ni sus razones ni sus objetivos inmediatos ni circunstanciales- consiste en haber opuesto al fantasma implacable del futuro la realidad espontánea de la hora... En efecto, las estadísticas son impresionantes, sobre todo si se tiene en cuenta el estado en que se encontraba la nación en 1910 y las destrucciones materiales y humanas que sufrió durante cerca de veinte años de guerras civiles. Como una suerte de reconocimiento nacional a su transformación en un país moderno o semi moderno, México solicitó y obtuvo que su capital fuese la sede de los juegos olímpicos en 1968. Los organizadores no sólo salieron airoso de la prueba sino que inclusive añadieron al programa deportivo una nota original, una olimpiada cultural, tendiente a subrayar el carácter pacífico y no competitivo de la olimpiada mexicana: exposiciones de arte universal, conciertos y representaciones de teatro y danza por compañías de todos los países, un encuentro internacional de poetas, escultores y otros actos de la misma índole. Pero dentro del contexto de la rebelión juvenil y de la represión que la siguió, estas celebraciones parecieron gestos espectaculares con los que se quería ocultar la realidad de un país conmovido y aterrado por la violencia gubernamental (...) Una popular revista norteamericana, horrorizada pero púdica, dijo que lo de México era un caso típico de overreaction, un síntoma de "la esclerosis del régimen mexicano".

Curioso understatement (...) Una reacción exagerada o excesiva delata, en cualquier organismo vivo, miedo e inseguridad; y la esclerosis no sólo es signo de vejez sino de incapacidad para cambiar. El régimen mostró que no podía ni quería hacer un examen de conciencia; ahora bien, sin crítica y, sobre todo, sin autocrítica, no hay posibilidad de cambio. Esta debilidad mental y moral lo condujo a la violencia física (...). Pero antes de tocar este tema -central y secreto de nuestra historia- debo escribir, en sus grandes líneas, el desarrollo del México moderno, ese desarrollo paradójico en el que la simultaneidad de los elementos contradictorios se condensa en estos dos nombres: Olimpiada y Tlatelolco”².

En 1963 -durante el sexenio del licenciado Adolfo López Mateos-, la ciudad de México solicitó al Comité Olímpico Internacional reunido en Baden, Alemania, se le otorgara la sede de los juegos de la XIX olimpiada que habrían de celebrarse en 1968. Dicha petición fue aprobada por la mayoría de los integrantes del comité. Adquirido el honor, así como la responsabilidad de este magno evento, por acuerdo presidencial y de conformidad con los reglamentos olímpicos, quedó integrado el Comité organizador de dichos juegos, el cual atendió eficazmente los problemas de alojamiento, transporte, prensa, publicidad y difusión; además de los derivados del programa técnico deportivo. Asimismo, el señor presidente de la república, licenciado Adolfo López Mateos, encomendó a la Secretaría de Obras Públicas, el proyecto y construcción de la mayor parte de las instalaciones necesarias y la adaptación de las que fueran aprovechables para la celebración de los juegos.

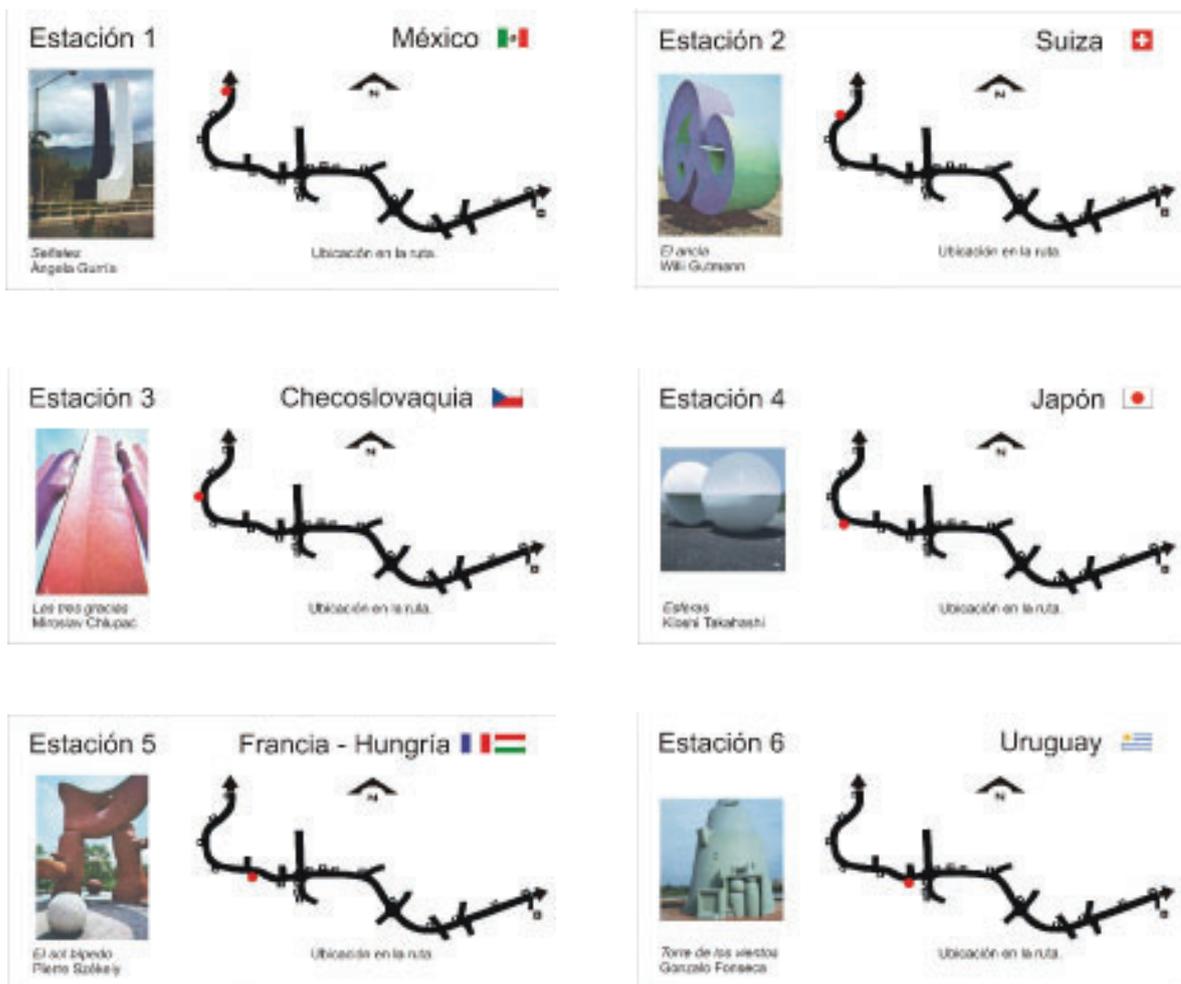
Los estudios previos se iniciaron en 1965. La investigación de las necesidades técnico-deportivas de las instalaciones olímpicas comenzó; se recurrió a las autorizadas opiniones del Comité Olímpico Internacional, al Comité Organizador de los Juegos de la XIX Olimpiada, a las Federaciones Nacionales de cada deporte, y a las Federaciones Internacionales.

Las obras fueron iniciadas a partir de octubre de 1965 y terminadas a fines de agosto de 1968. En lo que se refiere a las actividades de difusión cultural, se desarrolló, como resultado de la Reunión Internacional de Escultores, el proyecto *Ruta de la Amistad*, proyecto muy destacado. Para 1968 es el corredor escultórico más grande del mundo, con 17 kilómetros de longitud. En él se encuentran dispuestas 19 obras construidas en concreto, realizadas por artistas de los cinco continentes (Figura 1), con alturas que van desde los 7 hasta los 22 metros (Figura 2).

² Octavio Paz, *Postdata*. FCE, México, 2004, pp. 241-253.



Figura 1. Ubicación de las esculturas en “La Ruta de la Amistad”



Estación 7

Italia 🇮🇹



Sin Título
Constantino Nivola



Ubicación en la ruta.

Estación 8

Bélgica 🇧🇪



Sin Título
Jacques Mooschal



Ubicación en la ruta.

Estación 9

Estados Unidos 🇺🇸



Sin Título
Todd Williams



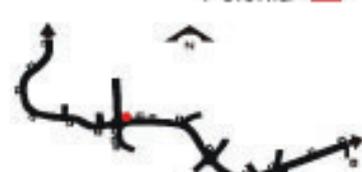
Ubicación en la ruta.

Estación 10

Polonia 🇵🇱



Rejz seler
Grzegorz Kowalek



Ubicación en la ruta.

Estación 11

España 🇪🇸



Añelo
José Ma. Subirachs



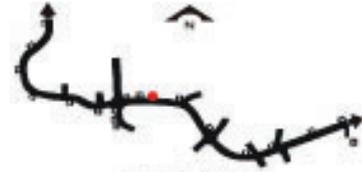
Ubicación en la ruta.

Estación 12

Australia 🇦🇺



Sin título
Clemens Meedrone



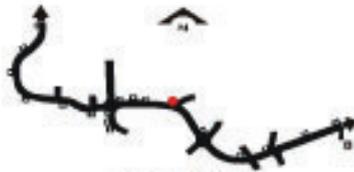
Ubicación en la ruta.

Estación 13

Australia - E. U. 🇦🇺 🇺🇸



Muro articulado
Herbert Bayer



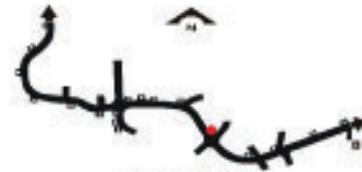
Ubicación en la ruta.

Estación 14

Holanda 🇳🇱



Terrale de gipsales
Joop J. Baljon



Ubicación en la ruta.

Estación 16

Francia 🇫🇷



Sin título
Olivier Seguin



Ubicación en la ruta.

Estación 15

Israel 🇮🇱



Puerta de la paz
Itzhak Danziger



Ubicación en la ruta.



Figura 2. Conjunto de las esculturas de la Ruta de la Amistad.

Citando a Mathias Goeritz, en su artículo,³ sobre la Reunión Internacional de Escultores de la Ciudad de México:

“La idea que dio vida a *La Ruta de la Amistad* no es nueva. Hacer carreteras o calles de tipo monumental es tan viejo como el arte griego. En Berlín hay una avenida de la Victoria donde reyes y emperadores esculpidos en mármol cercan los flancos. Aquí, en el paseo de la Reforma pasa un poco lo mismo con los monumentos dedicados a los héroes más representativos de cada entidad federativa. Pero en todos estos casos, la idea se desarrollaba pensando en la gente que iba a pie de un lado a otro. Berlín, París, México son ciudades originalmente trazadas para la gente de pie.

Pero ahora en el siglo XX ya nadie puede detenerse un minuto para ver a quién está dedicado un monumento. La gente se mueve a 70 kilómetros por hora en los viaductos, en las supercarreteras. Por eso, cuando se me invitó para organizar alguna representación artístico-escultórica, como se hizo con otras artes que integraron la olimpiada cultural, pensé en este problema del hombre del siglo XX.

Había que hacer un arte funcional, de acuerdo con las exigencias de la vida moderna y, sobre todo, con los materiales de uso común, como es el concreto, con el que nos topamos a cada instante y está presente en todos los actos cotidianos de nuestra existencia. Yo soy un gran aficionado al concreto y más, desde que proyecté las Torres de Satélite que son ya un símbolo del desarrollo urbano de la metrópoli. Siempre he insistido en el concreto por que le veo grandes posibilidades escultóricas. Al aceptar la invitación convencí en primer término al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez de que, cualquier cosa que se hiciera, se partiera de la base del concreto. A muchos escultores no les gustó la idea, otros no la entendieron, pero al final se logró un resultado estupendo, no sólo en los efectos logrados físicamente en la *Ruta de la Amistad*, sino también en la reunión de las más diversas procedencias y de todos los continentes y razas.

Hubo también una serie de consideraciones a parte de las estéticas y urbanas, para definir la idea general. Se trataba de un evento internacional y para una olimpiada. Consecuentemente el tema unificador tenía que ser la hermandad, la amistad, donde quedarán representadas todas las tendencias religiosas, políticas, racionales e ideológicas, con la fuerza propia que cada escultor quisiera darle”⁴

En el concepto original, las obras llenas de matices aparecían sembradas cada kilómetro en medio en un valle de piedra volcánica, resultado de la emanación del Xitle dos mil años atrás. Singu-

3 *Concreto*, números 34-35, México, enero-abril de 1969 pp. 166-167

4 Leonor Cuahonte (comp.), *El Eco de Mathias Goeritz*, UNAM, 2007, pp. 116 y 118.

lares árboles acompañados de una maleza intensamente verde en verano y de amarillo pálido en invierno fueron el escenario de esta inmensa galería.

En la publicación, *La Arquitectura y el Deporte*, órgano oficial del Comité Organizador de la XIX Olimpiada, se señala:

“Es pues necesario, y por todos conceptos conveniente, que el público se entere de la obra extraordinaria con el que el Gobierno Federal, por medio de su Secretaría de Obras Públicas y dinero del pueblo, ha llevado a cabal cumplimiento de la construcción de los escenarios donde se desarrollarán los XIX Juegos Olímpicos”⁵

En octubre de 1967, el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, Presidente del Comité Organizador de los Juegos de la XIX Olimpiada, expresó:

“El propósito de México, al solicitar y obtener la sede de los Juegos de la XIX Olimpiada, fue el de tener la oportunidad de presentar y proyectar ante el mundo, un aspecto de la realidad mexicana hasta ahora poco conocido. Una oportunidad de mostrar su capacidad organizadora, de poner plenamente en evidencia el adelanto de su industria constructora, la imaginación de sus artistas y de sus técnicos, el adelanto de sus ciudades y la belleza de sus campos, donde yacen los restos de una civilización cuya cultura alcanzó los niveles de las más antiguas del mundo”⁶

En torno a este propósito, desde 1963 giró toda la compleja actividad de México para reunir dignamente en su territorio a la juventud del mundo, no sólo dentro de la limitada extensión de las competencias olímpicas, sino también dentro de los linderos infinitos de la cultura, la ciencia y la técnica. Desde un principio fue eliminada la posibilidad del derroche económico. El propio Ramírez Vázquez manifestó en otra ocasión:

“Creemos que los juegos olímpicos nunca deben provocar inversiones o construcciones que no correspondan a una utilidad social posterior, pues de ser así, se convertirían en obras de dispendio, imposibles de realizar para países en desarrollo y desaconsejables por completo en una época en que las carencias sociales son de igual gravedad para todos los países”⁷

En efecto, esa escrupulosidad comenzó en octubre de 1963, cuando los arquitectos Reynaldo Pérez Rayón y Jorge Fernández Flores fueron comisionados por el Comité Olímpico Mexicano para

5 *Artes de México. La arquitectura y el deporte. Número extraordinario*, Comercial Nadrosa, S.A. México, 1968, pp. 4, 5, 7 y 25.

6 Nota sin autor, 9 de octubre de 1967, *Se da a conocer el proyecto sobre las Olimpiadas culturales*, El Universal, pp. 16-17.

7 Jorge Elías, (1967) *Entrevista a Ramírez Vázquez a propósito de la Ruta de la Amistad*. Impacto, Vol. 3, Num.8. 27-29 pp.

que realizaran un programa preeliminar de necesidades olímpicas en cuanto a instalaciones. En compañía del profesor Ramiro Aréchiga Hernández, ellos levantaron además un inventario de las instalaciones deportivas existentes en la ciudad de México

A mediados del año de 1966, Mathias Goeritz fue nombrado asesor artístico de las olimpiadas y se lo comunicó a Joop Beljon, cuando le escribió “Él mexsimposium parece que se vuelve realidad. Tengo que decirte que hace cinco semanas fui nombrado asesor artístico de las olimpiadas. Espero poder invitarte pronto a venir, estás en el primer sitio en mi lista”.⁸

El 10 de septiembre de 1968, Goeritz le escribió a Beljon:

“En los últimos dos años no pude hacer casi nada en el campo de trabajo. ¡La tensión era demasiada! Lo que yo hice aquí lo van a firmar otros. ¡Así es la vida! Barragán está tratando, a través de artículos en revistas y periódicos, de convencer a todo el mundo, después de once años, de que las *Torres de Satélite* son suyas, lo que es falso. Sólo puedo decirte que estoy harto”.⁹

En su artículo sobre la *Ruta de la Amistad*, J. J. Beljon cita:

“Como asesor artístico, Mathias hizo para las Olimpiadas de 1968 mucho más que la Ruta de la Amistad. Inició el taller gráfico de las olimpiadas dirigido por Lance Wyman y Peter Murdoch, ellos fueron los que diseñaron los carteles, timbres, boletos, folletos, catálogos, etc. La alta calidad de su trabajo fue reconocida mundialmente. Las artes tuvieron un espacio predominante en los Juegos Olímpicos de 1968. Músicos, bailarines, grupos de teatro fueron invitados a la ciudad de México y hubo congresos de arquitectos y poetas. Yo sabía que Mathias tenía amigos en todo el mundo, él siempre generoso quería compartirlos”.¹⁰

Mi experiencia personal y profesional creció. Pude apreciar muy de cerca la transformación de Goeritz cuando trabajó en la *Ruta de la Amistad*. Empezó a vestir de forma citadina, vestido de traje príncipe de Gales, conducía una camioneta de modelo reciente por la necesidad de tener un mayor contacto con la ciudad, asistir a las reuniones que se llevaban a cabo debido a la Olimpiada Cultural y, particularmente, al “Encuentro de Escultores” de los países participantes, a partir de que el arquitecto Ramírez Vázquez lo designó para presidir, en su compañía, el evento.

Para ubicarme en el contexto de la obra de la *Ruta de la Amistad* en 1968, debo decir que recibí una carta del maestro Goeritz fechada el 23 de enero de ese año, en ella aparece un dibujo con

8 Rodríguez, I. (1997). *Los Ecos de Mathias Goeritz. Ensayos y testimonios*. Instituto de Investigaciones Estéticas. Antiguo Colegio de San Ildefonso. México, p. 34.

9 *Ibid.* 56 p.

10 J. J. Beljon en Rodríguez, I. (1997), *Los Ecos de Mathias Goeritz. Catálogo de la Exposición. Antiguo Colegio de San Ildefonso*, Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 36 p.

tres torres cilíndricas unidas entre sí por unas franjas coloreadas en azul, amarillo y rojo (Figura 3). Este dibujo me parece altamente representativo del trabajo que desarrollaba para las olimpiadas, en el cual se podía ver el juego de volúmenes en una composición que llevada a una escala de arte público, reflejaba su gusto por el tema de las torres.

En cuanto a las barras y su colorido, me recordaron las citas que solía hacernos durante sus clases cuando se refería a Mondrian o Malevich. El año siguiente en 1969, su tarjeta de felicitación de Año Nuevo tenía unos dibujos en los que aparecen estrellas con diferente número de “picos”, hecho que nos hace recordar el conjunto que con planta de estrella conformó la constelación de “La Osa Mayor”, que al no estar dentro de la *Ruta de la Amistad*, sí formó, con las de Calder y Cueto localizadas en otra parte de la ciudad, un resultado de los trabajos realizados para la Olimpiada Cultural del 68, en lo se refiere puntualmente al Encuentro de Escultores (Figura 4). Se puede apreciar en sus dibujos cómo se deleitaba jugando con los temas de sus obras.



Figura 3. Carta de Mathias Goeritz a Guillermo Díaz Arellano.

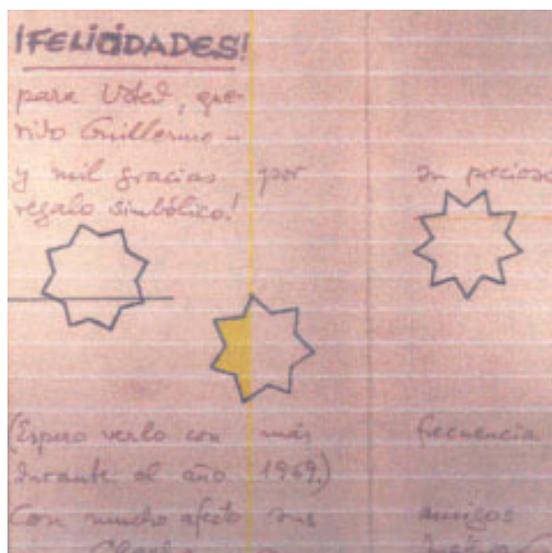


Figura 4. Carta de Mathias Goeritz del año 1969.

Siendo estudiante de la Escuela de Arquitectura visité al maestro Goeritz cuando estaba desarrollando los trabajos concernientes a la Ruta de la Amistad. En el libro, *The Architecture of México, yesterday and today* de Hans Beachan (1969), aparecen publicadas fotografías de su casa en Cuernavaca, Morelos, ubicada en la calle de Santa Catarina (que hoy lleva otro nombre). Lo recuerdo, muy apresurado por sus trabajos en la coordinación de las obras, subir a su camioneta al tiempo en que le quitaba la cáscara a un plátano. Seguramente sería el único alimento que tomaría durante su viaje en la carretera a la ciudad de México.

Durante la exposición *Los Ecos de Mathias Goeritz*, tuve oportunidad de conocer a Christian Schneegas, director del Museo de Arte Contemporáneo Akademie Der Künste en Berlín, iba acompa-

ñado de una dama con quien dijo, había tomado fotografías de la obra escultórica de Goeritz. Ambos estaban muy emocionados al mostrarlas y hablar de los espacios interiores que habían logrado captar, pues para ellos las esculturas tenían espacios internos que se creaban y que se podían visitar visualmente, mismos que causaban emociones en el espectador. Schneegas había comprobado que cuando hablaba con la gente sobre Mathias se les iluminaba el rostro y aparecía una sonrisa. Coincidió con lo dicho por Schneegas, pues era evidente su estado de ánimo y entusiasmo durante su estancia como profesor en las escuelas de arquitectura, en las que impartió su Taller de Diseño. Seguramente que fue un elemento crucial en la producción de sus obras de escultura pública, ya que contagiaba su entusiasmo a arquitectos, promotores e inversionistas. José Luis Cuevas, Pedro Friedeberg y Sebastián son, en gran parte, resultado de ese entusiasmo.

De la estancia de Goeritz en la Universidad del Estado de Morelos, que coincide en el tiempo con la de asesor de la Olimpiada Cultural, recuperamos las palabras del arquitecto Ernesto Ríos González -entonces director de la Escuela de Arquitectura- expresadas en una plática que sostuve con él:

“Mathias llegó a vivir a Cuernavaca, más exactamente a Temixco por su amistad con Sergio Méndez Arceo y con Fray Gabriel, con la idea de involucrarse en el proyecto de renovación de la Catedral... Lo encontré en la calle a bordo de un Jeep, de huaraches y con su eterna sonrisa. Lo invité a colaborar en lo que sería la nueva escuela de arquitectura y aceptó, por lo que estuvo con nosotros trabajando como maestro especial en una cátedra fuera del temario curricular. Mathias, antes que gran artista fue un gran hombre. Como profesor siempre profundo y serio; como colega desinteresado y honesto; como amigo, extraordinario, sincero, inmejorable”.

Para saber sobre la colaboración de Goeritz en el proyecto de la *Ruta de la Amistad*, entrevisté al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez quien expresó:

“La *Ruta de la Amistad* se comenzó a trabajar en 1967, Mathias le dio un giro diferente. Como parte del programa se tenía agendada la organización de un Encuentro Internacional de Escultores, nuestra intención era que los países participantes no enviaran esculturas históricas o muy locales o de personajes de su historia muy contemporánea, queríamos incluso evitar el riesgo de que presentaran expresiones escultóricas de sus gobernantes, por eso optamos por una reglamentación, que dejara muy claro que lo que se pedía era una escultura de escala urbana y que fueran abstractas para no caer en temas que son casuísticos y extemporales. Con este esquema se invitó a los Comités Olímpicos de todos los países, sugiriéndoles los escultores que deseábamos estuvieran aquí, a recomendación de Mathias por su conocimiento internacional. Tuvimos excelentes respuestas de escultores como Bayer de la Bauhaus, Calder, ¡todos ellos! Así se logró realizar la *Ruta de la Amistad*, con la coordinación para las ubicaciones y de construcción de Mathias. Gonzalo Fonseca de Uruguay estuvo aquí varias veces, al pendiente de la recuperación de su

escultura. Murió hace poco. Subirach de España, es ahora el que está terminando con gran acierto La Sagrada Familia de Gaudí (...) La idea de hacer una Ruta fue accidental, pues estaba en construcción el tramo del periférico sur para ligar las instalaciones deportivas de Xochimilco -pruebas de remo y canotaje- con la Villa Olímpica. La obra la realizó el gobierno del Distrito Federal, hicieron muchas expropiaciones y quedaron remanentes de terrenos por varios lugares, entonces no es que se hayan proyectado y seleccionado específicamente, sino que al haber residuos de terreno propiedad del Distrito Federal, quedaron a lo largo del Periférico Sur, lugares que nos concedió el gobierno para hacer las esculturas, entonces, fue casuístico aprovechar lo que había, además el tiempo estaba encima, al invitar a los países a participar en ese Encuentro de Escultores, se les pidió que cada uno pagara los honorarios del escultor y México asumía pagar los gastos de transportación y estancia. La construcción se realizó con donativos de las compañías constructoras que estaban realizando las instalaciones olímpicas entonces a todos se les adjudicaban: construyes la alberca y tales obras de la *Ruta de la Amistad*, así que no le costó al Comité Organizador. Confiados pues, en que la calidad estaba asegurada por el nivel de los participantes, pues eran los que le iban a dar el valor urbano, lo esencial, era asegurar la calidad de las esculturas”.

Con relación a su experiencia en las labores de coordinación y del trabajo de equipo dijo: “ninguna obra es totalmente aportación exclusiva del arquitecto, no es cierto, los arquitectos todólogos no existen, somos producto de una labor de equipo, nada más, se necesitan especialistas, se necesitan colaboradores”. Con respecto a su experiencia administrativa en la olimpiada me respondió “todo lo que era producción, era cuestión de equipo. La creatividad y productividad se generaron aquí, aquí en mi oficina tuvimos 250 gentes trabajando en la olimpiada”. En cuanto a la forma y entusiasmo con que colaboraban todos -comenté- que debió haber sido una gran lluvia de ideas, de un ir y venir, en ellas Ramírez Vázquez respondió afirmativamente y añadió:

“El trabajo diario, por lo menos una parte con él, Goeritz, y por otra con los ingenieros estructurales para soluciones tan específicas como las de Candela en el Palacio de los Deportes, las de Rossen con la cubierta colgante de la alberca, todo eso con las intervenciones de Colinas de Buen y para las construcciones de concreto con los grandes contratistas, Bernardo Quintana era intensa, múltiple y diversa nuestra relación.

Un ejemplo de la trascendencia de lo realizado en México, se pudo observar recientemente en la Olimpiada de Seúl, esta nación cuenta con un parque, de unas tres o cuatro hectáreas, con escultura abstracta de todo el mundo. Lo mismo que nosotros hicimos en aquel momento con la *Ruta de la Amistad* ellos lo hicieron en ese gran parque con extraordinarias esculturas. En la Embajada deben tener muy buena información de la Olimpiada el 68, porque al parque le siguen colocando esculturas y podemos decir que es el parque más grande del arte contemporáneo que hay en el mundo”.

En la misma entrevista le expresé al arquitecto que el sentido de crear la *Ruta de la Amistad* en una vialidad rápida -un periférico- era para que la obra escultórica pudiera ser apreciada por la gente que viaja en automóvil a cierta velocidad, a diferencia de las distintas apreciaciones que se puede tener si las esculturas están en un parque.

Sin embargo, precisamente por tratarse de esculturas que están en una vía rápida, los problemas para su mantenimiento son más fuertes, además de que se tiene que combatir la negligencia y desconocimiento de las autoridades. Al respecto, el arquitecto Ramírez Vázquez nos relató el problema que han tenido los fundadores del Patronato de la *Ruta de la Amistad*, Luis Javier de la Torre y el arquitecto Javier Ramírez Campuzano en su tarea de restaurar las esculturas, es decir, quitarle árboles: “porque usted debe saber que después de la Olimpiada llegó un regente del D. F. de apellido Senties a quien no le gustaban y ordenó demolerlas ‘hay que demoler esos adefesios’”. Afortunadamente algunos arquitectos que trabajaban en el gobierno del D. F. le dijeron que sus intenciones no procedían, pues cada escultura había sido donada a la nación, además de tratarse de figuras del arte universal. Ante tales argumentos terminó diciendo: -bueno, tápenlas con árboles-, y les sembraron árboles, claro, eso fue hace veintitantos años. Fue en el sexenio de Luis Echeverría Álvarez; luego entonces, uno de los esfuerzos extraordinarios que ha hecho, sobre todo Luis Javier de la Torre, ha sido el obtener las autorizaciones para quitar esos árboles que ya son enormes. En algunos casos los árboles fueron trasplantados a petición de los ecologistas, pues a ellos les interesa el árbol, pero no la escultura. La propuesta del Patronato para iniciar un programa de mantenimiento permanente ha sido conseguir padrinos para cada una de las esculturas, porque es más que obvio que al gobierno del Distrito Federal no le interesan y mucho menos invertir en su cuidado. Hasta ahora se ha conseguido poco al respecto, tres o cuatro padrinos. La iniciativa privada de Holanda y Suiza ha colaborado. La Embajada de Holanda cubre gastos de mantenimiento y restauración, con la intención de lograr su restauración. Tienen información personal de los autores y de todo.

Hay un parque en Tijuana, denominado Mexitlán, donde están las esculturas de la *Ruta de la Amistad* en maqueta, a escala 1: 25, son maquetas de arquitectura prehispánica, colonial, del siglo XIX y contemporánea; incluye la *Ruta de la Amistad*. No creo que existan planos, todo eso se quedó en el Comité Olímpico, pero en 1975-1976 hubo unos Juegos Panamericanos en México y todo el archivo de la olimpiada fue vendido por kilo. La razón: era mucho y necesitaban el espacio para la organización de los juegos panamericanos, por eso me extrañaría que el Comité Olímpico pudiera tener información. La memoria oficial de la olimpiada se envió a todas las bibliotecas importantes, tuve cuidado que tuviera una la Universidad Autónoma Metropolitana, ahora quién sabe si exista. La mandamos también a todas las Embajadas de México y, siempre que viajo, voy a las embajadas y busco la memoria. Sólo la he encontrado en Francia y en Nicaragua. Claro, no he recorrido todo el mundo, pero en muchos otros lugares no la he encontrado. Espero que sí esté en la en la Universidad Nacional.

En una visita a España en diciembre de 1998 -le dije a Ramírez Vázquez- visité el Parque Güel y llamó mi atención, la escultura de Chillida junto a una de Henri Moore, ahí pude comprobar que los jardines se habían diseñado para hacer una escenografía en la que resaltarán las esculturas o, por lo menos, no les restarán importancia; algo similar ocurre en San Sebastián, comenté, con la escultura de Eduardo Chillida, *Peine de los vientos*.

Respecto a la escultura de las Torres de Ciudad Satélite, comentó el arquitecto que pusieron unos pasos a desnivel que cortan toda la perspectiva y dijo: “pero así son nuestros gobernantes, por eso fue que dispusieron demoler y luego tapar las esculturas de la *Ruta de la Amistad*”.

Mi comentario, en el sentido de que desafortunadamente faltan los espacios urbanos alrededor de las obras, con las áreas libres para que la gente pueda tener acceso y deambular o jugar entre las esculturas para apropiarse de ellas, el arquitecto Ramírez Vázquez respondió lo siguiente: “Bueno se las han apropiado con los graffiti, ya en una o dos se ha logrado aplicar la pintura antigrafitica, aunque sobre ella pinten lo que sea, con agua se lava [pero], no se ha podido colocar esta pintura especial en las demás”. Nuevamente tomé la palabra y le recordé cuando alguna vez mencionó, refiriéndose Al Museo de Antropología e Historia de la ciudad de México, que para hacer destacar todas y cada una de las piezas que ahí se exhibirían, había aprendido a iluminarlas siguiendo más de cerca el ejemplo de las joyerías en la ciudad de Nueva York, pues no quería hacer una bodega. En consecuencia, se vio obligado a mandar algunas obras a otros museos, con el fin de dejar solamente aquellas que podrían mostrarse como verdaderas joyas de la cultura prehispánica, por lo tanto desde mi punto de vista, la ciudad también tiene que diseñarse para que se disfrute el arte público, es decir, pensando en que cada una de las piezas tiene un valor que debería destacarse en un contexto apropiado, para ser disfrutado por los habitantes de la ciudad, mediante el diseño de un entorno apropiado.

En este mismo sentido, traje a colación la visita que realicé -en los años 70- a Karnak y Luxor en Egipto, de la que recordaba la manera en que se unen estos dos lugares. Es a partir de una calzada de esfinges y una avenida flanqueada por impresionantes esculturas. Desde mi punto de vista, eso es arte público y no necesariamente las esculturas. Por consiguiente muchas obras arquitectónicas podrían merecer el calificativo de arte público. Ramírez Vázquez respondió:

“Sí, pero todas las otras intervenciones de la sociedad juegan al definir las construcciones que hacen los arquitectos, que hacemos los arquitectos. La sociedad genera la arquitectura, la genera en función de los recursos económicos, materiales y técnicos del momento. Todo lo genera la sociedad y el arquitecto es un traductor; siempre y cuando sea un buen arquitecto, pues traduce y ahí se queda; si realmente tiene valor permanece y si no desaparece”.

El mejor juez de la arquitectura es el tiempo que está por encima de teóricos y de historiadores; la calificación y la vigencia la da el tiempo. Al hablar de su obra, concretamente del Museo de Antropología, y al comentar acerca del Paraguas construido en el patio central, obra de arquitectura y escultura, la gente de todo el mundo que deambula alrededor se lleva un recuerdo y una emoción. Ramírez Vázquez expresó:

“Su realización fue consecuencia del momento, esta obra se pudo realizar -con esa trascendencia y realidad- en un gobierno que tenía un presidente culto como López Mateos, un Secretario de Educación del nivel de Jaime Torres Bodet, un Secretario de Hacienda como Antonio Ortiz Mena y un Jefe del Departamento del Distrito Federal como Ernesto Uruchurtu, con un equipo de gobierno de ese nivel, era factible hacer muchas cosas”.

A mi pregunta respecto de sus experiencias y de sus trabajos anteriores comentó:

“Todas son iguales, todas tienen en el fondo el mismo problema, es decir, pensarlas, crearlas, resolverlas y hacerlas. Entonces todas tienen lo mismo, porque muchas veces dan más experiencia las limitaciones de realización, que la gran libertad de recursos para hacer obras, entonces todo tiene su problema específico, es como con los hijos, cada uno tiene características diferentes”.

Del futuro de la escultura urbana o del arte público en México opinó: “Existe gran cantidad de muchachos buenos, que dominan una escuela. Está la de Sebastián que se origina en Mathias, pero hay muchos muchachos valiosos con enfoques diferentes, que utilizan materiales diferentes. Felgueres por ejemplo”. Respecto de la ciudad, le pregunté ¿qué hacer para poder recibir y percibir la escultura, el arte urbano, para que la gente lo disfrute? ¿Observa algún cambio importante en México? Su respuesta fue “puede haberlo en función de que haya recursos en la ciudad y que haya gobernantes con la cultura suficiente para apreciarlo”.

Tiempo después de la entrevista con el arquitecto Ramírez Vázquez, me di a la tarea de contactar al publicista Luis Javier de la Torre, Presidente del Patronato Pro *La Ruta de la Amistad*, con el objeto de continuar con el estudio sobre la misma. Del trabajo que ha realizado el Patronato consideré importante hacer la transcripción literal de un documento que explica su razón de ser:

“Introducción: Han transcurrido más de 25 años desde que México mostró su fisonomía contemporánea a través de los Juegos Olímpicos de México 1968, hermanando el arte con el deporte, el cuerpo con el intelecto, recreando la Olimpiada Cultural. De los veinte magnos eventos que la comprendieron hubo uno en particular que se quedaría entre nosotros, no sólo como un gran recuerdo, sino con su presencia material hasta nuestros días [...] el ideal del proyecto eran

unir los escenarios olímpicos y poner en contacto escultores, ingenieros y proyectistas para formar este camino de arte signo de la concordia entre los países y parte viva de nuestra ciudad. Con el transcurso del tiempo, el incontenible crecimiento de la capital y el olvido, han hecho presa de este camino de arte que se consume a los pocos ojos que aún voltean a verlo”.

En sus objetivos mencionan: “restaurar y conservar las 22 obras, reintegrándolas a nuestra ciudad, promoviendo entre sus habitantes el reencuentro con esta magna expresión de escultura urbana”.

Los organizadores informan que:

“Se ha invitado a artistas, ingenieros, proyectistas, empresas, Embajadas e Instituciones a participar en la restauración de estas obras con el apoyo de las más altas instituciones culturales de nuestro país, así como del gobierno de la ciudad de México, hemos emprendido el rescate a través de la adopción de una escultura”.

Sus metas señalan:

“Al concluir, nuestra ciudad contará con una valiosa muestra de escultura urbana accesible a todos sus habitantes. Un espacio cultural que por su magnitud logrará enriquecer una importante zona de la capital. *La Ruta de la Amistad* volverá a ser un atractivo turístico no sólo por su valor universal sino por su ubicación, al encontrarse en una de las vías con más amplia perspectiva de desarrollo”.¹¹

De la Torre afirma que su propósito es fomentar un nuevo encuentro en la *Ruta de la Amistad*, para lo cual estaba realizando eventos artísticos en las locaciones originales de ese corredor escultórico, con la intención de mantenerlo vivo en el interés de la gente, por medio de una reutilización activa de las distintas obras y sus contextos, cuando éstos lo permitieran. Esto muestra un claro interés por recuperar la obra. En París, en los años 70, en el llamado, *Quartier le Marais*, pude presenciar actividades que se realizaron para la recuperación de ese espacio. Entre otras, las representaciones “teatrales” en diferentes escenarios naturales, como en los jardines de los castillos que antes habían sido sede de la nobleza. Con esto, se podría mantener vivo el interés de las nuevas generaciones y obtener recursos para el mantenimiento de las obras, al mismo tiempo que proporcionaban vida, actividad e interés a las áreas de la ciudad que de otra forma hubieran permanecido como testigos mudos de un pasado. Esto se contrarrestó por medio de la creación de espacios útiles para la recreación, la cultura y la convivencia de las nuevas generaciones. Quizá esta comparación o analogía se salga de la escala por el

¹¹ Documento elaborado por el Patronato *Ruta de la Amistad* que consta de 4 hojas.

tamaño o magnitud del proyecto. Sin embargo, la coincidencia de intereses en esos proyectos de dar mantenimiento y realce a las obras del pasado, aunque sea de un pasado reciente, coincide con adecuar las obras al interés de las generaciones actuales.

El Patronato es una iniciativa de planificación y proyecto de diseño urbano que puede contribuir a mejorar los escenarios de la ciudad y prevenir la destrucción obras -como la *Ruta de la Amistad* - amenazada de destrucción por falta de normatividad, a lo que se suma la falta de cultura de las autoridades y todo tipo de contaminación. Se trata también de generar recomendaciones y criterios que ayuden a contribuir a la planificación y el diseño -en materia de arte urbano- y presentar propuestas para la reglamentación y normatividad, encaminadas a crear un marco apropiado que lleve a la apreciación y disfrute de las obras de arte público a todos los habitantes de la ciudad, procurando dignificar su vida cotidiana.

Resultados del Patronato

A continuación se presentan algunos de estos resultados recogidos en cartas y entrevistas de las consultas hechas a los artistas. Comenzaremos con Joop J. Beljon, autor de la obra “Tertulia de los Gigantes” (Figura 5). El artista escultor es uno de los más reconocidos en Europa y fue director de la Royal Academy of Fine Art and Applied Arts de su país. El artista holandés fue invitado a participar en el Coloquio Internacional, “Escultura Urbana, Arte y Desarrollo en la obra de Mathias Goeritz”, que se realizó en la ciudad de México. Beljon declaró acerca de la visita que hizo a la obra de su autoría:

“No estoy decepcionado, el concreto de las estructuras todavía está bien. La pintura y el concreto nunca se pegan, por eso hay que repintar obras como ésta cada dos o tres años. Estoy seguro que cuando le pongan una capa de color van a gustar mucho, pero hay que mirar también todo lo que rodea a la *Ruta de la Amistad*. Se deben arreglar las cosas para lograr una unidad con el entorno, ese es el sentido de la escultura urbana, formar parte de un todo, ese fue el sentido cuando me propusieron participar en este corredor escultórico, crear un espacio que se conectara con el medio ambiente. Conocí a Mathias en 1953, él era muy elocuente y muy interesante. En alguna ocasión nos encontramos en París y lo presenté con mis colegas, pues teníamos la idea de crear una ruta de la amistad, aunque no la llamáramos así, sino Symposium de esculturas. Habíamos hecho un intento en 1960 en Austria, pero ahora los planes eran en grande. Mathias me sugirió que hiciéramos la ruta en México, aceptamos y arribamos a este país y trajimos las esculturas europeas que teníamos en Austria. Sin embargo hubo problemas, no de tipo financiero sino de egos, se les infló el ego a algunos, se pusieron difíciles. Hubo muchos obstáculos para integrar a artistas de muchos países, fue Pedro Ramírez Vázquez quien pudo resolver las dificultades”.

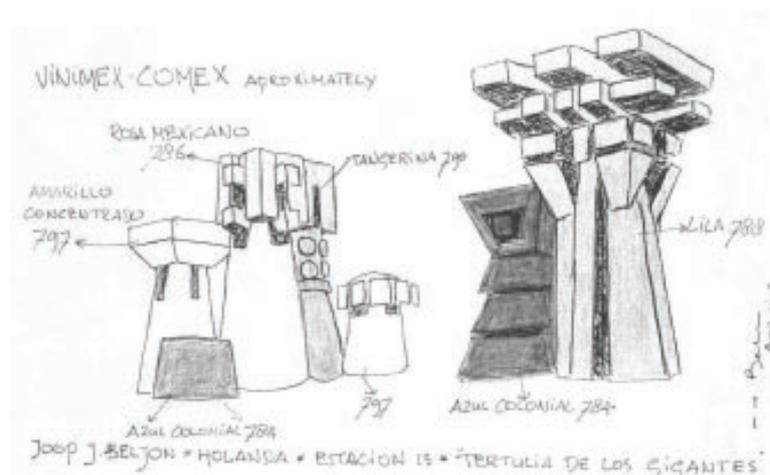


Figura 5. Indicación de Joop Beljon para los colores de su escultura

Estas palabras de Beljon me hicieron recordar la conferencia que dio el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez en la Universidad Autónoma Metropolitana, cuando con la sencillez y el talento que lo caracterizan, aceptó mi invitación. Asistió llevando sus diapositivas, y nos comentó las dificultades que tuvo que vencer para lograr que se llevara a cabo la Olimpiada de 1968, en este año particularmente difícil, cuando estuvieron en peligro de cancelarse.

Volviendo a la obra de Beljon, le preguntamos si su escultura se veía opaca, dado que según las fotos de la época tenían colores luminosos, éste respondió:

“Sí, así fue, pero lo curioso fue que yo no los elegí, soy holandés y el uso de los colores es totalmente distinto al que se emplea en México. Los colores mexicanos son radiantes. Mathias propuso que primero se pintaran las cinco piezas en distintos tonos de gris porque en Holanda un poco de color ya es mucho. Pero finalmente se eligieron el naranja y el rojo, más acordes con el cielo de este país”.¹²

La obra, “Tertulia de los Gigantes” (Figura 6), actualmente ha sido restaurada, no sabemos cuánto tiempo durará la pintura en buen estado, pero la hemos podido apreciar de acuerdo con los colores que Beljon especificó. El Patronato pro *Ruta de la Amistad* ha continuado trabajando en el rescate de las esculturas, así como en la recuperación de la pieza de Australia localizada en la Estación 11 y cuyo autor es Clement Meadmore (Figura 7) que actualmente ha quedado dentro de los límites del terreno del Colegio Olinca, quienes la presentan incluso, como logotipo de su propiedad, lo cual denota la falta de respeto a la propiedad pública, normatividad y diseño del paisaje urbano en pro de la imagen de la ciudad para el disfrute de los ciudadanos.

¹² *La Jornada*. Sección Cultura, Jueves 9 de abril de 1998, México, p. 21.



Figura 6. Tertulia de los Gigantes. Fotografía de 1968.



Figura 7. Presencia de Australia por Clement Meadmore.

Ángela Gurría, autora de la escultura “Señales”, ubicada en la Estación 1 de la *Ruta de la Amistad* (Figura 8), califica como un absurdo la deplorable condición de las obras:

“La mayoría son un desastre porque siguen dentro de los predios que ya no se adecuan a lo planeado por Mathias Goeritz cuando se construyó la Ruta. Es el caso de la escultura de Meadmore. Otras están llenas de graffiti y esto deja mucho que desear. Es un arte de época que marcó un momento cultural en las olimpiadas, son todas obras de vanguardia. Muchos las siguen copiando y se reproducen. Ya forman parte de lo colectivo, esto es ideal. Actualmente hay muchas esculturas, pero pienso que los ambientes deben ser respetados. Tenemos obras magníficas como Las Torres de Satélite de Goeritz, un monumento de señal inmejorable en el mundo, pero hay de todo, porque hay un espacio y entonces... pues como siempre, hay consentidos ¿no?, es natural que eso suceda, que la ciudad se llene de obra y trabajo de alguien, por lo tanto respetable, pero es una lástima que algunas obras no estén bien ubicadas, la escultura es ubicación, si no es así, en-

entonces, es un gran problema. A la pregunta ¿están mal ubicadas las esculturas en la ciudad de México? No, no creo. Algunas yo no las pondría. Pero mi concepto no tiene relación con el suyo, por ejemplo, yo por lo general tiendo a respetar los espacios que ya fueron ocupados en otra época”.¹³



Figura 8. Señales. Fotografía de 1968.

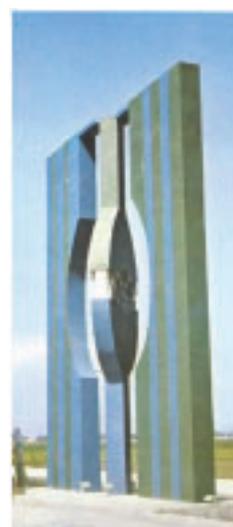


Figura 9. La puerta al viento. Fotografía de 1968.

La escultora Helen Escobedo, autora de la escultura “La puerta al viento”, Estación 17 (Figura 9), comentó que el abandono de la Ruta es una constante en la ciudad de México: “a tal grado llegó ese desdén -recuerda- que Mathias Goeritz no dio otra solución que desaparecerlas. Y eso que fue Goeritz -subraya Escobedo- quien convenció a los directivos del Comité Olímpico de 1968 sobre este proyecto colectivo”.

Escobedo ha sido directora del Museo de Arte Moderno, al reflexionar sobre su participación en la *Ruta de la Amistad*, nos dice:

“Los escultores fuimos convocados a participar con nuestras esculturas en el Periférico Sur, que aún no se completaba. Del lado izquierdo y derecho había árboles y paisaje abierto. Entonces el cielo era azul y no plomizo. Esa fue la realidad que sirvió de fondo a nuestro trabajo. En las últimas tres décadas esos espacios fueron ocupados por edificios de diversos usos, se instalaron anuncios espectaculares, bombas de agua, postes de luz y de teléfono. Se desató una polución infernal, creció y se pobló la ciudad. Fue entonces cuando se dio el abandono de las obras que quedaron ocultas, no sólo por el olvido, sino por matorrales, arbustos, carteles espectaculares, muros y bardas. El problema más grave fue el cambio de color que han sufrido las esculturas, varias repintadas con colores que no son los originales, conflicto que se arrastraba desde hacia tiempo, porque una de nuestras fallas consistió en no dejar una documentación de las obras”.

Escobedo no está de acuerdo con desaparecer la Ruta convenció a Goeritz, con el argumento de que las obras ya pertenecían al paisaje urbano de la ciudad y los autores podrían reclamar sus derechos. Goeritz recapacitó y entonces, cita la escultora las palabras de Goeritz: “deberíamos pintarlas de rojo para que se vieran y subrayar la comunicación entre una y otra; así resaltarían como una especie de cordón umbilical renovado”. A Escobedo la idea la pareció “muy suave e inteligente”, pero imposible de lograr porque los artistas no querían, en un principio, colorear sus obras, sólo tres en aquel entonces pensaron en el color. Mathias estaba convencido que debían pintarse con diversos colores porque se trataba de México, país generoso en artesanías y vestidos de colores chillantes. Más adelante agrega: “quiero aclarar que, originalmente, las esculturas no fueron imaginadas para algún sitio específico por eso, si las quieren mover a un sitio más adecuado me parece posible.” A la pregunta ¿la experiencia de la *Ruta de la Amistad* fue única? “La Ruta fue excepcional, comparable únicamente a otro ensayo de arte colectivo que se dio años más tarde. Me refiero al Espacio Escultórico en la Ciudad Universitaria de la Ciudad de México (1979)”¹⁴

Los puntos de vista de los artistas son muy ilustrativos del significado de la Ruta de la Amistad, pero también es esencial conocer la opinión del propio Mathias, para lo cual retomamos la plática que sostuvo con Mario Monteforte Toledo, la cual quedó registrada con el título de “Conversaciones con Mathias Goeritz”. Mario comienza la plática solicitando que cuente algo sobre la *Ruta de la Amistad*:

“Eso ya está muy publicado y debatido; por otro lado, sólo fui un colaborador más del enorme proyecto hecho en conexión con las Olimpiadas del 68. El plan original de esa Ruta es de Otto Freundlich, uno de los primeros judíos asesinados por los nazis en sus campos de concentración. Suyas son también las ideas sobre unificación de las esculturas por tamaño, material y marco estético. Intervine en la contratación de alguno de los artistas. El propósito de que las esculturas tuvieran sentido al verlas pasando de prisa en coche, se ha cumplido cada vez menos a causa del congestionamiento vehicular. El periférico no se pensó como vía para los vehículos de las carreteras que conectan la capital con el Norte del país”.

¿Relacionas la escultura con la arquitectura? Para Mathias la arquitectura es escultura:

“Sí, pero no porque en este sentido me interesa la llamada integración plástica. Esto no rectifica mi idea de que la plástica más avanzada hecha en México en los últimos treinta años es la integrada a la arquitectura. Por ahora, me obsesiona la escultura pública, grande y de formas esenciales entre otras razones porque se ve. Me impresiona mucho lo que se hace en Brasil; el Bra-

13 *Revista Proceso*, 8 de febrero de 1998, número 119, p. 59-60.

14 *Revista Proceso*, 8 de febrero de 1998, número 1110. p. 60 y 61.

sil nos lleva medio siglo casi en todo... Sí, los brasileños hacen cosas nuevas, fuertes y bárbaras, pero con gran oficio. Lo último sólo se da en dos o tres urbes, este supuesto se tomó en cuenta para organizar la secuencia de la *Ruta de la Amistad* y las exposiciones de plástica contemporánea para la Olimpiada. Como recuerdas hubo igual énfasis en obras del pasado y en el folklore...”

Preguntó Monteforte ¿le ves un amplio porvenir a la escultura pública, grande y de severas, fluidas y deliberadas formas? Goeritz respondió:

“Creo que en los lugares adecuados de la ciudad de México están como en su casa. Estas obras tienen siempre una intención y un resultado cósmicos, relacionar la tierra con el universo [...] no creo en la corriente llamada integración plástica a la manera como se dio entre los muralistas y los arquitectos en la etapa del funcionalismo de México, por ejemplo, en Ciudad Universitaria en la que arquitectos y artistas se ponían de acuerdo para lograrlo.”

Pienso que a Goeritz le pareció más auténtica la opinión que se dio sin pretenderlo, sin ningún acuerdo previo y sin ningún manifiesto que forzara la obra surgida espontáneamente, y con un único aglutinante espiritual y técnico. En la arquitectura del medioevo, en la época de la arquitectura gótica, la fe unió los esfuerzos de los creadores a tal grado que el ego no se conoció, pues lo que importaba era la oración que se levantaba por medio de las obras; por tanto, arquitectos, escultores y diseñadores de vitrales, entre otros, así como los realizadores y constructores de las obras no las firmaban, porque no necesitaban darse créditos ni aparecer en el escenario, pues se trataba simple y sencillamente de rendir un culto por medio de la oración materializada en las catedrales góticas. Otros artistas sensibles -por ejemplo, Juan O’Gorman- no quedaron satisfechos con el funcionalismo lo cual prueba el hecho de que O’Gorman se haya ido a vivir a su casa de San Jerónimo, en donde una gruta formada por la lava volcánica, rodeada de un inmenso jardín, en proporción a la vivienda, fuera el lugar donde O’Gorman quiso fijar su hogar.

Cuando por contacto establecido a través del maestro Goeritz acudí a visitar a O’Gorman, éste me mostró su casa, exclusivamente el área de estar de la misma; cuando estábamos en la parte alta de la gruta me señaló dos grandes macetones que eran enormes figuras humanas realizadas en piedra. Con respecto a la escala de la puerta de acceso, me dijo, “me hubiera gustado ser Gaudí”. Después de un rato nos despedimos y me expresó: “si quiere usted recorra el jardín y vea desde ahí el resto de la casa”. Tuve la impresión de que ésta tenía la forma de un cometa, cuyo centro lo constituía la gruta y la cola del mismo, las recámaras. De la misma manera, me resultaba sumamente revelador el hecho de que la única forma orgánica en la arquitectura de Le Corbusier, fuera un producto de su etapa de madurez, tanto de su vida como de su carrera, cuando diseñó la Iglesia de Ronchamp que, por sus dimensiones podría considerarse una obra pequeña, pero que se ha convertido en el imaginario de arquitectos urbanistas y visitantes de la obra, como uno de los hitos más importantes de la arquitectura

del siglo XX. Imitada con caricaturescos acercamientos de quienes ignoran el simbolismo de la liturgia y la maestría en la concepción de espacios de Le Corbusier que sólo se puede percibir, en la magnitud de su grandeza y en la pequeñez de su construcción, cuando se está física y psicológicamente en el lugar y en la obra arquitectónica, que deja de serlo al integrarse al paisaje en que se localiza: un terreno, montículo o un monte verde rodeado de áreas verdes, en las que desde lo alto no se percibe el fin de esta superficie. No faltan los imitadores de Le Corbusier que tratan de copiar la arquitectura de Ronchamp sin lograrlo, no han entendido la importancia de esta obra y de su contexto físico y cultural.

Para Goeritz la arquitectura es escultura; esculpía, si así pudiéramos decir, el propio espacio al conformarlo con elementos que transformaba en escultóricos muros, celosías, cubiertas, fuentes que tenían textura y colores, y jugaba con la iluminación, luces y sombras de las que habla Le Corbusier. No trataba de sobreponer elementos escultóricos o gráficos en los exteriores de los volúmenes o en las fachadas, sino de conformar el espacio. Recordemos la participación de Goeritz en el acceso a los jardines de El Pedregal, con el arquitecto Luis Barragán o, en el Hotel Camino Real, con el arquitecto Ricardo Legorreta, así como, con Barragán cuando recorremos la Capilla de las Capuchinas, diseños en los cuales participó.

Por lo que toca a la *Ruta de la Amistad*, ésta se dio en un paisaje donde lo bucólico y lo urbano se encontraban (Figuras 10 y 11). Es innegable que así como nosotros cambiamos, también cambia la ciudad. Hoy los escenarios no son los mismos que cuando se podía observar el ganado, vacas o caballos pastando al pie de las esculturas de Israel o de Marruecos. Los escenarios de hoy tampoco son los mismos en los que se colocaron las esculturas para celebrar la Olimpiada. Igualmente el espíritu de ese evento ya no está presente y de la misma forma, la visión y la vista de quienes las perciben no ha permanecido estática. El contexto cambió, y si la escala de una construcción se da por el contraste o la comparación con los volúmenes que la rodean, resulta obvio que hay una gran diferencia actual: el escenario de las esculturas está conformado por delimitantes como puentes, anuncios espectaculares, edificios, centros comerciales, tanques de agua graffiteados, basureros y estacionamientos que no formaban parte del paisaje original. Goeritz decía que con el paso del tiempo lo único que quedaba igual en el hombre era, si acaso, la planta de sus pies.



Figura 10. Puerta de la Paz. Fotografía de 1968.



Figura 11. Presencia de Francia. Fotografía de 1968.

La ciudad también cambia, y se ha dicho, que mucho más que el hombre, así la ciudad devoró los lugares que ocupan las obras, y la escala, la proporción de las piezas que conforman la *Ruta de la Amistad* cambió también.

Desde luego, eso no pasó en los escenarios ni en el paisaje urbano de una ciudad como París, planeados por Haussman. Ahí el contexto para la obra de El Arco del Triunfo previó el crecimiento de la ciudad y se aseguró de guardar la relación de este monumento con su entorno, tomando las provisiones necesarias para que nunca perdiera su escala, a saber, se dejaron áreas verdes y arboladas, cuyas medidas permanecen intocables. También se visualizó la altura que debían tener los edificios circundantes.

Reflexiones de Mathias Goeritz sobre su proyecto:

“Si hubiera sido posible incluir estas obras en un contexto urbano, los escultores se habrían confrontado al gran pero no menos interesante problema de la integración de sus obras de los edificios ya existentes y del embellecimiento de la ciudad. No cabe duda de que esto habría sido diez veces más costoso. Los artistas comisionados habrían tenido que viajar a México varias veces para formar sus propios equipos de artistas y arquitectos mexicanos, los monumentos habrían sido mucho más imponentes... El proyecto se redujo a una decoración más o menos exitosa de una parte casi desértica del anillo periférico. Algunas de las esculturas fueron creadas sin tomar en cuenta los efectos de luz y sombras o su apariencia al ser vistas desde un auto a gran velocidad. Estas obras se habrían visto mejor en un parque público. Y sin embargo, desde un principio me opuse a la idea tradicional de un parque. A pesar de todo, creo que fue una experiencia que valió la pena, sacó a los artistas del aislamiento estéril de las galerías comerciales y subrayó una necesidad urbana urgente: mejorar la estética de las avenidas y de los caminos... el hecho de saber que puedo seguir soñando me llena con la esperanza de que el mundo se acerca a una solución común de sus problemas y a un futuro homogéneo”¹⁵

15 Mathias Goeritz, *A Criticism by its Autor of the Route of Friendship Project Architecture, Formes, Functions*, No. 15, Lausanne, 1969, p. 154.

Comentarios finales

En México ni siquiera la localización de las obras fue producto de un diseño previo. Se pueden mencionar diversas causas que pudieron influir en su ubicación, pero la realidad es que, como lo comentó el arquitecto Ramírez Vázquez, su ubicación fue casual, pues se les ubicó en los terrenos que quedaron disponibles después de la expropiación y el trazo de las áreas necesarias para la construcción de la avenida o vía rápida, que uniría a la Villa Olímpica con los canales en Xochimilco para las competencias olímpicas de canotaje. Como se carecía además de una normatividad que apoyara el plan de desarrollo, se hizo propicia la ocupación indebida de terrenos que eran propiedad del Distrito Federal (sumándose la incultura, a la que se refiere el arquitecto Ramírez Vázquez, de los funcionarios responsables de ésta); así mismo el crecimiento desordenado y anárquico que, aunado a la contaminación visual con carteles y anuncios espectaculares, tornaron diferente el entorno. Se pasó de un escenario de entusiasmo olímpico de juegos y participación, a otro, contaminado por el ruido y los congestionamientos de tránsito. Se pretendía ver las esculturas desde los autos en movimiento, sin embargo, hoy en día las vías rápidas de la ciudad de México han sido calificadas como los estacionamientos más largos de la ciudad, y para los usuarios del transporte colectivo, que en la mayoría de los casos permanecen de pie durante el trayecto, les es imposible observar lo que sucede en el paisaje urbano.

La plática con el arquitecto Ramírez Vázquez enriquece la inteligencia y el espíritu. No atribuye el éxito o la permanencia de sus obras a su talento personal, por el cual sin duda, es reconocido mundialmente, pues pone en claro su escenario. Lo expresa al señalar que las obras son el resultado de un gobierno culto, de los recursos y del acierto de las empresas que lo llevaron a cabo; y la permanencia e interés por estas obras fueron resultado de sus destinatarios finales que, en suma, para su evaluación, es el mejor juez. La ciudad, como lo dicen algunos de sus cronistas, pasó de ser de la que describió Salvador Novo en su libro, “Nueva Grandeza Mexicana” a una ciudad con problemas diferentes. Entre ellos, algunos de los que hemos expuesto, aunados a las carencias propias para una vida digna y a la presencia de un escenario en que la violencia y la falta de actividades bien remuneradas, han sido detonantes de cambios en una de las metrópolis que tiene más habitantes en el mundo.

Bibliografía

- F. Morais, *Mathias Goeritz*, UNAM, México, 1982.
- F. Zanco, Luis Barragán. *La revolución callada*, Skira, México, 2001.
- I. Rodríguez, *Los Ecos de Mathias Goeritz. Ensayos y testimonios*, Instituto de Investigaciones Estéticas-Antiguo Colegio de San Ildefonso, México, 1997.
- J. A. Manrique, *Una visión del arte y de la historia*, UNAM Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 2001.
- J. B. Artigas, UNAM México. *Guía de Sitios y Espacios. Edificios antiguos, Ciudad Universitaria*, Centro Cultural Universitario e Investigación y Desarrollo. UNAM-Difusión Cultural UNAM, México, 2006.
- J. R. Álvarez, *La arquitectura de la Ciudad Universitaria*, UNAM- Facultad de Arquitectura-Coordinación de Humanidades, México, 1994.
- J.Acha, *Hersúa*. UNAM, México, 1983.
- Leonor Cuahonte, *El Eco de Mathias Goeritz*, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 2007.
- M. Ragon, *El arte ¿para qué?*, Editorial Extemporáneos S. A. México, 1971.
- Mathias Goeritz, *A Criticism by its Author of the Route of Friendship Project Architecture, en Formes, Functions*, No., 15, Lausanne, 1969. (No sé si es artículo o libro)



R. del V.S. d. D.
F. Sebastian de Aparicio
Religioso Obsevante de
la Provincia del S.^{to}
Evang. d Mexico

EL RECORRIDO DE UN ESPACIO PERDIDO: DE VIDAS Y MILAGROS DE SEBASTIÁN DE APARICIO

Norma Durán Ramírez de Aranda
Universidad Iberoamericana



Introducción

Sebastián de Aparicio, fraile lego de la orden franciscana, fue el segundo personaje novohispano que alcanzó el honor de llegar a los altares. Como se sabe, fue declarado beato en 1789. La beatificación es la antesala de la santidad, misma que hasta hoy no se le ha concedido. En este espacio analizaré dos relatos que dan cuenta de su vida; uno de principios del siglo XVII¹ (Aparicio murió en 1600), y otro del XVIII². Además presento algunos grabados de un libro, publicado justamente el año en que se otorga la beatificación, “dispuesto”³ por otro hermano de la misma orden⁴. Este último es un bello ejemplar de 130 láminas, elaborado en Roma, que afirma, por así decirlo, el “perfil oficial” del santo a fines del siglo XVIII.

Este ensayo destaca la historicidad de estas narrativas hagiográficas y acentúa los cambios que el yo del santo adquiere con el paso de dos siglos, en los que se adapta al cambio de la sociedad

1 Fray Juan de Torquemada, *Vida y milagros del sancto confessor de Christo, F Sebastián de Aparicio, frayle lego de Orden del seraphico P. S. Francisco, de la Provincia del sancto Evangelio. México, En el Collegio Real de Santiago Tlatilulco.* En la Empronta de Diego López Dávalos, 1602.

2 Fr. Joseph Manuel Rodríguez, *Vida prodigiosa del V. siervo de Dios Fray Sebastián de Aparicio, Religioso Lego de la regular observancia de N. S. P. S. Francisco, e Hijo de la provincia el Santo Evangelio de México.* México, Imprenta de D. Phelipe de Zuñiga, Calle de la Palma, 1769. Entre estas dos obras hay al menos, 7 narrativas hagiográficas más.

3 Una de las acepciones de esta palabra en el siglo XVI era mandado a hacer, ordenado por.

4 *Colección de estampas que representan los principales pasos, echos y prodigios del Beato frai Sebastian de Aparizio. Religioso Franciscano de la Provincia del Santo Evangelio de México.* Dispuesta por el R. P. Mateo Ximenez de la misma Orden y Provincia y Postulador de la Beatificación del expresado Siervo de Dios. Roma, año de 1789. Por el incisor Pedro Bombelli.

y a los que la Santa Sede exige para otorgar la beatificación y santidad. El primer relato se escribe a los pocos meses de muerto el beato, aunque es publicado dos años después. El segundo relato está escrito casi 170 años después. Las láminas son mandadas a hacer en los mismos años que se oficializa la beatificación.

Antes de que Juan Pablo II transformara radicalmente los tiempos de los procesos de beatificación y canonización, éstos duraban siglos. En la actualidad en que el catolicismo fenece en el viejo continente, en Latinoamérica florece la santidad pero sin la significación de antaño. Es más, ahora es tal la cantidad de santos que México posee, que ya perdimos la cuenta y ni los nombres recordamos. En el periodo virreinal no fue así. En esos tiempos los santos eran fundamentales para la glorificación, protección y como prueba de que este territorio había sido premiado con personajes ejemplares. Esto a su vez, comprobaba el triunfo de la verdadera religión: la católica. Sin embargo, en Nueva España, sólo Felipe de Jesús alcanzó la santidad en un proceso *fast track*, posible por un casual e inesperado martirio. En cambio, el caso de Sebastián de Aparicio, uno de los “santos” patronos más venerados en la ciudad de Puebla y en toda la Nueva España, no ha alcanzado su fin.

La vigencia y la actualidad de los santos se logran en la medida que sus vidas sean flexibles y se adapten a los tiempos en que se efectúa el proceso. La beatificación de Sebastián de Aparicio llegó a fines del siglo XVIII, pero el primer relato de su vida, de sus virtudes, y de sus milagros ya no era el que requería la Iglesia a fines del siglo XVIII. En aras de lograr la beatificación es que se modifica la vida de Sebastián.

Sebastián de Aparicio vivió en el siglo XVI. Nació presumiblemente en Galicia y, según su primer cronista, pasó tempranamente a la Nueva España. Murió en Puebla de los Ángeles en 1600. Dos después de su muerte ya estaba publicada su primera vida, escrita nada menos que por el franciscano Juan de Torquemada.⁵ Esta vida le dio los rasgos que le dieron un primer perfil y que le otorgaron sus atributos (es decir, Aparicio es un santo obediente e idiota, en el sentido que daba el siglo XVI a este adjetivo: simplón, rústico, iletrado) pero en su caso, dotado de la “fe infusa”, una fe a ciegas que no pregunta y que obedece todo lo que la Iglesia dicta sin chistar. Los atributos con que se le representa son la carreta y los bueyes así como el dominio de las bestias salvajes.

Como hemos dicho, en el siglo XVIII, otro franciscano, ahora fray Joseph Manuel Rodríguez, escribe una nueva narración,⁶ que para el lector desentrenado podría ser la misma repetición de anécdotas, milagros y virtudes, pero para un historiador cuidadoso, los cambios saltan a la vista.

5 Como todo mundo sabe, Fray Juan de Torquemada es el célebre cronista franciscano que publica la vasta *Monarquía indiana* en 1615.

6 Fr. Joseph Rodríguez, *Vida prodigiosa del V. siervo de Dios Fray Sebastián de Aparicio, Religioso Lego de la regular observancia de N. S. P. S. Francisco, e Hijo de la provincia el Santo Evangelio de México*. México, Imprenta de D. Phelipe de Zuñiga, Calle de la Palma, 1769. Entre estas dos obras hay al menos, 7 narrativas hagiográficas más.

Efectivamente, la vida es una, pero los relatos que se pueden hacer sobre ella pueden ser infinitos. Esto desde luego es un lugar común, pues es un precepto que se puede atribuir a todo hecho histórico. Hay tantas historias, como tantos presentes indaguen sobre él. La historia se hace siempre desde el presente, y el presente de Juan de Torquemada es acorde para aceptar un tipo de santo con las características que presentó; pero casi doscientos años después el modelo ya no daba para más. Fr. Joseph Rodríguez tiene que cambiar el patrón del santo, no sólo para que alcance la beatificación, sino porque la sociedad misma ya no estaría conforme en alabar a un santo que conservara el mismo perfil del santo tonto.

El punto a analizar son textos, no hechos como tales, los cuales tampoco pienso, evidentemente, que se puedan investigar en el sentido en que Ranke los pensó: investigar lo “realmente sucedido”, ya que todo documento es ante todo una comunicación, en este sentido, una comunicación escrita que escribe un emisor (estos cronistas), para unos receptores determinados (los laicos y la Congregación de Ritos, órgano encargado de aprobar el proceso). Los hechos únicamente se pueden asir mediante la palabra, en este caso la escritura y los grabados. Por lo tanto los textos de los que hablaré son los hechos a analizar.

En el caso de Sebastián y sus escrituras hagiográficas hay muy poco de histórico, (excepto el hecho mismo de la escritura del texto); en el sentido de dato “fuerte” únicamente tenemos las fechas de su toma de hábito y la de su muerte. Todo lo demás es invención en sentido retórico, es decir, es verdadero, porque si es un santo,⁷ debió de ser así. Por lo tanto, refiere a la verdad moral, que es la verdad cristiana, pero es fundamentalmente distinta de lo que la sociedad moderna piensa sobre ella y de lo que entendemos hoy en día por histórico.

Muchos investigadores se han dedicado a espigar las diferencias de las narrativas hagiográficas europeas con respecto a las narrativas hagiográficas novohispanas. La sociedad del siglo XVI no puede modelar la realidad de un modo empírico. La ciencia no ha nacido. Por lo tanto, las observaciones que esta sociedad hace sobre la alteridad (en este caso el mundo indígena y novohispano son en términos retóricos, lo que significa que toda variación es sólo redundancia.⁸ Por poner un ejemplo, el demonio, que en el mundo europeo aparece en las escrituras hagiográficas de ese continente, en forma de negro, de mujer, de toro, de monstruo, aparecerá ahora también como indio. Las descripciones del paisaje también permiten variaciones, así como las costumbres de vestimenta o alimenticias (habla de tortillas en vez de pan, y explica lo que son, del chile como condimento alimenticio, etc.).

7 Uso la palabra santo en sentido genérico, sabemos que Sebastián no es santo canonizado pero sí lo es en el sentido de que la gente habla de él como un elegido de Dios.

8 Alfonso Mendiola, *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*, México, Universidad Iberoamericana, 2002, cf. segundo capítulo.

Sin embargo, hablar de una “especificidad novohispana” por estos elementos, no sería exacto, pues es lo mismo que no dar cuenta de las tradiciones localistas de todos los escritos hagiográficos europeos que tienen esta misma versatilidad. Toda variación en el mundo que se describe retóricamente es redundancia.

Los elementos a analizar en las dos narraciones son la subjetividad y los milagros. Estos factores son los que muestran de manera más contundente los cambios realizados en dos siglos.

Primero explicito mi postura: pienso el texto de Torquemada como un texto que proviene de la dinámica medieval y no del mundo “moderno”, aún si cronológicamente el texto fue escrito, como saben, en 1602. En este sentido pertenecería a la temprana modernidad (por pensar la clasificación que hace el mundo anglosajón). Por el contrario, el texto de Rodríguez pertenece a otro horizonte. No pienso desde luego, que fray Joseph Rodríguez sea un ilustrado, a semejanza de los grandes ejemplos europeos, pero sí vive en un mundo que tiene diferentes percepciones sobre el yo cristiano y el milagro. Por eso expondré las diferencias entre el yo que construye Torquemada, y el que construye el cronista del siglo XVIII.

Sobre la subjetividad

La subjetividad que fomenta el cristianismo medieval es pensada como reflejo de Dios. El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Él, por lo tanto, es una criatura, no es un sujeto que se haga a sí mismo independientemente de la heteronomía que lo determina. Es decir, no es un sujeto autónomo que tenga una relación consigo mismo sin intermediarios, es un yo que se constituye por intermediación de Dios, es Él quien sabe lo que uno verdaderamente es, y por eso mismo, el sujeto, en este caso Aparicio, tiene que ir develando lo que Dios ha dictado para él. Esta develación se hace interpretando los signos que el santo cree que Dios le envía: sueños, presagios, invocaciones, prodigios, obediencia a sus superiores, etc.

En el primer relato, el de Torquemada, el santo no tiene que ver nada en sus decisiones, es Dios mismo el que ha marcado, a lo largo de toda su vida, su actuación. El esquema narrativo se entrelaza directamente con las citas bíblicas, dejando a entender que el beato seguía únicamente lo que Dios le tenía reservado para su destino. Así, cuando decide dejar el mundo y volverse donado, Torquemada lo expone de este modo:

“... se llevo la hora en la qual se conosco que lo era para acometerle de golpe y assi hizo en ella presa tan esficaz que luego le hizo dejar el mundo y trocar el estado. Lo cual el varon de Dios (herido ya de esta divina inspiracion y llamamiento) no rehusò. Antes como la cierva herida de la saeta en erbolada va en busca del agua de una fuente, donde metida se refrigera y deleyta:

assi su bendita anima deseando a Dios se fue con ligereza a el no poniendo dilacion en su cumplimiento de su nueva vocacion: como se amonesta el sabio, diziendo (Eccle 5). No te tardes de convertir a tu Dios, ni pongas obstaculos ni impedimentos transfiriendo de un dia a otro (como otro Pharaon) el da [-] libertad a los hijos de Israel, y bolverse (Exodo) al verdadero Dios por penitencia porque podra ser (dice luego el sabio) que pensando que estas libre de sus manos te hallaras castigado de su yra”⁹

Este párrafo, como toda la obra, está entreverado con citas directas del Eclesiastés y del Éxodo. Torquemada, quien es el que va interpretando los signos en la vida del beato, va escribiendo su vida de acuerdo con la verdad bíblica. En otras palabras va dando sentido a toda acción de Sebastián por medio de la palabra divina: la Biblia. Es así, que todas las acciones de Aparicio tienen sentido por las Escrituras. En esta época no puede haber novedades, pues todo estaba dicho y hecho en la Biblia, el fraile repetía en su diario hacer, lo mismo que otros personajes del texto bíblico. La acción de volverse donado podría, si fuera otra época, ser una decisión propia, tomada a partir de motivaciones diversas.



Lámina No. 28 del libro de Mateo Ximenez, 1789. Hay que destacar en esta lámina que es Aparicio quien decide sobre su vida y no únicamente la Divina Providencia.

⁹ Fray Juan de Torquemada, *op.cit.*, cap. 4, foja 11, reverso.

Como en toda escritura hagiográfica, la tentación organiza todos los capítulos sobre las virtudes del santo. La tentación se articula como el binomio tentación/culpa. En esta época, el deseo preexiste a la tentación, y funciona como mecanismo retórico para tentarlo y hacerlo disentir de la voluntad del Padre, así se había dado en la vida de Cristo. Sebastián sale airoso de todas las tentaciones, que se le presentan en la vida, es como si se pasara lista de cada vicio y con *exempla* se les diera una solución que siempre es retórica. En tentaciones como la codicia y la lujuria el demonio que se le presenta en forma de mujer, es echada por el santo, con la ayuda de Dios:

“No parò en estas tentaciones, el que aun al mismo hijo de Dios humanado tento en el desierto por (Mat 4) tres veces, pareciendole que la tentacion importuna, y muchas veces repetida, y frecuentada es la que derriba, y vence. Y assi bolvio otra vez en figura de muger, creyendo que pues con la codicia de la primera tentacion no le avia movido: ni con su braveça en la segunda, espantado, podria (por ventura) con el señuelo de la carne, derribarle a la tercera. Pero Dios que no duerme en la guarda de Israel y como divino (Salmo 120) Argos trae vigilantes los ojos de su providencia sobre su manada y grey, le librò de ésta como de las primeras, dexando vencido al demonio, y a su siervo con corona de victoria, pudiendosele dezir lo que en su Apocalipsis dice San Ioan (Apocalipsis 3). Porque guardaste mi palabra en paciencia yo te defendere en la hora de la tentación”.¹⁰

Esta cita señala cómo es Dios el que libra a Aparicio de la tentación, y es muy significativo cómo la narración se mezcla con la cita bíblica reproduciendo lo que Alain Boureau denominará “*El evento sin fin*”.¹¹ Las vidas de santo repiten hasta la saciedad y de mil formas distintas la vida de Cristo.

Sin embargo, el ejemplo más indicativo de que Dios guía la vida de Sebastián y no es el mismo beato, son sus matrimonios.

El santo se casa dos veces a lo largo de su vida con mujeres mucho más jóvenes que él, y la intención de estos matrimonios es proteger y cuidar a estas muchachas pobres para ayudarlas a su salvación. Desde luego en el texto Sebastián se conserva virgen, pues la intención es la protección de las mujeres, que sin el matrimonio podrían haberse dado a la mala vida, pues eran pobres y no tenían ninguna dote. El resultado es que en los dos casos las mujeres mueren prematuramente al año de su matrimonio. Sebastián de esa manera las redime, como lo hace Eleazar de Sabran con su esposa.¹² Sebastián es una especie de José que respeta la virginidad de las esposas, muy a pesar de que los padres de ellas le exigen hijos, pues era la manera de asegurar que la herencia de Sebastián llegara a sus manos, ya que en el texto Aparicio había sido un hombre de mucho dinero.

10 Fray Juan de Torquemada, *op.cit.*, cap. 5, foja 16.

11 Alain Boureau, *L'événement sans fin. Récit et christianisme au Moyen Âge*, París, Les Belles Lettres, 1993.

12 André Vauchez, *Les laïcs au Moyen Âge. Pratiques et expériences religieuses*, París, Cerf, 1987.

"Y segun dizen otros se acostava en el suelo delante de la cama donde su muger dormia. Diciendole algunas veces sus suegros que, como tratava con tanta estrañeza a su muger. Les respondia que no se habia casado con ella para mas de servirla y regalarla y dexarle su hacienda si le alcanzava por días".¹³

En la vida que Torquemada escribe, toda intencionalidad del santo se desvanece en la voluntad de Dios que el beato sigue fielmente. Esto significa poseer la "fe infusa", la fe del carbonero, la del ciego que se deja llevar por otro sin tomar decisiones por sí mismo.

En cambio, en la hagiografía del siglo XVIII, la que escribe el cronista Rodríguez, se quiere mostrar la voluntad de un sujeto que se pone a sí mismo a prueba. Es decir, es Sebastián el que toma las riendas de su vida para tomar las decisiones que lo acerquen a Dios. Esta diferencia cambia la vida del santo. En la vida de Rodríguez el beato quiere casarse para colocarse en el límite de la tentación y salir adelante. Es el relato el que construye un nuevo sujeto, un sujeto dueño de sus decisiones. No es ya un títere de la gracia divina que lo mueve en todos sus actos. Ahora es Sebastián quien tiene muy claro su deseo de ser virgen, como si él hubiera planeado cuidadosamente su vida desde el principio. Este sujeto es más autónomo que el personaje de Torquemada. Para decirlo con otras palabras, el Sebastián de Torquemada va de-velando los deseos de Dios en su persona, sólo obedece los dictados que cree que Dios le manda. En cambio, el Sebastián de Fray Joseph Rodríguez (siglo XVIII), el beato va haciendo sus elecciones. Él delinea el camino más difícil: camino que está hecho para convencer a la Sagrada Congregación de Ritos de la heroicidad de sus virtudes. Por eso ahora su virginidad es el resultado de su voluntad y no del deseo de amparar a sus esposas y de redimirlas.

"Sesenta años de edad contaba ya Aparicio y en ellos tan admirables triunfos, como hasta aquí hemos visto, su virginal pureza, y fiando su prudencia en la vejez de la asistencia del poder de la gracia, con cuya ayuda havia salido victorioso, aun siendo joven, en tan peligrosos combates; entrada en el más arduo y difícil empeño de conservarla (su virginidad) ilesa en el estado conyugal. Para poner en execucion, como lo havia meditado, su designio, conocía serle preciso elegirse una esposa, no solo de tierna edad, sino de tal virtud que se pudiese prometer prudentemente de ella, atendería al alivio de su vejez, sin exponerle por su parte a peligro de naufragar en su heroico propósito".¹⁴

13 Fray Juan de Torquemada, *op.cit.*, cap. VII.

14 Fr. Joseph Rodríguez, *op. cit.*, cap. VIII, p 28-29. *Cursivas mías.*

Como puede verse, ya no aparece la intención de casarse para proteger a la joven, sino el ponerse a prueba. Su intención es permanecer virgen hasta la muerte. Este ponerse a prueba o ejercer su voluntad, no es resultado de una versión más fiel de los hechos, al contrario, es efecto de la historicidad de los procesos y de la historia. Los cambios se pueden explicar por varias razones.



Lámina 3, del libro de Mateo Ximenez, 1789. Sobre su decisión intencional de poner a prueba su castidad.

La causa de Aparicio había finalmente entrado a la Congregación de Ritos en 1688, pero las condiciones para la beatificación ya eran otras. Desde Urbano VIII (1568-1644) se habían definido nuevas condiciones para alcanzar la beatitud. Frente a la Reforma protestante que no acepta la intercesión, los milagros ni las reliquias de los santos, la Iglesia católica sustentará ahora la santidad sobre las virtudes del santo más que sobre los milagros. Desde luego, los milagros son el factor que determinará la beatificación, pues sin milagros no hay santo. Pero antes que nada se habrá de probar que el santo ejerció hasta la heroicidad las virtudes evangélicas. Por eso la virginidad del santo tiene que escribirse en un contexto de heroicidad y no en el de protección y amparo hacia las esposas de Sebastián.

La otra explicación tiene que ver más con los cambios del siglo, es decir, con el progreso de la secularización de la sociedad que va buscando otros caminos para responder a las inquietudes del hombre y de la sociedad. Desde luego, en las narrativas hagiográficas la elección divina siempre estará

presente, pero el texto de Torquemada se ha transformado drásticamente. Se le han añadido unos signos de elección divina y han desaparecido otros.

La causa de Aparicio había finalmente entrado a la Congregación de Ritos en 1688, pero las condiciones para la beatificación ya eran otras. Desde Urbano VIII (1568-1644) se habían definido nuevas condiciones para alcanzar la beatitud. Frente a la Reforma protestante que no acepta la intercesión, los milagros ni las reliquias de los santos, la Iglesia católica sustentará ahora la santidad sobre las virtudes del santo más que sobre los milagros. Desde luego, los milagros son el factor que determinará la beatificación, pues sin milagros no hay santo. Pero antes que nada se habrá de probar que el santo ejerció hasta la heroicidad las virtudes evangélicas. Por eso la virginidad del santo tiene que escribirse en un contexto de heroicidad y no en el de protección y amparo hacia las esposas de Sebastián.

La otra explicación tiene que ver más con los cambios del siglo, es decir, con el progreso de la secularización de la sociedad que va buscando otros caminos para responder a las inquietudes del hombre y de la sociedad. Desde luego, en las narrativas hagiográficas la elección divina siempre estará presente, pero el texto de Torquemada se ha transformado drásticamente. Se le han añadido unos signos de elección divina y han desaparecido otros.

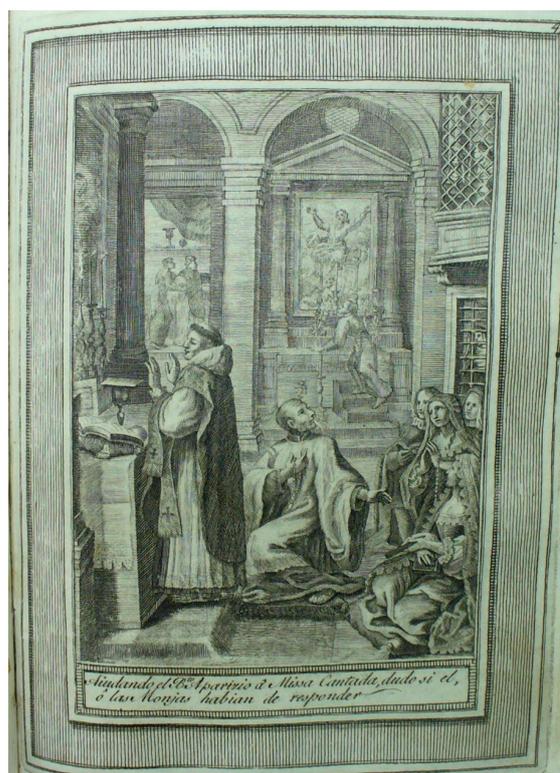


Lámina 48 del libro de Mateo Ximenez, 1789. En Torquemada, Aparicio se confunde con las lenguas y no puede, por su ignorancia, ayudar en la misa. Ahora únicamente duda de cuando él debe participar en la misa.

En este tenor cabe decir, que el yo del siglo XVI ya no puede ser vigente en la sociedad del XVIII y aunque los textos mantengan muchos de los rasgos del personaje del XVI, ya no funciona para los lectores ni para la Congregación de Ritos. Hemos señalado que el yo de Sebastián, en la hagiografía de Rodríguez, hace aparecer la *voluntad* del personaje como la causa indispensable para que el santo alcance la heroicidad de las virtudes, la virtud que ejemplifiqué es la de su virginidad. La subjetividad que se va forjando en la segunda mitad del XVIII es una subjetividad más autónoma, que alcanzará su cenit con Kant y los ilustrados como Rousseau, en este esquema ya no vale la elección divina como único motor de la acción del santo, sino que se requiere de la voluntad de un sujeto más autónomo, más libre, que decida por él mismo y que se ponga a prueba a sí mismo, sin tanta ayuda del cielo. Esto, en consecuencia, vuelve más meritorias las acciones del santo.

Otro factor de distinción entre estos dos textos es el uso de la analogía para probar la similitud con la vida de Cristo. En la Edad Media y primera Edad moderna las analogías son de un atrevimiento sorprendente pues las vidas de los santos emulan la del mismo Cristo. En Torquemada Aparicio es un *Alter Christus* que se manifiesta en los milagros que ocurren en su muerte y en su persona. En su capítulo XX utiliza la analogía de la palma, árbol que crece feo en apariencia (raíces y tronco) y sólo en la cúspide refleja la belleza de su naturaleza con su ramaje y sus frutos. La palma figura la vida de Cristo que, al igual que la palma con su apariencia sucia y ordinaria guardaba en su seno la más grande belleza, es decir, a la mismísima divinidad. Esta analogía compara a Sebastián de Aparicio con Cristo, ambos aparecen bajo la analogía de la palma, que no sólo guarda en su apariencia toda la verdadera belleza que es la del alma, sino que imitaba perfectamente la vida de Cristo. Igualmente Torquemada le impone los mismos milagros que hace el cuerpo de Cristo muerto: dar sangre y agua, milagros que ocurren también en el cadáver de Aparicio.

“No se contento Dios con hazer estas maravillas en su siervo para prueba de su santidad, sino que añadio que el cuerpo, que por milagro avia sudado el agua de que no era capaz, diesse tambien sangre quando no es posible darla. Lo qual sucedio de esta manera. Viendo el P. Guardian que Dios magnificava a su Sancto, y que queria tuviesse este nombre en publico y en boca de todos, crecioles con la devocion el desseo de querer tener alguna reliquia de su proprio cuerpo, y assi dixo a un barbero que se acerto a hallar presente, que le cortase la uña de un pie, para guardarla y traerla consigo. Y llegando a cortarla, fue encarnado un poco, de manera que cortando carne con ella, rebento por aquella parte la sangre tan viva y fresca como si fuera de cuerpo vivo. Y no se tenga esto a pequeño milagro porque es uno de los mayores que (en confirmacion de las maravillas que Dios hizo y obrò en el) se pudieron ver. Y para que claramente se conozca, y vea digo que (segun Philosophos) luego que se despide el anima del cuerpo y se deshaze aquel compuesto: se enfria la sangre de tal manera que ya no es sangre. Y por mas que corten en el, no la da, ni parece. Y assi ha de dezir que aquel derramamiento de sangre fue sobrenatural, y milagroso. Porque dar un cuerpo sangre quando no la tiene, ni es capaz de tenerla naturalmente: es milagro.

Y assi confessan todos los doctores averlo sido el de derramar sangre y agua de su costado el Sacrosancto cuerpo difuncto de Christo nuestro Redemptor”¹⁵

En el siglo XVIII, Aparicio ya no es un *Alter Christus*, ahora Dios está muy lejos. Este “atrevimiento teológico” de fines del siglo XVI, no debe causar extrañeza, pues el yo de Sebastián, debe parecerse más a su creador en la medida que sea santo, pues para serlo debe imitar muy de cerca la misma imagen de Cristo, imagen que se calca en el cuerpo y en el alma. El siglo XVIII disuelve estas analogías pues el yo moderno tomará más distancia con respecto a su creador.



Lámina 68 del libro de Mateo Ximenez, 1789. Mientras en la vida de Juan de Torquemada el santo ni siquiera recordaba los días de misa, en el libro de Ximenez se constata que sabía perfectamente los deberes del cristiano devoto.

15 Fray Juan de Torquemada, *op.cit.*, cap. 23, reverso foja 122.

La cuestión de milagro

El milagro es un elemento indisoluble de los relatos de santos. No se puede dar una definición definitiva del milagro pues ésta es histórica, no es lo mismo el milagro para Agustín de Hipona, que para Tomás de Aquino¹⁶ o para el siglo XVI. En general, en los primeros siglos del cristianismo la posición sobre el milagro fue ambigua.¹⁷ Se pensaba que el poder de hacer milagros había sido de Cristo, Agustín fue muy escéptico en este caso, aunque al final de su vida rectificó su posición.¹⁸ Sin embargo, los milagros crísticos siempre fueron los más apreciados. Estos eran las resurrecciones, las sanaciones, las profecías y la expulsión de demonios. “En este sentido, los milagros son históricos, es decir, fueron manifestaciones en un periodo preciso de la historia de la salvación, la de las relaciones entre los hombres y Dios, que Cristo reveló a través de su persona”.¹⁹

El lugar preferido para el milagro fueron los santuarios en donde se depositaban las reliquias, primero de los mártires y luego de los demás santos. El milagro era operado por Dios por intercesión del santo, que con sus reliquias probaba su poder de interceder y pedir por la realización del milagro.²⁰ En otras palabras, a partir de las reliquias se operaba el milagro.

En el periodo anterior al siglo XII el milagro “popular” fue el más común, con esto quiero señalar que los milagros se proclamaban de viva voz, y que no había, en general, autoridad que sancionara lo milagroso de lo no milagroso.²¹ Una cuestión interesante a subrayar, es que nunca se puso en duda lo sobrenatural; lo cuestionado era si el poder milagroso provenía de la magia o del demonio o, si era producto de Dios. El factor moral en general, fue determinante en esta cuestión. Pues si provenía de la *virtus* de una persona, era un verdadero milagro, pero si provenía de hechizos, encantamientos, pócimas o conjuros hechos por personas no virtuosas (en el sentido cristiano) era magia o hechicería y, a partir del siglo XIV era herejía. Entre 1326-1327, Juan XXI promulgó una bula que se considera la fecha de nacimiento de la nueva obsesión demoníaca, en que serán castigadas estas prác-

16 Para apreciar los cambios del milagro en Agustín y en Tomás de Aquino cf. Alain Boureau, « Miracle, volonté et imagination: la mutation scolastique (1270-1320) », en *Miracles, prodiges et merveilles au Moyen Age*, París, Publications de la Sorbonne, 1995, pp. 159-172.

17 Alain Dierkens, « Réflexions sur le miracle au haut Moyen Age », en *Miracles, prodiges et merveilles au Moyen Age*, París, Publications de la Sorbonne, 1995.

18 *Ibid.* p. 13.

19 Patrick Sbalchiero, *L'Église face aux miracles*, París, Fayard, 2007. p. 23.

20 Cf. Peter Brown, *The cult of the Saints*, Chicago, Chicago University Press, 1984, cap 5.

21 Esta afirmación hay que matizarla, la cristianización implicó una ubicación de lo sagrado, antes, en el paganismo, lo sagrado estaba por doquier. La antropomorfización de lo divino y, en consecuencia de la ubicación del milagro, es resultado de la progresiva cristianización. En los lugares donde el poder del obispo es fuerte, él centralizará la decisión de lo milagroso, en cambio, en el mundo rural se propaga lo milagroso sin restricción.

Cf. Patrick Sbalchiero, *op.cit.*, p. 79 ss.

ticas. Hasta entonces, la herejía era únicamente la disidencia intelectual o el pensamiento que no estuviera de acuerdo con la ortodoxia eclesiástica. Es decir, en los primeros trece siglos de cristianismo, nunca fueron perseguidos los conjuros, talismanes o prácticas de quienes hacían rogativas a Satán.²²

En el siglo XII el milagro requiere de aprobación pontifical, los papas irán quitando paulatinamente este poder a los obispos hasta detentarlo ellos solos. Fue la Reforma gregoriana la que daría, a la larga, todo el poder al pontífice. Durante el siglo XIII, los papas canonizaron o rechazaron casi *de facto* las canonizaciones que querían. Las averiguaciones previas ordinaria y apostólica estaban apenas en proceso,²³ y las canonizaciones se dieron al año, o a los pocos años, de la muerte del santo. Los ejemplos más característicos fueron: Francisco y Clara de Asís, Domingo de Guzmán y Antonio de Padua, y las grandes rechazadas: Hildegarda de Bingen y Clara de Montefalco.²⁴

Toda una teología del milagro surge con Tomás de Aquino y la escolástica. Tomás pone el acento sobre el carácter trascendente y en cierta forma metafísico del milagro, afirmando que su esencia era ser operado inmediatamente por Dios, sin la incumbencia activa de segundas causas; lo que permitiría distinguir mejor, los hechos propiamente milagrosos de la masa de *mirabilia* y otros prodigios. En otras palabras, que provengan de Dios y no de la magia, que se trate de hechos contrarios a la naturaleza, que no procedan de la recitación de una fórmula sino de los méritos del santo, y que sirvan para reafirmar la fe de los fieles.²⁵

Los grandes teólogos de la época se ocuparon más del milagro destacando sus funciones. Los milagros deben, según Enrique de Susa, reforzar la fe, ser contrarios a las leyes naturales, no ser resultado de ningún encantamiento o de una práctica mágica. Deben provenir únicamente de Dios.²⁶ Desde la Edad Media tardía los milagros ya operan a distancia de las reliquias de los santos.²⁷ Además ha surgido la imagen como motor del milagro.²⁸

22 Cf. Alain Boureau, *Satan hérétique, Histoire de la démonologie (1280- 1330)*, París, Odile Jacob, 2004.

23 Una obra que viene a estudiar la forma en que se hacen los procesos es el libro de Didier Lett, quien estudia el proceso de Nicolás Tolentino, *Un procès de canonisation au Moyen Age*, París, Puf, 2008.

24 Patrick Sbalchiero, *op. cit.*, pp. 123 ss.

25 André Vauchez, *La sainteté en occident aux derniers siècles du Moyen Âge*, Roma, École Française de Rome 1988, (1981). Tomás fue el primero en distinguir una discriminación entre milagros *supra naturam* (como la transfiguración y la resurrección) de los *contra naturam* (la concepción virginal de María, o el fenómeno de la separación de las aguas del mar Rojo) y de los *prater (excepto) naturam*, (cambio del agua en vino, curaciones diversas. Aún así era difícil para los curialistas reconocerlas con seguridad, por eso apreciaron más la realidad y el valor de los milagros en función de objetivos apologéticos, p. 580

26 Patrick Sbalchiero, *op. cit.*, p. 136

27 André Vauchez, *La sainteté en occident aux derniers siècles du Moyen Age : D'Après les procès de canonisation et les documents hagiographique*, París École Française de Rome, 1994, pp. 525, 550.

28 *Ibid.* p. 529

La característica más importante del milagro, después del Concilio de Trento, es su expansión.²⁹ La Reforma protestante nunca cuestionó el milagro, sino la intercesión de los santos, la virgen, las reliquias y las imágenes milagrosas. Lutero cree, como la Iglesia católica, en la existencia del demonio y en su poder de actuación. Para los reformadores todo era una engañifa del demonio. En cambio, la Iglesia católica insistirá en el rol del milagro: el milagro, edifica, reafirma la fe de los fieles y con ello convence sobre la verdad de la Iglesia.

Son los tiempos los que van a hacer que surja un ámbito secular y que la ciencia vaya sustrayéndose de los espacios confesionales. Antes, Dios podía intervenir en su creación a voluntad, los milagros se daban frecuentemente en la naturaleza. Ellos aparecen en las vidas de muchos santos.³⁰ A fines del siglo XVII y principios del XVIII, la naturaleza se comprenderá en términos cuantificables: las matemáticas serán su lenguaje. La naturaleza pone sus límites, ya no es tan fácil sortear sus leyes. Por otro lado, la medicina, poco a poco, se ha ido separando de la teología. Si antes cuerpo, alma y espíritu eran un todo sustancial,³¹ ahora la medicina ha cobrado cierta independencia y busca dar explicaciones de acuerdo a cierta empiricidad, que se va adquiriendo a partir de las lecciones de anatomía.³² Un caso son las disecciones que se practican en el siglo XVI y que tratan de dar respuesta a las causas de la muerte. Sin embargo, el discurso teológico no permite todavía una autonomía del discurso médico. Faltarán varios siglos para esto.³³

En el XVIII, Fray Joseph Rodríguez, nuestro escritor de la vida de Sebastián que venimos siguiendo, continúa con la tradición milagrosa propia de los escritos hagiográficos. Cultiva el milagro en la vida de Sebastián, pues el elemento milagroso es indispensable para probar la santidad. En consecuencia, respeta los dos procesos que han acrecentado el número de milagros (más de 1200 milagros). No puede quitar lo relatado en los dos procesos (el ordinario y el apostólico), sin embargo, ahora el factor milagroso es relatado con menos ingenuidad y un poco más de modestia.

Un ejemplo es la disquisición del milagro del callo de Sebastián que ocupa tres páginas en el texto de Torquemada. ¡Cómo puede ocurrir que un callo ejecute tantos milagros siendo un callo, carne muerta que está muerta incluso en el cuerpo vivo del santo! El callo, arrancado al cuerpo muerto de Aparicio, sangra y en consecuencia es un doble milagro, pues ya era milagro que siendo callo y estando en el cuerpo vivo de Sebastián lo hiciera. Pero que lo haga dieciocho días después de cortado

29 Patrick Sbalchiero, *op.cit.*, p. 184 También cf. Sallmann, Jean-Michel, *Naples et les saints à l'âge baroque (1540-1750)*, París, Puf, 1994.

30 Los milagros en la naturaleza son muy frecuentes en los santos franciscanos, y en Sebastián, en consecuencia, también lo son.

31 Jean-Claude Schmitt, *Le corps, les rites, les rêves, les temps. Essais d'anthropologie médiévale*, París, Gallimard, 001. pp. 344-359

32 Rafael Mandressi, *Le regard de l'anatomiste. Dissections et invention du corps en occident*, París, Seuil, 2003.

33 Michel Foucault, *El nacimiento de la clínica*, México, Siglo XXI, 2012.

del cuerpo muerto de Sebastián y, que cortado en dos mitades vuelva a sangrar y a curar enfermos, es todo un prodigio que hace correr ríos de tinta. Este exceso o profusión de lo milagroso desaparece en las hagiografías del XVIII.

“...teniendo en casa de Francisco Duran, un callo de tamaño de un garbanzo que le cortaron del dedo pulgar de una de sus manos, luego que el Sancto murio, queriendo despues cortarlo en dos partes, para averlo a dar a otra persona: salieron de el dos gotas de sangre muy viva y colorada del tamaño de una cabeça de alfiler, la qual recogieron en un paño. Y la tienen guardada en memoria y testimonio del milagro. Esto succedio dieciocho dias despues de su muerte.

Aqui devemos notar (pues el caso es tan notable) que en un milagro concurren y se juntan dos. El uno es dar sangre un callo, y el otro, averla dado dieciocho dias despues de aver fallecido el siervo de Dios, de cuyo cuerpo se cortò. El primero (que fue dar sangre) es de mucha consideracion. Porque si queremos advertir, que cosa sea callo: hallaremos que es un poco de carne muerta en un cuerpo vivo, que quando se corta no se siente, porque es como excremento y superfluidad del cuerpo: a la qual parte, la sangre jamas favorece, ni fomenta. Y me parece que es en un cuerpo humano, como la corteza antigua y vieja en un arbol, que la tiene por mil partes quebrada, que con facilidad se descortezas, y por mas que le escamonen y limpien de aquella superfluidad no suda, ni despide de si agua, como la despide y suda quando le llegan a romper la tela interior que le sirve de camisa y abrigo al tronco y coraçon. Porque alli tienen la viveza de su sentimiento vejetativo. Esto mismo hemos de considerar de la sangre en un cuerpo humano. Por que quando se corta un dedo y pasan los filos de un cuchillo el cuero y llega a la carne, luego sin dilacion la sangre brota y sale por alli porque (segun philosophos) viene a favorecer aquella parte flaca de su compuesto, y porque no tiene donde parar porque hallò portillo en ella, sale afuera y una se va llamando a otra. Esto no vemos en el callo, porque como cosa superflua y no necessaria (aunque lo corten,) dexa de favorecerlo y ampararlo, y por esta via ya se vee quan gran milagro sea, pues quiso Dios criar sangre de nuevo en un callo, donde en razon de callo, jamas la uvo. El segundo milagro es: que quando fuera capaz de sangre y la tuviera en el cuerpo quando vivia su dueño: ya despues de la separacion y apartamiento del alma no la tenia. Pero, para Dios, que sabe hazer las cosas de nada: no fue nada, aunque para motivo de nuestro pasmo y espanto aya sido mucho”.³⁴

Esta maravillosa teología del callo no deja de sorprender a los hombres de nuestro tiempo, pero en el siglo XVI opera de manera ejemplar. Los saberes se superponen sin independizarse todavía. La teología todavía recubre a la medicina, hay un saber que es integral y que obedece a dictados

34 Fray Juan de Torquemada, *op.cit.*, cap. 29, foja 159.

morales y no científicos: un cuerpo santo hace milagros. Más aún si su vida fue la de un oscuro limosnero y humilde fraile lego franciscano. En vida, este cuerpo estuvo escondido a los ojos del mundo. Aparicio no fue más que un hombre rústico, probablemente admirado por lo rudo de su oficio; pero muerto debe mostrar ostentosamente lo que en vida escondió: su santidad. ¿No ocurrió lo mismo con la muerte de Cristo, que se oscureció el cielo, tembló la tierra y se rompió el velo del templo? Esta elección y heroísmo del santo ahora da frutos en sus milagros *post mortem*, que vienen a anunciar lo que en vida no hizo abiertamente.

Sin embargo en el siglo XVIII este milagro ha perdido su lustre y el franciscano Rodríguez sólo lo indica en tres renglones.

“Pero aun fue mas admirable haver arrojado de si la dicha sangre, un cayo de tamaño de un garbanzo, que le cortaron cuando murió, del dedo pulgar de una mano, que guardó Francisco Durán, al dividirlo (después de dieciocho días de muerto) en dos mitades”³⁵

Hemos dicho que las disecciones ya eran muy comunes en Europa en el siglo XVI. A grandes santos se les practicó la autopsia para buscar las causas de la muerte, por ejemplo a Ignacio de Loyola, le fue practicada una disección buscando el motivo de su muerte, nada menos que Realdo Colombo fue quien la hizo y detectó que Ignacio sufría de cálculos en la vesícula y que esa había sido la razón de su muerte, sin embargo, Polanco que escribe su vida no deja de tratar el caso de manera milagrosa, pues el color de las piedras vesiculares era tan sorprendente que era milagroso.³⁶ En Nueva España los cuerpos eran diseccionados, pero no por grandes anatomistas, pues no los había. Eran los mismos frailes quienes buscaban signos que asentaran con toda seguridad que Sebastián estaba ya en el cielo y que gozaba del favor divino.

Con el tiempo, el milagro se va acotando a curaciones y ya no a prodigios de la naturaleza. Como hemos dicho, la naturaleza en el XVIII tiene ya sus leyes propias y Dios está más lejos que antes. Pocos se atreven ya a proponer milagros contemporáneos en este tipo de textos. Desde luego las rogativas y peregrinaciones para propiciar la lluvia o contra las inundaciones siguen hasta nuestros días, pero estos milagros ya no prueban la santidad del personaje.

35 Fray Joseph Rodriguez, *op. cit.*, p. 196.

36 Elisa Andretta, « Anatomie du Vénérable dans la Rome de la Contre-réforme. Les utopies d'Ignace de Loyola et de Philippe Neri », (en fotocopia).



Lámina 69 del libro de Mateo Ximenez, 1789. Si el santo aparece en Torquemada como un santo idiota, a casi dos siglos de distancia es convertido en un místico.

El milagro se vuelve una cuestión jurídica que hay que probar, y los milagros serán en su mayoría curaciones.³⁷ Éstas deben de ser certificadas por la calidad de los testigos.³⁸ El cambio ocurre en el siglo XIX cuando los médicos declaren como milagro la curación por ser “incurable” o “inexplicable”. Los procesos de santidad tendrán que ser avalados por un proceso jurídico que sopesen y valoren los médicos de la santa Sede.³⁹

Muchos factores más se podrían señalar entre los 190 años que pasan de una narrativa a la otra, factores como la “mexicanización” del santo, el paso del santo idiota a santo místico, la narrativa desvinculada de citas bíblicas, etc., hacen que el lector acucioso resalte la historicidad de toda época.

El destino del beato es incierto. Su largo recorrido parece que no terminará exitosamente. Los procesos de canonización son cada vez más costosos, y para sus fieles ya no es necesaria. Opera como un hacedor de causas milagrosas.

37 Ya desde los siglos XI y XII el 60 % de los milagros son curaciones. Sigal. Conforme avanza el tiempo estos aumentarán.

38 Sánchez Lora, José Luis, “Hechura de santo: procesos y hagiografías” en, Carlos Alberto González y Enriqueta Vilar, (comps.), *Grafías del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII)*, México, FCE, 2003.

39 Hervé Guillemain, *Diriger les consciences guérir les âmes. Une histoire comparée des pratique thérapeutique et religieuses (1830-1939)*, París, La découverte, 2006. Sobre todo el tercer capítulo.

Bibliografía

- Alain Boureau**, *L'événement sans fin. Récit et christianisme au Moyen Âge*, Paris, Les Belles Lettres, 1993.
- , « Miracle, volonté et imagination: la mutation scolastique (1270-1320) », en *Miracles, prodiges et merveilles au Moyen Age*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1995,
- Alain Dierkens**, « Réflexions sur le miracle au haut Moyen Age », en *Miracles, prodiges et merveilles au Moyen Age*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1995.
- Alfonso Mendiola**, *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*, México, Universidad Iberoamericana, 2002.
- André Vauchez**, *La sainteté en occident aux derniers siècles du Moyen Age : D'après les procès de canonisation et les documents hagiographiques*, Paris École Française de Rome, 1994.
- , *Les laïcs au Moyen Age. Pratiques et expériences religieuses*, Paris, Cerf, 1987.
- Didier Lett**, *Un procès de canonisation au Moyen Age*, Paris, Puf, 2008.
- Elisa Andretta**, « Anatomie du Vénérable dans la Rome de la Contre-réforme. Les autopsies d'Ignace de Loyola et de Philippe Neri », (en fotocopia).
- Michel Foucault**, *El nacimiento de la clínica*, México, Siglo XXI, 2012.
- Hervé Guillemain**, *Diriger les consciences guérir les âmes. Une histoire comparée des pratiques thérapeutiques et religieuses (1830-1939)*, Paris, La découverte, 2006.
- Jean-Claude Schmitt**, *Le corps, les rites, les rêves, les temps. Essais d'anthropologie médiévale*, Paris, Gallimard, 2001.
- Rafael Mandressi**, *Le regard de l'anatomiste. Dissections et invention du corps en occident*, Paris, Seuil, 2003.
- Patrick Sbalchiero**, *L'Église face aux miracles*, Paris, Fayard, 2007.
- Peter Brown**, *The cult of the Saints*, Chicago, Chicago University Press, 1984.
- Sallmann, Jean-Michel**, *Naples et les saints à l'âge baroque (1540-1750)*, Paris, Puf, 1994.
- Sánchez Lora, José Luis**, "Hechura de santo: procesos y hagiografías" en, Carlos Alberto González y Enriqueta Vilar, (comps.), *Grafías del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII)*, México, FCE, 2003.

Fuentes

Colección de estampas que representan los principales pasos, echos y prodigios del Beato frai Sebastian de Aparizio. Religioso Franciscano de la Provincia del Santo Evangelio de México. Dispuesta por el R. P. Mateo Ximenez de la misma Orden y Provincia y Postulador de la Beatificación del expresado Siervo de Dios. Roma, año de 1789. Por el incisor Pedro Bombelli.

Fr. Joseph Manuel Rodríguez, Vida prodigiosa del V. siervo de Dios Fray Sebastián de Aparicio, Religioso Lego de la regular observancia de N. S. P. S. Francisco, e Hijo de la provincia el Santo Evangelio de México. México, Imprenta de D. Phelipe de Zuñiga, Calle de la Palma, 1769.

Fray Juan de Torquemada, Vida y milagros del sancto confessor de Christo, F Sebastián de Aparicio, frayle lego de Orden del seraphico P. S. Francisco, de la Provincia del sancto Evangelio. México, En el Collegio Real de Santiago Tlatilulco. En la Empronta de Diego López Dávalos, 1602.



LA CASA EN QUE HABITÓ GUILLERMO PRIETO EN CADEREYTA, UN ESPACIO ABANDONADO

Margarita Alegría de la Colina
Universidad Autónoma Metropolitana • Azc.



Según se percibe en el título de este texto, el centro de atención del mismo será una casa semide-rruida, en la que habitó el insigne intelectual mexicano decimonónico Guillermo Prieto. Antes de referirme a ella repasaré algunos aspectos de la vida y obra de este personaje sobre el que tanto se ha escrito, con el objeto de recuperar la importancia de su fuerte presencia en la vida política y cultural del siglo XIX mexicano. Me detendré después en el momento específico que dio lugar a que su vida se desarrollara, por varios meses, en Cadereyta Querétaro y recuperaré después, lo que acerca de ese lugar escribió en su obra *Viajes de orden suprema* para, finalmente, referirme a la casa que habitó mientras estuvo allí, hoy un espacio tan olvidado, que casi está totalmente en ruinas.

Guillermo Prieto y Pradillo fue un escritor y político mexicano. Nació en 1818 en la Ciudad de México, hijo de José María Prieto Gamboa y Josefa Pradillo y Estañol. Su infancia transcurrió en el seno de una familia próspera puesto que su padre era administrador del triguero Molinos del rey y dueño de panaderías; sin embargo, éste murió cuando Prieto tenía apenas 13 años a consecuencia de lo cual su madre enloqueció, por lo que tuvo que vivir por algún tiempo de la caridad de dos mujeres que antes fueron empleadas de su familia, hasta que, gracias a sus buenas agencias, a su arrojo y al don de la palabra que le fue concedido, consiguió el apoyo de Andrés Quintana Roo, quien ocupaba el Ministerio de Justicia en el gobierno de Santa Anna, Por su intervención obtuvo trabajo en la aduana, e ingresó al Colegio de San Juan de Letrán.

Voy a tomar de las Memorias de Prieto su propia voz para transmitir, en este artículo su emoción ante algunas de las vivencias que marcaron su vida. En las primeras páginas de esa obra, que escribiera en sus últimos años expresa, lo que representó el brusco cambio antes mencionado, cuando era todavía un niño:

“Suelen los autores de comedias de magias, después de agotar su imaginación en vuelos imposibles, transformaciones milagrosas, abismos que se abren para descubrir palacios encantados, enanos que danzan, brujas que se desvainan de un saco tenebroso y aparecen ninfas seductoras, lluvias de fuego y orgías de infierno, dar cuna y remate a sus fantásticas creaciones con una vista que llaman de gloria, porque en efecto, parece descender la gloria al suelo.

Vergeles deliciosos, murmuradoras fuentes cristalinas, luz de aurora que transparenta el cielo y las estrellas, alados genios, deidades reclinadas en nubes de oro y nácar, de gualda y de topacio; y en las alturas cantos tan melódicos y sentidos que, arrobada el alma, flota, sueña, se encanta y deleita como desprendida de todo lo terreno, y cuando el telón cae y desaparece la visión, caemos como despeñados a la triste realidad, sintiendo tristeza y desdén por cuanto nos rodea”¹

Fue precisamente en el mencionado Colegio de Letrán y animado por el propio Quintana Roo, que Guillermo Prieto fundó, junto con José María Lacunza, entonces profesor de esa institución, Juan Nepomuceno, hermano del mismo, y Manuel Tonia Ferrer, la Academia de Letrán cuyo propósito fue mexicanizar la literatura. De dicha Academia habrían de formar parte después varios de los más reconocidos escritores de la época, así narra Prieto en sus Memorias el episodio de su fundación:

“Una tarde de junio de 1836 [...] resolvimos valientemente convertirnos en Academia que tuviera el nombre de nuestro colegio, instalándonos al momento y convidando a nuestros amigos siempre que tuvieran nuestra unánime aprobación.

Y diciendo y haciendo, nos pusimos en tren de inauguración, pronunciando el discurso de apertura Lacunza J. M.

No sé cómo pasaron las cosas, que estando los mismos comensales, sin cambiar de sitio y sin incidente nuevo, cobró el auditorio cierta compostura y el orador tales ínfulas que aquél (sic) fue un discurso grandilocuente, conmovedor, magnífico.

Terminado el discurso, entre abrazos y palmoteos, parecía dirigirnos el jarro de agua de la mesita miradas de frío desengaño...

1 Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, Prol. Horacio Labastida. México, Porrúa, 1996 (Sepan cuántos..., 481) pp. 3-4.

-Falta el banquete, dijo Juan; hagamos una requisición de bolsillos...

La colecta produjo real y medio.

Era necesario desechar el licor y los bizcochos.

Convenimos en la compra de una piña y en aprovechar algunos terrones de azúcar que esperaban envueltos en un papel el advenimiento del café.

Rebanose la piña, se espolvoreó sobre ella el polvo de azúcar y... el banquete fue espléndido, amenizado con ruidosas improvisaciones”²

Cuando se formó la Academia de Letrán, Guillermo Prieto tenía 18 años. En dicha institución fueron aceptados por igual liberales y conservadores, al tiempo que, para solicitar su ingreso, debían enviar una obra que fuera aprobada por sus miembros. Manuel Carpio y José Joaquín Pesado fueron los conservadores del grupo; por su parte, Ignacio Ramírez, “El Nigromante”, ingresó enarbolando la proclama: “Dios no existe”. El mismo Prieto apunta que otro mérito de la Academia fue el haber democratizado la literatura porque dice que allí se asignaban las distinciones al alto mérito, “sin distinguir ni edad, ni posición social, ni bienes de fortuna, ni nada que no fuera lo justo y lo elevado [...]” Algunos de quienes integraron esta Academia publicaron después de *El Ateneo Mexicano* (1844-1846), periódico que, fundó también Prieto, entre otros.

A nuestro poeta le tocó ser testigo y actor en la etapa en la que se forjaba la nación mexicana, “cuando lo viejo no acababa de morir ni lo nuevo de nacer”. Como mestizo era, recordemos las características que Luis G. Urbina le concede a esta raza en *La vida literaria en México*, “[...] más brioso, más audaz, más ágil de pensamiento, más seguro del porvenir y de la victoria”³ razones por las cuales enfrentó con valentía su orfandad y supo conseguir el apoyo de hombres tan importantes como el ya mencionado Andrés Quintan Roo y Manuel Gómez Pedraza, quien fuera presidente de México entre 1832 y 1833. Ambos personajes lo apoyaron para que realizara sus estudios.

Al año siguiente de que el Constituyente de Chilpancingo decretara, en 1814, que el país sería una república representativa y popular, el Congreso se disolvió y hubo dos regencias en 1821 y 1822. Un año después, Agustín I tomó el poder por 10 escasos meses. Su mandato concluyó en marzo de 1822, año en que lo sustituyó un triunvirato provisional formado por Nicolás Bravo, Guadalupe Victoria y Pedro C. Negrete, cuyos suplentes fueron: Vicente Guerrero, Mariano Michelena y Miguel Domínguez. A partir de la promulgación de la Constitución de 1824,⁴ se instituyó la primera república

² *Ibid.*, p.75

³ *La vida literaria en México*, imprenta Saéz Hermanos, Madrid, 1917, pp. 137 y ss., cit. en el prólogo a *ibid.*, p. XII.

⁴ De esta carta Magna dice Guillermo Prieto en sus Lecciones de historia patria: “Expresión de estas contradicciones, de estas inconsecuencias, de esta debilidad de los partidos que se hallaban frente a frente, fue la Constitución de 1824; en ella se prescribía la libertad del pensamiento y la intolerancia religiosa; la igualdad y los fueros; la soberanía de los Estados y la preponderancia del poder militar”, s.e., México, INBA, Dirección General de Publicaciones y Medios de la SEP, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Secretaría de Gobernación, p. 350

ca federal que duró hasta 1835. Fue sustituida por la primera república central de aliento conservador que se mantuvo entre 1836 y 1837, etapa que el propio Prieto considera en sus *Lecciones de historia patria* como “de franco retroceso”.⁵ Los cambios en la presidencia eran frecuentes. Hubo ocho presidentes y un triunvirato durante la mencionada república federal, entre ellos estuvo Antonio López de Santa Anna, quien después gobernó de 1834 a 1843 en el periodo de la república central. La segunda república federal también tuvo dominio santanista, entre 1843 y 1846, y del 46 al 48 se registró la guerra que concluyó con la pérdida de la mitad del territorio a manos de Estados Unidos, en virtud de los tratados de Guadalupe Hidalgo.

Entre los intelectuales del país convivían personajes que todavía suspiraban por la monarquía, conservadores y liberales, centralistas y federalistas. De acuerdo con Horacio Labastida, quien prologó la edición de Porrúa de las *Memorias de mis tiempos*, “Transcurrieron 38 difíciles años para que la primigenia e inédita personalidad cultural del mexicano hallara los senderos de su identidad”.⁶ Vinieron después las Leyes de Reforma (1859) y los cinco años de batallar contra el imperio de Maximiliano de Habsburgo.

Mientras tanto, Guillermo Prieto, quien fue protagonista de muchos de estos hechos históricos, no paraba de escribir. Comenzó su carrera de periodista como redactor del *Diario Oficial* en la época de Anastasio Bustamante. Más tarde ingresó en *El Siglo Diez y Nueve*, donde se inició como crítico teatral. Colaboró asimismo en otras publicaciones periodísticas como el *Monitor Republicano*. Publicó en *El Museo Mexicano* (1843-1845) y dirigió con Manuel Payno la *Revista Científica y Literaria* (1845-1846). Además fundó, con Ignacio Ramírez, el periódico satírico *Don Simplicio*, en 1845. Sus primeras poesías fueron publicadas en el *Calendario de Galván* y en la revista *El Mosaico Mexicano* durante 1837. Bajo el pseudónimo de “Fidel” cultivó todos los géneros literarios.

Como historiador dejó testimonio de los acontecimientos más trascendentes del siglo XIX mexicano, en libros como sus ya mencionados *Lecciones de historia patria* y *Memorias de mis tiempos*, crónica de la vida social, política y literaria de su época, salpicada de buen humor e ingenio, que fueron publicadas póstumamente. El Prieto literato no fue menos prolífico, se adscribió al movimiento romántico como autor de numerosos artículos costumbristas publicados en el periódico *El Siglo XIX* y recopilados en *Los San Lunes de Fidel* (1823). Compuso las piezas dramáticas *El alférez* (1840), *Alonso de Ávila* (1842) y *El susto de Pinganillas* (1843). Escribió para *El Monitor Republicano* en 1847 y para *El Álbum Mexicano* en 1849, entre otras publicaciones en las que colaboró. Fue también redactor del *Diario Oficial* por encargo de Anastasio Bustamante. En 1890 el periódico *La República* abrió un concurso para determinar quién era el poeta más popular, mérito que le correspondió a Prieto.

Su obra poética se divide en composiciones patrióticas y versos populares inspirados en el pueblo y sus costumbres. *El Romancero*, poema épico en octosílabos, celebra la gesta de la Independencia.

⁵ *Ibid.*, 349 ss.

⁶ Guillermo Prieto, *Memorias de mis Tiempos*, *op. cit.*, p.XIV.

cia, *Musa Callejera* (1883) es una obra en letrillas a través de las cuales Prieto “retrata” a múltiples tipos populares en el contexto de sendos cuadros de costumbres. Completan su producción poética *Poesías Escogidas* (1877) y *Versos Inéditos* (1879). Manuel Altamirano lo consideró como “*El Poeta mexicano por excelencia*” y también como “*El poeta de la Patria*”.⁷

Desde muy joven, Guillermo Prieto se afilió al Partido Liberal y siempre criticó el gobierno de Antonio López de Santa Anna. Fue Ministro de Hacienda con Mariano Arista (14 septiembre de 1852 al 5 de enero de 1853). Se adhirió al Plan de Ayutla, y al término de la revolución respectiva fue nombrado administrador general de Correos. Fue ministro de Hacienda de Juan Álvarez (del 6 de octubre al 6 de diciembre de 1855). Participó como diputado del Congreso Constituyente que elaboró la Constitución de 1857. Una vez consumado el golpe de Estado contra el gobierno de Ignacio Comonfort, propiciado por Félix Zuloaga con el Plan de Tacubaya, se unió a la causa liberal de Benito Juárez. Es justamente célebre la frase: ¡*Alto! ¡Los valientes no asesinan!* que pronunció al interponerse entre un grupo de sublevados, lo que le salvó la vida al Benemérito de las Américas. Participó en la emisión de las Leyes de Reforma y al terminar la Guerra correspondiente continuó ejerciendo su nombramiento de ministro de Hacienda. Cuando se separó de dicho cargo, acompañó a Juárez hacia el Paso del Norte. Fungió también como diputado federal de 1861 a 1863.

En 1866 apoyó a Jesús González Ortega en sus pretensiones de dar término al período presidencial de Juárez y asumir el cargo, pero éste negó la realización del cambio de gobierno por encontrarse en tiempos de guerra. Por tal razón, González Ortega y Guillermo Prieto se exiliaron a Estados Unidos. Una vez restaurada la República, Prieto regresó a México y fue elegido diputado federal durante cinco legislaturas sucesivas de 1867 a 1877.

En el porfiriato fue diputado durante nueve legislaturas seguidas de 1880 a 1896. Vivió en Cuernavaca durante sus últimos años debido a que sufrió una lesión cardíaca; pero a la muerte de su hijo regresó a la capital para asistir a los funerales. Murió en Tacubaya el 2 de marzo de 1897 acompañado por su segunda esposa Emilia Golard. Sus restos descansan en la Ronda de los Hombres Ilustres.

Durante los últimos años de su vida, además de seguir escribiendo, se desempeñó como docente en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Nacional de Jurisprudencia. Según Leonor Ludlow, esto “afirmó su influencia en las nuevas generaciones, responsables de la gran popularidad alcanzada durante los últimos años de su vida, la cual fue coronada por un sólido reconocimiento moral en tanto que figura central del liberalismo de la época de la reforma”.⁸

7 Un repaso panorámico de la obra de Guillermo Prieto puede leerse en el capítulo que lleva su nombre escrito por Begoña Arteta en la serie coordinada por Juan Antonio Ortega Medina y Rosa Camelo. *Historiografía mexicana* vol. IV “En busca de un discurso integrador de la nación 1848-1884”, Antonia Pi-Suñer Llorens coord., México, UNAM, 1996.

8 Belem Clark de Lara y Elisa Speckelman Guerra, editoras. *La República de las letras. Galería de escritores*, Vol. III, México, UNAM, 2005. p 191.

Voy a detenerme ahora en la revisión de los acontecimientos que desembocaron en el destierro de Prieto a Querétaro a partir de 1853, porque en el marco de los espacios olvidados que nos convoca en esta ocasión, me referiré precisamente a la casa en que Guillermo Prieto habitó en la entonces villa de Cadereyta.

Los liberales repudiaban al dictador Santa Anna, éste ya había mandado llamar al director del periódico *El siglo XIX* para amonestarlo por sus escritos; en sus memorias, Prieto transcribe lo que tal personaje contestó: “Yo he de seguir escribiendo como hasta hoy, y tenga usted muy presente que, cuando comencé esta tarea, me convencí de que en lo más que puedo parar, es en cuatro velas y un petate”⁹ Nuestro autor comenta al respecto que Mariano Otero y Manuel Gómez Pedraza, quienes escribían también en aquel periódico, fueron hechos prisioneros, por lo que se sentía avergonzado de estar en libertad, ya que le tocaba escribir precisamente la parte política de aquel diario.

La experiencia con Santa Anna, cuando participó en la guerra contra los Estados Unidos, provocó en Prieto una gran indignación ante el abandono en que dejó a las tropas del general Valencia, y por la respuesta altanera y prepotente que les dio, a él y a Luis Arrieta, comisionados para ir a pedirle ayuda, Santa Anna respondió echándolos luego de increparlos con una maldición. Al recibir noticia de ello, el general Valencia exclamó, palabras recogidas por Prieto en sus Memorias: “¡Traidor, nos ha vendido, nos entrega para que nos despedacen y acaben con la patria!”¹⁰

¿Cómo no iba a haber indignación y rechazo de Prieto hacia Santa Anna, cuando le dolió en carne propia lo que describe en esa misma obra, respecto a las consecuencias del ataque de los norteamericanos en aquella situación de desprotección?:

Al amanecer el 20 de agosto, los americanos, volteando nuestra posición por movimientos efectuados con la velocidad del relámpago, inclinaron su artillería y la nuestra sobre las fuerzas dispersas que huían por el descenso de las lomas y quedaron regueros de cadáveres; heridos que se arrastraban moribundos; carros hechos pedazos y mujeres enloquecidas de aullar, con los brazos levantados y los ojos de lobas perseguidas... aquella avalancha rodaba, se escurría loca, espantosa, en dirección de Churubusco.¹¹

En otros pasajes le reconoce al dictador su arrojo temerario; pero cuando es nombrado por el presidente Mariano Arista, Ministro de Hacienda, no puede dejar de hablar del caos en el que encuentra la economía del país, de lo cual deja constancia en sus memorias con las siguientes palabras:

A mi entrada al ministerio distinguí el caos, y mi primer intento fue sondear las disposiciones de ánimo del señor Arista para afrontar la terrible disipación que teníamos delante [...]

⁹ Prieto, *op. cit.*, p. 229.

¹⁰ *Ibid.*, p. 265.

¹¹ *Ibid.*, p. 266.

Los revolucionarios incendiando los pueblos, las convenciones diplomáticas amenazando al Gobierno, la insubordinación en los cuarteles, el hambre aturdiendo con sus gritos y difundiendo el descontento, los salvajes devorando nuestras fronteras, la usura y el agio devorando con avidez la sangre de los condenados a la miseria.¹²

Poco tiempo duró la presidencia de Arista. Ante la pobreza en que había caído el país, propuso la reducción del sueldo de los funcionarios a la mitad, lo que provocó gran inconformidad. Esto lo llevó a dimitir, antes que derramar la sangre del pueblo. El propio Guillermo Prieto le había aconsejado, según consta en sus Memorias: “Señor, más vale ahogarse en un lago de sangre que en un charco de inmundicia”, pero él entregó el mando al licenciado Juan B. Ceballos, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, quien tenía arrebatos de autoritarismo y provocó la inconformidad en las cámaras. Cuando decidió enviar al jefe de marina con 100 hombres a disolverlas, Ezequiel Montes, director de la misma, desapareció, por lo que el Vicepresidente tuvo que ocupar su lugar, y todo se volvió caótico.

En reuniones externas a los recintos propios de las cámaras, se decidió nombrar al gobernador de Puebla, Juan Múgica y Osorio, como nuevo Presidente del país, pero éste no aceptó y acabó, como depositario del cargo, Manuel María Lombardini. Mientras tanto se llamaba, nada menos, que a Antonio López de Santa Anna; los conservadores, con Lucas Alemán a la cabeza, proponían una carta programa para su gobierno, con la que pretendían acabar, a decir de Prieto, con todas las instituciones populares y libertades.

En Veracruz se recibió con pompa a Santa Anna, cada estado mandó un embajador, pero el que dejó huella fue el representante de Puebla, Joaquín Ruiz, cuyo discurso fue reproducido por Prieto en sus Memorias:

“[...] ese exagerado entusiasmo que los rodea es la irrisión de la verdad. La nación no cree ni puede tener esperanza en vos, que la ha sacrificado siempre a su ambición y su capricho [...]

Viene de la mano del partido enemigo de la independencia, enemigo del progreso del país, órgano de las clases privilegiadas, ladrón de los intereses del pueblo, y a V.E. le creen un manequí [sic] a quien hace sumiso la ambición de mando [...] yo he sido enviado para decir a V.E. la verdad. V.E. no tiene principio alguno político, es el ídolo del clérigo relajado y del soldado prostituido”.¹³

12 *Ibid.*, p. 332.

13 *Ibid.*, p. 340.

Por supuesto que quien se hizo nombrar: “Su alteza serenísima”, no aguantó más y ordenó sacar de la sala al que le estaba diciendo sus verdades, y a quien calificó de “indio indecente”. Mientras era apoyado o vigilado, sobre todo por Alamán como representante de las clases privilegiadas, y por Manuel Escandón y otros negociantes, Santa Anna empezó a ejercer nuevamente el poder ejecutivo. Prieto denuncia que se emprendieron las reformas propuestas por Alamán con lo que se destruían los recursos del pueblo, se agravó el asunto de la leva y se provocó el recrudecimiento de la insolencia del clero. Las diferencias entre el derroche de los cercanos al poder y la gente común se agrandaron.

Tiempo después murieron Lucas Alamán y José María Tornel, con lo que cayeron muchos encumbrados, pero subieron otros incultos y prepotentes. Prieto se refiere así de ellos:

“en los entresuelos de la Presidencia se alojaron los ayudantes, y las escaleras de los patios interiores estaban transitadas por valentones desastrados, galleros, buscavidas e insolentes, horizontales [sic] graduadas de viudas y pensionistas y ahijadas de tal o cual clérigo contemporizador y mundano”.¹⁴

Denuncia también Don Guillermo, que la prensa fue especialmente perseguida y que él, refugiado en el *Monitor republicano* junto con Ponciano Arriaga, Francisco Banuet y otros colegas disparaban “con frenesí” sus tiros a la dictadura. Empezó entonces la persecución. A Vicente García Torres lo expulsaron a Monterrey por un artículo titulado, “Arcos triunfales” en el que destilaba sarcasmo respecto a la entrada del presidente. Con motivo de su cumpleaños, el propio Prieto escribió, como confiesa, “con ponzoña de alacrán”, uno en el que marcaba los rasgos volubles del carácter de Santa Anna. Antes de 48 horas él y Eufemio Romero, quien había escrito en el periódico *Calavera*, otro texto en el que se quejaba de la preponderancia de los conservadores, fueron amonestados por el dictador quien intentó patear a Prieto.

Finalmente, el 29 de julio de 1853, la casa de Don Guillermo, que él califica como humilde, pero que estaba a la entrada del camino conducente al Palacio del Arzobispado, donde residía Santa Anna, fue rodeada por “grande aparato de fuerza.” Recibió entonces la orden de destierro a Querétaro. Su Alteza Serenísima perdió piso totalmente, y no atendía consejos de nadie exhibiéndose como un déspota ignorante, del que Prieto dice, y al leerlo, no podemos sino pensar en el peligro que ahora mismo nos acecha:

“Las personas que le [sic] trataban muy de cerca, decían que del solo libro de que podía dar razón, aunque imperfectamente, era La Casandra, y en su conversación cuando decía demagos por demagogos, sección de la cámara por sesión y dracma por drama, y otras barbaridades; se conocía que en el poder había olvidado aun lo aprendido en la escuela.”

¹⁴ *Ibid.*, p.342.

Prieto termina sus indicando que allí se debe empezar a copiar su obra, *Viajes de orden suprema*, en la que refiere sus experiencias en el destierro. Esa obra se publicó inconclusa por Vicente García Torres, en 1857. Por azares y descuidos se perdió parte de ella. Fueron pocos los ejemplares de aquella edición que circularon, y pronto se agotó. En 1968 hubo una segunda edición de los Bibliófilos Mexicanos, una tercera fue publicada por la editorial Patria en 1970, y el gobierno del estado de Querétaro publicó otra en dos volúmenes en 1986, de ellas da cuenta Boris Rosen Jélomer, en la presentación que escribe a la que hizo la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, como parte de las Obras Completas de Prieto, en las que las crónicas de sus viajes aparecen en cinco volúmenes a partir del IV.

Prologa las 3000 páginas correspondientes a todos los volúmenes, Francisco López Cámara, quien enfatiza sobre los importantes hechos históricos que son telón de fondo tanto de los *Viajes de orden suprema* como de los *Viajes a los Estados Unidos* que realizó nuestro autor, a saber: su acompañamiento a Benito Juárez en tantos hechos de trascendencia para la nación, incluidos sus éxodos, la Reforma, la Guerra de Tres Años, la intervención de los Estados Unidos y los primeros tiempos del imperio de Maximiliano. Si se quiere conocer las reflexiones que López Cámara hace sobre la obra un tanto desordenada y, en ocasiones inconclusa, que Guillermo Prieto escribió sobre sus viajes, remito a la lectura de su prólogo, muy ilustrativo de la personalidad de quien firmara con el seudónimo de Fidel.

En ese contexto, mi prioridad en este artículo es hablar precisamente de un espacio olvidado, y vaya que lo está. En él habitó Guillermo Prieto. Hoy es cabecera municipal Cadereyta de Montes, poblado fundado hacía 1640, y que debe su nombre al virrey Lope Díez de Armendáriz, marqués que procedía de una ciudad del mismo nombre, ubicada en Navarra, España. El apellido se debe al ilustre queretano, don Ezequiel Montes, a quien por cierto, Prieto no deja muy bien parado en sus *Memorias*, cuando se refiere al ya citado episodio de la toma de las cámaras. Se decía que era originario de Vizarrón, pero él mismo manifestó haber nacido en Cadereyta, por lo que en 1904 se amplió el nombre de dicho sitio, que hasta el año 1861 se dejó de considerar villa y fue declarada ciudad.

Cadereyta se trazó como pueblo de españoles de acuerdo a las ordenanzas reales de Felipe II. Para principios del siglo XIX era considerado un poblado de gran tradición y abolengo, tanto que fungió como la Alcaldía Mayor y posteriormente fue convertido en “Partido” de una región de más de 6,353 kilómetros cuadrados, poblada mayoritariamente por españoles y por indígenas otomíes, pames y de otros grupos.¹⁵

15 Información tomada de José Félix Zavala, “Cadereyta en el semidesierto queretano”, *El oficio de historiar*.

En línea en http://eloficiodehistoriar.com.mx/category/sierra_gorda

Al llegar a territorio queretano, Guillermo Prieto habitó en San Juan del Río, en la ciudad de Querétaro y en Tequisquiapan, antes de arribar a Cadereyta. Como narrador costumbrista que era, este personaje tomaba nota de sus vivencias cotidianas, y acerca de su relación con quienes habitaban aquellos espacios, además de describir con la facilidad que lo caracterizó, sitios y personas.

Marina Martínez Andrade, quien escribe precisamente sobre los *Viajes de orden suprema* de Guillermo Prieto, se refiere a lo que Altamirano declaró respecto a este tipo de publicaciones y concretamente a las de Fidel: “en un siglo en que los mexicanos casi no viajaban -y, en caso de hacerlo, escribían muy poco acerca del asunto-, Prieto, lleno de humor y gracia pintoresca, cultivó profusamente este género”.¹⁶

En el interesante análisis que Martínez Andrade hace en su artículo, se puede encontrar la valoración los *Viajes de orden suprema* como parte de los libros de tal naturaleza, hasta llegar a la conclusión de la autora respecto al propósito que Prieto tenía de...

[...] cartografiar el territorio de la patria para dejar constancia de su paisaje, sus costumbres, su lenguaje, su historia y sus valores. Aspiraba a que la literatura fuera expresión fiel y elemento activo de la integración cultural, perfilando el relato de viajes como uno de los géneros idóneos para lograrlo. Guiado por su preocupación esencial por México y por las cosas mexicanas, Prieto en su escritura de viajes, aporta múltiples elementos al proceso de formación de la identidad nacional.¹⁷

De su estancia en Cadereyta deja Prieto constancia en los apartados titulados: “Cadereyta”, “La plaza. La misa mayor. Misa de tramoya. El mercado. El baratillo”, “Obras públicas y de beneficencia”, “Servicio espiritual”, “La vida del pueblo”, con dos apartados: “Indios II” e “Indios III”, en los que se refiere a los naturales de la región.

Muy diferente es la apreciación que el autor tiene de aquella villa, cuando llega que cuando se aleja de ella, enterado de la noticia de un bando emitido por Santa Anna, en el que concedía el perdón a los que por causas políticas estuvieran en condición de destierro.

Así describe Prieto la villa que lo recibe:

“Ya casi a la entrada de Cadereyta se distingue toda la población que en obsequio de la verdad presenta un aspecto agradable, y como que desmiente su pésima reputación y las preven- ciones que engendra su falta de agua.

16 Ignacio Manuel Altamirano, “Introducción al Viaje a Oriente de Luis Malanco”, en *La literatura nacional: revistas, ensayos, biografías y prólogos*, t. 3, ed. y pról. José Luis Martínez, Porrúa, México, 1949, (Escritores Mexicanos, 54) pp. 93-122, en Marina Martínez Andrade, *Guillermo Prieto: viajes y escritura*. En línea <http://148.206.53.230/revistasuam/iztapalapa/include/getdoc.php?id=1613&article=1661&mode=pdf> [consultado el 28 de mayo de 2012].

Extendiéndose la población de oriente a occidente, como refugiándose en las rocas, como espiando desconfiada a los viajeros que la visitan; al sur domina como un muro la serranía con sus peñas descarnadas; con su vegetación trabajosa e ingrata, pero con su aspecto salvaje e imponente; las crestas de las rocas, coronan las montañas elevadísimas, y como que sobresalen y se desprenden en plataforma atrevida, como el caballero alto de una imponente fortaleza.

Sobre la cima de los montes ya en grupos, ya aislándose, se ven algunas chocitas como entre los anillos de la inmensa serpiente que forman los bordos de las cercas de piedras que limitan y señalan las grandes y pequeñas propiedades¹⁸.

Describe también Prieto la parroquia principal y demás iglesias de Cadereyta, así como su plaza, y compara Tequisquiapan con este sitio, en los siguientes términos:

“El primer pueblo es un esqueleto entre las flores y la pompa de la vegetación. El segundo es una beldad rendida al cansancio y a la sed en medio de la aridez y la falta de recursos. El primero es un pueblo que aniquilado pero rico en gérmenes de vida, podrá revivir un día; el segundo, hermosura herida de muerte en el corazón, debe morir rápidamente si un esfuerzo poderoso no la reanima. El primero puede morir soñando en la felicidad, el segundo lamentando sus recuerdos. El primero tiene los ojos en su porvenir, el segundo en el pasado. El primero sin vigor está postrado entre sus campos fértiles, el segundo se asienta fatigado entre sus ruinas.

El primero se aduerme al murmullo de sus aguas, el segundo se desvela viendo filtrar las gotas de agua borrosa que lloran las peñas para apagar la sed que devora sus entrañas. En el primero se vuelve la espalda al pueblo, para recrearse en el campo y con las vegas risueñas del río, en el segundo el campo entristece y la villa se busca como placer, y como refugio de la esterilidad y la tristeza.¹⁹

En ese espacio que Prieto veía como un pueblo doliente, acorde con su propia tristeza, se instaló en un “lóbrego y ruinoso caserón” en la calle entonces llamada de Diamante y que hoy lleva el nombre de nuestro personaje. Acerca de esa casa él mismo dice haber escrito en sus cartas íntimas los siguientes versos:

“Tengo por vecindad una escoleta²⁰
que casi me despierta con la aurora,
en que alternan la trompa gruñidora,
el agudo octavino²¹ y la corneta.”²²

17 *Ibid.*

18 Guillermo Prieto, *Obras completas IV. Crónicas de viaje 1. Viajes de orden suprema (1853-1855)*, presentación y notas de Boris Rosen, prólogo de Francisco López Cámara, México, Conaculta, 1994, pp. 326-327.

19 *Ibid.*, pp. 328-329.

Nuestro autor continúa diciendo al respecto: “como compitiendo con la escoleta está la escuela del lugar, a mi siniestra mano y a mi frente el campanario de la parroquia, de suerte que no había más que pedir en materia de ruidos”.²³

Me di a la tarea de buscar la tal casa en Cadereyta, el primer fin de semana que fui no tuve éxito, pues después de las dos de la tarde cierran el pequeño módulo de atención turística que está enfrente de la parroquia. Seguí una pista equivocada que había encontrado en la Internet y que me hizo dirigirme a la escuela Justo Sierra, cuyo edificio es realmente una construcción reciente.

La conserje me sugirió que buscara a la señora Ventura, “que conoce todas las leyendas de Cadereyta”, y cuya tienda está justo en una de las esquinas de la acera frente a la escuela. Su hija me informó que se había ido “a su junta de cronistas” a Querétaro. El siguiente sábado fui directamente a la tienda de la cronista, pero la encontré cerrada. Un guardia me orientó hacia el módulo turístico donde por fin, el señor Fidel Mora me informó que la casa se encontraba en la siguiente esquina, a mano izquierda; pero me advirtió que estaba en ruinas y que, además, había dos casas; que una tenía una placa alusiva, pero que algunos decían, que Prieto vivió realmente, en la que está a un lado.



Como ya mencioné, la calle se llama obviamente Guillermo Prieto. Las dos casas: una con, y otra sin placa parecen una sola, como puede verse en la foto de arriba; pues su estructura cuadrangular es idéntica y están pintadas del mismo color.

La placa, que apenas puede leerse, alude a que la Barra de Abogados de Querétaro reconoce ese lugar como la casa en que habitó el ilustre liberal Guillermo Prieto. Por suerte, una persona abrió

20 La palabra escoleta alude a una banda de músicos y también al lugar donde estos se reúnen para tocar, seguramente es con este segundo significado que la emplea Prieto en su verso.

21 Especie de guitarra pequeña.

22 *Ibid.*, p. 357.

23 *Loc. cit.*

la puerta del lado habitable y pude platicar con ella. Se trata de la señora Rosario Anaya Velázquez, quien fuera secretaria del ayuntamiento y cuyo padre, el señor Luis Anaya Trejo, permitió que la placa fuera colocada en la pared de su casa, ya que los últimos herederos de aquella, en la que habitó el poeta, no permitieron que se hiciera allí. El último dueño, cuyo nombre conoció la señora Anaya, fue el de Concho Dorantes. Me dijo que al parecer la vivienda está intestada, información que confirmé al visitar el pequeño museo de Cadereyta, cuya guía me aseguró que así es.

La señora Anaya me informó que la ventana desde la que Prieto veía el campanario de la parroquia es la que tiene herrería, o sea, la que se ve en la siguiente foto.



Como puede apreciarse, las dos ventanas están ahora cubiertas por maderos en estado desastroso; por las rendijas puede apreciarse que los techos han desaparecido, aunque las paredes se conservan hasta cierta altura, lo que permitiría la reconstrucción de las habitaciones tal como estaban distribuidas.

Por el momento, quien está en posesión de la propiedad tiene dentro una vaca tan abandonada como la casa, pues la señora Anaya asegura, que el pobre animal muge día y noche en la soledad.

Guillermo Prieto escribió lo siguiente acerca de su despedida de Cadereyta:

“Las frescas brisas de la mañana, la acariciadora luz primeral, aliviaron mi espíritu, y volví los ojos a aquel pueblo donde dejaba recuerdos tan delicados, amistades tan sinceras, tan tiernas afecciones.

Nunca descubrí más belleza en el tendido valle de Cadereyta.

Limitado a mi espalda por una hilera extensa de gigantescos órganos, como una cruja de pilastras de esmeralda; circundando a mi frente por el empinado lomerío y la quebrada sierra que arranca en la hacienda de Santa Bárbara y dibuja sus sinuosidades fantásticas en el horizonte, tendido como un mar de verdura hacia el oriente, remedando sus horizontes las olas del océano... el valle de Cadereyta me parecía encantador”²⁴

Cadereyta es una ciudad limpia, cualidad por desgracia poco presente en los espacios del México de nuestros días. Las calles céntricas son amplias y empedradas, lo que les da un agradable aspecto, acentuado por la tranquilidad que permite la poca afluencia de vehículos.

El agua fue extraída de la tierra cuando la tecnología, fuerza poderosa, le dio el impulso necesario. Ahora pueden verse árboles frondosos además de los órganos a que hace referencia Prieto. El gobierno de Cadereyta debe volver los ojos al pasado, no para lamentar sus recuerdos, sino para rescatar los episodios valiosos de su historia. La ciudad actual debe seguirse buscando como placer y como refugio, pero también como un espacio que tiene historias dignas de recuperarse, como es la de la estancia del liberal Guillermo Prieto durante su destierro a Querétaro.

²⁴ *Ibid.*, p. 426.

Bibliografía

- Ignacio Manuel Altamirano**, *La literatura nacional: revistas, ensayos, biografías y prólogos*.
Ed. y pról. José Luis Martínez, t. 3, Porrúa, México, 1949 (Escritores Mexicanos, 54).
- Belem Clark de Lara, y Elisa Specklman Guerra**, (ed.) *La República de las letras. Galería de escritores*,
Vol. III, México, UNAM, 2005.
- Juan Antonio Ortega Medina y Rosa Camelo**. *Historiografía mexicana vol. IV*. “En busca de un
discurso integrador de la nación 1848-1884”, Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.),
México, UNAM, 1996.
- Guillermo Prieto**, *Obras completas IV. Crónicas de viaje 1. Viajes de orden suprema (1853-1855)*,
Presentación y notas de Boris Rosen, prólogo de Francisco López Cámara, México, Conaculta, 1999.
___, *Lecciones de historia patria, s. e.*, México, INBA, Dirección General de Publicaciones y Medios
de la SEP, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Secretaría de
Gobernación, 1986.
___, *Memorias de mis tiempos*, Prol. Horacio Labastida. México, Porrúa, 1996 (Sepan cuántos..., 481).

Fuentes

- Marina Martínez Andrade**, *Guillermo Prieto: viajes y escritura*. En línea en <http://148.206.53.230/revistasuam/iztapalapa/include/getdoc.php?id=1613&article=1661&mode=pdf> [consultado el 28 de mayo de 2012].
- José Luis Sierra**, “Los viajes de Guillermo Prieto”, *Querétaro. Revista mensual*. Año II, núm. 21, marzo de 1987.
En línea en: <http://www.museocadereyta.org/pdf/II211.pdf>
- José Félix Zavala**, “Cadereyta en el semidesierto queretano”. *El oficio de historiar*.
En línea en http://eloficiodehistoriar.com.mx/category/sierra_gorda



VIDA SIN MUERTE.
DE LA LUCHA POR LA INMORTALIDAD
A LOS PANTEONES.
CEMENTERIOS VIVOS EN LA CIUDAD DE MÉXICO
1876- 1910

Marcela Suárez Escobar
Universidad Autónoma Metropolitana. Azc.

Alberto José Ramos y Bolaños
Universidad Nacional Autónoma de México



La muerte...

Martín Heidegger¹ sostiene la tesis de que el hombre es un ser para la muerte y promueve la idea de la muerte precursada, porque señala que asumirla es la única manera que tiene el hombre para posibilitar la vida y el deseo. Califica como “muerte impropia” aquella que no se asume, y afirma que las creencias en el “más allá” sólo operan como una negación de la muerte porque aspiran a la idea de inmortalidad.

Jean Allouch² coincide con Heidegger en la afirmación de la necesidad de precursar la muerte, y sostiene que cuando los individuos acceden a sacrificar “un pequeño pedazo de sí”, mueren un poco, permitiendo con ello revelar la finitud, para abrir la puerta al proyecto Heideggeriano o al deseo Lacaniano.

Pero no sólo se niega la muerte aspirando a la inmortalidad en un más allá, también se la niega cuando sólo se acepta “la muerte del otro” y no la propia, y tanto Heidegger como Ariès, o como

1 Martín Heidegger, *El ser y el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, pp. 253-283.

2 Jean Allouch. *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*. México, Eppelle, 2001, *passim*.

Allouch señalan, que para muchos individuos la muerte de desconocidos aparece como un accidente que tiene lugar en el mundo, lejos de la muerte propia.³ También se niega a la muerte cuando no se quiere saber de ella, cuando se borran los ritos funerarios, cuando se rodea a la muerte de silencios, ésta para Philippe Ariès,⁴ es la muerte salvaje, la de la modernidad contemporánea; Allouch por su parte escribiendo sobre modernidad hablará de “muerte seca”, cuando desaparecen los rituales y los signos de duelo, cuando el doliente es abandonado y se convierte en objeto de exclusión.⁵

Según Ariès, la muerte en el mundo occidental era una muerte domesticada cuando la actitud de las personas ante la muerte era en general de espera, familiaridad, resignación, y no implicaba un drama personal porque incluía a la comunidad; pero también lo era cuando a partir del siglo XI surgieron modificaciones en los hábitos, y los ritos mortuorios adquirieron particularidades funerarias que los personalizaban. En ese momento, el muerto empezó a tener importancia como individuo que desaparece. De cualquier manera se asumía la muerte y se acompañaba a los dolientes. Para Ariès, la muerte salvaje es aquella a la se le teme y por ello se le coloca a distancia, se da cuando la sociedad deja de participar en ritos funerarios para no ser estigmatizada y deja de acompañar al enfermo terminal; es cuándo a éste se le interna en hospitales y se le niega saber sobre su estado, según el autor, esa es la muerte de la modernidad contemporánea.

Los ritos siempre tienen eficacia simbólica, y su sólo tránsito produce transformaciones subjetivas.⁶ Los ritos de duelo según Durkheim son expiatorios, y según Allouch se está en duelo no porque una persona cercana haya muerto, sino porque quien ha muerto se lleva consigo un “pedazo de sí” “del doliente. Lacan ubica el duelo como un agujero en lo real, y señala que el rito puede ser equivalente al trabajo de duelo, ya que el grupo y la comunidad culturalmente organizados pueden ser los soportes en la realización del duelo al hacer intervenir todo el juego simbólico para enfrentarse con la falta, y de ahí los ritos funerarios.⁷ Según Ariès, una de las funciones de los ritos del duelo es posibilitar el lazo social para el cuidado de los deudos, porque el duelo social tiene como una de sus funciones defender al sobreviviente contra los excesos de su pena; el duelo impone cierto tipo de sociabilidad, en el transcurso de la cual la pena puede liberarse.⁸ Allouch afirma que en México existe una incidencia en la persecución del duelo, persecución que posee una doble función civilizadora con respecto a la relación de cada uno con la muerte.⁹

3 Luis Tamayo, “El fin del duelo”, *Revista Litoral*, No. 34. Julio 2004.

4 Philippe Ariès, *Morir en Occidente. Desde la Edad media hasta la actualidad*, Buenos Aires, Editions du Seuil, 1975.
Ariès contrapone a esta “muerte salvaje” la “muerte amaestrada”, la domesticada, esa actitud en dónde la muerte es familiar, cercana, atenuada, a la que no se le teme, pp. 19-28.

5 Jean Allouch, *op. cit.*, p. 197.

6 Claude Levi-Strauss, “La eficacia simbólica”, *Antropología estructural*, Barcelona, Paidós, 1987, pp. 211-227.

7 Beatriz Aguad. “Presentación”. *Revista Litoral*. No. 34. México, Eppelle, 2004.

8 Philippe Ariès, *op. cit.*, -----

9 Jean Allouch, *op. cit.*, p. 213.

En México...

En México, el trato con los muertos es históricamente producto de las tradiciones del cristianismo medieval que llegó con la conquista espiritual y las tradiciones prehispánicas. Las concepciones milenaristas de los pueblos de Mesoamérica se conjuntaron y dieron origen a una muy peculiar manera de relacionarse con los muertos en dónde la creencia de su retorno y de su papel de intermediarios se manifestó en innumerables prácticas y ritos funerarios.¹⁰ En la tradición prehispánica los mexicanos habían considerado a la muerte como parte de la vida, después, como una manera de exorcizar el miedo a la muerte se le empezó a representar, y en siglos posteriores se organizaron grandes fiestas en los “Días de Muertos”. Con el Iluminismo y el Romanticismo, al tiempo que crecían los conocimientos científicos principalmente entre la población urbana, se dio un incremento en el miedo hacia la muerte; al mismo tiempo el Romanticismo exaltó “su belleza”, y así inspiró a muchos artistas que la representaron en la literatura, la escultura y pintura; la enfermedad y la muerte fueron también temas que atrajeron poderosamente a los modernistas. Jean Allouch señala que existieron entonces rasgos que fueron comunes al duelo romántico y al freudiano, el acento puesto en la muerte del otro, la familiarización del duelo por la disgregación de los apoyos comunitarios y la disociación de la muerte con el mal. El romanticismo desbarató la idea de la muerte como separación y la convirtió en el espacio ideal para el reencuentro con el otro.¹¹

Los positivistas defendían la existencia de los cementerios porque el culto a los muertos, así como el establecimiento de las tumbas y los sitios de sepultura, formaban parte, según ellos, de toda nación civilizada. Consideraban que estos elementos, junto con las escuelas, eran integrantes de las células familiares, de las municipalidades, y que por tanto, no podían dejar de existir en las ciudades.¹² El empleo de tumbas familiares en forma de capillas se extendió entre las clases medias y altas porque, ante el mundo cambiante que el nuevo siglo ofrecía, se trató de reunir a la familia con la finalidad de inhumar en compañía de seres queridos. La construcción de tumbas y mausoleos fue una de las principales actividades artísticas entre 1870 y 1930.¹³ Los cementerios dejaron de ser lugares de terror para convertirse en refugios últimos en dónde, a través de esculturas y epitafios, se intentaba retener a las personas amadas. En la misma época el culto a ciertos muertos se convirtió en una expresión de reconocimiento de la historia nacional y de patriotismo.¹⁴

10 Andrés Medina, “Una mirada etnográfica a la fiesta de los muertos en la ciudad de México”, *Revista Litoral* No. 34, *op. cit.*,

11 Jean Allouch, *op. cit.*, pp. 146-150.

12 Philippe Ariès, *op. cit.*, p. 185.

13 Arturo Casado Navarro, “La escultura durante el Porfiriato”, *El arte mexicano. Arte del siglo XIX*. T. 11.

México, Secretaría de educación pública- Salvat, 1982, pp. 1611-1614.

14 Orlando Mejía Rivera, *La muerte y sus símbolos. Muerte, tecnocracia y modernidad*, Universidad de Antioquía, Bogotá, 2000, p.47.

En la ciudad de México de fines del siglo XIX se crearon varios cementerios, como el general de la Piedad (1871), el del Peñón de los Baños (1879), destacando como los más importantes el Panteón de Dolores, fundado en 1874, el del Tepeyac, remodelado en 1910; el Francés de la Piedad, creado por Maximiliano de Habsburgo en 1864, y el Español que se erigió en 1886. Este trabajo se referirá a los panteones de Dolores y Francés de la Piedad, por ser los panteones vivos más importantes de la ciudad de México, durante el periodo que nos ocupa. Ellos representan espacios opuestos para la muerte según la fortuna económica personal del afectado, y por ser ambos, depositarios de un gran patrimonio artístico y cultural. Estos panteones corresponden a la categoría de los llamados cementerios patrimoniales, pues fueron creados en México en el siglo XIX y hasta 1930.¹⁵ Son parte del patrimonio cultural porque no sólo están constituidos por obras que expresan la creatividad de artistas, sino también porque caracterizan varios momentos de nuestra historia.¹⁶ Son conjuntos de monumentos históricos, porque están vinculados a la historia del México del siglo XIX, y son conjuntos de monumentos artísticos, porque a decir de la ley federal sobre monumentos y zonas arqueológicas, artísticos e históricos...

“Los monumentos artísticos son los bienes muebles e inmuebles que revisten valor estético relevante y para determinar ese valor se debe tomar en cuenta la representatividad, la inmersión en determinada corriente estética, el grado de innovación, los materiales y técnicas utilizadas así como las técnicas análogas y también su significación en el contexto urbano...”¹⁷

En suma, el interés por el estudio de estos cementerios responde a la idea de que los cementerios expresan las ideas que sobre la muerte tienen las sociedades, y porque estos cementerios representan una parte muy importante de la historia nacional y constituyen espacios que no deben olvidarse.

15 David Vázquez Salguero y Adriana Corral Bustos, “Alcances de los estudios sobre cementerios”, Carlos Mercado y Lourdes Serna, *Catrininas y Sepulcros, cultura y espacios funerarios en México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2006, p. 249.

16 Ethel Herrera Moreno, *El panteón francés de la piedad como documento histórico: una visión urbano-arquitectónica*, Tesis doctoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 15.

17 *Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas*. Cap. III.

Los cementerios...

La palabra cementerio viene del griego *Koimetérion* que significa lugar de reposo, implica un espacio para los muertos ya sea público o privado, y va estrechamente ligado con la idea de sepultura. La sepultura como un derecho humano. La sepultura como una necesidad desde los tiempos prehistóricos, hasta el *átaphos* de Antígona y el espacio cristiano de espera para la resurrección. La sepultura como algo que marca el lugar de una pérdida que humanamente podemos nombrar, situar y en consecuencia, aceptar.¹⁸ La sepultura como algo inherente a la vida porque, como señala Jacques Lacan...

“...No se trata de terminar con quien es un hombre como un perro. No se puede terminar con sus restos olvidando que el registro del ser de aquel que pudo ser ubicado mediante un nombre, debe ser preservado por el acto de los funerales...”¹⁹

Los cementerios antiguos, como los que se tratan en este trabajo son espacios patrimoniales abiertos al público, que si bien tienen una función urbana, son importantes por su valor de memoria y porque a través de ellos pueden conocerse creencias, imaginarios, cosmovisiones y arte. También llegan a proporcionar hasta conocimientos sobre jardines y plantas, porque estos elementos son también depositarios de significados culturales ya que también muestran el imaginario colectivo con respecto a la vegetación.²⁰ Las plantas que se sembraron en los cementerios en estudio fueron las mismas que existieron en los cementerios romanos, y se han empleado en los cementerios occidentales en general, así el acanto, las violetas, las rosas rojas, el jacinto, los narcisos, el romero, las azucenas, los lirios, la hiedra y el mirto fueron frecuentemente empleados.²¹ También fueron muy aceptados los árboles caducifolios que simbolizan la muerte y los perennifolios como el ciprés que significan inmortalidad; el jazmín como símbolo del amor divino, la siempreviva como representante de la vida eterna, el hinojo símbolo de renovación y la margarita, siempre modesta, también constituyeron la compañía de los difuntos.²²

Una de las aportaciones más importantes del urbanismo de finales del siglo XIX y principios del XX, en el mundo occidental, la constituyen las urbanizaciones o fraccionamientos que dieron ori-

18 Julio Barrera, “Los inmortales”, *Revista litoral*. No. 34, op. cit. p. 230.

19 Jacques Lacan, Seminario 7, *La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 335.

20 Clío Capitanechi, “Una aproximación al estudio de la vegetación de los cementerios patrimoniales”, Carlos Mercado y Lourdes Serna, *Catrina y sepulcro*, op. cit., p. 97.

21 *Ibid.*, p. 85.

22 *Ibid.*, p. 100-109.

gen a las nuevas colonias de las ciudades. Este concepto de expansión urbana de la ciudad, se caracteriza por su trazo geométrico y ortogonal, que aspira a la sencillez del diseño y a las intenciones de facilitar la parcelación y la venta de terrenos.²³ El empleo de este criterio de diseño urbano se fundamentó en criterios económicos de rentabilidad inmobiliaria y de máxima especulación de la tierra. El mismo modelo empleado en estas nuevas urbanizaciones, fue utilizado para el diseño urbano de los nuevos cementerios para, de igual modo, obtener la máxima rentabilidad de la lotificación y venta de terrenos.

Para la época que nos ocupa, el arte funerario se encontraba muy en boga en Europa y la influencia llegó a México. El Porfiriato fue el espacio temporal en donde se desarrollaron magníficos monumentos funerarios inspirados en motivos europeos. Artistas importantes llegaron a México como Enrique Alciati, Adolfo Octavio Ponzanelli, César Volpi, Norville y César Novari, Ubaldo Luisi, pero también mexicanos como Gabriel Guerra, los hermanos Juan y Manuel Islas, Jesús F. Contreras acudieron a la demanda de la clase alta mexicana que pretendía la construcción de grandes tumbas o mausoleos que representaban prestigio social y expresión de grandes fortunas.²⁴ Entre los monumentos elaborados por estos artistas se encuentra el de Melchor Ocampo y José María Mata esculpidos por Alciati para la Rotonda de los Hombres ilustres, la de Ignacio Escudero creado por Federico Homededin en el Panteón Español, y la del Doctor Márquez en el Panteón del Tepeyac, cuyo autor se desconoce pero se sabe que fue vaciada en los talleres de la “Fundación Artística Mexicana” mostrando una versión de “La Piedad” de Miguel Ángel. Destaca también la escultura elaborada por Enrique Alciati en memoria de Mariana M. de Gamio en el Panteón Español, que muestra a la difunta en manos de un ángel.²⁵

Los monumentos funerarios del periodo estuvieron empapados de un romanticismo simbolista que abordaba temas como, la sensualidad, el amor, y la oposición Eros-Tánatos. Predomina una iconografía plena de representaciones dolientes, figuras angelicales, retratos y vegetales aunque también, algunos monumentos muestran puertas, columnas o iglesias. Como remate de algunos ataúdes, muchas veces se representaron figuras orando, o vestidas con hábitos y capuchas, en ocasiones se presentaron estas figuras abrazando urnas, tumbas o sobre túmulos, en otras, las figuras abrazan una cruz o se encuentran en actitud de depositar flores sobre las tumbas. Otros monumentos de la época muestran figuras de ángeles mensajeros y de guías para conducir a los difuntos al paraíso, en otros, ángeles portan trompetas que anuncian el juicio final. También se encuentran en estos cementerios esculturas de la figura de Cristo, de hostias, de trigo y de vides. Vírgenes y alegorías del monte Calvario también se encuentran. Margarita Martínez señala que también en los monumentos se hallan re-

23 Capel, Horacio, *Capitalismo y morfología urbana en España*. Barcelona, IDAL, Madrid, 1990 *passim*.

24 Arturo Casado Navarro, *op. cit.*, p. 1613. Véase también a Margarita Martínez Domínguez, *Para entender el arte funerario*, México, Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 2005, p. 38.

25 Arturo Casado, *op. cit.*, p. 1614.

tratos, bustos o figuras de los difuntos, éstos pueden ser bustos o cuerpos enteros, de piedra o de bronce. Si son cuerpos aparecen sentados o dormidos, muchas veces con los ojos entreabiertos, como esperando la resurrección.²⁶

Los epitafios y expresiones fijadas en los sepulcros también tuvieron su auge durante el siglo XIX, en México se empezó a extender su uso con la laicidad generada por las leyes de Reforma y el romanticismo. Al considerarse que las tumbas eran un testimonio tangible del ser ausente, el epitafio apareció como expresión de identidad del fallecido. Los epitafios en general proporcionan los datos, el nombre y fecha de óbito del difunto, pero también con frecuencia plasman reclamaciones, oraciones, frases o poemas, dedicatorias, plegarias, réquiem, peticiones y a veces, el nombre del oferente.²⁷ En ocasiones, una introducción precede al epitafio y concluye con una rúbrica como “descanse en paz”. Gustavo Bureau señala que las inscripciones solían además, estar acompañadas de elementos formales que se constituyen en símbolos, que en sentido romántico buscaban imprimir un mensaje, y así se emplearon plumas y libros para significar la vida eterna, un ave fénix para la inmortalidad, las aves indicaban el vuelo del alma, las postrimerías del hombre eran representadas por calaveras, ataúdes y urnas humeantes, la serpiente simbolizaba el paraíso, las ovejas y ciervos la humildad y la pureza; la vida eterna era representada por árboles, palmas y laureles, la vida con agua, la estrella y la cruz eran referencia al nacimiento y muerte y la tristeza de los dolientes era simbolizada por sauces llorones, cipreses o figuras de los dolientes.²⁸

Los panteones o cementerios expresan de hecho las concepciones que sobre la muerte tiene el grupo social, en particular la idea de que la muerte es la continuación de la vida, por ello muchos cementerios fueron concebidos como pequeñas ciudades, dotados de calles, jardines, plazas, habitaciones y monumentos, así lo fueron los panteones de Dolores, el Francés de la Piedad y el Panteón Español.

26 Margarita Martínez Domínguez, *op. cit.*, pp. 38-46

27 *Ibid.*, pp. 51-52.

28 Gustavo Bureau, *Catrinis y sepulcros, cultura y arte funerario en México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2006. pp. 60-70.

El Panteón de Dolores

El triunfo liberal y las reformas que generaron el proceso de secularización también se reflejaron en la creación de panteones, surgieron así los primeros panteones civiles, uno de ellos, entre los más importantes, fue el Panteón de Dolores que fue creado para dar albergue a todas las clases sociales. A principios del siglo XX según algunos era “la ciudad más grande de la República”, una ciudad de muertos,²⁹ panteón que si al principio fue concebido con un proyecto determinado, después se convirtió en un cementerio casi de beneficencia social.³⁰

La cuestión era que el gobierno daba concesiones de panteones enteros o de fracciones y eso sucedió en el de Dolores, dónde en 1880 el gobierno concedió 100 lotes gratuitos a la Sociedad de socorros mutuos del ramo de Meseros, así como también a la Asociación del Colegio Militar. En 1881 fueron beneficiadas: La Sociedad del Ramo de Panaderos y algunas asociaciones de costureras. Otros beneficiados con lotes en la siguiente década fueron La Sociedad Alemana y La Sociedad Italiana en 1897.³¹

Así, en este cementerio, se dio una clasificación de las secciones de acuerdo a las posibilidades económicas de los dolientes, la quinta y la sexta sección eran para las masas más pobres; en la sexta clase se encontraba también una fosa común, que daba albergue a los cadáveres provenientes de delegaciones policíacas y hospitales de pobres.³² Al mismo tiempo, compartían el espacio personas que por su labor en vida eran consideradas “ilustres”, ya que una condición que fijó el gobierno para autorizar la fundación del cementerio a la compañía Benfield, Brecher y Cía fue la cesión, por parte de ésta, de un terreno especial para guardar los restos de “los hombres ilustres” y así se creó la “Rotonda de los Hombres Ilustres”, con una clara discriminación de género propia del siglo XIX y de gran parte del siglo XX.³³ Varias familias de la élite mexicana del último tercio del siglo XIX y del XX también se encuentran ahí.

En 1887 se estableció un reglamento de panteones³⁴, que señalaba al de Dolores, como panteón municipal; como tal sus tarifas para las inhumaciones eran:

29 “Las ciudades de los muertos se animaron ayer con la visita de miles de dolientes”. *El Demócrata*. 3 de noviembre de 1923, p. 11; citado por Edelmira Ramírez. “la visita obligada a las necrópolis en la fiesta del 2 de noviembre en México.” *De muertitos, cementerios lloronas y corridos 1920-1940*. México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, Itaca, 2002, p. 132.

30 Ethel Herrera Moreno, *Restauración integral del Panteón de Dolores*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003, p.46.

31 *Ibid.*, p. 41.

32 *El Demócrata*, Loc cit., citado en Edelmira Ramírez, op, cit., p. 132.

33 Ethel Herrera Moreno. Realizó un inventario de los personajes Ilustres inhumados en la Rotonda de los Hombres ilustres del Panteón de Dolores, descubrió que de 111 personajes sólo 6 son mujeres.

34 *Ibid.*, p. 360.

Por 10 años:

Clase	Adultos	Párvulos
1ª	\$80	\$50
2ª	\$50	\$30
3ª	\$20	\$15
4ª	\$10	\$ 5
5ª	\$4	\$ 2
6ª	Gratis	

Para Perpetuidad:

Clase	Adultos	Párvulos
1ª	\$250	\$150
2ª	\$150	\$100
3ª	\$100	\$ 75
4ª	\$ 60	\$ 40
5ª	\$ 30	\$ 20

Para la 6ª clase no existía la posibilidad de la perpetuidad.

Esto puede ser un indicador de la grave desigualdad en la distribución del ingreso en la sociedad mexicana de la época, así como de la indefensión en la que se encontraban los sectores pobres ante un fenómeno común como la muerte. Con estos precios, ningún individuo perteneciente a los sectores bajos de la sociedad pudo pagar jamás la pretendida perpetuidad.³⁵

El Panteón tuvo un auge importante durante el gobierno de Porfirio Díaz, y la mayor parte de los monumentos que se conservan fueron erigidos en el periodo comprendido entre 1901 y 1910. También fue durante el porfiriato cuando se inhumaron en la Rotonda el mayor número de personajes ilustres, fueron 23. Ethel Herrera señala además que de 700 tumbas históricas de este panteón la mayor parte data del periodo comprendido entre 1875 y 1910³⁶

Este cementerio se proyectó como una pequeña ciudad porque además de sus calles, glorietas, fuentes y viviendas llegó a contar con un osario, lavaderos públicos para los trabajadores, escuela para los operarios del panteón, invernadero, depósito de cadáveres, capilla, peluquería, tienda, y a partir de 1902, con alumbrado y teléfono.³⁷ En 1907 se le construiría un crematorio.

35 Durante el porfiriato los salarios de los peones oscilaron entre diecisiete centavos y dos pesos con cincuenta centavos diarios. Ver Francisco G. Hermosillo Adams, "Estructura y movimientos sociales", Ciro Cardoso coord., *México en el siglo XIX. 1821-1910. Historia económica y de la estructura social*. México, Nueva Imagen, 1999, *passim*.

36 *Ibid.*, p. 1

37 *Ibid.*, p. 45-46.

Algunos de los monumentos de los cementerios son considerados históricos porque tienen un valor patrimonial y cultural, en el Panteón de Dolores Ethel Herrera inventarió 524 monumentos con fecha, y 172 sin ella. Afirma que de los que tienen fecha, el 34 (7%) datan del periodo 1874-1880; 58 (11%) del periodo 1881-1890, 117 (22%) del periodo 1891-1900, 132 (25%) fueron construidos entre 1901 y 1910, 61 (11%) corresponden a los años entre 1911 y 1920, 81 (16%) fueron creados entre 1921 y 1950 y, 41 (8%) fueron levantados después de 1950.³⁸ Estas cifras anuncian que el 65% de los monumentos fueron creados durante el gobierno de Porfirio Díaz, periodo en donde al tiempo que las ideas de Darwin y Spencer encontraban un espacio importante, en las mentes mexicanas de la clase media y alta coexistían las ideas cristianas y con lo que Ariés llama, “la afectividad macabra”, en donde los ritos fúnebres parecen movidos por “un amor apasionado”.³⁹ Como producto de esto, los monumentos funerarios proliferaron entre las familias que podían pagar por ellos. Durante el periodo Porfiriano, la cultura francesa tuvo una influencia poderosa entre algunos sectores de la sociedad mexicana, en el arte predominaba el eclecticismo, pero siempre con algún estilo dominante, y los monumentos funerarios no fueron la excepción. Ethel Herrera escribe que en los panteones vivos de entonces, podía encontrarse art decó, neoclásico, neogipcio, art nouveau y neobarroco. Sostiene que de 696 monumentos, 204 tenían estilo definido, 165 se caracterizaban por su eclecticismo, 5 eran art Decó y 29 otro; afirma que de los 165 eclécticos, 91 son neoclásicos, 34 son neogóticos, 28 neogipcios y 7 neobarrocos.⁴⁰

En suma, el análisis del Panteón de Dolores nos puede brindar la oportunidad para obtener un conocimiento amplio del pasado, no sólo por los “personajes ilustres” que se encuentran inhumados ahí, y por el arte sublime de sus monumentos, sino también por los personajes no ilustres, los comunes, que de alguna manera hablan por sus epitafios, por la vegetación de sus tumbas, y por el lugar en el que se ubican enterrados.

38 Ethel Herrera Moren, *Restauración, op. cit.*, p. 63

39 Philippe Ariès, *op. cit.*, pp. 56-58.

40 Ethel Herrera Moreno, *op. cit.*, p. 64.

Panteón Francés de la Piedad

Así como el panteón de Dolores ha sido, desde su fundación, el espacio para los muertos de todas clases sociales, el panteón Francés de la Piedad fue un lugar aristocrático que se caracterizó por su elegancia y solemnidad.⁴¹

Sus orígenes responden a dos situaciones, el deseo de La Sociedad Francesa de Previsión de poseer para la comunidad francesa radicada en México un cementerio como el que poseían la comunidad norteamericana y la inglesa, y la necesidad del General Bazaine de contar con un espacio para sepultar a los soldados franceses llegados a México con la invasión. Así, la Sociedad Francesa adquirió un terreno de 21000 varas cuadradas, solicitó ayuda a Bazaine y éste colaboró con fondos y soldados para los trabajos de la construcción.⁴² Se fundó en 1864. Fue uno de los primeros que se construyó independiente de los templos y con un proyecto definido, inspirado en el cementerio francés de Père Lachaise, con la idea de ser un cementerio-jardín.⁴³

Hasta el año 1877, sólo se inhumaban en este panteón a personas de nacionalidad francesa, así como a suizos y belgas, pero a partir de este año, las familias adineradas mexicanas empezaron a enterrar ahí a sus muertos; se cobraba \$100 por concesión de tiempo limitado y \$250 por perpetuidad. Un porcentaje de este ingreso lo empleaba la sociedad para sostener el Hospital de la Caridad.⁴⁴

Porfirio Díaz abrió más la puerta a la inmigración europea, y con ello creció la colonia francesa, por esta razón y porque el Panteón era de gran belleza se convirtió en el cementerio preferido de la élite porfiriana. Para 1902 y en 1903 el cementerio se amplió para dar espacio a un mayor número de capillas, tumbas horizontales, plataformas, plataformas con cabeceras y pocos sardineles, por ser éstos los de menor costo pero que también pueden encontrarse en este aristocrático panteón.

Al ser el espacio de la sociedad adinerada de la época, se construyeron en este panteón una gran cantidad de monumentos de cantera, mármol y granito que pueden encontrarse por doquier. De 9298 monumentos existentes en la actualidad, 500 son del periodo 1877-1900 y 1038 corresponden al periodo 1901-1920.⁴⁵ Ethel Herrera señala que en los monumentos predominó el eclecticismo con monumentos clásicos o renacentistas; góticos, con arquitectura romana, con arquitectura barroca, también tuvieron presencia el art nouveau, el art déco, así como arquitectura nacionalista; en suma, es

41 Edelmira Ramírez, *op. cit.*, p.140.

42 Ethel Herrera Moreno. *El panteón francés de la piedad como documento histórico, una visión urbano-arquitectónica*. México, Universidad nacional Autónoma de México, 2009, p. 164.

43 Los cementerios jardines son una expresión del romanticismo y son aquellos que no vinculan la muerte a espacios ordenados sino que tratan de acercar a los muertos a la naturaleza.

44 Ethel Herrera Moreno. *El Panteón Francés, op, cit.*, pp. 167-168.

45 *Ibid.*, p. 262.

un cementerio de gran riqueza estilística.⁴⁶ Grandes artistas tienen obras en este panteón; pueden encontrarse obras de Ponzanelli, Volpi y Navari, entre los más importantes, artistas que crearon obras bellísimas que se funden entre la vegetación dándole a este cementerio un tono de paz.

Reflexión final...

Los panteones, vistos como un equipamiento urbano, son parte fundamental de cualquier ciudad. Hoy en día, los panteones tradicionales de gran parte de las ciudades del país, observan un acelerado deterioro y abandono que pone en riesgo la conservación de un valioso patrimonio social y cultural urbano. A lo largo del tiempo, uno a uno los cementerios tradicionales han ido desapareciendo y con ellos se pierde un rico archivo de la historia de las ciudades y su valioso patrimonio artístico-cultural.⁴⁷

Como afirma Bronislaw Baczkó, toda ciudad es entre otras cosas, la proyección de los imaginarios sociales sobre el espacio,⁴⁸ las huellas que la memoria estampa en la superficie urbana dejan muestras de los valores e interpretaciones colectivas de los recuerdos. Los cementerios son espacios privilegiados de la conservación de la memoria.

El colocar a los muertos bajo tierra ha significado la intención de proteger sus restos para un tránsito a un posible “más allá”. ¿Representarán la negación de la muerte? ¿Los espacios funerarios, monumentos y epitafios ¿responderán a un afán de trascendencia? O ¿al imaginario del último refugio? Tal vez sólo son intentos salvajes de pretender la inmortalidad, pero de cualquier manera, son elementos culturales necesarios para la vida, por ello su valor cultural no debe perderse.

46 *Ibid.*, p. 297-310.

47 Chanfón, Carlos. *Fundamentos teóricos de la Restauración*. México, Facultad de Arquitectura, UNAM, México, 1986.

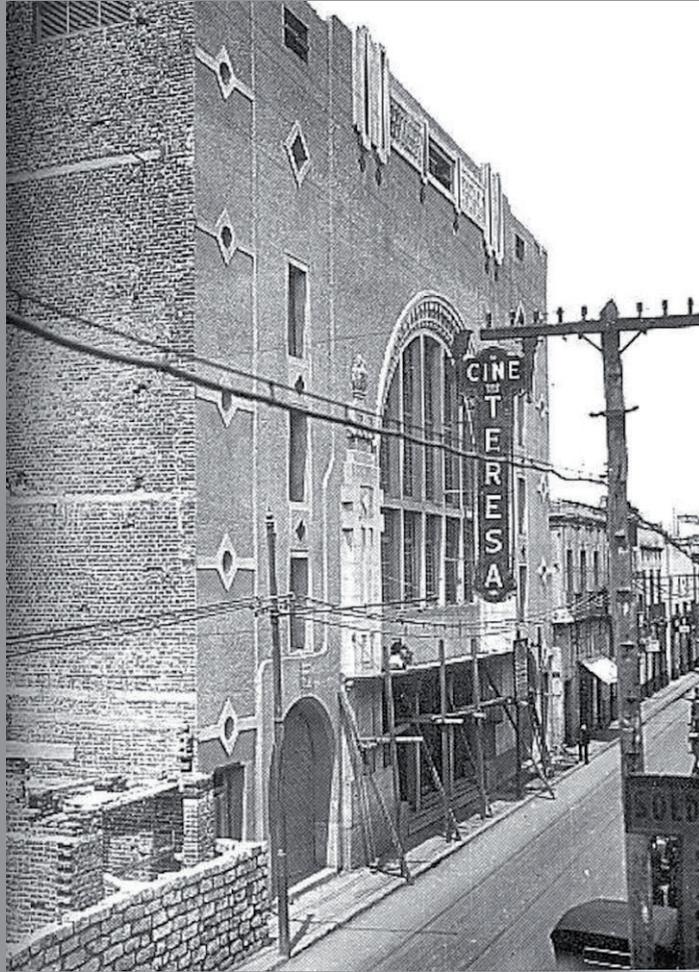
48 Bronislaw Baczkó, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, B. A. 1991.

Bibliografía

- Jean Allouch, *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, México, Epele, 2001.
- Philippe Ariès, *Morir en Occidente. Desde la Edad media hasta la actualidad*, Buenos Aires, Editions du Seuil, 1975.
- Beatriz Aguad, "Presentación". *Revista Litoral*, No. 34, México, Epele, 2004.
- Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, B.A. 1991.
- Julio Barrera, "Los inmortales". *Revista litoral*. No. 34. México, Epele, 2004.
- Gustavo Boureau, "Epitafios", en Carlos Mercado y Lourdes Serna, *Catrinas y Sepulcros, cultura y arte funerario en México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2006.
- Arturo Casado Navarro, "La escultura durante el Porfiriato", *El arte mexicano. Arte del siglo XIX. Tomo 11*, México, Secretaría de educación pública- Salvat, 1982.
- Horacio Capel, *Capitalismo y morfología urbana en España*, Barcelona, IDAL, Madrid, 1990.
- Clío Capitanechi. "Una aproximación al estudio de la vegetación de los cementerios patrimoniales", en Carlos Mercado y Lourdes Serna. *Catrinas y sepulcros, cultura y espacios funerarios en México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2006.
- Carlos Chanfón, *Fundamentos teóricos de la Restauración*, México, Facultad de Arquitectura, UNAM, México, 1986.
- Martín Heidegger, *El ser, el tiempo y la muerte*. México, Fondo de cultura económica 2003.
- Francisco G. Hermosillo Adams, "Estructura y movimientos sociales", en Ciro Cardoso (coord.) *México en el siglo XIX. 1821-1910. Historia económica y de la estructura social*, México, Nueva Imagen, 1999
- Ethel Herrera Moreno, *Restauración integral del Panteón de Dolores*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003.
- ___, *El panteón francés de la piedad como documento histórico, una visión urbano-arquitectónica*, México, Universidad nacional Autónoma de México, 2009.
- Jacques Lacan, *Seminario 7, La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- Andrés Medina, "Una mirada etnográfica a la fiesta de los muertos en la ciudad de México", *Revista Litoral*, No. 3, México, Epele, 2004.
- Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas*, Cap. III.
- Claude Levi-Strauss, "La eficacia simbólica", *Antropología estructural*, Barcelona, Paidós, 1987.
- Margarita Martínez Domínguez, *Para entender el arte funerario*, México, Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 2005.
- Orlando Mejía Rivera, *La muerte y sus símbolos. Muerte, tecnocracia y modernidad*, Universidad de Antioquía, Bogotá, 2000.

Edelmira Ramírez, “La visita obligada a las necrópolis en la fiesta del 2 de noviembre en México”,
De muertitos, cementerios lloronas y corridos 1920-1940, México, Universidad Autónoma
Metropolitana Azcapotzalco, Itaca, 2002.

David Vázquez Salguero y Adriana Corral Bustos, “Alcances de los estudios sobre cementerios”,
en Carlos Mercado y Lourdes Serna, *Catrinas y Sepulcros, cultura y espacios funerarios en México*,
México, Universidad Autónoma Metropolitana. 2006.



CINE OLVIDO; REFLEXIONES SOBRE ESPACIOS CULTURALES DESAMPARADOS

Luis Alberto Alvarado
Universidad Autónoma Metropolitana. Azc.



El título de esta ponencia tiene que ver con el lenguaje de ilusión y fantasía que conllevan las viejas salas de cine. En estos palacios del espectáculo, la ilusión no se encontraba sólo en la proyección de la “cinta” como se decía antiguamente, sino en los nombres de las salas como son: Luxor, Opera, Metropol, Metropolitan; también lo eran por su arquitectura. Eran palacios hechos por renombrados arquitectos, aportaciones de estilo para pueblos olvidados, que nos acercaban a las grandes metrópolis. En muchos casos éstas nos remitían a palacios chinos, moriscos, árabes y sobre todo, al estilo.

Una de las definiciones de olvidar es no tener en cuenta una cosa; también es la cesación del afecto que se tenía por ellas. A estas viejas salas además se les abandonó. Irónicamente se perdió el interés por sus fastuosos interiores. Para los espectadores de hoy, lo importante son los mundos maravillosos que se proyectan en la pantalla, sin importar si su decoración está inspirada en un templo egipcio.

En los cines no sólo se proyectaban películas, sus recintos se convertían en espacios sociales y culturales de las comunidades donde se fundaban. En ellos se hacían teatro y exposiciones. Paradójicamente, en los cines cuya actividad principal era virtual, la vida cultural cobraba realidad.

En las grandes ciudades se fueron perdiendo estos espacios culturales, especialmente los cines barriales. Pero en las ciudades del interior, el no tener cine, significa perder quizás, el único punto de reunión, el espacio de socialización que posibilitaba el acercamiento entre clases sociales y que permitía unir públicos tan heterogéneos, actuando como disparador de gustos y afinidades.

En los cines de barriales y ciudades del interior, se podían ver hasta tres películas por el mismo precio, en ellos se comía, se comercializaban mercancías que iban desde alimentos, hasta ropa y calzado. Muchas veces el horario era importante, porque podían ir parejas o señores solos a ver películas condicionadas. Los personajes que habitaban los cines también fueron quedando en el olvido: el cácaro, el caramelero que ofrecía golosinas y tortas, y el acomodador. Era la época de entradas y boletos numerados.

Evidentemente el cine cumplió un papel socializador. Aparece como expresión de marca del siglo XX. Las imágenes cinematográficas contribuyeron a extender y circular historias, así como hechos y acontecimientos. También influyeron en la formación de valores, modas y comportamientos. A pesar de que su gran impacto está circunscrito a la primera mitad del siglo, es innegable que su influjo todavía persiste.

El cine no se desarrolla como oposición a otros medios como la televisión, los videojuegos o el internet; al contrario, se amalgama con ellos produciendo interacciones que lo enriquecen, de modo que, el séptimo arte representa una verdadera síntesis de la cosmovisión del siglo XX.

Actualmente ya no quedan cines de barrio, los de tres películas por un módico precio, tampoco aquel espacio generador de identidad y de encuentro. Los grandes complejos cinematográficos: la televisión, el internet y los *shopping* ofrecen otros entretenimientos, quizás de distracción y algo de soledad anestésica para el hombre posmoderno.

Las ciudades crecen velozmente y se olvidan rápidamente los espacios; las antiguas salas van quedando en el abandono y aquellos viejos palacios de la ilusión han sido divididos, derruidos, transformados en templos religiosos, cines porno o estacionamientos.

En algunos casos nos quedan sus fachadas. En la ciudad de México, el Cine Teresa es uno de esos casos: otrora lujosa sala del centro de la capital, con importantes estrenos y punto de moda de la zona céntrica. Obra del arquitecto Francisco Serrano, contaba con más de tres mil butacas, acabados en mármol, bronce, maderas preciosas y esculturas. Situado en la calle San Juan de Letrán, hoy Eje Central, terminó sus últimos días siendo una sala de exhibición condicionada, única vía posible para sobrevivir de la quiebra.

El Cine Teresa prácticamente fue demolido, sólo conserva su fachada, y en la actualidad es la nueva Plaza del celular, manteniendo dos pequeñas salas que nada tienen que ver con la intención para la que fue creado. Corrió con de suerte, ya que la mayoría de estas salas, así como sus fachadas ya no existen.

Irónicamente las nuevas tecnologías han cerrado estos espacios. En la pequeña pantalla de un celular se pueden películas, claro que no con la magia de las antiguas pantallas. El famoso director David Lynch dice que el futuro del cine está en las descargas.

También el automóvil, que tuvo su propio espacio en los autocines, es en parte responsable de los cambios que sufrieron las ciudades, que finalmente alcanzó a las salas, y muchas de ellos terminaron como estacionamientos.

Quizás los artistas nos anunciaron el fin de estos espacios, un ejemplo puede ser la película de Giuseppe Tornatore de 1988, *Cinema Paradiso*, que retoma el tema de la desaparición de los cines de pueblo. La decadencia de la industria del cine silente, idea premonitoria del fin de una manera de hacer cine puede ser mostrada, en *Sunset Boulevard*, de Billy Wilder, 1950.

Artistas de diversas disciplinas, como el fotógrafo japonés, Hiroshi Sugimoto, retrata las antiguas salas con la luz que refleja la pantalla en blanco; también Teresa Margolles, artista mexicana, utiliza las antiguas marquesinas para instalar cartas de despedida.

Para finalizar vemos, a través de los artistas, fotos conmovedoras de la destrucción de estos palacios; salas derruidas, enterradas en el polvo, marquesinas rotas, telones rasgados... de estos viejos edificios que no recuperarán su estatus y se convertirán en otra cosa. Quizá la tradición de ver nuevas películas en las salas pronto quedará obsoleta.

Bibliografía

Kenneth Anger, *Hollywood Babilonia*, Tusquets, España, 1986.

Fernando Castillo Muñoz, *Las reinas del Trópico*, Grupo Azabache, México, 1993.

Fernando Ferreira, *Luz, cámara, memoria... Una historia social del cine argentino*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1995.

Mallimacci Fortunato e Irene Marrone, *Cine e imaginario social*, Oficina de publicaciones del CBC Universidad de Buenos Aires, Argentina, 1997.

Ruben Gallo, "Hiroshi Sugimoto", *Revista Poliéster* No. 15, México, 1996.

Historia del cine, *Revista internacional de cine*, ISTOR, número 20, México, 2005.

La Fábrica de sueños, *Estudios Churubusco*, 1945-1985, IMCINE, México, 1985

Gilles Lipovetski, *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*, Editorial Anagrama, España, 1990.

Manuel Puig, *La traición de Rita Hayworth*, Editorial Seix Barral, España, 1982.

Margarita Riviere, *La moda comunicación o incomunicación*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1997.



IN MEMORIAM

Arq. Jorge Legorreta (1948 – 2012)

Arquitecto por la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura del Instituto Politécnico Nacional. Maestro en sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México y Doctor en urbanismo por la Universidad Nacional Autónoma de México.

Trabajó en el sector gubernamental como Jefe de Oficina de Vivienda de la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, como Delegado del Gobierno del Distrito Federal en la Delegación Cuauhtémoc y como Agregado Cultural de México en Egipto.

En el sector privado y social fue Director de METRÓPOLIS, Programa de recorridos y visitas guiadas por la Ciudad de México, Director de METRÓPOLIS, Centro de Información de la Ciudad de México y Cronista de la Delegación Cuauhtémoc. Como docente laboró como titular de licenciatura en la ESIA del IPN, entre 1970-1975; como titular de la maestría en la ESIA del IPN, entre 1975-1981; como titular en licenciatura en la UAM, Xochimilco, entre 1980-1981 y titular en licenciatura en la UAM, Azcapotzalco, entre 1984-2012. Colaboró en infinidad de publicaciones con artículos, reseñas, comentarios, así como en la elaboración de guiones de radio; también participó en conferencias, seminarios, foros, simposiums, congresos y en el 2º Coloquio de Historia y Diseño, en el año 2010.

Algunas de sus publicaciones son: *El proceso de urbanización en ciudades petroleras*, 1983; *La autoconstrucción de vivienda en México. El caso de las ciudades petroleras*, 1984;

• *Medio ambiente y calidad de vida*. (Coord.) con Sergio Puente, 1988; *Transporte y contaminación en la ciudad de México*. con Ángeles Flores, 1989; *Efectos ambientales de la expansión de la Ciudad de México, 1970-1993*, con Mauricio Aldana, 1994; *Guía del Pleno Disfrute de la Ciudad de México*, Departamento del D.F., 1994; *El agua en la ciudad de México. De Tenochtitlan a la megalópolis del siglo XXI*, 2006; *Ciudad de México a debate*. (coord.), 2008; *Ríos, lagos y manantiales del Valle de México*, 2009. *Independencia y Revolución en los muros de la ciudad de México*, 2012, Este libro será presentado durante la Feria Internacional del Libro de Guadalajara el próximo 29 de noviembre.

Por su larga trayectoria académica, su labor pedagógica, sus trabajos de divulgación y su generosidad en compartir su sabiduría entre profesores y alumnos, lo recordaremos siempre.

Semblanzas

Alfredo Moreno Flores

Licenciado en Sociología, Especialista en Literatura Mexicana del siglo XX y Maestro en Historiografía de México por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Actualmente cursa el doctorado en Historiografía en la misma universidad. Es profesor asociado en el Departamento de Humanidades también en la UAM-A, ha impartido las materias de: México: Economía, Política y Sociedad; Metodología de la Lectura a través de los textos selectos de la Literatura Mexicana del siglo XX y Comunicación. Ha publicado en revistas especializadas como *Tema y Variaciones* y *Fuentes Humanísticas* editadas por el Departamento de Humanidades. Autor de un libro especializado sobre análisis historiográfico. Sus líneas de investigación están centradas en la historiografía cultural, especialmente en las representaciones y potencialidades históricas de la literatura.

Cecilia Colón Hernández

Es Licenciada en Literatura Latinoamericana, por la Universidad Iberoamericana; tiene la especialidad en Literatura Mexicana del Siglo XX por la UAM-Azcapotzalco, es Maestra en Letras Mexicanas por la UNAM y es doctoranda en Historiografía en la UAM-Azcapotzalco. Durante 15 años escribió argumentos para historietas en las editoriales Ejea, Vid, Ripley y Trompo. Sus libros publicados son: *Citlali y otros relatos*, UAM-Azcapotzalco (2000), *La bailarina del Astoria y otras leyendas*, Plaza y Valdés (2002), en el año 2005 ganó el concurso de Bibliotecas de Aulas convocado por la SEP; *Desayunos literarios (entrevistas)*, UAM-Azcapotzalco (2009); *Caminando por esas calles de Luis González Obregón*, UAM-Azcapotzalco (2009) y *Cala-Véritas* (2010). Colabora con artículos y ensayos sobre temas diversos de literatura en las revistas *Tema y Variaciones de Literatura* y *Fuentes Humanísticas* editadas por la UAM-Azcapotzalco. Ha tomado parte en diversos congresos y coloquios sobre temas variados como: literatura, historia, historieta, feminismo, etc. Su trayectoria docente se ha consolidado en la UAM-Azcapotzalco desde el año 2002 en que inició impartiendo los cursos de Comunicación, Redacción Universitaria, Metodología de la Lectura e Investigación. Además ha impartido la clase de Expresión oral y escrita en la Universidad Salesiana del 2004 al 2008 y en la Universidad del Claustro de Sor Juana del 2009 al 2010 en donde ha sido docente en las materias de Seminario Monográfico de Cuento y Narrativa Hispanoamericana de vanguardia. Sus líneas de investigación comprenden la narrativa del siglo XIX mexicano, historia de la Ciudad de México y, actualmente, historia del género en México.

Guillermo Díaz Arellano

Arquitecto por la Universidad Autónoma de Morelos, Maestro en arquitectura por la Universidad de Illinois, E. U. A. Diploma obtenido por la República francesa por el ministerio de asuntos extranjeros de cooperación técnica por la estancia en (1973) en el dominio del urbanismo y el desarrollo de la región parisina coordinado por el ministerio MATEELT. Profesor en las materias de Urbanismo en la UNAM coordinadas por el Arq. Domingo García Ramos. Profesor en la UNAM en el taller B de Mathias Goeritz en las materias de Diseño Básico. Profesor investigador de tiempo completo en la UAM, Azcapotzalco. Doctorado en Arquitectura

con la tesis, *Arte público como equipamiento Urbano*. Práctica profesional en el Grupo del Sol en varios proyectos de arquitectura solar y vivienda autosuficiente. Co-autor del libro, *Normatividad para los conjuntos Habitacionales*, de la UAM. Autor de varios artículos especializados. Exposiciones fotográficas y práctica profesional.

Guadalupe Ríos de la Torre

Licenciada en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras. Colegio de Historia. UNAM. Tesis: *José Guadalupe Posada. Grabador*. Maestra en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras. Colegio de Historia. UNAM. Tesis *La Prostitución Femenina en el Porfiriato*. Doctora en Historia de México por la Facultad de Filosofía y Letras. Colegio de Historia. UNAM. Tesis: *Sexualidad y Prostitución en la Ciudad de México Durante el Ocaso del Porfiriato y la Revolución Mexicana (1910-1920)*. Desde 1982 a la fecha, Profesora - Investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, División de ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Humanidades, Jefa del Área y Cuerpo Académico de Historia y Cultura en México. Algunas de sus publicaciones son *El amor prohibido en la ciudad de México porfiriano*, *Para que instruir las en la reconstrucción nacional de México*, *Un reglamento más sobre la prostitución*, *Buenos modales para las mujeres del siglo pasado a través de algunas publicaciones* y *Consejo Superior de salubridad y su Reglamentación en los Espectáculos Decentes e Indecentes*, entre otros.

Luis Alberto Alvarado

Nace en Argentina, estudia la licenciatura en Diseño en Comunicación Visual en la Facultad de Bellas Artes, Universidad Nacional de la Plata. Desde 1997 vive en México donde realiza una Maestría en Artes Plásticas en la Academia de San Carlos con orientación en pintura; posteriormente ingresa a la Maestría en Creatividad para el Diseño de INBA. Ha trabajado en diferentes instituciones educativas, como la UAM Azcapotzalco donde actualmente está involucrado en el Área de Historia del Diseño como profesor/investigador, publicando artículos sobre cine y diseño. Ha impartido clases en la Universidad De la Plata, Argentina; en México en la Universidad del Claustro de Sor Juana, Universidad Anáhuac Norte, UDEC, CUMP, Centro Cine y TV, Universidad Latinoamericana en Morelia, Universidad del Mayab en Mérida., etc. En el campo profesional ha abordado diversos caminos tanto en la ilustración como en el diseño gráfico. Como artista plástico ha expuesto en diferentes galerías en muestras individuales y colectivas.

Margarita Alegría de la Colina

Licenciatura en Letras hispanicas y doctora en Letras Mexicanas por la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Profesora-investigadora del Departamento de Humanidades de la UAM Azcapotzalco desde 1981. Autora de diversos artículos especializados sobre literatura y cultura y del libro *Historia y religión en Profecía de Guatimos* de Ignacio Rodríguez Galván, símbolos y representaciones culturales, publicado por la UAM Azcapotzalco.

María Elvira Buelna Serrano

Profesora-investigadora del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco. Es integrante del Área de investigación Historia y Cultura en México. Licenciatura y Maestría en Letras Clásicas. Doctorado en Historia de México. Trabaja en la Universidad Autónoma Metropolitana desde 1980. Ha desempeñado algunos cargos académicos y administrativos durante su vida laboral en la UAM. Actualmente es Coordinadora Divisional de Docencia de la División de Ciencias Sociales y Humanidades. Ha publicado diversos artículos y los libros *Proceso inquisitorial contra don Agustín Beven, coronel del Regimiento de Dragones de México*; *La Alexandriada de Francisco Xavier Alegre e Indígenas en la Inquisición Apostólica de Fray Juan de Zumárraga (1536-1542)*.

Tomás Bernal Alanís

Estudios de Licenciatura en Sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, de Maestría en Estudios Regionales en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Autor de diversos artículos en revistas especializadas y capítulos de libros. Temas de interés en la investigación: los procesos culturales de la época porfirista al período posrevolucionario, el nacionalismo y la historia, y la literatura mexicana del siglo XX. Lector de la cultura y la historia nacional y universal.

Martín Clavé Almeida

Alfarero por la EDA. Diseñador industrial por la UAM y Maestro en historia por la UIA. Vivió y trabajó como diseñador 10 años en Italia. A su regreso en su despacho, se ha enfocado a los ámbitos de la cultura mexicana por medio del montaje de exposiciones temáticas. Es profesor investigador de la UAM, profesor de asignatura en la UIA y en la Escuela de Artesanías. Actualmente es el Jefe del Área de Historia del Diseño en el Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo, CyAD, UAM - Azcapotzalco.

Mónica Elizabeth Kuri Molina

Arquitecta egresada de la UAM Azcapotzalco; Maestra en Urbanismo de la UNAM; Especialista y Maestrante en Diseño, Planificación y Conservación de Paisajes y Jardines de la UAM Azcapotzalco; Master en Arquitectura Interior de la Universidad Anáhuac. Se ha desempeñado como Gerente, Supervisora y Proyectista en Áreas de Construcción, Mercadotecnia, Escrituración y Procesos Legales dentro de inmobiliarias de vivienda como Consorcio ARA, PROFUSA, IMA Construcción entre otras. Es Coordinadora General en TRAZUS TALLER Paisajismo sustentable.

Eduardo Hinojosa Robles

Ecólogo egresado del Centro de Estudios Superiores del Estado de Sonora; Especialista en Diseño, Planificación y Conservación de Paisajes y Jardines de la UAM Azcapotzalco; Se ha dedicado al diseño, investigación y coordinación de proyectos ecológicos como Estrategias en el manejo de Áreas verdes en la Ciudad de Pekín; Revitalización del Centro de Nogales Sonora; ,daptación al cambio climático para gobiernos locales del

del Golfo de México (INE); Monitoreo de aves y vegetación en la cuenca del Río San Pedro y Sierra de los Ajos, para la University of Arizona en Tucson. Actualmente cursa: Master in Science Urban Environmental Management en Wageningen UR, Holanda; y es Coordinador de Proyectos en TRAZUS TALLER Paisajismo sustentable.

Daniel Jesús Reyes Magaña

Arquitecto egresado de la Universidad Autónoma de Yucatán; Especialista y Maestrante en Diseño, Planificación y Conservación de Paisajes y Jardines de la UAM Azcapotzalco. Se ha desarrollado profesionalmente como proyectista y constructor en el Departamento de Patrimonio Arqueológico del Ayuntamiento de Mérida; en el Departamento de Proyectos en la Universidad Autónoma de Yucatán; en despachos de arquitectura (ONE Arquitectos) y proyectos particulares; y es Coordinador de Proyectos en TRAZUS TALLER Paisajismo sustentable.

Norma Durán Ramírez de Arana

Doctora en Historia por la Universidad Iberoamericana. Entre sus libros publicados están: *Retórica de la santidad. Renuncia, culpa y subjetividad en un caso novohispano*, *Formas de hacer historia. Historiografía grecolatina y medieval*, *Historiografía general. Antologías Universitarias*. Cuenta con varios artículos en revistas especializadas. Es traductora de libros, así como artículos y ensayos para revistas especializadas. Desde 1990 he impartido cursos de diversas materias en varias Instituciones.

Marcela Suárez Escobar

Licenciada en Sociología, maestra en historia y candidata a maestra en sistemas penales comparados, maestra en teoría psicoanalítica, doctora en historia, candidata a doctora en psicoanálisis, es actualmente profesora titular, en la Universidad Autónoma Metropolitana unidad Azcapotzalco. Ha sido además profesora de asignatura en la Facultad de Estudios Superiores de la UNAM (FES Acatlán) y profesora de cátedra en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey plantel Estado de México. Investigadora nacional, ha publicado alrededor de 70 artículos especializados, coordinado 6 libros, y escrito dos como autora individual *Hospitales y sociedad en la ciudad de México del siglo XVI* y *Sexualidad y norma sobre lo prohibido. La Ciudad de México en las postrimerías del virreinato*, editados por la UAM). Actualmente prepara otro más: *La delincuencia, prensa y el control social en la primera mitad del siglo XIX en México*. Jefa del Área de Historia en el plantel Azcapotzalco de la UAM durante 5 años; es miembro del grupo de profesores del posgrado en comunicación y política (UAM-X), ha dirigido varias tesis de doctorado.

SECRETARÍA DE HACIENDA Y
CRÉDITO PÚBLICO

José Antonio Meade Kuribreña
Secretario

Miguel Ángel Montaña Reyes
Oficial Mayor

•

José Ramón San Cristóbal Larrea
Dirección General Promoción Cultural y Acervo Patrimonial

José Félix Ayala de la Torre
Director de Acervo Patrimonial

Martha López Castillo
Directora de Área

Edgar Eduardo Espejel Pérez
Subdirector de Promoción Cultural

Carlos Mújica Suárez
Jefe de Investigación del Recinto de Homenaje a Don Benito Juárez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD AZCAPOTZALCO

Enrique Fernández Fassnacht
Rector General

Iris Santa Cruz Fabila
Secretaria General

•

Paloma Ibañez Villalobos
Rectora Unidad Azcapotzalco

Darío Eduardo Guaycochea Guglielmi
Secretario de la Unidad

•

Luis Carlos Herrera Gutiérrez de Velasco
Director de la División de Ciencias y Artes para el Diseño

•

Maruja Redondo Gómez
Jefa del Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo

Manuel Martín Clavé Almeida
Jefe del Área de Historia y Diseño

Comité Organizador 4º Coloquio de Historia y Diseño

Carlos Mújica Suárez

Manuel Martín Clavé Almeida

Guadalupe Ríos de la Torre

Coordinación General

Juan Moreno Rodríguez

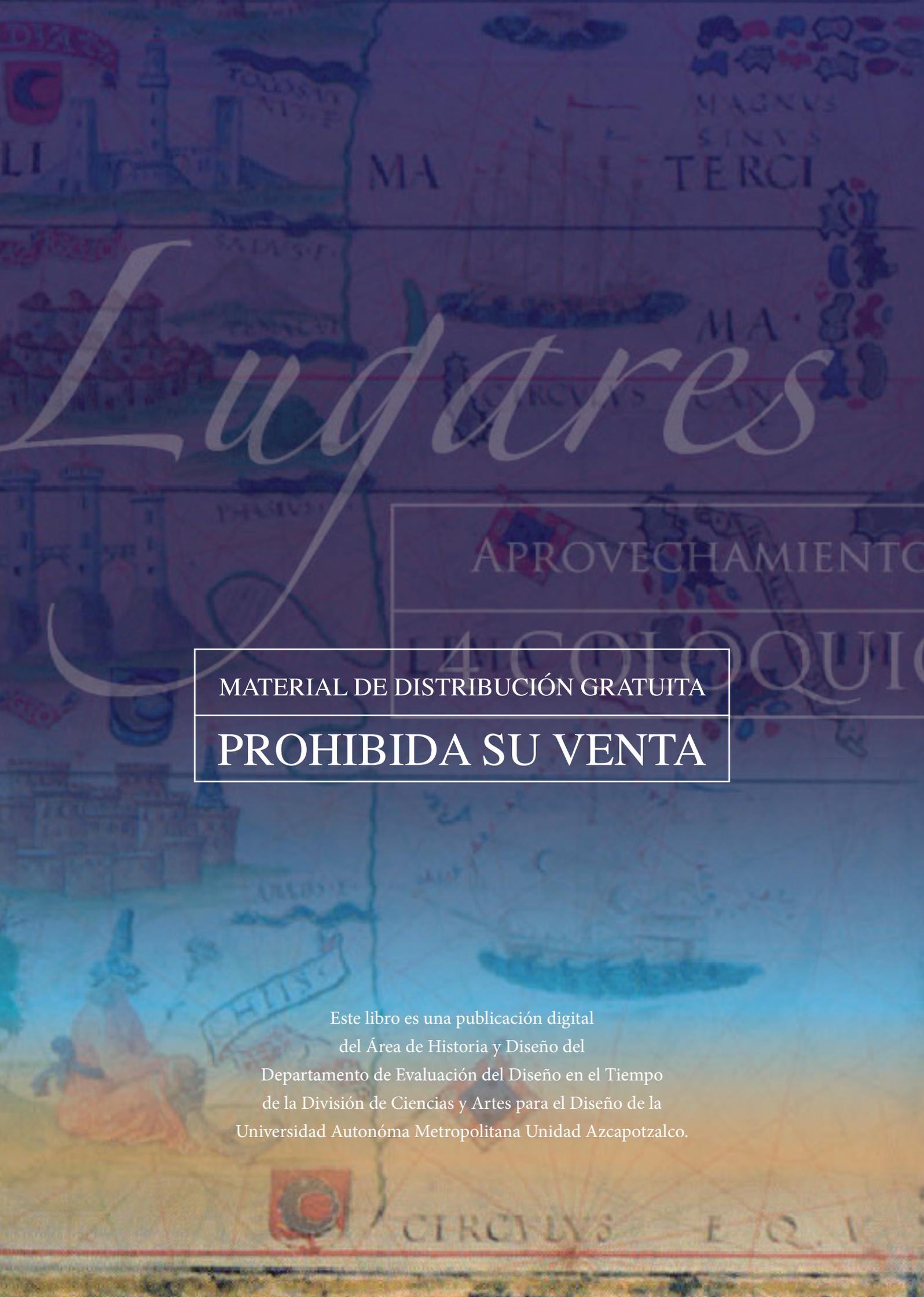
Coordinación de Diseño Gráfico y Editorial

JM• Scriptoria

Diseño Gráfico y Editorial

•

*Los artículos presentados en este volumen
son responsabilidad de los autores
y la finalidad de los mismos es la divulgación
del conocimiento sin fines de lucro.*

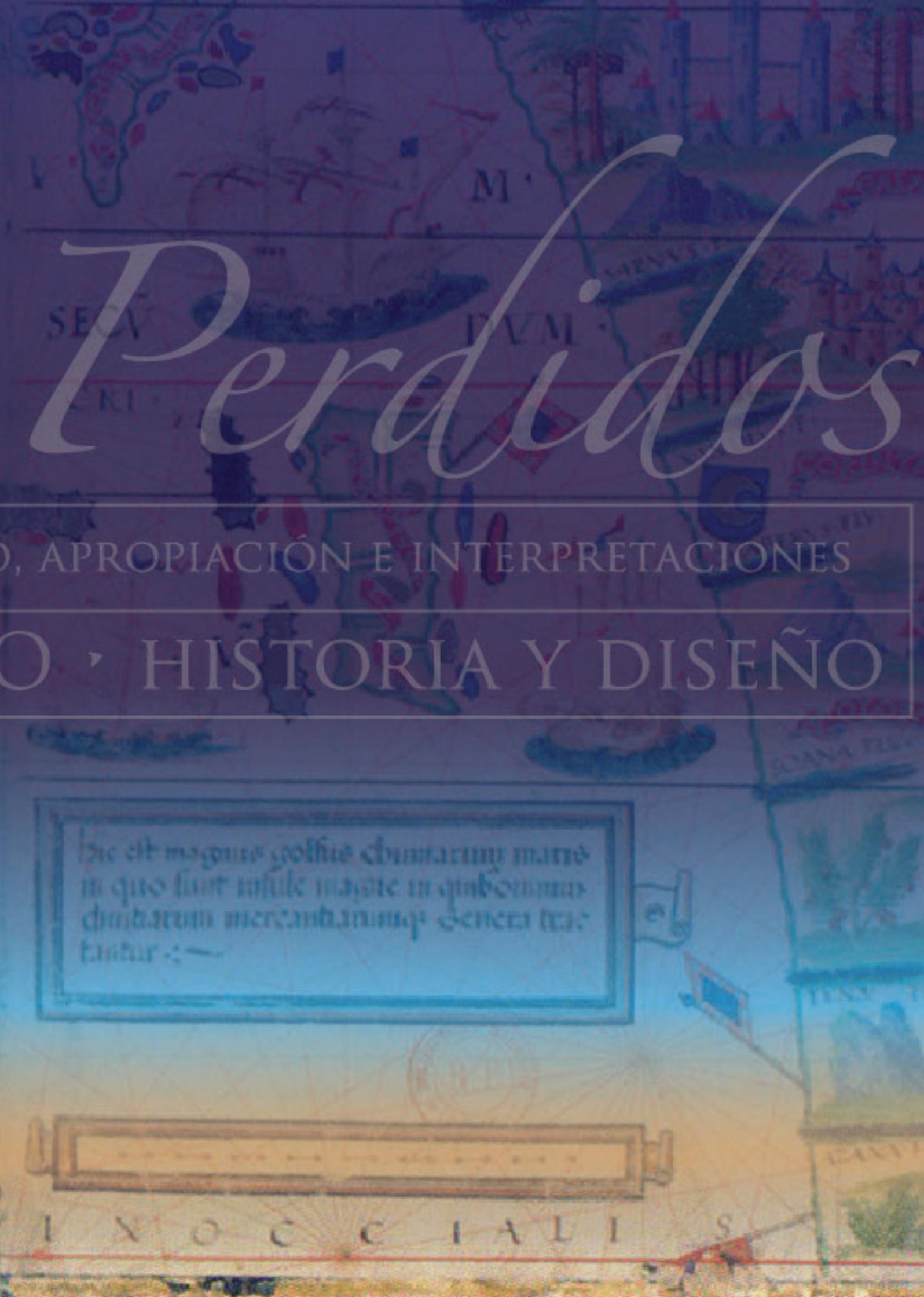


Ludatres

MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

PROHIBIDA SU VENTA

Este libro es una publicación digital
del Área de Historia y Diseño del
Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo
de la División de Ciencias y Artes para el Diseño de la
Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco.



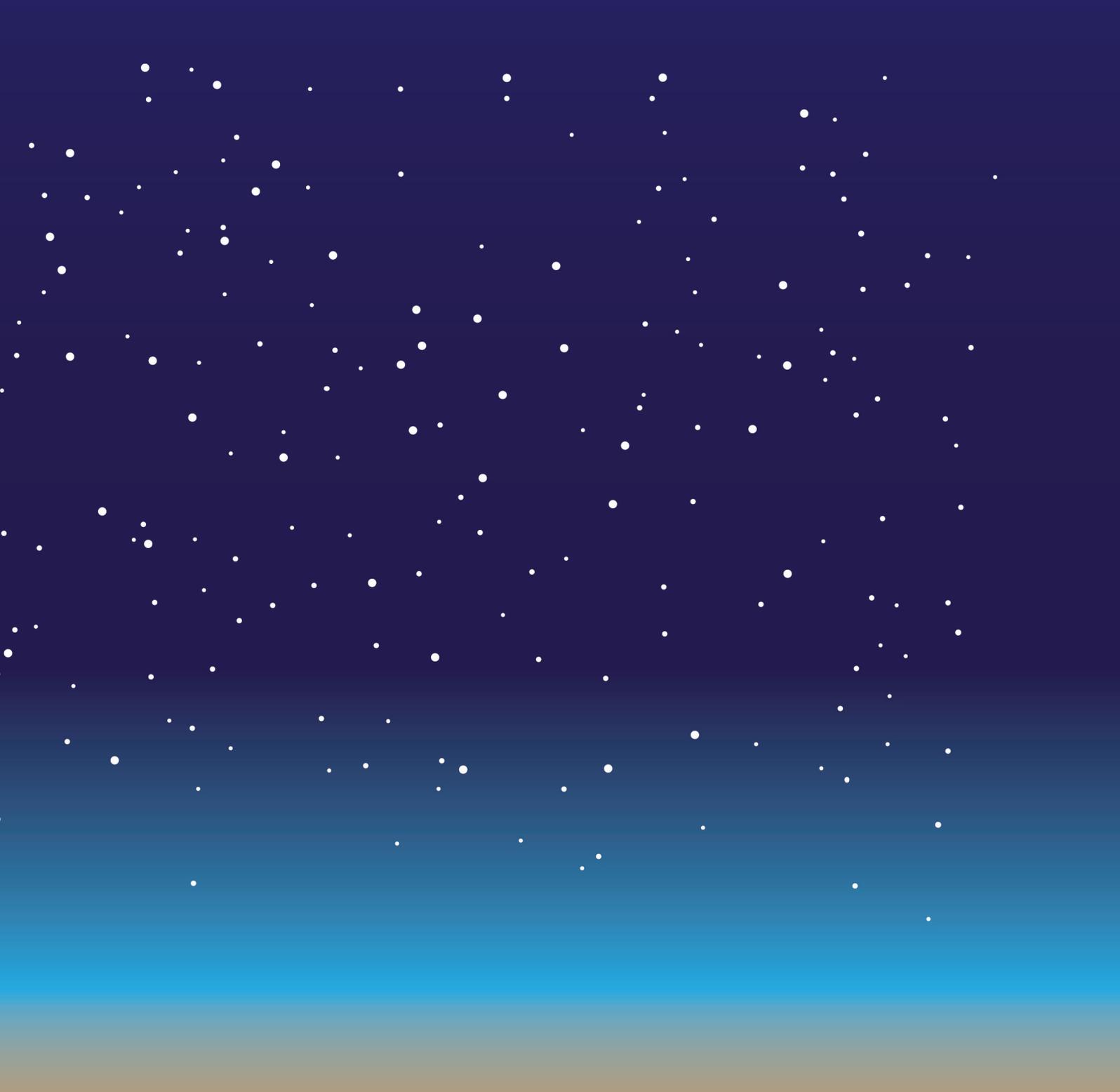
Perdidas

O, APROPIACIÓN E INTERPRETACIONES

O ▸ HISTORIA Y DISEÑO

Hic est magnus golfus abantarum maris
in quo sunt insule magne in quibus
diuturnum mercantiarumq; Genera tra-
ctantur.

I N O C E N T I A L I S



www.hacienda.gob.mx/cultura
www.gobierno.federal.gub.mx

GOBIERNO FEDERAL
SHCP



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo **Azcapotzalco**



CONSERVADURÍA PALACIO NACIONAL

evaluación del diseño en el tiempo

CYAD
Cancún y más para el Diseño

historia del diseño

Área - Cuerpo Académico de Historia y Cultura
EN MÉXICO

División de Ciencias Sociales y Humanidades

